Susana Narotzky, Gavin Smith

Luchas inmediatas

Gente, poder y espacio en la España rural

PUV

Susana Narotzky, Gavin Smith

Luchas inmediatas

Gente, poder y espacio en la España rural

PUV

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

Título original: Immediate Struggles. People, Power and Place in Rural Spain (University of California Press, 2006)

© Del texto: Los autores, 2010

© De la traducción: Josep Ribera, 2010

© De esta edición: Universitat de València, 2010

Coordinación editorial: Maite Simón

Fotocomposición y maquetación: Textual IM

Cubierta:

Fotografía: José Latorre Nicolás, el Charles. Cuadrilla trabajando el cáñamo en Catral en los años 70. (Archivo fotográfico de la Biblioteca Municipal de Catral, Alicante)

Diseño: Celso Hernández de la Figuera

Corrección: Communico C.B.

ISBN: 978-84-370-7729-1

Depósito legal: SE-6664-2010

ePub: Publidisa

A mi madre y a mi padre

S. N.

To Winnie, Corin, Laura, David and Tim

G. S.

Luchas inmediatas [son aquellas en las que] las personas critican a las instancias de poder más próximas a ellas, aquellas que actúan sobre los individuos. No buscan a su «principal enemigo», sino al enemigo más inmediato. Ni tampoco esperan encontrar la solución a sus problemas en el futuro (es decir, por medio de promesas de liberación, de revolución o en el final de la lucha de clases).

MICHEL FOUCAULT, «The Subject and Power», en H. L. Dreyfus y Paul Rabinow, Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics, 1982

PRESENTACIÓN

Este libro es el resultado final de un proyecto meditado durante mucho tiempo y de largas horas de investigación y escritura, por lo que tenemos que dar las gracias a muchas personas, sobre todo por su paciencia. La versión española del texto a su vez ha requerido la ayuda de otras muchas personas que con su dedicación han permitido sin duda mejorar la obra. A todas y todos ellos queremos agradecer sus diversas contribuciones. Antes de hacerlo, sin embargo, vamos a presentar brevemente este largo trayecto y sus meandros.

Cuando Gavin llegó a España en el año 1978, en plena Transición, no tenía claro dónde iba a asentarse para hacer trabajo etnográfico. Su interés se centraba en áreas de pluriactividad dónde trabajadores agrícolas, jornaleros y campesinos, hombres y mujeres, realizaban también algún tipo de trabajo industrial, ya fuera como trabajadores independientes en sistemas de 'putting-out', como pequeños empresarios o como obreros dependientes en fábricas de los centros urbanos próximos. Estos trabajos podían aparecer como complementarios a los ciclos estacionales agrícolas, o bien de forma simultánea, como modo de redondear los ingresos necesarios para la subsistencia o modo de conseguir algún tipo de recursos para la movilidad social, fundamentalmente en beneficio de las generaciones futuras. El interés hacia estas economías cotidianas plurales apuntaba también hacia una pregunta teórica de orden político: ¿Qué tipo de 'estructuras' y de 'agencias' se constituían como posibles en recorridos históricos en los que la determinación económica era tan diversa? ¿Qué sujetos políticos emergían en estos contextos y que ámbitos de posibilidad les estaban abiertos? Y cómo, finalmente, esta multiplicidad de posiciones estructurales tejía campos de significado diversos para organizar y sustentar diferentes modos de actuación política. Una actuación diversa pero no aleatoria y tampoco contingente, salvo excepcionalmente.

La situación particular de la Transición política española, desde una larga dictadura que se había ido transformando, hasta una

democracia liberal cuyo objetivo era la integración en Europa, planteaba un interés adicional. Permitía demostrar, precisamente, que lejos de tratarse de un periodo de 'excepcionalidad' –un reino de la contingencia– tanto el franquismo como la Transición construían unos campos de fuerza estructurados por las relaciones sociales del pasado, en los que ciertas acciones eran posibles o imposibles para determinados sujetos históricos, mientras que otras no eran siquiera imaginables. Pero todo ello había que investigarlo en algún lugar. Gavin pidió consejo a los antropólogos y antropólogas locales así como a algunos historiadores económicos que le fueron dirigiendo hacia el espacio que ocuparía la etnografía: hacia la Vega Baja del Segura, en el sur de la provincia de Alicante. En este sentido, Gavin quiere dar las gracias a las personas que lo orientaron a trabajar en ese emplazamiento: Joan Martínez-Alier y Joan Frigolé, en Barcelona, y Josepa Cucó, Joan Romero y José María García Bonafé, en Valencia. Y a Antonio Gil Olcina, que le presentó a Primitivo Pla, a quien le debe una especial gratitud por su ayuda desinteresada, su increíble e ingente trabajo y su constante apoyo a lo largo de los muchos años que tuvieron su origen en el crepúsculo de los setenta.

Como ocurre muchas veces con el tiempo lento (o por lo menos así solía ser antes) de la reflexión antropológica, los materiales de este primer año largo de trabajo etnográfico quedaron a la espera de un futuro análisis, unos años durante los cuales se fueron decantando. A principios de la década de los 1990s Gavin decidió retomar su proyecto y realizar otra estancia etnográfica en una coyuntura histórica completamente diferente. Para ello decidió colaborar con un(a) colega local que pudiera aportar una visión diferente, más informada por la experiencia histórica y por los saberes antropológicos locales, en cierta forma menos ingenua. Conocía el trabajo de Susana sobre la articulación entre economía informal y explotaciones campesinas en Catalunya y compartía su orientación teórica que había tenido la ocasión de debatir recientemente, así que le propuso que colaboraran en esta segunda etapa del proyecto. Aunque los intereses iniciales se mantenían, a estos se había añadido un debate reciente sobre la idoneidad de un nuevo modelo de desarrollo económico –el de los 'distritos industriales'–que enfatizaba la utilidad para el desarrollo económico local de relaciones sociales personalizadas, culturalmente circunscritas y

homogéneamente distribuidas que sustentaban pequeñas empresas dinámicas y flexibles. Este debate situaba en el centro de interés la cuestión del 'capital social', de lo que pretendía describir y de su valor político y económico. Debíamos plantearnos ahora cómo intervenían estos conceptos no sólo en la 'explicación' científica de una realidad histórica sino también cómo intervenían en la producción de esa misma realidad a través de los discursos de una miríada de expertos y de agentes sociales locales. En esta segunda etapa además, intentamos combinar la minuciosidad etnográfica en atención a las relaciones sociales del presente con el rigor del análisis histórico de la construcción de sus condiciones de posibilidad. El resultado ha sido esta etnografía histórica sustentada en una metodología que hemos definido como 'realismo histórico'. Por supuesto en este rastreo hemos utilizado material de archivo pero en general esto se refiere no tanto al Archivo que producen los distintos ámbitos del poder, sino más bien a los archivos intersticiales, documentos privados o documentos de diversas fuentes más o menos oficiales (Comunidad de Regantes, Municipio) pero no catalogados o registrados como tales. Pedazos de papel guardados en carpetas apiladas en estantes o en el suelo de alguna habitación de estas instituciones, o depositados en domicilios privados 'por un tiempo'. Material propio de historiadores de la vida privada o de algunos historiadores sociales, pero que hemos enmarcado en los grandes movimientos económicos y políticos que han descrito los historiadores económicos, a la vez que lo hemos contrastado con las narraciones orales de las historias de vida de las personas con las que hablamos. Todo ello ha necesitado de la ayuda de numerosas personas a lo largo de estos años.

En la Vega Baja y sus alrededores, son muchas las personas a las que debemos gratitud; de hecho, son tantas que sólo citaremos a algunas de ellas, como punta de iceberg de las que no citamos, pero a las que también estamos muy agradecidos. Ricardo y María, Francisco y Eloina, así como Eloy, Manolo y Pilar y Manolín, sin olvidar a Paco Illán y Angelita, Manuel y Carmen, y todos los amigos de la cuadrilla han sido fundamentales en todo el recorrido de este trabajo desde la primera etapa. También tenemos que referirnos con especial simpatía a Victoria Navarro e Hipólito Guerrero, Natalia Cecilia y María Rocamora, que hablaron con nosotros muy abiertamente sobre su vida y sus sentimientos

respecto a cómo apañárselas en un periodo histórico difícil para los que perdieron la guerra. En este mismo sentido queremos agradecer a Juan Gelardo, a su hijo y a su nuera, Juan y Conchita, y a las hermanas de ésta, las horas que pasaron contándonos su vida, sus ideas, proyectos y aspiraciones. Pero el número de los que nos ayudaron es innumerable e innombrable: esperamos que este libro sea un símbolo de nuestro respeto y gratitud tanto hacia los que comparten nuestro análisis como hacia los que no lo comparten. En el ámbito académico nuestra deuda con Josep-Antoni Ybarra, de la Universidad de Alicante, es difícilmente resarcible puesto que ha mostrado siempre un enorme interés por nuestro proyecto y nos ha ayudado a continuar, presentándonos a interlocutores fundamentales como son los representantes de los sindicatos y de otras instituciones locales. Asimismo, agradecemos su ayuda a Enric Sanchis, que fue director de la Institució Alfons el Magnánim en la época en la que trabajamos en la Vega Baja, en la primera mitad de los años noventa.

Esta obra también debe mucho a la persona que nos puso en contacto (primero epistolarmente), pensando que teníamos mucho que contarnos, mucho que debatir y pensar juntos. Esta persona fue William Roseberry a quien nunca podremos agradecer lo suficiente esta intuición y quién desgraciadamente no pudo ver el resultado de su idea. Su inteligencia y su creatividad en el campo de la antropología marxista de los años 1980s y 1990s, hasta su prematura muerte en el 2000, fue un estímulo incesante para nosotros como para tantos otros colegas. Este trabajo sería sin duda infinitamente mejor si hubiéramos podido beneficiarnos de sus agudas críticas y de su grandísimo saber bibliográfico.

Por otra parte, tenemos que dar las gracias a Maurice Godelier, Louis Assier-Andrieu y Dolors Comas, que en 1989 patrocinaron y organizaron, en Figueres, el taller sobre sociedades en transición en el que por fin nos conocimos personalmente. También le damos las gracias a Maurice por su constante interés en el proyecto y por hacer posible que Susana pasara un mes en la Maison des Sciences de l'Homme en enero de 2003, durante el que terminamos el manuscrito definitivo.

Nuestro agradecimiento también a la Rockefeller Foundation y

sobre todo al personal de la Villa Serbelloni por ofrecernos la oportunidad de escribir un primer borrador de este libro durante nuestra estancia de colaboración en la investigación en el Bellagio Study and Conference Center en octubre-noviembre de 2000. A Arturo Escobar le debemos que nos informara de la existencia de esta posibilidad y que nos animara a solicitarla. Susana quiere agradecerle también una conversación en curso sobre la producción de conocimiento antropológico que sólo aparece en filigrana en el presente texto.

Otras instituciones han apoyado en diversos estadios este trabajo. Gavin agradece al Social Science and Humanities Research Council of Canada y a la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research su apoyo durante las diferentes fases de este proyecto. Por su parte, Susana expresa su agradecimiento a las diversas metamorfosis del Ministerio de Educación y Ciencia español, por los fondos aportados durante años a través de los proyectos PB98-1238, BS02003-06832 y SEJ66633 durante el periodo 1999-2009.

En la aventura de conseguir traducir el texto inglés publicado por la University of California Press en 2006 al presente texto en español tuvimos la suerte de contar con el apoyo entusiasta de Paula Godinho, de la Universidade Nova de Lisboa, que animó a Josepa Cucó a proponerlo a las Publicaciones de la Universitat de València, lugar que nos pareció idóneo por su conexión con el ámbito estudiado. En las PUV hemos contado con el interés, la dedicación y ayuda de Antoni Furió, Lluís Miró y Maite Simón que ha realizado una labor editorial difícil y delicada con una profesionalidad inigualable.

También estamos en deuda con los amigos y colegas que nos ayudaron a reflexionar sobre los temas que tratamos en este libro, y primus inter pares, con Eric Wolf, un maestro del pensamiento antropológico. Del lado americano del Atlántico, damos especialmente las gracias a Malcolm Blincow, Philip Gulliver, Winnie Lem, Nicole Polier, Katharine Rankin, Veronica Schild, Jane Schneider, Peter Schneider, Gerald Sider, Marilyn Silverman y Sydel Silverman: todos ellos han colaborado en este proyecto, consciente o inconscientemente.

En el lado europeo del Atlántico, queremos en primer lugar mostrar

nuestra gratitud a las personas que nos ayudaron durante el breve estudio comparativo que realizamos en Italia y, de manera particular, a Enzo Mingione, un buen amigo y colega de muchos años. También damos las gracias a Vittorio Capecchi y Giovanni Mottura por su contribución inicial a nuestro proyecto italiano, a Nicoletta Carmi, por hacerlo posible, y especialmente a Claire Belanger y Simone Ghezzi por su perspicaz contribución. Tenemos una deuda permanente con otros colegas y amigos como Don Kalb o John Gledhill con los que hemos discutido muchos de los temas que aparecen en el libro en distintas ocasiones. Por último no hace falta decir nuestro más profundo agradecimiento intelectual hacia nuestros amigos de España: Jesús Contreras, Joan Frigolé, Ubaldo Martínez-Veiga, Lourdes Méndez, Isidoro Moreno, Paz Moreno, Gonzalo Sanz e Ignasi Terradas, a los que se han ido añadiendo colegas más jóvenes en los último años con los que hemos proseguido el debate que se inicia en este libro.

Durante la primera estancia de trabajo de campo Gavin compartió su vida con Corin, Laura (que llegó entonces) y Joanna Sworn, y quiere agradecerles los varios tipos de apoyo y ayuda que le ofrecieron durante aquellos años. En la segunda etapa de este proyecto Tim, Winnie y David compartieron algunos periodos de trabajo de campo y los dos primeros muchos de los innumerables viajes que hicieron posible la escritura. Susana quiere dar las gracias a José Antonio por su inteligencia, su amor y sobre todo su paciencia durante los largos vaivenes tanto físicos como espirituales que han acompañado a esta obra, y a Bruno y a Lucas por estar ahí y disfrutar de la vida.

Introducción

HACIA UN MODELO ANTROPOLÓGICO DE ESTUDIO DE LA EUROPA CONTEMPORÁNEA

Ante todo, este libro es una explicación histórica sobre las personas que se buscan los medios de vida entretejiendo ocupaciones agrícolas, industriales y de servicios en un área rural del sudeste español. Pero también es una exploración de las posibilidades de la etnografía como medio de comprensión de la historia del mundo actual, altamente complejo, fracturado y azotado por la crisis. Como tal, el libro va dirigido a los lectores preocupados por descubrir una perspectiva comprensible sobre ese mundo a la vez que están profundamente comprometidos con él, un público interesado por la gente y por los lugares, un público mucho más amplio que nuestros colegas antropólogos. La etnografía se ha asociado convencionalmente con «el espacio» en el sentido de que el antropólogo física o metafóricamente «viaja allí» (Clifford, 1997: 17-46) y, una vez «allí», hace un trabajo de campo «en el que todo el ser, físicamente y en cualquier otro sentido, entra en el espacio del mundo que el investigador trata de comprender» (Ortner, 1995: 173).

En una lectura más literal, en la medida en que la etnografía se ocupa del lugar –cómo se habitan los espacios y cómo se ubican las personas–, tiene alguna cosa en común con otras clases de estudio de la producción y la retención del lugar. Durante los pasados quince años, mientras las formas del capitalismo han experimentado continuas transformaciones en cinta de Moebius (Sabel, 1991), se ha producido un estallido de esos estudios en una amplia variedad de disciplinas de las ciencias sociales. Con la notable excepción del trabajo de David Harvey, una gran parte de la bibliografía sobre la constitución social del lugar ha pasado desapercibida para nuestra propia disciplina, aunque esos estudios asumen sin problemas conceptualizaciones largamente desarrolladas y debatidas entre los etnógrafos. Eso es especialmente cierto con respecto al uso de la

historia y de la cultura para comprender el presente.

Probablemente, la mayoría de antropólogos actuales apoyarían una lectura más metafórica del lugar y del viaje, como sugiere la frase «en cualquier otro sentido» de la advertencia de Ortner que hemos citado en el primer párrafo. No tenemos ningún problema en admitir ese tipo de viaje, aunque sentimos que la necesidad de experimentar el espacio de los mundos de otras gentes es solo una parte de la etnografía. Limitándose a la exploración de «la experiencia», «la identidad», «las prácticas cotidianas» y cosas similares, los antropólogos corren el riesgo de reproducir la imagen superficial de su disciplina o su cultura, que de manera tan frecuente se encuentra en algunos estudios de lugares que no se basan en una etnografía plenamente multidimensional.

Aquí presentamos una visión particular de algunas gentes de España con las que hemos convivido, pero sobre las cuales tenemos también un punto de vista como intelectuales, científicos sociales o antropólogos. Tratamos de defender una manera particular de hacer nuestro trabajo que consideramos diferente de la de algunos estudios de lugar recientes en otras disciplinas y también distinta de la etnografía entendida solamente en términos culturales. Denominamos a nuestra perspectiva «realismo histórico», una noción a la que dedicamos una gran parte de esta introducción.

REALISMO HISTÓRICO

El mundo está cambiando. La economía y la sociedad capitalistas en las que las figuras fundacionales de la ciencia social afinaron sus instrumentos conceptuales ya no se parecen a lo que fueron para ellas. Aunque el capitalismo industrial o el estado moderno, que tanto obsesionaron a Marx, Simmel, Durkheim y Weber, quizá no han podido ser sustituidos, la Inglaterra industrial de Marx o la Francia moderna de Durkheim podrían parecer lugares idiosincráticos para empezar una exploración de la economía y la sociedad en el siglo XXI. Así pues, ¿cómo podríamos estudiar la economía y la sociedad actuales de un modo que sea sensible a las

realidades contemporáneas sin evadirnos de las responsabilidades del saber que aquellos escritores pasados sintieron profundamente?

Tratamos de hacer todo ello mediante la etnografía. Pero, al hacer que nuestra investigación etnográfica sea sensible tanto a las complejidades de la realidad actual como al saber comprometido con el cambio político, tratamos de producir un tipo de etnografía especialmente riguroso e históricamente contextualizado (Smith, 1994). Como forma de investigación, la etnografía abarca habitualmente disciplinas académicas que van desde la antropología y la sociología hasta la geografía, la ciencia política y la historia, así como un amplio abanico de puntos de vista metodológicos y teóricos (Wacquant, 2003: 2). Sin embargo, esta centralidad renovada de la etnografía, en tanto que expresión de una comprensión diferente de nuestras responsabilidades como científicos sociales, tiene que ser destacada y, a la vez, cuestionada. Al definir la etnografía como «investigación social basada en la observación cercana sobre el terreno en tiempo y espacio real de personas e instituciones, en la que el investigador o la investigadora se incluye a sí mismo cerca (o dentro) del fenómeno para detectar cómo y por qué los agentes en escena actúan, piensan y sienten como lo hacen», Wacquant también destaca su papel como «forma de conciencia pública» (2003).

En este libro usamos la etnografía –como modo de investigación y como forma de compromiso político– desde la perspectiva del realismo histórico. Nuestro objeto de estudio son las relaciones sociales que producen –históricamente– un «factor» económico que ha sido recientemente descrito como «capital social» y ha sido asociado a espacios o territorios concretos en lo que ha sido calificado por los científicos sociales y los historiadores económicos como «economía regional», «distrito industrial» o incluso «nacionalismo económico». Metodológicamente, nos centramos en una aproximación multinivel que destaca la tensión dialéctica entre las prácticas sociales que observamos y los conceptos y modelos que construimos, que luego realimentan los discursos y las prácticas observadas, sobre todo a través de la implementación de programas y políticas de desarrollo. Así, tratamos de problematizar la cuestión del lugar en el contexto del capitalismo actual, un asunto que se dirige tanto al antropólogo o al sociólogo interesado en las

expresiones de localidad revitalizadas en un mundo globalizado como al geógrafo o economista interesado en los beneficios que puede obtener una economía regional a partir de su «cultura local».

Para algunos científicos sociales, el análisis crítico de las grandes narraciones de la Ilustración condujo progresivamente a insistir en diferentes formas de etnografía en un intento de comprender las maneras en las que la gente corriente tiene experiencia de este vasto mundo sobre una base cotidiana. Pocos de los que invirtieron largos periodos de tiempo realizando trabajo de campo rechazarían este programa. Sin embargo, nos sentimos incómodos cuando nuestra atención minuciosa hacia las vidas de las personas, en su experiencia diaria, no nos deja espacio para explicar los flujos de fuerza y las tendencias que subyacen en esas experiencias cotidianas, unos flujos producidos históricamente algunas veces, emergentes otras veces de fuentes difusas situadas más allá del emplazamiento local de la experiencia cotidiana. Así pues, nuestro propósito en este libro es trabajar en la interfaz entre las experiencias y los sentimientos articulados de la gente y las conexiones escondidas, los flujos y las relaciones de reproducción y (siempre inmanente) de transformación social.

El reto de la etnografía es grande: ¿qué parte de la Hydra se ataca en primer lugar? Un reciente estudio antropológico de Europa apunta directamente a la cabeza(¿s?) –Cris Shore (2000), en Building Europe (véanse también Abélès, 1992, 1996; Bellier, 1999)– mientras que otro –Douglas Holmes (2000), en Integral Europe– aplica la directriz de George Marcus (1998) de hacer «etnografía multilocalizada». Ambos ofrecen importantes contribuciones al estudio de la coyuntura actual a través de la antropología política y de la historia cultural. A la vez, Producing Culture and Capital, la etnografía de Yanagisako (2002) sobre los empresarios en el distrito de Como, en la Italia septentrional, se centra en la cultura de los pequeños capitalistas (véanse también Blim, 1990; Rothstein y Blim, 1992). Con todo, echamos en falta algo. La dimensión de la reproducción capitalista y las formas de regulación necesarias que requiere siguen llamando a nuestra puerta mientras proseguimos con el estudio de la política y de la cultura de las vidas cotidianas de la gente.

Las especificidades que encontramos de un tiempo y lugar a otro nos conducen a un modo particular de decidir cuáles son los primeros pasos que debemos dar a la hora de intentar entender la Europa del siglo XXI, lo que tiene que ver con la manera como el espacio está siendo reconstituido en todo el continente. Un dato clave en el discurso de la Europa actual es el término ubicuo pero amorfo de región, con la integración de Europa percibida en la línea de «economías regionales». No hay ninguna razón para que tal historia de las formas espaciales no pueda ser entendida en términos de sus implicaciones de cambios en la experiencia social; esto es lo que hizo Raymond Williams al buscar «estructuras de sentimiento» en la Inglaterra del siglo XIX en su estudio The Country and the City (1973; véase también 1988). Por otra parte, también podría entenderse en términos de la lógica estructural de la producción y regulación capitalista, una tarea que David Harvey asumió en su Limits to Capital (1982). Nuestras propias exploraciones pasan por algún lugar intermedio entre esas dos geografías y buscan descubrir la constitución dialéctica de una por medio de la otra: una historia en la que la gente (re)produce artefactos concretos y abstractos para la vida, unas abstracciones concretas que ofrecen así el paisaje que condiciona la reproducción y transformación de las generaciones posteriores. Llamamos a este tipo de aproximación «realismo histórico» (Smith, 1999, 2004b), y en el siguiente apartado explicaremos cómo dicha aproximación originó un programa y una serie de prioridades –es decir, una problemática– que nos condujeron a un lugar concreto y a un entrelazado particular de nuestras historias.

EN BUSCA DE UN MUNDO SOCIAL

Nuestro análisis combina tres tipos diferentes de atención a la realidad. El primero requiere que el investigador o investigadora busque los elementos de la realidad que le ayuden a caracterizar los rasgos reproductivos de la economía política actual entendida de manera estricta. Si tuviéramos que separar el concepto en sus partes constituyentes, dentro de este modelo consideraríamos lo «político»

en términos del poder «estructural» de Wolf y la «economía» en términos de lo que David Harvey (2001), siguiendo a Marx en el Grundrisse, llama abstracciones concretas que condicionan las posibilidades de reproducción social. Eso significaría prestar atención a la «organización del trabajo social» históricamente específica y a «cómo se insertan las personas en el conjunto de la sociedad» (Wolf, 1999: 289-290), así como a las condiciones de producción material (máquinas, tecnologías, etc.) y a la huella histórica de estos procesos sobre el paisaje en forma de carreteras, canales de irrigación y prisiones. En consecuencia, dedicaremos todo el capítulo 1 a la geografía histórica de la zona y, a lo largo de todo el libro, intentaremos situar las prácticas sociales y las expresiones culturales en el marco de estas abstracciones concretas de la reproducción capitalista, pero no por ello menos silenciosas y ocultas.

Nuestro segundo enfoque es más familiar para quien realiza trabajo de campo en la tradición de la antropología social. Lo llamamos enfoque de las «prácticas sociales instituidas». Añadimos el término instituidas al concepto habitual prácticas sociales para aludir al modo en el que las prácticas pasan a formar parte del marco que, aun siendo maleable, organiza la toma de decisiones. Este concepto se aproxima al de habitus de Bourdieu (1977). No obstante, mientras que el concepto de Bourdieu opera especialmente sobre la constitución dialéctica de las prácticas y las afinidades electivas emergentes que las estructuran después, nosotros remarcamos el efecto estructurador adicional de las abstracciones concretas, tal como han sido descritas.[1] Sería difícil seleccionar una sola parte de nuestro libro para ilustrar este enfoque concreto, pero nuestra atención a la gente real, dirigida a las circunstancias presentes de sus vidas, es probablemente el mejor reflejo de nuestro compromiso con este elemento de la realidad social.

Finalmente, nuestro tercer tipo de atención al mundo social nos alerta sobre las maneras como la gente interpreta su mundo social en el momento práctico inmediato de vivirlo. En este caso, la «factitividad» del mundo tal como se presenta queda en suspenso en beneficio de un tipo particular de sensibilidad interpretativa. Invocamos la expresión de Raymond Williams estructuras de sentimiento, un concepto que él usaba en un sentido completamente

historicista, para describir la sensibilidad esencialmente colectiva de una época. Al escribir sobre las novelas ambientadas en la mansión rural de la Inglaterra del siglo XIX, por ejemplo, Williams exploró cómo esos trabajos invocaban silenciosamente y, a la vez, constituían activamente una estructura de sentimiento que dio origen a un significado específico de «el campo» y «la ciudad» como comunidades «cognoscibles».[2]

De igual manera, usamos las historias (en plural) para mostrar que las abstracciones concretas, las prácticas instituidas y las estructuras de sentimiento se condicionan y refuerzan recíprocamente (Roseberry, 1989). En última instancia, el propósito, el proyecto de tal ejercicio sociológico es descubrir la praxis de la gente escondida bajo la maleza y desenterrada potencialmente por nuestra contribución intelectual. Es difícil seleccionar porciones de todo el pastel que pongan de relieve los momentos cuando nuestra atención se ve absorbida de este modo en la etnografía, aunque quizá el capítulo 7, sobre culturas políticas, ofrece el ejemplo más coherente. Pero el aspecto más importante es que, vistas en un periodo histórico, las abstracciones concretas cambiantes se combinan con la agencia implicada en las prácticas de la gente para modificar las condiciones a las que se enfrentan. El lenguaje, los gestos y los suspiros, modelados por las estructuras de sentimiento de un lugar y un tiempo concretos, permiten entonces conocer todos estos elementos. Y todos ellos –las abstracciones concretas, la puesta en práctica de la agencia y el sentimiento estructurado–, considerados conjuntamente, nos moldean a cada uno de nosotros como un tipo particular de persona: un sujeto/agente social historicizado.

Este estudio se centra en un área de la Comunidad Valenciana, al sur de Alicante, donde ha existido una larga historia de próspera agricultura de regadío, combinada con pequeña manufactura. Los focos de manufacturas de productos específicos se remontan muy atrás: una ciudad y sus alrededores que fabrican alfombras, otra ciudad, cuerdas y otra, zapatos. El cultivo de productos agrícolas para ser comercializados en mercados internacionales tiene aquí también una larga historia. Más que una separación entre ciudad industrial y campo agrícola, existe una historia significativa de estrecha interrelación entre producción industrial y agrícola.

Además, tanto los hombres como las mujeres han experimentado de diferentes maneras la movilidad geográfica, la manufactura en la pequeña industria, el empleo en grandes empresas y el trabajo en el sector de servicios.

En los años setenta, las exigencias de la nueva división internacional del trabajo llegaron a estos modos de producción preexistentes; afectaron, en primer lugar y con mayor fuerza, a la producción local de zapatos, pero también alcanzaron otras manufacturas y actividades de servicios del sector no agrícola. Con los cambios que se produjeron durante los treinta años siguientes, el modelo general acabó siendo el de una pequeña empresa local, y en algunos casos ramificaciones de empresas más grandes, que organizaban la producción por medio de una fuerza de trabajo localizada en su fábrica legalmente registrada, más una fuerza de trabajo mucho mayor diseminada en un sistema de «putting-out» o subcontratación. El sistema de subcontratas implica tanto niveles de trabajo realizado en talleres semilegales como niveles realizados mediante el trabajo a domicilio. En el hogar, desde la contribución inicial de la esposa, nos movemos –a través de su red ya establecida– hacia una red extensa de trabajo a domicilio subcontratado y después subsubcontratado.

Durante los años setenta y ochenta, las mujeres que realizaban trabajo a domicilio formaban parte probablemente de un grupo doméstico agrícola y, como resultado, estaban sometidas a una presión extrema. Sobre aquel periodo, Smith (1990) escribió (véase también Sanchis, 1984; para Cataluña, véase Narotzky, 1989, 1990, 2000, 2001):

La necesidad de trabajo en la propia explotación familiar es irregular; por ejemplo, el marido/padre puede conseguir trabajo para un día y, si considera que una tarea de la huerta no está acabada, presionará a su mujer o a su hija para que dejen de lado el trabajo a domicilio y vayan a la huerta (...) [Mientras tanto] los distribuidores de trabajo, deseosos de minimizar la cantidad de viajes y de contactos que tienen que hacer (...) animan a las mujeres a aceptar grandes lotes mediante el pago de tarifas que aumentan en progresión geométrica hasta que se completa la última unidad.

Con la intención de llegar a esas tarifas, las trabajadoras, que ya están bajo la presión de sus maridos agricultores, pueden pedir lotes de un volumen excesivo con la idea de pasarle una parte a alguna vecina.

Esta compleja serie de relaciones sociales se construye sobre una amplia historia de extensas redes interpersonales. A lo largo del tiempo, los derechos personales, que se extendían hacia fuera desde la familia inmediata a la familia ampliada, los vecinos, los miembros de la comunidad, etc., se convirtieron en un componente institucionalizado de la vida diaria. Además, estos complejos conjuntos de vínculos también sirvieron para compensar la inestabilidad regional producida en parte por el clima impredecible y en parte por los ciclos comerciales, pero sobre todo por el carácter cambiante de las propias empresas. Cuando a finales de los ochenta se dieron las condiciones políticas y económicas para el cambio, que permitieron al gobierno avalar prácticas laborales y empresariales «flexibles» y desregularizadas, a la vez que minaron gravemente la agricultura local, esta economía ya plenamente «informalizada» se hizo todavía más informal.

La invención de situaciones de crisis y la estimulación de la inseguridad general se convirtieron en medios elementales de regulación social. Por ejemplo, con frecuencia las empresas se transformaban de un nivel de productor a un nivel de intermediario, pero únicamente con un propósito de evasión. Empresas registradas se declaraban en bancarrota y cerraban un día para abrir al día siguiente con el caparazón de la empresa original ahora operando únicamente con capacidad comercial, arrendando la maquinaria vieja a una «cooperativa» o a un taller subcontratado ahora totalmente ilícito, compuesto por trabajadores que acceden a reducir sus salarios, la seguridad y los beneficios para conseguir el contrato de su antiguo patrón. El modelo es conocido: mientras las empresas oficialmente registradas y los datos de empleo en la industria decrecían, la producción global de calzado se incrementaba. Superficialmente, parece una respuesta a la recesión, pero, de hecho, la atmósfera de crisis y desorganización estaba construida ideológicamente para justificar formas de regulación del

trabajo que generaran inseguridad personal y respuestas colectivas fragmentadas. Y todo esto tiene una larga historia.

Los intentos de los grupos dirigentes para controlar a la gente corriente por medio de la inseguridad inducida y los ataques contra las respuestas colectivas están bien establecidos en la zona. Así, junto a esta organización de la economía y la sociedad, encontramos una clase de alienación de las políticas públicas entre la gente con la que trabajamos, y eso se convirtió también en un elemento fundamental de la problemática que empezamos a conformar mientras configurábamos nuestro estudio.

Aunque es obvio que hay mucho de todo ello que es específico de esta región y de esta gente –en efecto, gran parte de nuestro razonamiento enfatiza la importancia de reconocer la especificidad–, las inseguridades, las tensiones sobre las familias y los individuos, el sentimiento de alienación respecto de la dirección que la economía está tomando y de la formulación de proyectos políticos desde «instancias más elevadas» son ampliamente sentidos entre la gente que intenta conseguir un modo de subsistencia en muchas partes de la Europa contemporánea. Se podría dar cuenta de esto mediante una «etnografía del presente», focalizando en la manera como la gente de esta zona experimenta su vida cotidiana hoy en día e intentando evocar el carácter particular de esa experiencia. Ciertamente, esta es una manera mediante la que nosotros, como antropólogos, nos hemos aproximado a la situación, pero, de nuevo, se trata solo de una dimensión en nuestra investigación. En efecto, consideramos que la antropología actual ha reducido demasiado su foco de atención a un programa que parece referirse solamente a asuntos de «cultura» o «experiencia» de «lo local» y «lo cotidiano». Nuestra incomodidad con esta tendencia actual de la antropología puede explicarse parcialmente por nuestros respectivos orígenes.

Ambos somos europeos inquietos. Susana, tras su formación inicial en España y Francia, se trasladó a Estados Unidos para hacer su doctorado y después volvió a España. Gavin, nacido en Inglaterra, donde recibió su primera formación, se fue a Norteamérica a los diecisiete, pero volvió a Inglaterra para su doctorado. Después de un trabajo de campo previo en Perú, Gavin inició un largo periodo

como etnógrafo en la Valencia meridional. A medida que el material de aquel trabajo de campo –los datos, las interacciones personales, los vacíos y los hitos– empezaba a tomar cierta forma narrativa y teórica, sintió una urgencia creciente de aunar sus percepciones y su trabajo en curso con los académicos españoles que trabajaban en y sobre España. Y así nos encontramos en un taller, que formaba parte de una serie de talleres dirigidos por antropólogos franceses y españoles con la ayuda de Maurice Godelier, sobre la cuestión de las transiciones sociales.

Comprometidos con la importancia de la etnografía histórica, ambos sentimos con fuerza que la comparación también enriquece la etnografía. Aunque este libro no es formalmente de etnografía comparativa, está fundamentalmente inspirado por el trabajo de campo anterior de Susana en Cataluña y por el trabajo que hicimos juntos (con la ayuda de Clare Belanger y Simone Ghezzi) en La Brianza, una economía regional de la Italia septentrional. De esta manera, mientras hablábamos sobre nuestros intereses intelectuales y políticos, nos convencimos de que la suma de nuestras empresas individuales sería mucho más grande si trabajábamos juntos: Gavin, como europeo, hasta cierto punto autóctono, pero, como antropólogo canadiense, también alguien ajeno; Susana, tanto europea como española aunque muy familiarizada con la antropología anglófona; y ambos compartiendo preocupaciones políticas y teóricas, unos puntos en común que han aumentado durante los años que hemos trabajado juntos.

Para nosotros la investigación social siempre debería situarse claramente dentro de un proyecto político explícito, y ambos habíamos estado implicados en un debate en el que el concepto de clase era esencial para el proyecto político de comprensión de la diferencia cultural y social, así como un instrumento crucial en la transformación de las relaciones sociales desiguales para conseguir oportunidades de vida indiferenciadas. Así, trabajando contra corriente de lo que creíamos que era la tendencia tanto en la antropología como en las otras ciencias sociales, sentimos que necesitábamos una forma de hacer etnografía que retuviera un modo de entender la complejidad del mundo social usando la clase como guía conceptual. Sin embargo, no estábamos tan interesados en las propiedades estructurales varias de la clase, ya fueran

estratos sociales weberianos o relaciones marxianas con los medios de producción (Ossowski, 1969), como en los principios que condujeron a los teóricos a enfatizar en primer lugar la clase. Pensábamos, por ejemplo, en la imagen de sociedad de Marx, en la que el proceso de reproducción social genera contradicciones estructurales que, a su vez, son resueltas tecnológicamente mediante una productividad general mayor, geográficamente por medio de desplazamientos de capital en el espacio o, aún más importante, por medio del resultado de conflictos sociales, conflictos que aglutinan a la gente en torno al control de la propiedad y la necesidad de ofrecer trabajo. Por mucho que hayamos avanzado hacia una condición posmoderna, o hacia una sociedad postindustrial, de ninguna manera nos hemos separado de un tipo de sociedad en la que «la reproducción de la vida cotidiana depende de la producción de mercancías mediante un sistema de circulación de capital que tiene la búsqueda de beneficios como su objetivo directo y socialmente aceptado» (Harvey, 1985: 128) y, por tanto, nos parece que los antropólogos tienen la responsabilidad de explicar esta característica fundamental de la reproducción social bajo el capitalismo. En consecuencia, esta es la razón principal por la que, para nosotros, la clase continúa siendo central para la investigación etnográfica.

Una segunda característica del espíritu que condujo a los autores de izquierdas a centrarse en los rasgos cruciales de la clase, fuertemente asociada con el trabajo de Edward Thompson, podría resumirse en la proposición de que solo a través de la acción colectiva la gente subordinada tiene alguna influencia sobre el poder y que, aunque hay muchas líneas y formas mediante las cuales las colectividades pueden expresarse, existe un nexo orgánico crucial entre las colectividades de clase y la retención o transformación del capitalismo. Este segundo elemento era especialmente importante para nosotros precisamente por su ausencia aparente de la vida cotidiana de nuestro escenario de campo. ¿Por qué ausente? Porque tales colectividades, como estructuras de sentimiento, como modelos de relaciones sociales y como punto de apoyo para la acción y el empoderamiento, han sido objeto de un ataque severo a lo largo de la historia y hasta el momento presente, un ataque que adquirió una fuerza particular en los años que siguieron a la Guerra Civil española.

En efecto, siguiendo la estela de este ataque, el tipo de mundo que hemos descrito antes se ha configurado en el discurso hegemónico reciente como un mundo de economías regionales, una «Europa de las regiones». Se trata de nuevas configuraciones que atenúan las características políticas y estructurales de clase como medio de comprensión de los procesos históricos. En cambio, favorecen una comprensión de las prácticas sociales, las experiencias y las relaciones en términos de valores colectivos corporativistas, conocimiento local y afinidad emocional. En lugar de una historia compleja cargada con las tensiones de la contradicción, el conflicto, la resolución y la transformación, conseguimos una auditoría de sus posibilidades empresariales (y, por tanto, de sus fracasos) «culturales» y «sociales», un balance de los más y los menos: «producción flexible», empresas reducidas y dispersas y «capital social». Así pues, una responsabilidad de nuestra investigación social fue encontrar los indicios a partir de los cuales las fuerzas colectivas podrían ser reconstruidas.

A pesar de todo, mientras nos familiarizábamos con la bibliografía, encontramos historiadores, economistas y sociólogos que trabajaban sobre Europa (Berg et al., 1983; Bagnasco, 1977; Piore y Sabel, 1984) prestando una atención creciente a algo parecido a un pequeño capitalismo organizado. Se hacía cada vez más popular como «tercera vía» un nuevo modelo de desarrollo de la economía de mercado que tenía en cuenta las «externalidades» sociales, un modo más viable e incluso más humano de organizar el capitalismo. A la vez que ello parecía confirmarnos que estos otros modos de organizar las relaciones trabajo/capital eran, en efecto, significativos, también nos hacía conscientes de que debemos entender simultáneamente dos fenómenos bastante diferentes: las prácticas y relaciones que podíamos encontrar en un área económica vagamente predefinida y los modelos económicos para desarrollar las regiones en la línea de redes, mercados sociales, empresas flexibles y similares que los expertos y los responsables políticos de Europa generan hoy en día. Además, pronto reconocimos una relación dialéctica entre los dos niveles porque las políticas de desarrollo (prácticas reguladoras o desreguladoras, subsidios, etc.) proporcionaban condiciones cruciales que encaminaban las prácticas y las relaciones que observábamos en el campo. Proporcionaban recursos materiales específicos que la gente

tenía que reivindicar en formas particulares, por supuesto, pero también afectaban a las vidas de las personas de manera más general. El modo como las personas pensaban sobre sus propias vidas y el espacio social que habitaban se entretejía con los discursos hegemónicos que destacaban la región como cohesionada bajo la rúbrica general de una «cultura empresarial» o lo que se denominó «nacionalismo económico».[3]

Nuestra idea era que tales condiciones, notablemente en desacuerdo con el ya clásico modelo Manchester de desarrollo industrial, estaban extendidas y, por tanto, buscamos un escenario donde el modelo tuviera profundidad histórica, a la vez que vigencia en el momento presente. En España, Gavin había hecho trabajo de campo previamente en el área de la Comunidad Valenciana, descrita por algunos historiadores económicos (Nadal, 1990; Lluch, 1976; Aracil y Bonafé, 1978) como una de aquellas regiones donde se había desarrollado durante el siglo XIX un tipo diferente de capitalismo. El área del sur de Alicante presentaba un paisaje de pequeñas empresas familiares y una mezcla de agricultura comercial e industrias manufactureras. Menos conocida era la presencia allí de una mezcla de radicalismo político y conservadurismo extremo, que se remonta muy atrás, en el siglo XIX. Gavin se había interesado por la pluriactividad en su trabajo de campo de 1978-79, y este tema parecía resumir muchos de los principales asuntos que queríamos observar con detalle. La pluriactividad planteaba directamente la cuestión siguiente: ¿qué pasa con la clase cuando el proceso de reproducción social genera una estructura de fluidez e incertidumbre constantes en los destinos de la vida de las gentes, de manera que no prevalece la experiencia clásica de la oposición entre trabajo y capital?

Conscientes de los cambios radicales en el proceso del trabajo de la producción capitalista que tenían lugar entonces en Europa, buscamos a propósito un área que no entrara netamente dentro del marco del modelo de la definición capitalista clásica de una «economía desarrollada» con un sistema de mercado eficiente regulador de las relaciones trabajo/capital. En su lugar, buscamos una región que, aunque enraizada desde hacía tiempo en la producción de mercancías, incluso en el circuito global del comercio capitalista nacional e internacional, manifestara, sin

embargo, formas de relaciones de producción que difirieran del modelo clásico.

Pero entonces la cuestión cambió hacia el terreno pragmático: considerando que ya no había una experiencia obrera homogénea entre la gente de la región, como la de la industria fordista clásica, por ejemplo, ¿seguía siendo útil el concepto de clase? Las experiencias de subsistencia de la gente se habían fragmentado tanto que se hacía cada vez más difícil seguir la manera como su inserción en los procesos de reproducción social se relacionaba con su identidad social y su praxis histórica. Trabajar con la complejidad de estos asuntos a lo largo de los años ha dado forma al modo en el que queríamos realizar la investigación: en primer lugar, en relación con la localización o el alcance de nuestra observación; en segundo lugar, respecto a la necesidad de insertar profundamente la historia en nuestras observaciones.

Si queríamos comprender las fuerzas principales de reproducción social, necesitábamos profundidad histórica, y sabíamos que podíamos conseguirlo mediante el trabajo realizado por los historiadores sociales y económicos valencianos de la zona. Pero si pretendíamos llegar a la experiencia vivida de la gente, también necesitábamos las narraciones matizadas de las historias particulares. Así pues, el hecho de que tuviéramos historias de vida para esta zona que se remontaban a principios del siglo XX fue clave para nosotros. Clave también fue el hecho de que el trabajo de campo valenciano había sido efectuado en un momento político especialmente importante, durante los primeros años de la transición del régimen de Franco a la democracia parlamentaria, cuando Gavin había observado y registrado de primera mano los debates que surgían con motivo de las primeras elecciones municipales democráticas después de cuarenta años de dictadura. Susana, en particular, pensaba que los datos de primera mano sobre aquel periodo de la historia de España serían extremadamente útiles para hacerse una idea de la expresión pública de las cuestiones de clase.

No obstante, no queríamos pensar que esto era el «retorno» del antropólogo, veinte años más tarde, para registrar los cambios que habían tenido lugar en el paso de un tipo de sociedad más

tradicional a uno más moderno (véase Collier, 1999). Estábamos interesados, en cambio, en seguir un proceso de reproducción social –las continuidades y rupturas históricas– que produce y condiciona las prácticas de la gente. Pero no solo nos interesaban las prácticas; también queríamos prestar atención a cómo las experimentaban las personas en tanto que sujetos históricos y cómo se institucionalizaban después para constituir el entorno cultural. Por tanto, eso no era tan solo etnografía de la vida cotidiana de la gente corriente, ni era una evaluación con el propósito de enmarcar los éxitos y los problemas de una economía regional en Europa. Para nosotros, la historia no es tanto el trasfondo del presente como dos momentos sincrónicos, uno en el pasado, el otro en el presente. La historia es el camino necesario para entender la sociedad como los diferentes medios por los que la reproducción social de un tipo particular de sistema social, el capitalismo, se convierte en una parte vivida del presente.

NOMBRAR EL PRESENTE

El modo en que los científicos sociales nombran los fenómenos de este mundo real tiene implicaciones para el presente vivido por la gente corriente. En este apartado mostraremos cómo se ha desplegado este proceso –desde la noción de articulación de modos de producción a la de economía informalizada, y de ahí a la designación actual de «economía regional»–. Conscientes de estas designaciones cambiantes y de sus implicaciones, argumentaremos a favor de un tipo particular de antropología histórica que preste atención a las maneras concretas en que se usa el poder para hacer posible la explotación y que con el tiempo conforman tipos diferentes de persona social.

En los años sesenta en varias comarcas al oeste y al suroeste de la ciudad portuaria de Alicante se instalaron pequeñas y medianas empresas que producían zapatos para el mercado nacional e internacional. Se trata de las áreas alrededor de Elda y Novelda, el Vinalopó al oeste de Elche y el área por la que nos interesamos, la

Vega Baja, al sur de esta ciudad. Mientras la demanda de zapatos crecía durante la década, tuvo lugar una forma concreta de integración vertical. En el polo comercial, algunas de las compañías con más éxito se vincularon fuertemente a empresas minoristas de Estados Unidos, conformándose no solo a requerimientos de diseño, sino a menudo a características concretas del proceso de producción, y, en la mayoría de casos, dependiendo de anticipos crediticios norteamericanos. En el polo de la producción, la mano de obra de la fábrica fue complementada por talleres situados en Elche, que habitualmente elaboraban accesorios primarios básicos, contratados a corto plazo, junto con mujeres que trabajaban a domicilio en una cadena que iba desde trabajos especializados recurrentes y estables hasta labores menores realizadas ad hoc y a corto plazo.

Cuando el sistema de distribución se hizo más sofisticado y la organización sindical de Elche elevó los salarios urbanos, la dispersión de la producción empezó a extenderse hacia núcleos de población más alejados del centro, a lo que siguió la construcción de fábricas en pueblos de la Vega Baja. Simultáneamente, la dependencia de capital de Estados Unidos se redujo porque los empresarios buscaron el desarrollo de un conjunto más amplio de mercados para sus mercancías. Como resultado, surgió un conjunto mucho más complejo de relaciones entre fábricas, talleres, distribuidores y trabajadores a domicilio.

En gran medida, lo que estaba pasando en Elche no era sino una variación de las transformaciones en la producción manufacturera a lo largo y ancho de Europa. Aunque la producción textil, ejemplificada por Laura Ashley en Gran Bretaña y Bennetton en Italia, es la más conocida, muy cerca de nuestro mismo emplazamiento, la Ford Motor Company, después de una investigación cuidadosa y muy publicitada, había establecido su planta de montaje del modelo Fiesta justo al sur de la ciudad de Valencia.

Esto fue considerado un gran triunfo para España frente a los países industriales más prominentes de Europa, y para el País Valenciano en particular; ¿pero cómo se llevó a cabo tal triunfo? Aparte del aspecto anodino de que el emplazamiento estaba bien situado en el

enlace de ejes de comunicación claves, parece que la decisión se basó en la realpolitik de los poderes nacionales y regionales y en las estructuras de clase. Los tecnócratas franquistas utilizaron todos los medios para asegurar a Ford la continuidad futura del régimen autoritario (Lluch, 1976; Picó López, 1976). Al hacerlo, sin duda, insistieron no solo en la larga familiaridad de los trabajadores locales con las técnicas manufactureras, sino también en la ausencia de militancia colectiva asociada con empresas de producción a gran escala.

La planta del modelo Fiesta representó un giro significativo hacia el interés renovado del capital en el área del Levante o Valencia, conocida popularmente por sus naranjas y huertas. De manera creciente, los propietarios más acomodados de explotaciones agrícolas empezaron a orientarse hacia cultivos de trabajo menos intensivo, convirtiéndose ellos mismos en familias pluriactivas o agrupándose en explotaciones de siete u ocho familias y subcontratando todo el cuidado y la recolección de sus cosechas de cítricos a «contratantes de maquinaria».[4] Como remarcó Arnalte Alegre (1980), estaba apareciendo un nuevo sistema social sutil y complejo que, por una parte, industrializaría la agricultura y, por otra, ruralizaría la industria.

¿Cuál fue, entonces, la imaginería que usaron los tecnócratas para representar esos procesos? Bajo la ruralidad bucólica de un área conocida superficialmente por su rica agricultura de regadío dirigida a los mercados internacionales, se descubrían importantes segmentos de la población instruidos en el uso de maquinaria industrial o expertos en la actividad comercial. El resultado fue una cultura especialmente adecuada a las necesidades de la Ford: dirigiendo su atención a la práctica diaria de hacer que sus pequeñas empresas respondieran a las oportunidades de cambio, estas personas eran económicamente adaptables y, al mismo tiempo, no tenían ninguna inclinación hacia las políticas redentorias de las clases trabajadoras. Encaradas con una transformación u otra en su entorno socioeconómico, su respuesta sería descubrir algún cambio en las metas económicas hacia las que pudieran dirigir sus tareas, no simplemente suspender la actividad y quejarse o, como los agricultores franceses del otro lado de la frontera, manifestarse en París, dirigir ataques relámpago sobre

supermercados que venden productos agrícolas extranjeros o secuestrar el tren Barcelona-París (Lem, 1999).

Debemos recordar que aquí estamos hablando de los primeros setenta. En la prensa y en los documentos políticos, ciertamente se veía la industria como un tema importante para el futuro de Europa, pero se planteaba también la cuestión de la explotación agrícola familiar, su viabilidad y su supervivencia. Valencia parecía ofrecer una salida con la introducción de la industria en las áreas rurales. Entre los académicos, estaban en uso otras dos imágenes, ambas procedentes de estudios recientes del Tercer Mundo. Ampliamente inspirados por estudios marxistas, los investigadores destacaron la superimposición sobre un modo preexistente de producción (aunque en sí mismo fuera una variante del capitalismo rural) de un nuevo modo de producción que aprovechaba elementos del modo anterior, aunque distorsionando de este modo muchos de sus elementos (Servolin, 1972; Faure, 1978; Vergopoulos, 1978). Todo aquel que conociera bien el caso valenciano era muy consciente de que la industria estaba lejos de ser nueva, pues la mayor parte se sustentaba y apoyaba en el trabajo de transformación que producía el valor añadido crucial de muchos de los productos agrícolas tradicionales de la zona: cáñamo, esparto, algodón, cría del gusano de seda y viñas.[5]

Un segundo cuerpo bibliográfico, óptimamente representado en The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries (Portes, Castells y Benton, 1989; véanse también Redclift y Mingione, 1985; Pahl, 1984, 1988), empezó a atraer la atención hacia los rasgos particulares del trabajo que eran esenciales para la supervivencia de muchos trabajadores europeos, quizá incluso para la mayoría, y sin duda de significación creciente para el bienestar de las economías nacionales en su conjunto. Castells y Portes, en la introducción a su trabajo colectivo, muestran lo que hizo relevante el tema de la economía informal en el mundo occidental. La cuestión de cómo definir algo llamado «economía informal», dijeron, era mucho menos importante que registrar el proceso según el cual las economías occidentales estaban siendo crecientemente informalizadas, con sectores de la economía que hasta el momento funcionaban por medio de instituciones burocráticas, jerárquicas y relativamente estables, siendo reemplazadas por alternativas menos

visibles, menos permanentes y menos estables. Que ese tipo de caracterización era muy adecuado a la realidad valenciana quedó reflejado por la publicación en la Institució Valenciana d'Estudis i Investigació de La otra economía: trabajo negro y sector informal (Sanchis y Miñana, 1988), así como por la traducción por parte de la institución de textos que trataban la industria rural y las economías sumergidas (e.g., Houssel, 1985). Fueron figuras especialmente notables en este trabajo Enric Sanchis (1984) y Josep Antoni Ybarra (1986). Lo que empezó a ocurrir en este segundo tipo de caracterización de los procesos económicos en Valencia fue un cambio que llevó de la investigación de la naturaleza del capital a la de la naturaleza del trabajo asalariado, y del trabajo, en general, y el modo de vida.

A pesar de sus diferentes focos de atención, el efecto de estas imágenes en su conjunto fue un cambio de paradigma en las teorías del desarrollo capitalista. Unos estudios que muestran la inserción histórica de una forma de producción capitalista en el sur de Europa, que tenía sus características propias bastante diferentes de los modelos hegemónicos de la industrialización septentrional, se combinan con estudios que muestran no solo que las formas informales de trabajo iban adquiriendo una importancia creciente en Europa (como, en efecto, ocurría), sino que, en grados y formas diferentes, habían sido parte de los medios de vida de la gente y, por ello, de las economías nacionales a lo largo del llamado periodo de la industrialización.

Tanto si fue por azar como si fue planificado de antemano, las empresas zapateras de Elche, las fábricas de muebles de Castellón o la planta Ford cerca de Valencia fueron capaces de aprovechar una serie de características sociológicas y culturales que venían con una sociedad que a la mayoría se nos dijo que ya no existía; una sociedad en la que una agricultura comercial relativamente efectiva operaba al lado de una producción artesana rural.[6] Para los historiadores económicos de la región, la cuestión fundamental era por qué este camino no se transformó en autovía; para aquellos que trabajan sobre la informalización de la economía regional, lo apremiante era registrar los costes sociales de la transformación de disposiciones sociales anteriores en beneficio de lo que parecía ser un tipo especialmente depredador de capitalismo.

Sin embargo, la convergencia de estas dos corrientes intelectuales –más allá de España y de Valencia– iba a producir una lectura completamente opuesta. Las escenas de pesadilla de los cuentos de hadas de Grimm iban a generar una vida nueva «a lo Disney», reinventando la articulación de los modos de producción y la innegable informalización de la economía europea en forma de cadenas de producción diseminadas, mercados sociales, obreros y empresas más flexibles, todo reunido en el espacio de unas economías regionales prósperas. En manos de Piore y Sabel (1984), resultaba que el camino de los sistemas de producción diseminados a pequeña escala y entrelazados regionalmente no había fracasado en el sentido darwiniano. Su defunción temprana había sido acelerada por las atenciones paternalistas de un estado profundamente antirregional (véase también Sabel y Zeitlin, 1984). Allí donde estas atenciones habían sido especialmente completas, las utopías florecientes se habían suprimido, perdidas para los historiadores y silenciadas en los programas de desarrollo industrial. Por suerte, donde el Estado había sido más inepto, o quizá demasiado preocupado por otras circunstancias, notablemente en Italia, había signos de la capacidad de resistencia de este tipo de economía invertida, donde la lealtad era tan importante como la competencia, donde las estrategias de mercado se volvían «impuras» por la retención persistente de los cálculos sociales en las decisiones de los agentes, donde empresas formales bien protegidas y celosamente guardadas se transformaban en conjuntos de operaciones que se ensamblaban en redes que se formaban alrededor de proyectos a más largo o a más corto plazo.

Sin duda, las implicaciones para las políticas públicas fueron devastadoras. Donde una vieja escuela de pensamiento había buscado descubrir por qué una economía como la de la Valencia del siglo XIX no había conseguido despegar a causa de las características locales que la distinguían del modelo Manchester, septentrional y con más éxito, ahora resultaba que había joyas escondidas en la corona valenciana que esperaban ser descubiertas. Allí donde alguna gente veía trabajo infantil en Italia, Sabel era capaz de identificar la cuidadosa protección de un sistema de aprendizaje basado en la familia.

Sería ingenuo imaginar que estas diferentes imágenes de una

realidad más o menos idéntica no tuvieron efecto alguno sobre la gente corriente, que intentaba día a día subsistir, así como, en la medida de lo posible, imaginar cómo podría ser un futuro realista para ellos y sus hijos. Los primeros trabajos sobre la informalización de la economía europea adoptaron una posición generalmente crítica hacia el fenómeno e incentivaron las políticas dirigidas contra su expansión. En claro contraste, la bibliografía más reciente sobre la economía regional se desarrolla invariablemente para generar unas políticas que intensifiquen los rasgos de vida social que vuelvan la economía regional más competitiva.

HISTORIAS DEL PRESENTE

La exploración histórica del papel de las relaciones de clase y las fuerzas cambiantes que aseguran la obtención continuada de plusvalía del trabajo de la gente está ausente de las dos imágenes sociológicas antes mencionadas –la informalización de la vida económica o su conceptualización en términos de una economía regional socializada–. Mientras que las estimaciones de los recursos locales de capital social y la elasticidad del trabajo flexible pueden tener algunos resultados prácticos en las políticas públicas, resulta más crítica la necesidad de explorar, a través de una historia del presente, las distintas influencias, restricciones, movimientos y bloqueos que fueron la expresión y constitución del poder y las piezas clave de las diferenciaciones: no una única historia de la economía regional neta y ordenada con una cultura local añadida, sino múltiples historias y una heterogeneidad de actores con nociones bastante diferentes de lo que podría ser valorado positivamente en la cultura local.

En realidad, la historia que los tecnócratas habían dibujado para Ford con respecto a la política era para su propia conveniencia, abreviada y superficial. No había nada natural –ni cultural– en la falta de inclinación de los valencianos por la política reivindicativa. Es posible que los tecnócratas de Franco fueran completamente inconscientes de que la Primera Internacional Anarquista se celebró

cerca de allí, en Alcoy en los años setenta del siglo XIX, pero difícilmente podían haber olvidado que Valencia fue la sede final del Gobierno republicano en 1939, o que la provincia de Alicante, al sur, había dado un apoyo muy fuerte al sindicato socialista Unión General de Trabajadores. No obstante, la negación del pasado político de la gente trabajadora tiene una larga historia en la zona (si no, más extensamente, en el conjunto de España), que llega hasta el presente.

Sin embargo, empresas como Ford perseguían algo cuando investigaron y encontraron un grupo de personas que estaban preparadas para trabajar esa hora extra, que estaban en todo momento oteando el horizonte de las tendencias de cambio económico que exigirían un giro rápido a sus tácticas y cuya relación con la familia y las amistades reflejaba las necesidades picarescas de tales proyectos de subsistencia. Pero las historias de este presente son realmente complejas.

Cuando la industria del zapato empezó a tener una fuerte presencia en la Vega Baja, no supuso en modo alguno la introducción de un producto o proceso nuevo sobre una tabula rasa social y económica. Durante mucho tiempo, la comarca había sido la principal productora de alpargatas de España, usadas por la inmensa mayoría de la clase obrera durante la primera mitad del siglo XX (Bernabé Maestre, 1976).[7] Dependientes de la producción agrícola y el procesamiento de la fibra de cáñamo, las alpargatas no salieron tampoco ex nihilo. Antes de ser la principal proveedora de calzado de España, la comarca había sido la mayor productora de velas –muy demandadas por las numerosas flotas marineras de España– y, posteriormente, de soga y de redes de pesca, siendo todos estos productos dependientes del cultivo de cáñamo y de su procesamiento en fibra. Incluso actualmente, los zapatos no son en absoluto la única manufactura producida en la comarca. Crevillente tiene un papel análogo en la producción de alfombras y esterillas al de Elche en la producción de zapatos; en la zona se producen también muñecas, ropa de muñeca y otros juguetes.

Todo esto podría sugerir que la industria manufacturera era complementaria del desarrollo agrícola. Y aunque puede haber sido así con respecto a los productos agrícolas, no lo fue en absoluto

para el trabajo y menos aún para la tierra. Cuando se sitúa en el marco más amplio de la agricultura española del siglo XIX, la Vega Baja no es en muchos aspectos ni carne ni pescado, no es el emplazamiento de las pequeñas explotaciones agrícolas viables de algunas partes del norte ni está monopolizada por el sistema de latifundios de Andalucía. Beneficiaria de un antiguo sistema de irrigación basado en el río Segura, la zona no había tenido mucho éxito en usar este sistema para la agricultura intensiva que podría haber generado explotaciones de tamaño mediano, como, por ejemplo, las de Cataluña. Esto se explica parcialmente por la posesión de gran parte de la Vega Baja por grandes terratenientes aristocráticos, de manera similar al caso del sur de España. Estos propietarios hicieron uso de los recursos del poder derivados de una sociedad jerárquica para mantener bajos los costes del trabajo y de esta manera reducir la necesidad de inversiones de capital fijo (incluyendo el mantenimiento del suelo y el riego y la experimentación con semillas y fertilizantes, así como la maquinaria).

El resultado fue que cada avance en la producción industrial dentro o en la periferia de la comarca, si bien aparentemente de manera casi fortuita, producía una útil demanda de algún cultivo agrícola, también producía de manera mucho más obvia y amenazadora una demanda de trabajo. De hecho, aunque la demanda constante de productos agrícolas comerciales por parte de las manufacturas locales era beneficiosa, han sido mucho más destacables las enormes oscilaciones de un cultivo de exportación a otro. Productora durante mucho tiempo de aceite de oliva y, en menor medida, de trigo, el área se vio afectada por la crisis de la filoxera en Francia a finales del siglo XIX, lo que provocó un giro parecido a la fiebre del oro hacia la producción de vino. Los olivos fueron arrancados y reemplazados por vides, aunque en muchos casos para cuando la plantación había alcanzado los cinco años de madurez, el «boom» ya había acabado y la demanda de vino decrecía. Más tarde, después de 1939 y la Guerra Civil, la política de Franco de autarquía para España originó un «boom» del cáñamo más completo que el precedente del vino. De nuevo, con la apertura de España en 1959, el cáñamo se convirtió rápidamente en un reliquia y las habilidades y ocupaciones asociadas con él pasaron a ser obsoletas.

De estas tendencias históricas podemos aprender dos cosas. Quizá la más importante es la extrema volatilidad de la economía, respondiendo como hacía a corrientes nacionales y internacionales. Traducido al mundo de la gente trabajadora, tales cambios de dirección en periodos más cortos que una generación se tradujeron en una incertidumbre persistente y crónica. Combinada con los intentos de las clases terratenientes de resistirse a la mercantilización del trabajo mediante el recurso a contratos laborales y a relaciones de propiedad jerárquicos y personalistas, esta misma incertidumbre se hace inherente al sistema de producción y apropiación de valor, un engranaje crucial que dirige la mecánica de la reproducción social del capitalismo agrícola local.

Lo segundo que aprendemos tiene que ver con la historia, larga pero irregular, del papel de la manufactura en la comarca. Frecuentemente, investigadores de otras economías regionales han apuntado el simple hecho de una presencia de medios de subsistencia no agrícolas en el medio rural (para una crítica, véase Ghezzi, 2001), pero necesitamos más dimensiones del cuadro. La manufactura no estaba presente en todos los lugares del escenario regional y en modo alguno era coherente en su crecimiento o caída o en la manera como afectaba a la gente corriente de los pueblos de la Vega Baja.

Y esto nos lleva a nuestro tercer aspecto en la historia de la zona: la cuestión del movimiento. Durante muchos años, los costes del jornal pudieron ser minimizados mediante una simple manipulación de la inseguridad: los jornaleros necesitaban trabajo y, jugando con los riesgos del mercado de trabajo diario en cada plaza del pueblo, los propietarios agrícolas, sus encargados y los grandes arrendatarios eran capaces de satisfacer las demandas cambiantes del ciclo agrícola. Pese a ello, incluso en las mejores circunstancias, un mundo como ese no podía ser completamente contenido. La necesidad anual de recolectores de trigo en La Mancha o de vendimiadores en Cataluña era siempre una atracción. Esta era sobre todo estacional y, como el servicio militar para los jóvenes, el viaje se vivía individualmente. No obstante, los «molinos satánicos» de Elche, Crevillente o Callosa de Segura, por no mencionar otros atractivos más lejanos, ejercieron una presión constante sobre la obtención de plusvalía absoluta de los trabajadores agrícolas, y la

principal manera de resolverlo fue el control del movimiento. El catalizador de tal estrategia fue la inseguridad. Hemos visto qué volátil era la economía, y a esto se tienen que añadir los riesgos naturales de un clima extremadamente incierto, no contrarrestado en absoluto por el riego. Simplemente ser capaz de asegurar comida suficiente para la propia familia era en sí mismo un logro.

Por tanto, las tensiones y contradicciones contenidas en el movimiento eran sentidas de manera bastante diferente por personas diferentes de la comarca. Con el tiempo, este fetiche de lo fijo y la sospecha del movimiento adquirieron un sentido más amplio y metafórico. Tanto para el trabajador itinerante como para el patrono local bien establecido había inevitablemente algo temible y desconocido en el mundo que esperaba tan cerca como Elche o Crevillente, aún más temible en Barcelona o quizá incluso más lejos. El sentimiento de que uno volvía «afectado» de alguna manera empezó a extenderse. Para muchos trabajadores se trataba de verse afectado por la experiencia. Algunas veces estas experiencias eran, a corto plazo, desagradables, incluso un revés, pero, consideradas en su conjunto y con la perspectiva de los años, podían significar una educación, un movimiento hacia un tipo de madurez más cosmopolita. En cambio, para aquellos que se había dejado atrás –no solo los patronos y sus agentes, sino sus dependientes más subordinados–, el viaje implicaba ser afectado por algo desconocido y casi inevitablemente amenazador e impuro –impuro en el sentido de que perturbaba el orden conocido del mundo local, introduciendo variables nuevas en la toma de decisiones y posibilidades más amplias para un futuro.

Si pretendiéramos preguntar cómo empezó a existir una cultura de la localidad en esta área o cómo podía ser la textura específica de su estructura de sentimiento, entonces podría valer la pena reflexionar sobre estos rasgos.

HISTORIAS DE REGULACIÓN

En cuanto a la política, como la Ford Motor Company, podríamos

haber sido fácilmente engañados. Trabajando, como hemos hecho, durante la era posfranquista, descubrimos que la mayoría de gente tenía poco interés por la política nacional y mucho menos aún por sus ramificaciones institucionales locales en el nivel provincial o municipal, y nos inclinábamos a asumir que eso ponía en evidencia una actitud ya antigua en el mundo rural. Con todo, aunque en Valencia hubo un fuerte movimiento católico y conservador durante la República, la Vega Baja, en general, fue afín al Gobierno y los pueblos que conocíamos mejor estuvieron completamente controlados por el sindicato del partido socialista y después unieron sus esfuerzos con el sindicato anarquista. Una vez empezó la Guerra, se expropiaron muchas fincas mediante iniciativas locales, se acuñó dinero local y esas fincas fueron explotadas colectivamente. Mientras las fuerzas republicanas se retiraban al final de la Guerra hacia el puerto de Alicante y los nacionales, junto a sus apéndices políticos y sus cuerpos paramilitares, avanzaban sobre la región, se preparaba un nuevo régimen de vida cotidiana.

A la Guerra (1936-39) le siguió un vasto conjunto de sistemas de racionamiento controlados por el Estado. Ciertamente, ello se debió en parte a la necesidad de dirigir una economía extremadamente debilitada, pero sobre todo fue un medio de castigar y recompensar de manera selectiva a los miembros de la nueva sociedad franquista. Tanto la represión como el mercado negro fueron esencialmente selectivos casi por definición. La represión franquista fue muy efectiva cancelando un sentido colectivo de la alteridad (por no hablar de resistencia) y, de manera más general, cualquier sentido de terreno político público, ejerciéndose de forma altamente personal y selectiva. Los objetivos de la represión fueron seleccionados por personalidades muy concretas con posiciones de poder, y lo hicieron día a día sobre una base casi aleatoria.[8] Además, fueron posiciones de poder planificadas explícitamente para el provecho propio de la persona que las ostentaba. Franco dio su sello personal de aprobación a este enriquecimiento de los vencedores a expensas de los vencidos igualándolo al derecho de saqueo y violación otorgado tradicionalmente a los ejércitos victoriosos en tiempos remotos.

Un efecto, intencionado o no, de todo esto fue que la desesperada búsqueda diaria de alimento produjera la renuncia a preocuparse o

interesarse por cualquier otra cosa. Otro fue que muchos de los que habían sido afines a la República, incapaces de conseguir los documentos necesarios para llevar una vida normal, se vieron obligados a recurrir al mercado negro. A la vez, esta situación los hizo más vulnerables a ser descubiertos y castigados en cualquier momento, pero también produjo personas que conocían mejor a los funcionarios que se podía sobornar, los atajos menos vigilados y los «delitos» que en realidad no eran tan graves, y, en consecuencia, generó una vuelta de tuerca más en la soga retorcida de la selección.

Las diferencias que resultaron directamente del poder político se vieron amplificadas también por las ventajas subyacentes a la participación de la derecha en el estraperlo (mercado negro), que ofrecía enormes oportunidades de beneficio rápido. De hecho, la propiedad cambiaba de manos en tal medida que nos podríamos referir cínicamente al estraperlo como la reforma agraria de Franco. Una vieja clase de terratenientes, la mayoría de ellos absentista y enfrentada con un sector agrícola desmontado, que percibía oportunidades en los grandes centros urbanos, vendió sus propiedades a sus grandes arrendatarios, quienes, a su vez, vendieron a menudo sus parcelas a aquellos que se enriquecían con el estraperlo. Después, con la llegada de los años cincuenta, se presentaron nuevas oportunidades, a la vez que el área se veía progresivamente implicada en el lucrativo mercado de la fibra de cáñamo.

Así pues, las fuerzas de diferenciación económica, social y cultural cambiaron de dirección numerosas veces durante los cien años que van de 1890 a 1990, como sin duda ya lo habían hecho antes. Pero difícilmente pueden ser sobreestimadas las fuerzas que se hicieron con el poder en aquellos años letales que siguieron a la Guerra Civil, durante los cuales Franco imprimió su sello de hierro sobre la sociedad española. Es difícil discernir cómo se podría hablar de la economía informal de los años sesenta sin referencia alguna a aquel periodo previo, y es imposible hablar de la falta de inclinación «natural» de la gente local hacia la política pública sin referencia alguna a lo que hizo tan naturales tales actitudes.

La presencia ausente de esta historia crepuscular condicionó con

toda seguridad el modo en que durante los años ochenta se pedía a la gente corriente de España que diera voz a una política pública renovada y cuando durante los noventa se estaba reestructurando la Vega Baja como economía regional. Sin embargo, fue más destacable la manera como estos dos momentos fueron enmarcados, sobre todo, por el discurso político presente. Ya hemos apuntado que el lenguaje sociológico usado para evocar las economías regionales emplea descripciones de los fenómenos que las sitúan dentro de las nociones de funcionalidad y ventaja competitiva, a la vez que se minimizan las referencias a las relaciones de clase y al papel del poder en la reproducción social. Este tipo de marco, que obviamente juega un papel en la marginalización de la historia de la que hemos estado hablando antes, es asimismo contextual: el campo político-económico, institucional y discursivo del corporativismo neoliberal. Esperamos que las pruebas etnográficas contenidas en este libro nos permitan volver a una crítica más exhaustiva de la conjunción históricamente particular de las formas capitalistas con las prácticas regulatorias. Queremos demostrar aquí el valor de la etnografía histórica, explorando cómo el pasado que acabamos de describir favoreció este tipo específico de conjunción.

Lo hemos llamado «corporativismo neoliberal». Hasta el momento, el corporativismo y el neoliberalismo se han comprendido como imágenes especulares uno del otro: uno sitúa la prioridad en la salud de todo el cuerpo social, el otro insiste en la salud del actor individual y niega la existencia de algo como la sociedad (como Margaret Thatcher señaló). Sin embargo, más recientemente, los investigadores han empezado a contradecir estas diferencias con términos tales como «el nuevo paternalismo» (Mead, 1997) y «autoritarismo liberal» (Dean, 1999, 2002), al menos en parte, para explicar el tema de las prácticas de gobierno de la Unión Europea, en general, y, más particularmente, de los estados donde se invoca algún tipo de «tercera vía». El corporativismo da una prioridad elevada al funcionamiento apropiado de la sociedad como un todo integrado y coherente. El conflicto interno al sistema es considerado una patología, como el suicidio o la delincuencia, que debe afrontarse reprogramando todo el conjunto considerado. Estos conjuntos se consideraban frecuentemente como sociedades nacionales, como en la Francia de Durkheim o en la Gran Bretaña de Marshall, pero no es necesario que lo sean.

Aunque tanto el corporativismo como el neoliberalismo se preocupan por la productividad global de la comunidad política en un mundo competitivo internacionalmente, difieren más concretamente por el hecho de que para el neoliberalismo este objetivo se alcanza trasladando una parte principal del gobierno al mercado y a otras instituciones de la llamada sociedad civil. Haciéndolo así, refunde en términos de «contratos» las interrelaciones funcionales de estas instituciones y lo que se espera normativamente de sus prácticas, desde los ayuntamientos a los hospitales, los juzgados, las universidades. Lejos de ser patologizado, en este caso, el conflicto es validado, sin embargo, solo en su variante darwiniana específica: la competición entre unidades –individuos, empresas y similares–. Por esta razón entre otras, la regulación, como insistió Polanyi (1957), siempre permanece como un aspecto que se ha de tratar; los neoliberales tienen tanto miedo de la anarquía como cualquiera. Así, la cuestión que se plantea tiene que ver con la relación entre orden y gestión –en resumen, gobierno– y ese elemento de la sociedad en el que ahora se confía por su productividad competitiva: la sociedad civil comercializada. La historia particular de la administración en la Europa continental (Holmes, 2000), si bien ha adoptado gran variedad de formas, ha respondido a esta cuestión con las diferentes versiones del corporativismo neoliberal.

En ese sentido, productividad y gobierno son los dos compañeros perpetuos de la modernidad. Y aunque los dos están tan unidos como las manos entrelazadas en la cordialidad o en la lucha, Marx tuvo mucho que decir sobre uno y Foucault sobre el otro. Aun reconociendo sus profundas diferencias, podemos comprender el corporativismo neoliberal cuando exploramos sus visiones complementarias de la productividad y el gobierno. Para exponer esta cuestión, establecemos una analogía entre la distinción de Marx entre plusvalía absoluta y relativa (y, por extensión, su distinción entre subsunción formal y real del trabajo al capital) y la distinción de Foucault entre gobierno monárquico y gobierno moderno. Esta analogía puede observarse haciendo hincapié en un rasgo esencial de la expropiación dentro del capitalismo y otro rasgo de la regulación en las sociedades modernas.

En cuanto a la primera, las inversiones en maquinaria mejor y las

mejoras de los medios de organización del trabajo tienen como resultado una productividad global mayor. Esta dinámica particular fue denominada por Marx producción de plusvalía «relativa». Para Marx la emergencia de esta comprensión dinámica de los avances en la productividad fue en la historia real un camino tortuoso y difícil, porque el capitalismo a veces tomaba solo los elementos formales de estas relaciones y retrocedía a menudo hacia una forma menos dinámica que llamó producción de plusvalía «absoluta» (Capital, I: apéndice).

Si nos trasladamos al trabajo de Foucault sobre el gobierno, observamos algo bastante similar en su comprensión del paso de las viejas formas del poder monárquico al poder moderno, del poder absoluto al relativo, si mantenemos los términos de Marx. Como al inicio la noción de poder versa preeminentemente sobre la restricción, el «poder de la espada» fue sustituido por lo que podríamos llamar la potencia de la máquina, un poder productivo. De la plusvalía absoluta a la relativa, del poder monárquico al moderno, cada una de estas transformaciones tiene el efecto de conformar ideas bastante diferentes del mundo material y social (la fábrica y la sociedad), en primer lugar, y después de los sujetos sociales que se encontrarán allí.

Visto de esta manera, podríamos proponer que el equivalente de Marx al poder monárquico era la plusvalía absoluta, y en el apéndice al volumen I de El capital, él intentó estudiar los caminos desiguales por los que la plusvalía relativa y la absoluta se combinan de manera compleja en la vida real. Especialmente donde los capitalistas intentan aumentar las cantidades que pueden derivar como beneficios, pero no invierten en los medios técnicos para hacerlo, es probable encontrar un vasto conjunto de medios «extraeconómicos» para transformar el valor (trabajo) en beneficio. Y estos fueron precisamente los rasgos distintivos empleados en las relaciones y las prácticas sociales en la Vega Baja después de la Guerra Civil. A la vez, ello implicaba unas formas de regulación que afectaron a las familias, los amigos, los vecindarios y las comunidades y dieron como resultado, sería tentador argumentarlo, un tipo bastante específico de cultura local. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que hemos dicho, insistir en «la cultura» parece engañoso; son más importantes las relaciones prácticas de

explotación favorecidas por tipos específicos e identificables de poder mediante los cuales se reguló la totalidad.

Quizá no sorprenda, pero si estamos hablando de procesos de producción y de las formas para su regulación, y nos vemos obligados a recurrir a relaciones de clase y ámbitos de poder, ¿por qué se debería prescindir de estos conceptos cuando hablamos de las mismas cosas –producción y regulación social– pero ahora en las nuevas economías regionales evocadas por especialistas atrapados en la telaraña del discurso corporativista neoliberal?

Consideremos primero el neoliberalismo. El ideal del neoliberalismo es el de un estado que cede el gobierno a las instituciones económicas y civiles (Dean, 2002). ¿Por qué deberían estas instituciones ser inmunes al mismo ideal, subcontratando también hasta que la responsabilidad termina en los sujetos sociales autocontrolados que se comportan de una manera adecuada a un proyecto social entendido en los términos productivistas que hemos descrito antes? Si el experto taylorista se centró fundamentalmente en la empresa, mientras su sucesor fordista colonizó áreas suburbanas más allá de ella, para el experto neoliberal los sujetos sociales son empresas. Los obreros poseen un tipo de capital –capital humano– y ellos o sus predecesores han invertido en ese capital y han producido fuerza física y destrezas, por supuesto, pero también amor, afecto, moralidad y demás (Burchell, 1993). Foucault nos invita a destacar que el resultado podría ser un giro bastante importante en la manera como se concibe y se ejerce el poder. Por ejemplo, nuestro nuevo experto que trabaja a favor de este tipo de sistema en busca de beneficio podría llegar a la idea de que cuanto más libres y sin trabas se sientan los obreros mientras trabajan –horario flexible, una gama amplia de lugares de trabajo, etcétera–, más podrán contribuir a la potencia global de esa sociedad moderna. Entonces el poder, lejos de tratarse de restricción y coacción, podría presentarse como basado en lo contrario. Como había apuntado Adam Smith doscientos cincuenta años antes, «los lugares más seguros no son necesariamente aquellos donde existe una mayor regulación de policía, sino aquellos en los que la gente común es independiente y trabaja en manufacturas... Así pues, se puede recomendar el trabajo industrial para ayudar a desarrollar una buena policía» (Dean, 2002: 51; véase también

Hindess, 2001).

En este mundo social imaginado, todas las prácticas y relaciones se pueden entender en términos de dos beneficiarios potenciales: el propio sujeto social y, por extensión (mediante su productividad incrementada), el proyecto social global en el que se inscribe la persona (la familia, la empresa, la nación, etc.). En este caso, la hegemonía funciona recompensando la colusión activa. La colusión surge de un intercambio en el que la participación en el proyecto social promete dar poder a aquellos a los que se reconoce como miembros legítimos a través de la productividad intensificada del cuerpo corporativo político global.[9]

No es difícil ver dónde se introduce insidiosamente el elemento corporativo en este programa neoliberal, por otra parte clásico. Pero ¿qué es un «cuerpo corporativo político global» con el que uno se puede identificar suficientemente bien como para observar sus aportaciones y sus ganancias? Ciertamente no es la pertenencia a un tipo neoliberal de estado, como se puede deducir de todo lo que hemos dicho antes; aún menos la extensa e impersonal Unión Europea. En este caso, las regiones se convierten en clave. La reelaboración de la relación entre trabajo y posesión de la propiedad en términos de capital humano se basa en concepciones muy particulares de la responsabilidad personal que van unidas a la redelimitación de los caminos de participación en el proyecto social más amplio. Con las intervenciones apropiadas de los intelectuales, las regiones ofrecen el tipo de escala local que permite a los miembros verificar el retorno de la inversión (de capital humano), mientras que a la vez se mide esa participación en términos económicos más que políticos. Por otra parte, como se puede dar cada vez más una forma reconocible a las economías regionales, por ejemplo mediante la alusión a las características positivas distintivas de la cultura local, se puede alcanzar una identificación mayor del trabajador emprendedor neoliberal con el enriquecimiento de una unidad social identificable –la región y su capital social–, aunque al precio de rediseñar las condiciones de pertenencia social.

ESTRUCTURA DE ESTE LIBRO

En este capítulo hemos tomado un camino selectivo y esquemático –desde la interfaz coercitiva de la posguerra civil mediante una economía en la sombra hasta el establecimiento de programas de desarrollo regional dentro de la doctrina neoliberal– no tanto para afirmar una verdad como para ilustrar cómo la etnografía histórica puede plantear ciertas preguntas. La mayor parte de lo que queda de este libro difiere bastante de esta vía esquemática. Existen muchas historias entrecruzadas que tienen que tratarse. Existen curvas y callejones sin salida a lo largo de los diferentes caminos que tomamos que desmienten la posibilidad de una historia única tan central tanto para el gobierno español actual como para el proyecto de construcción de una Unión Europea coherente en el futuro. Cuando se persiguen estos proyectos por medio de concepciones corporativistas neoliberales, se obtiene una historia políticamente vacía.

Con todo, seguramente es difícil negar la importancia de las diferencias de clase en lo que hemos estado discutiendo, y si aceptamos el concepto de clase tenemos también que aceptar los hechos de expropiación inherentes a las relaciones capitalistas de producción. Y esto a su vez hace difícil aceptar una imagen de la dinámica social que niega la importancia del conflicto. Por tanto, existe una conexión, por una parte, entre el modo en el que tiene lugar la expropiación y el modo en el que la sociedad es regulada y, por otra parte, entre el modo como las personas piensan sobre sí mismas como sujetos sociales y, en consecuencia, las posibilidades para la praxis.

En el capítulo 1 exploramos el espacio regional como emplazamiento histórico. Este emerge menos como territorio delimitado y más como una serie de campos de fuerza tales que cualquier lugar concreto –nos hemos centrado en el pueblo de Catral– parece estar en la intersección de varias corrientes históricas, sean estas las familias rurales relativamente poco polarizadas del vecino Dolores, las comunidades altamente polarizadas más cercanas a la antigua ciudad de Orihuela o las

manufacturas de Callosa, Elche o Crevillente. Lo que emerge no es tanto un mapa claramente demarcado como un conjunto de caminos que se entrecruzan y de paisajes inestables en el tiempo.

Pasando del espacio a las relaciones sociales, encontramos otra historia de variación: conjuntos de vínculos sociales que tenían fuerza en un escenario, pero que en sus resultados reales generaron combinaciones mal trabadas, de manera que la estabilidad de una estructura era socavada precisamente por su disposición próxima a otra. Los regadíos no se extienden homogéneamente por la zona, sino que están salpicados de tierras yermas de monte bajo (saladares). La riqueza de la agricultura intensiva al principio parece ofrecer una ecología para el autoabastecimiento, pero enseguida vemos que hay que situarla en las cambiantes demandas internacionales de una agricultura comercial: las vides desplazan una cosecha de patatas, el sediento cáñamo se bebe el agua del trigo, etc. Lejos de ofrecer el tipo de emplazamiento claramente particular que pudiera conducir a una etnografía bien ordenada, nos enfrentamos con un tipo de incoherencia, una suerte de espacio sin lugar cruzado por los múltiples caminos de las discontinuidades históricas.

El capítulo 2 se sitúa en los años cuarenta y cincuenta. Quizá como resultado de la larga fascinación inglesa por la Guerra Civil española (véanse especialmente Thomas, 1977; Fraser, 1979), Gavin esperaba hacer el vistoso descubrimiento ocasional sobre el periodo; Susana, como viene de una generación que había cuestionado las apariencias del pasado español, esperaba igualmente la revelación fortuita. Ninguno de los dos estábamos preparados para la «totalidad» de aquel periodo terrible. Para algunos, este periodo de la posguerra civil representaba el final de una era; para otros, un periodo de oportunidad frenética; para otros, un periodo de hambre y miedo, y todos estos niveles se superponían entre sí. Se aprehendió el periodo en la extraña trinidad de la represión personalizada, la economía sumergida y la abundancia ambigua del cultivo y procesamiento del cáñamo. Algunos de los personajes, como los terratenientes de antaño o la imagen del comerciante corrupto, se hacían rápida y fácilmente visibles para el investigador de fuera. Otros no. El mundo del trabajador dependiente y el mundo casi inverso del ex republicano excluido eran más difíciles

de indagar. Como veremos más adelante en el capítulo 7, estas clases de oscurecimientos y distorsiones del espejo retrovisor, con el aliento de la «versión oficial», fueron reproducidas en la forma que tomó la cultura política contemporánea.

En los capítulos 3 y 4 cambiamos la escala de la zona y el municipio al mundo cotidiano de la relaciones interpersonales y las prácticas de la gente corriente. Al hacerlo, nos dimos cuenta que un componente crucial de la regulación social tenía que ver con el movimiento y su negación. Era la propia naturaleza de las dependencias sociales y la ausencia de tales dependencias lo que hacía realidad el lugar. Y lo que daba su patrón de oro a este tipo de regulación era la inseguridad; sin la presencia perpetua de la incertidumbre en medio de la escasez, la regulación habría perdido su influencia esencial. Ello significó que, a la incertidumbre natural del clima y la volatilidad de la economía comercial, se añadió una política de inseguridad intencionada que se sintió (de nuevo útilmente) de manera desigual tanto cuantitativamente como cualitativamente. Intentamos mostrar que el engastamiento de la dependencia, por una parte, y la agotadora búsqueda de nichos de oportunidad, por otra, se componían simultáneamente de las condiciones estructurales que situaban a una persona o familia en un tiempo concreto y de la capacidad de acción inherente al carácter cada persona.

La segunda parte nos trae al presente (o al pasado reciente). En los capítulos 5 y 6 observamos cómo estas trayectorias múltiples y los patrones que se despliegan para originar diferentes tipos de sujeto social –diferentes nociones de autoconciencia socialmente recíprocas– producen la flexibilidad, autoexplotación, explotación intrafamiliar y explotación social más amplia, que hace posible la economía regional actual y su reproducción.

En el capítulo 5 dirigimos la mirada a figuras emprendedoras menores y, al hacerlo, cubrimos la transición del área desde una economía predominantemente agrícola en la que las manufacturas y los servicios jugaban papeles complementarios importantes a una economía en la que la industria empieza a ocupar el centro de gravedad. En el capítulo 6, introducimos la amplia variedad de actores que se entremezclan en las industrias «flexibles»

contemporáneas de la comarca. Creemos que esta historia –económica, política, social y cultural– engendra relaciones entre la gente parecidas a las de clase y, por eso, produce personas que se relacionan unas con otras como miembros de clases. En consecuencia, en la conclusión de este capítulo empezamos a explicar cómo algunos de aquellos actores más jóvenes cuyas experiencias les han dado un cierto grado de movilidad ocultan la idea de clase –en parte por la naturaleza múltiple de las ocupaciones laborales familiares e individuales–, a la vez que la explicitan, si bien de manera elusiva. A pesar de las apariencias inmediatas, es imposible imaginar el personaje social o la figura cultural de quien trabaja a domicilio o la del trabajador dependiente, o el intermediario y su mujer (o hija), más allá de la historia de las relaciones de explotación de las que emerge cada generación y sobre las cuales cada individuo negocia su presente. No decimos esto dogmática ni alegremente. Creemos que es la esencia de lo que hace posible los tipos de regulación dispersos e imprevisibles inherentes a los regímenes de producción flexible regionalizada, de los que la Vega Baja es solo un ejemplo.

En el capítulo etnográfico final (capítulo 7), volvemos la vista hacia la política. Mostramos cómo las economías regionales, lejos de basarse en la cultura local en el sentido en el que la mayoría de antropólogos entenderían el término cultura, parecen relacionarse con algún tipo de déficit cultural, un fallo de las posibilidades dialógicas de la cultura colectiva. El vacío que deja un déficit como este hace posible la invención, la superimposición de otra cosa, algo bastante diferente de aquello que, desde nuestro punto de vista, debiera llamarse «cultura», pero que, pese a todo, se llama justamente así. Sin embargo, este sucedáneo de cultura pública no consigue inscribir a todo el mundo en su seno.

La cultura, tal como la veían los viejos socialistas, por ejemplo, evoca una conciencia crítica de la realidad vivida, conciencia casi en un sentido marxista clásico. Pero esta cultura más artificial se imagina bastante efímeramente como una «atmósfera», una abstracción deshistorizada, una «visión del mundo» que flota superorgánicamente sobre las fuerzas materiales y las ambivalencias de la vida real. Esta serie de categorías performativas deshistorizadas (ganadores y vencedores, los nativos y los foráneos,

etc.), magníficamente ejemplificada por la fiesta de Moros y Cristianos o por la imagen comercial del carácter emprendedor propio de la zona, bien puede justificar un estudio propio. Sin embargo, nuestro foco de atención son los diferentes factores que parecen haber drenado cualquier posibilidad de una cultura pública de interrelación colectiva, algo que a veces se ha llamado «comunidad», un sentido del espacio y de la pertenencia. Creemos que una historia concreta de las prácticas de subsistencia y de la represión política se combina con el liberalismo neocorporativo actual para producir este resultado. Ha surgido una dialéctica particular entre los espacios y las prácticas íntimas y las públicas en el contexto de las formas de regulación siempre articuladas con y mediante una economía sumergida (o quizá fuera mejor escribir de superficie). Porque las prácticas reguladoras han variado a través de la historia y, a pesar de estas variaciones, que han operado selectiva y fortuitamente, han afectado a la gente de maneras muy diferentes y así han constituido una multiplicidad de subjetividades sociales.

En el capítulo 8, de conclusión, aprovechamos los datos de los capítulos precedentes para revisitar las imágenes de la sociedad y la economía que son hegemónicas hoy en día en la Unión Europea. Al hacerlo, no solo cuestionamos la bibliografía ahora extensa sobre las economías regionales y el desarrollo regional, sino que también exploramos cómo las estructuras institucionales surgidas de regímenes neoliberales han afectado a la producción intelectual de estas imágenes concretas del mundo social actual.

---

1. Véase Wolf (2001: 375): «Nos ocupamos de un poder estructural, unas capacidades que fluyen desde posiciones en un conjunto de relaciones, que están estratégicamente investidas con el poder de controlar la conducta mediante el control del acceso a los recursos naturales y sociales».

2. «Cognoscible» (knowable) necesita comillas irónicas, ya que para Williams la cognoscibilidad (knowability) es construida e ilusoria.

3. El economista Josep Antoni Ybarra (1998, 2001) es un defensor activo de un modelo económico regional («nacionalismo económico») que enfatiza la relevancia del desarrollo regional de políticas que apoyan los rasgos de identidad diferencial tales como

la lengua y otros aspectos de la cultura local.

4. Las familias campesinas multiocupacionales han sido de interés durante mucho tiempo para los analistas de las sociedades rurales del Tercer Mundo (Shanin, 1973; Long y Roberts, 1978, 1984). Pluriactivité, un neologismo francés, empezó a usarse de manera creciente en la bibliografía anglófona sobre la agricultura europea a lo largo de los años sesenta.

5. Para los historiadores de la región –en contraste con los planificadores nacionales y de la Unión Europea–, la cuestión siempre había sido por qué Valencia, a diferencia de la vecina Cataluña, fracasó en su despegue industrial (Giralt, 1986) y esto continuó siendo tema de discusión de los historiadores más específicamente económicos. Así, a pesar de tener una audiencia y un lenguaje diferentes del de la bibliografía orientada a la política, sus interrogantes trataban también sobre capital, empresa y viabilidad y se ocupaban menos de las experiencias de la clase trabajadora. La generación posterior de historiadores económicos desafió ese punto de vista y apuntó la idea de que en la región se había desarrollado con bastante éxito un capitalismo endógeno basado en pequeñas empresas (Lluch, 1976; Picó López, 1976; Nadal, 1990). Es interesante destacar que esta nueva perspectiva estuvo influida desde el principio por los primeros desarrollos de los modelos de la «Tercera Italia» (Lluch, 1976).

6. En 1978, cuando Gavin trataba de localizar un emplazamiento para su trabajo de campo que tuviera precisamente esas características, los científicos sociales de Barcelona y Madrid –de mucha confianza, a menudo sin experiencia en la realización de trabajo empírico o de campo– le habían dicho a menudo que, como don Quijote, iba buscando algo que ya no existía. Los más radicales incluso citaron a Engels y Lenin como pruebas de sus afirmaciones.

7. Y la transformación de las alpargatas en calzado de cuero no había sido especialmente reciente. Inducida inicialmente por la demanda de los cuerpos armados y posteriormente por el crecimiento de la industria en otras partes de España, la producción de calzado de cuero empezó a principios del siglo XX, paralela a la constante producción de alpargatas.

8. Usamos el frase laxa «posiciones de poder» porque no se trataba solo de los que ostentaban cargos políticos formales. También tomaban parte los curas, así como las milicias de la juventud del Movimiento Nacional. Para comprender cómo funcionaba la posterior economía informal de Valencia de los años sesenta y setenta, es importante reconocer también esa tradición de una política informal.

9. Notemos que en esta imaginería –en la que la relación trabajo-capital se reemplaza por el concepto de capital humano y, en consecuencia, los trabajadores son meras miniempresas en el seno de las empresas– el concepto de explotación en su acepción técnica (frente a la peyorativa) no tiene sentido.

PRIMERA PARTE

HISTORIAS EN CONFLICTO

Capítulo 1

LAS HISTORIAS DE LA ECONOMÍA POLÍTICA REGIONAL

Hay muchos aspectos que sugieren que nuestra zona de estudio pudiera reunir muchas de las características adscritas a las economías regionales con éxito, como la «Tercera Italia» y Baden-Württemberg. Combinando una zona árida de cultivos y un área litoral de regadíos (aunque con pocos recursos) y también la agricultura y la industria rural, la provincia de Alicante ha sido desde hace tiempo un lugar de pluriactividad rural. Durante años las actividades agrícolas se han complementado con una cantidad casi infinita de trabajos no agrícolas, desde el comercio al transporte y las manufacturas. Existía pluriactividad tanto a nivel familiar, con cada miembro ocupado en labores muy diferentes, como a nivel individual, realizando una única persona una variedad de ocupaciones muy diferenciadas en un único marco temporal simple o pasando por una serie de experiencias laborales muy diferentes durante el curso de su vida económicamente activa.

Tal pluriactividad es común a la mayoría de economías regionales, pero esta descripción bastante estática oscurece lo que para nosotros resultó ser un elemento crucial de la realidad histórica. Mientras investigábamos la historia del área, descubrimos que las diferencias cualitativas –de una microrregión a otra, en la mezcla ocupacional de un hogar, etc., lo que llamamos heterogeneidad– a lo largo del tiempo condujeron a la gente por caminos diferentes que produjeron efectivamente diferencias en el nivel local, tanto sociales como culturales.

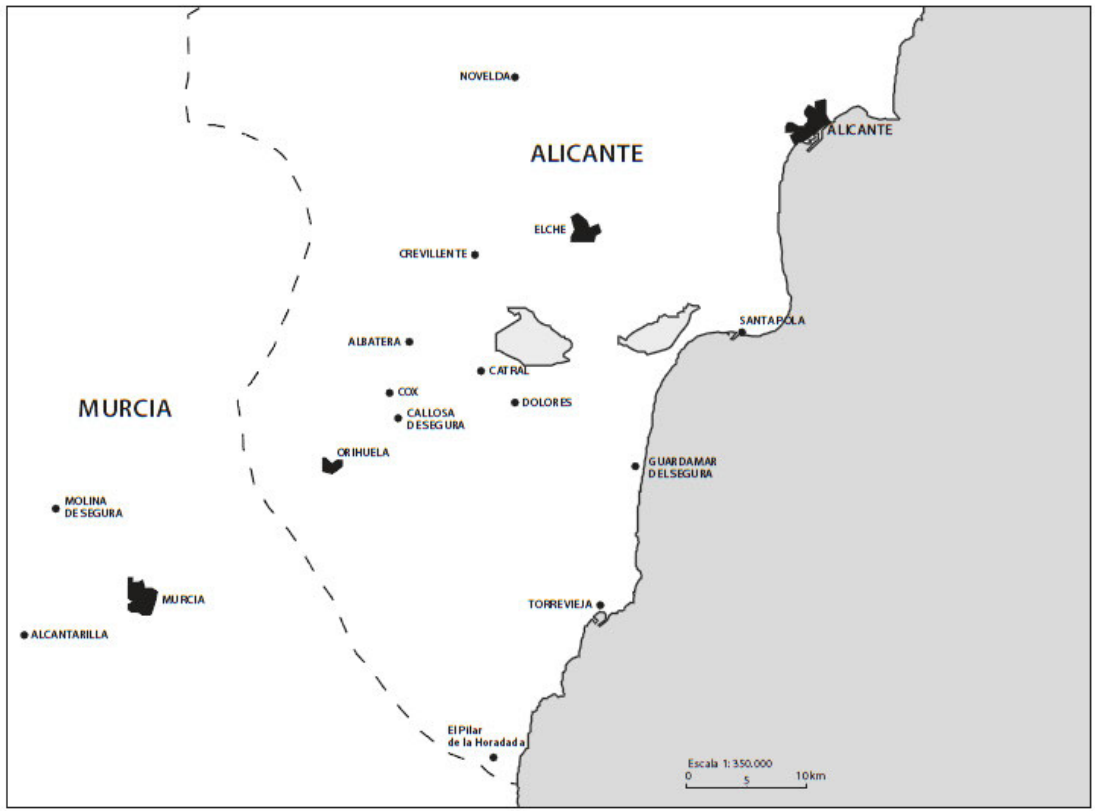
EL ESCENARIO GEOGRÁFICO

Aparte de Alicante, importante ciudad portuaria mediterránea, la mitad sur de la provincia puede entenderse mejor como tres zonas geográficas: (1) El litoral que va desde el extremo sur hasta la ciudad de Alicante. (2) El valle del río Vinalopó, que discurre sur-sureste desde Almansa y Villena hasta Elche, un área de agricultura volátil que se benefició históricamente como eje principal en el tráfico de mercancías entre Alicante, el puerto mediterráneo más activo de España, y Madrid; dicha combinación proporcionó a su vez una larga experiencia de pluriactividad que sirvió de puente entre las ocupaciones agrícolas y las no agrícolas. (3) El resto, tierras altas áridas y marginalizadas limitadas a una agricultura pobre (véase mapa 1).

Una observación más detenida del litoral sugiere, en realidad, la existencia de dos subzonas. La primera forma una curva que va desde Orihuela hasta Crevillente, Elche y Alicante por Callosa del Segura. Esta área tiene patrones históricos de pluriactividad similares a los del Vinalopó, pero con diferencias derivadas de la naturaleza de la agricultura desigualmente irrigada de la llanura costera. Una segunda subzona se extiende por la costa desde el extremo sur de la provincia hasta Guardamar del Segura. Privada de la apertura que proporciona un sistema de comunicaciones bien mantenido y con una presencia más fuerte de grandes terratenientes, hubo muchas menos ocupaciones no agrícolas en esa zona (Censo de Floridablanca, 1787).

Hemos centrado nuestro estudio en el linde entre estas dos subzonas. Catral, nuestro epicentro, está a solo 7 kilómetros de Callosa y Crevillente y a 14 kilómetros de Elche. En consecuencia, a menudo ha caído dentro de la órbita de los desarrollos de estos centros. Además, Catral tiene la tercera tanda (turno) en el sistema de riego que se extiende desde Orihuela, en el bajo Segura (Vega Baja). Con frecuencia asociado a los bien conocidos y altamente

efectivos trabajos de irrigación de los árabes, este brazo del sistema de la Vega Baja debe bien poco a esa herencia y fue casi inútil hasta finales del siglo XIX, cuando, después de que en 1879 una riada catastrófica destruyera una gran parte del centro y de los alrededores de la ciudad de Murcia, se introdujeron gradualmente una serie de mejoras.[1] La actual Comunidad de Regantes de Catral fue fundada diez años más tarde, pero hasta 1907 no se puso por escrito oficialmente el sistema de rotación entre Orihuela, Callosa del Segura y Catral. Entre 1913 y 1977 el sistema de riego de la Vega Baja se extendió de 19.000 a 44.638 hectáreas (López Bermúdez, 1980: 285), para volver a disminuir en los años ochenta. El resultado es una zona altamente compleja. Por una parte, Catral ha estado vinculado desde hace tiempo a un viejo sistema de riego de gran rigidez y desigualdad en la posesión de la tierra. Por otra parte, está situado en el punto más lejano de este brazo de riego y ha sufrido tanto a causa de ello que existe la expresión local «tan seco como Catral». Una informante mayor recordaba que en su juventud «había pastos en el Hondo [un marjal drenado], donde se criaban caballos, yeguas y mulas: también puedo recordar que a veces los toros venían aquí a pacer» (GS 1978). Aunque, en teoría, Catral se benefició de un antiguo sistema de riego, de hecho, este sistema tuvo el efecto negativo de mantener un patrón de posesión de la tierra más polarizado que en Dolores, justo al otro lado del brazo de riego, o que en el área más seca cercana a Crevillente.


NOVELDA
ALICANTE
ALICANTE
ELCHE
CREVILLENTE
SANTA POLA
ALBATERA
CATRAL
COX
DOLORES
CALLOSA DE SEGURA
MURCIA
ORIHUELA
GUARDAMAR DEL SEGURA
MOLINA DE SEGURA
MURCIA
TORREVIEJA
ALCANTARILLA
El Pilar de la Horadada
Escala 1: 350.000
0
5
10 km

TERRATENIENTES, AGRICULTORES Y TRABAJADORES

Una gran parte de lo que se ha escrito sobre los antecedentes históricos del Alicante occidental como distrito industrial se refiere a un pasado de pequeños propietarios. Este no es el caso de Catral, que se encuentra entre dos clases bastante diferentes de estructura de propiedad de la tierra y, por tanto, es una mezcla de ambas. En el apartado siguiente apuntaremos que, justo al oeste de Catral, está Callosa, al norte Crevillente y al este Elche, actuando todos estos núcleos como polos de atracción de unas manufacturas dispersas. Pero el carácter agrícola del área deriva más de otros dos pueblos vecinos. Muy cerca, por el este, antes de llegar a Elche, está Dolores, y por el oeste, pasando Callosa, está la gran y antigua ciudad de Orihuela, con sus varias pedanías dependientes que se extienden hacia abajo a ambos lados del río Segura. El Resumen hecho por la Junta Consultiva Agronómica de las Memorias sobre Riegos de 1904 comentaba:

La propiedad territorial está muy dividida en toda la provincia [de Alicante], si se exceptúa la huerta de Orihuela, donde existen algunas fincas que ocupan todo un término; como, por ejemplo, el de Formentera, que pertenece al marqués del Bosch; el de Jacarilla, del barón de Petrés; el de Rocamora, del conde de Villa-Manuel, y el de Algorfa, del marqués de igual título; pero estas propiedades sólo en parte son llevadas por sus dueños y lo demás está repartido entre un número mayor o menor de renteros (1904: 161; citado en Gil Olcina, 1983).

Detengámonos un momento en las dos áreas situadas a cada lado de Catral y fijémonos cómo su agricultura y su cultura están conectadas.

La (agri)cultura de Orihuela

Aunque no fuera tan extrema como Formentera –o Cox, por ejemplo, donde la propiedad de la familia Ruíz-Dávalos se remontaba a 1458– Catral no quedó al margen del tipo de distribución de la propiedad de la tierra descrito en el apartado anterior. Cuando se preguntó a Paquita, la vieja viuda de un jornalero, si en el pasado la propiedad estaba muy concentrada en Catral, respondió:

Sí, en manos de seis. Entre los más ricos estaban los Lara, que eran tres hijos; ellos vivían aquí. Otros como el duque de Tamames nunca vivieron aquí, y tampoco su familia. Él tenía apoderados en Orihuela, que fueron los que más tarde vendieron las tierras. Muchos arrendatarios compraron las tierras. Hubo otras grandes fincas (además de las del duque y la familia Lara) como los Frailes, que fue arrendada por los Úbeda. Más tarde la dejaron y, en 1913, lo recuerdo bien, llegaron los Oriolanos, que se hicieron cargo de la finca (Notas de campo de GS 1979).[2]

Como deja claro la descripción de Paquita, los sedimentos en el presente no se limitan a los recuerdos de las personas, pues ella ofrece un sentido claro de la manera como las viejas relaciones sociales se modifican y se transcriben en el presente. Necesitamos retroceder por un momento a esas relaciones.

A principios del siglo XIX (1829), el 28,6% de la tierra de Catral estaba en manos de ocho familias nobles (especialmente el marqués de Dos Aguas y los condes de Santa Clara y Villapunt) y el 8% era propiedad de las órdenes religiosas (especialmente las monjas de San Juan y el Convento de la Merced). Pero el 42,8% estaba en manos de propietarios sin título nobiliario que vivían en el mismo

pueblo. Casi la mitad de ellos tenía propiedades de más de 100 tahúllas, lo que los hacía agricultores comerciales viables por derecho propio.[3] Solo el 19,6% era poseída por campesinos locales y el 38,8% de ellos tenía menos de 5 tahúllas (Archivos Municipales de Catral).[4] Como se necesitaba un mínimo de 8 tahúllas para la subsistencia de una casa familiar (Millán, 1984), estos campesinos se veían obligados, de una manera u otra, a vender su mano de obra o trabajo a actividades no agrícolas.

Cien años más tarde, no habían cambiado mucho las cosas. En 1829 había catorce terratenientes con propiedades de más de 300 tahúllas, que controlaban el 54,6% de la tierra cultivable. Hacia 1935 la mayoría de los aristócratas se había ido, aunque el 60% de la superficie agrícola de Catral estaba aún en manos de solo diecisiete terratenientes, con más de 300 tahúllas cada uno (cinco de ellos con más de 600 tahúllas), y el 30,2% de campesinos propietarios tenía en total 185 tahúllas en propiedades menores de 5 tahúllas. En cualquier caso, cuando llegó la República la polarización había crecido. La cantidad de jornaleros de la zona, alrededor del 68,5% en el censo de Floridablanca de 1787, se incrementó durante el siglo XIX (70% en el censo de 1857) y llegó al máximo en los años treinta del siglo XX (Archivos Municipales, Registros de Impuestos).

Evidentemente, las desamortizaciones que siguieron al desmantelamiento del Antiguo Régimen no habían hecho mucho por transformar las relaciones de dependencia inherentes a este tipo de distribución de la tierra. Como resultado, el antiliberalismo impregnó el área durante el siglo XIX con el crecimiento rápido del carlismo,[5] la respuesta política de la gente del campo a la inestabilidad y las múltiples dependencias en las que los arrendatarios estaban atrapados –desde terratenientes presionando por las rentas, a acreedores presionando por el interés y el pago del capital avanzado y corredores (agentes comerciales de la tierra y los productos agrícolas y especuladores) que cargaban grandes porcentajes por sus servicios (Millán, 1984)–. Hay que apuntar que estas expresiones políticas tuvieron lugar en el contexto de crisis a menudo producidas por factores económicos externos. Cuando productos comerciales tradicionales como la seda entraban en crisis, los arrendatarios se veían atrapados entre la necesidad de

capitalizar su agricultura (mediante el incremento o el mantenimiento del riego y el uso creciente de guano) o invertir en cultivos comerciales nuevos y la imposibilidad de hacerlo a causa de las diferentes maneras por las que sus beneficios eran extraidos en forma de rentas, créditos y márgenes comerciales.

Los precios de las mercancías internacionales activaban crisis con efectos dominó, pero es significativo que la respuesta en estos tipos de relaciones agrícolas de producción era incrementar los lazos de dependencia de la inmensa mayoría de las personas. Aunque ocasionalmente desalojaron a los arrendatarios que no pagaban cuando la situación se hacía desastrosa, más a menudo los terratenientes se veían atrapados por la necesidad de mantener su tierra en producción, especialmente cuando las políticas agrícolas liberales tomaron como criterio fundamental de su reforma agraria si las propiedades estaban en cultivo productivo o abandonadas. Muchos señores aristócratas o eclesiásticos, a pesar de estar muy interesados en obtener el mejor provecho económico de sus tierras, se vieron forzados a aceptar la deuda creciente de sus rentas por parte de arrendatarios incapaces de pagar, incluso en especies. Entre tanto, entre los pobres la práctica generalizada de microsubarriendos y trabajo a jornal (véase más abajo) incrementó la situación de dependencia en el sentido de una subsistencia cada vez más frágil y desposeída.

Sin embargo, no todos sufrieron esos efectos. Los prestamistas (con frecuencia arrendatarios ricos que habían acumulado dinero en efectivo) y los agentes comerciales de la tierra (corredores) fueron capaces de evitar estos tipos de lazos de dependencia. El único interés de los corredores era el incremento del volumen de transacciones, lo que, de hecho, pudo beneficiar a los arrendatarios que tenían una posición mejor. Una vez habían concedido el crédito a los terratenientes contra el aval de sus tierras, ejerciendo después sus reclamaciones, esos agentes a menudo llevaron a la antigua clase rentista a traspasar una parte de sus propiedades a los arrendatarios. Así pues, la desamortización y la legislación liberal en general fueron provechosas para ambos grupos. Generalmente, los arrendatarios ricos y los corredores fueron los que se beneficiaron de la revolución liberal del siglo XIX y sus familias se convirtieron en los nuevos grandes terratenientes con la llegada del

siglo XX.

Esa polarización de la propiedad y los complejos acuerdos de trabajo y arrendamiento que corrían paralelos a ella –tanto causa como consecuencia de un mundo incierto y arriesgado– produjeron un tipo de escisión personal y social. Por una parte, las personas buscaron activar para su mejor provecho los lazos de dependencia derivados del patronazgo; por otra, intentaron hacer transformaciones para beneficiarse de los diferentes recursos y oportunidades de la pluriactividad en el área.

La (agri)cultura de Dolores

Aunque cercano a Catral, Dolores no forma parte del sistema de riego de la Vega Baja. Con todo, los habitantes de Catral a menudo se refieren a Dolores como un lugar donde los agricultores han estado más comprometidos con su trabajo, menos condicionados por el yugo de la tradición. Una gran parte del agua de Dolores proviene del sobrante (excedente) de Catral, pero eso no es lo que explica el carácter particular de la posesión de la tierra, la estructura social y las prácticas de subsistencia de esas personas.

El 9 de abril de 1715 don Luis Belluga y Moncada, cardenal de Cartagena, pidió a la ciudad de Orihuela unos 44 kilómetros cuadrados al norte del río Segura – aproximadamente los actuales términos de San Fulgencio, San Felipe Neri y Dolores–. Se trataba de un marjal denso donde no se podía entrar para medirlo cuidadosamente, y el cardenal planeó drenarlo. Después de 1720, cuando Guardamar le cedió 13.000 tahúllas adicionales de marjal y empezó el drenaje, su zona alcanzaba un total de más de 38.000 tahúllas (aproximadamente 4.500 hectáreas) y pretendía que sus rentas se emplearan en la construcción de un orfanato y un hospital. Los marjales fueron drenados en un lago interior salado, la laguna del Hondo,[6] y en 1734 se firmó un acuerdo con los jueces cequieros (árbitros de riego) de Callosa y Catral por el que concedía parte de sus aguas sobrantes a Dolores (Archivo del Sindicato de Riegos de

San Felipe Neri). Los primeros colonos llegaron en 1730, la mayoría (1.227) de Murcia, pero unos pocos de Catral (176) y Almoradí (171). Cuatro años después, se fundó oficialmente el pueblo de Dolores, pero la gente descubrió rápidamente cuán insana era la zona; los documentos hablan de «graves enfermedades», «epidemias pestilenciales» e «infección de los aires»; así que hacia 1740 las rentas enfitéuticas se cambiaron de un cuarto a un sexto de la cosecha, para evitar que se marcharan (León Closa, 1962).

En consecuencia, a diferencia de Catral, Dolores fue un área sin grandes terratenientes y con un nivel muy bajo de polarización social. Con un poco de agua de riego por lo menos, las actividades no agrícolas de Catral fueron el resultado de las desigualdades en la distribución de la tierra, mientras que en Dolores lo que animó la pluriactividad de los pequeños propietarios fueron las condiciones áridas e inciertas (para circunstancias similares en el valle del Vinalopó, véase Bernabé Maestre, 1976). En siguientes capítulos observaremos que estas distinciones –entre Orihuela al sur y Dolores al norte– hicieron de estos pueblos un símbolo y un santuario de los dos extremos de la clase social.

UN MUNDO VARIADO E INCIERTO

El transporte y el intercambio comercial proporcionaron una experiencia temprana del movimiento geográfico en la zona durante el siglo XIX, y todos estos factores se combinaron para hacer surgir la comercialización de la agricultura antes que en otras áreas de España y de manera bastante generalizada en toda la zona hacia la mitad del siglo, a pesar de la escasez de agua de riego y los suelos generalmente pobres. A su vez, la combinación de la agricultura comercial y la artesanía hizo posible una densidad de población mayor que en otras partes de la España rural, lo que, por un efecto dominó, originó la necesidad de comprar y vender más mercancías en los mercados locales.

A un lado de Catral, la manufactura de soga y velas en Callosa se remonta al menos a principios de la década de 1700. Al otro lado, en Elche, el censo de Floridablanca de 1797 registra 900 trabajadores bajo la supervisión de cincuenta y cuatro empresarios que trabajan en textiles y producen diferentes tejidos, así como cintas y faldas de algodón. Aunque parece que en este estadio temprano la producción de alpargatas era todavía una actividad reducida emprendida por unos pocos artesanos para el mercado local, hacia mitad de siglo la racionalización del cultivo de cáñamo para la producción de suelas de alpargatas empujó el sector a otra escala y al más amplio mercado nacional. La apertura del Canal de Suez en 1869 proporcionó yute barato de la India (pero también facilitó la llegada de seda más barata de Asia, que, junto con la epidemia de pebrina, puso fin a la producción de seda valenciana). En 1875 llegó la primera máquina de coser al pueblo; durante los siguientes veinte años Singer vendió 5.713 máquinas en la zona, que impulsaron un incipiente trabajo de aparado. «Esta fue la especialidad de las mujeres que hasta entonces habían trenzado suelas. Como generaba más beneficios que sus cosechas, entre los agricultores de la huerta y de los pueblos cercanos creció ese tipo de trabajo» (Monbeig, 1930: 603). Este mismo autor proseguía:

En este momento se puede decir que toda la población de Elche se dedica a la producción de alpargatas. En la entrada de las casas, los hombres hacen suelas sentados en un banco adosado a una mesa inclinada. De dentro de las casas sale el ruido de las máquinas de coser. Por las calles, los niños llevan sobre las cabezas cestas llenas de zapatos y alpargatas, el trabajo de toda la familia, que transportan a la fábrica para su acabado. Es evidente que se trata de una industria esencialmente a domicilio: el hombre hace la suela y cose la pieza de tela que la mujer ha punteado y bordado. Pero este trabajo se combina con una moderna organización industrial: aunque existan unos cuantos pequeños talleres que trabajan para ellos mismos y venden en la zona, la mayoría de los trabajadores depende de grandes empresas que les distribuyen las tareas; al mediodía y durante la tarde, las mujeres y los niños devuelven a las fábricas los trabajos de las familias (Monbeig, 1930: 604).

El mismo observador comentó que, aunque era imposible proporcionar un dato exacto, dada la naturaleza de la industria, conocía una fábrica que repartía trabajo a quinientas mujeres. Cuando exploramos la economía regional casi cien años después, vemos que este observador podría haber pronunciado las mismas palabras describiendo la misma imposibilidad de obtener números válidos, la misma gran cantidad de mujeres que trabajan desde casa, la misma pluriactividad dentro de los hogares.

La producción de alpargatas surgió primero para satisfacer las demandas locales, más tarde el mercado nacional y a finales de siglo Latinoamérica, el norte de África y las pocas colonias que le quedaban a España. Pero fue la guerra en Europa lo que proporcionó el empuje mayor para el paso de la producción de alpargatas a la producción de zapatos en la región. A principios del siglo XX, la zona estaba en competencia salvaje con los productores de zapatos de Barcelona, pero hacia los años treinta ya se había establecido, sobre todo porque la combinación del trabajo en zapatos y el trabajo agrícola hizo posible unos costes de producción bajos.[7] Hacer alpargatas proporcionó una gran parte de la experiencia necesaria para lo que iba a ser la industria zapatera de

hoy en día, pero debemos destacar también los cambios que implicó el giro, ya que la producción de zapatos originó demandas de materias primas diferentes, maquinaria diferente y en última instancia necesidades de capital diferentes, así como un proceso de producción cambiante.

Lo que vemos en esta situación es la profundidad histórica de los medios de subsistencia no agrícolas. Entretanto, en el sector agrícola se había producido una cierta comercialización por lo menos desde mediados del siglo XVIII(muy por delante del interior de España y Andalucía) y hacia mediados del siglo XIX estaba muy generalizada en la zona. Esta situación tuvo varios efectos sociales. La proporción más elevada de tierra dedicada a cultivos comerciales hizo bajar la posibilidad de autoconsumo por medio de parcelas de subsistencia y, por tanto, originó la mercantilización y los negocios que esta implicaba: demanda de tejidos, jabón, aguardiente, equipamiento agrícola y talleres de reparación. A su vez, esto provocó la aparición de personas que proporcionaban servicios tales como dar información sobre el estado de los mercados y posibles nuevos equipamientos o variedades de semillas. El resultado fue que, junto a los centros más especializados como Callosa, Crevillente y Elche, muchas pedanías se convirtieron en centros mixtos de manufactura y pequeño comercio.

Durante un breve periodo, cuando la crisis de la filoxera golpeó los viñedos franceses a finales de la década de 1870, esta agricultura comercial entró en una suerte de frenesí mientras la uva alicantina, (aparentemente) no afectada, resistía la plaga y, con la ayuda de un acuerdo comercial con Francia en 1882, prometía cantidades ingentes de riqueza. Podemos captar claramente el sentido de esta especie de fiebre del oro a partir del testimonio de Julio de Vargas, que, en su Viaje por España: Alicante y Murcia del año 1895, comentó «los pasados diez años» en los términos siguientes:

Ocurrió, por ejemplo, que un agricultor que poseía mil cepas, que producían igual número de cántaras[8] y que, por la repentina elevación de los precios, las vendía por término medio en 15.000 reales, aspiraba a ensanchar su propiedad para dedicarla al cultivo de una producción de tan segura y pingüe salida; y si tenía

almendros, los derribaba, y si poseía olivos, los convertía en leña, con el afán de plantar vides, que le reportaban mayor beneficio en menor tiempo y a costa quizás de menos cuidados (1895: 25).

Es verdad que la fiebre del vino generó mucha más especulación salvaje con la tierra que plantación real de vid, y cierto que, a causa del patrón particular de posesión de la tierra en la Vega Baja, la fiebre de la vid no afectó a la gente corriente del mismo modo uniforme que Vargas describe para zonas donde los viejos latifundios habían sido reemplazados. Pero el hecho es que, cuando la burbuja estalló –como lo hizo cuando Francia, después de haber descubierto cepas americanas seguras para sus viñas, rompió su acuerdo comercial–, fue como un ataque cardíaco para el área, un ataque que llevó al colapso a más largo plazo cuando el hongo de la filoxera hizo su ruta hasta Alicante. De 1900 a 1901 las exportaciones de vino de Alicante disminuyeron a la mitad (Martínez et al., 1978: 39). Resulta irónico que, como la pluriactividad había hecho posible que una población inusualmente densa sobreviviera en el campo, la crisis económica en el cambio de siglo golpeara de manera tan dura y estimulara la migración. En Catral y sus alrededores las personas que conocían el cuidado de la vid empezaron una práctica migratoria, primero al norte de África y después a Francia, que solo acabaría en la década de 1950.[9] Una mujer mayor, cuyo padre pasó muchos años en Orán, recordaba:

Iban una vez en invierno y una vez en verano. En invierno era para la poda de la vid. Iban unos pocos, diez, quizás doce. Era trabajo para aquellos que sabían cómo hacerlo. Iban más en verano, en junio y julio, si antes habían conseguido trabajo allí. Solo dos o tres meses, aunque algunos de los que habían ido para la poda se quedaban para la siega [sic] y estaban allí durante ocho o nueve meses (GS, 1978).

Por consiguiente, nuestra zona de estudio se sitúa en una serie de umbrales diferentes, entre una área de grandes terratenientes y otra

de pequeños agricultores propietarios, entre tierra árida y regadíos y entre unas áreas fuertemente dedicadas a las manufacturas y otras casi enteramente agrícolas. El resultado es la heterogeneidad, en las relaciones y en las prácticas sociales, en las instituciones sociales y en el carácter de la persona social. Las relaciones de vínculo y dependencia de la agricultura dominada por el terrateniente forman como una red de dependencias establecidas firmemente en el lugar, lo que contrasta con el mundo inestable y fluido de las diferentes fuentes de sustento no agrícolas.

UN PUEBLO EN EL UMBRAL DE LA SEGUNDA REPÚBLICA (1931)

Hasta aquí nos hemos movido adelante y atrás a través de la historia. Antes de posicionarnos, mostraremos una imagen más detallada de cómo era la sociedad de la zona cuando llegó la República. La mejor manera de hacerlo es limitarnos a los datos que nos proporciona un único término municipal de la Vega Baja. Nuestro propósito es ofrecer una idea razonablemente completa de cómo era un pueblo a principios de los años treinta como trasfondo para entender el periodo contemporáneo.

Hacerlo no es una tarea fácil. Hemos considerado necesario evitar dos errores: el primero consiste en entender agricultura como sinónimo de rural, de manera que la propiedad de la tierra y las relaciones de trabajo agrícola gobiernen completamente la imagen que obtenemos de la sociedad rural; el segundo es confundirse debido al sesgo de los datos del censo según el cual los individuos y las familias parecen tener una única ocupación.

En los años veinte, Catral era una población de unos 3.000 habitantes. ¿Era un «pueblo de campesinos» o una comunidad bipolar de terratenientes y jornaleros? ¿Era una vibrante pequeña ciudad comercial o un perezoso remanso bucólico? Para responder a estas preguntas intentaremos dar una idea de lo que hacía la población activa durante ese periodo. Reservaremos para más adelante una discusión más extensa de las relaciones sociales de producción en diferentes ocupaciones y una discusión más en profundidad del sistema de clases.

Ya hemos apuntado que Catral era diferente de las áreas más secas que lo delimitaban a medida que uno se alejaba de la costa por el hecho de que tenía una clase terrateniente establecida. Con todo, era diferente del área más cercana a Orihuela y al cauce del Segura porque la elite de propietarios no era aquí tan dominante; también era diferente de aquellas áreas en el hecho de que una parte

considerable de su término y sus alrededores estaba formada por saladares, tierras no irrigadas, normalmente pobres que apenas podían aprovecharse ni como dehesas.

Hacia los años veinte, la mayoría de los propietarios nobles se habían marchado, y habían dejado un pequeño grupo de terratenientes dominantes. El grado de concentración queda difuminado, en primer lugar, por el hecho de que las listas de propiedad registran esposas, hijos, hijas, etc., como propietarios diferentes y, en segundo lugar, porque la elite era un grupo que contraía matrimonio entre sí en gran medida. Por ejemplo, el terrateniente más importante en 1923 era Rafael Lara Moreno, de veintisiete años, que poseía 948 tahúllas de tierra en el propio Catral (111,8 hectáreas), todas de regadío, y otras 860 tahúllas de secano en San Miguel de Salinas, colindantes con el municipio.[10] Sin embargo, tenemos motivos para creer que Rafael controlaba más tierra que la registrada directamente a su propio nombre, usando el de su mujer y el de otros miembros de su familia. Nos podemos hacer una idea de la concentración de la clase terrateniente por hecho de que, aparte de Rafael, otros nueve grandes propietarios se llamaban Lara, de los cuales cinco se llamaban Lara Lara (lo que indicaba que las dos líneas eran Lara), y otros ocho llevaban el segundo apellido de Rafael, Moreno.

Incluso dejando aparte negocios comerciales como las fábricas de conservas, las relaciones sociales asociadas a la propiedad de la tierra y al trabajo agrícola eran múltiples y complejas. Los grandes terratenientes con más de 35 hectáreas tenían muchas maneras de administrar su tierra. Algunos, como José Mariano Lara Fernández, que poseía 624 tahúllas, tenían unos pocos grandes arrendatarios, tres en su caso, mientras que otros tenían varios pequeños arrendatarios. Juana Aguilar Lara, por ejemplo, tenía 469 tahúllas y catorce arrendatarios, uno de los cuales trabajaba directamente 260 tahúllas, mientras que ella misma llevaba directamente 100 y el resto se distribuía entre pequeños arrendatarios (con 5-10 tahúllas). Otros, como Rafael Lara Moreno, llevaban directamente la mayoría de sus tierras. Los propietarios con menos tierra, pero aun así grandes agricultores (con 50-300 tahúllas), seguían los mismos tres patrones básicos: distribuían sus tierras entre unos pocos grandes arrendatarios, lo hacían entre arrendatarios menores, más

numerosos, o las gestionaban en su mayor parte directamente.

Había dos combinaciones bastante comunes. En una, una gran parte de la tierra era llevada directamente, mientras que una pequeña parte era distribuida entre varios pequeños arrendatarios, quienes, en consecuencia, se veían atados a unas relaciones de gran dependencia; en la otra, una o dos propiedades considerables eran distribuidas entre grandes arrendatarios y estos después redistribuían parte de la tierra en pequeñas parcelas a otras personas dependientes de ellos. No obstante, parece claro que las estrategias de los terratenientes y de los grandes arrendatarios variaban. Algunos trabajaban la tierra directamente y hacían uso del jornal como forma principal de conseguir trabajo; otros usaban un sistema más complejo de articulación de dependencias y cadenas de explotación.

Así pues, cada finca ostentaba su propio sistema particular de combinación de relaciones y, como la tierra cambiaba de manos y los vínculos laborales estaban sujetos a condiciones económicas, legales y sociales diferentes, estas relaciones sufrieron giros y cambios de dirección. Como consecuencia, se llegó a usar un conjunto de términos extremadamente complicados y superpuestos que adquirieron una importancia social y cultural que superaba los límites reducidos del proceso del trabajo agrícola.

Aunque se hace referencia a los grandes terratenientes como dueños, este término se usaba a menudo también para los grandes arrendatarios, que usualmente eran llamados labradores, un término también usado en un sentido más amplio para referirse a cualquier agricultor que podía vivir solo de la tierra. Pero muchos de los grandes arrendatarios actuaban como propietarios y, por tanto, eran llamados dueños por los trabajadores que trabajaban para ellos. Pese a que no se destaca en los documentos, nuestros informantes más viejos dejan claro que estos grandes arrendatarios reproducían con los trabajadores las relaciones de producción halladas en las grandes fincas de los terratenientes, y eran percibidos como los propietarios efectivos de la tierra. De hecho, la mayoría de ellos acumuló capital eventualmente y compró cantidades de tierra considerables después de la Guerra Civil.

A aquellos con propiedades mucho más pequeñas (20-50 tahúllas),

también se les llamaba labradores. A partir de los viejos contratos de arrendamiento, podemos ver hasta qué punto estas personas se veían atrapadas en redes de dependencia. Algunos arrendatarios y otros que eran propietarios de pequeñas parcelas intentaban romper el monopolio de cualquier tipo de vínculo único tomando tierra de varios terratenientes. Eso explica que el 26% de la gente a la que el registro de 1936 se refiere como colonos (arrendatarios) tuviera tierra de más de un terrateniente. Pero hacia el final de la guerra esta cifra había disminuido considerablemente, lo que expresaba su mayor dependencia.

Un contrato típico del periodo –habitualmente por un solo año, ocasionalmente hasta cuatro– hacía responsable al arrendatario de todos los costes excepto del impuesto de propiedad. Además, el arrendatario aceptaba dejar en depósito toda la cosecha al terrateniente hasta que hubiera sido pagada la renta anual completa en el día del santoral estipulado. Un contrato de 1901 dice: «[el colono] responde del pago del rento con las cosechas que depositará en manos del dueño, el cual podrá venderlas si dos meses después de la fecha del pago éste no se hubiere efectuado» (Archivo de Sebastián Sierras).

Treinta años más tarde se encuentran unas condiciones muy similares. A su vez, esos contratos no son muy diferentes de los que los historiadores de la zona describen para los siglos precedentes. Son a corto plazo; tratan de prevenir el impago o incluso las deudas a corto plazo con medios que incapacitarían al arrendatario, y cargan sobre este todas las aportaciones de capital. Normalmente, también tratan de mantener el control sobre qué cultivo se planta y cómo será comercializado. Además, las rentas parecen ser bastante altas. El contrato citado antes por un total de 23 tahúllas era de 750 pesetas anuales durante solo cinco años, cuando el salario medio diario de un jornalero de la provincia era de 1,84 pesetas (hombre), 1,01 pesetas (mujer) (Rodríguez Labandeira, 1991).

En consecuencia, sería engañoso considerar a estos pequeños labradores como agricultores independientes, incluso aunque este fuera un contexto con un potencial de mercado razonablemente bueno para los cultivos locales. Tanto si se trataba de pequeños propietarios con arrendamientos parciales complementarios como si

eran arrendatarios a tiempo completo, se dibuja una situación en la que ellos solo tienen el control nominal de la tierra que arriendan y de la organización de la producción y la comercialización. En realidad, son dependientes del terrateniente o de alguna otra fuente local para obtener capital, y son igualmente dependientes del terrateniente o algún corredor (intermediario) para el procesamiento y la comercialización de las cosechas. Esta situación provoca un endeudamiento permanente y se expresa formalmente mediante la hipoteca sobre la producción total de la cosecha al terrateniente. De hecho, estos contratos de arrendamiento son muy parecidos a los acuerdos de aparcería, aunque son peores: todos los costes son asumidos por el arrendatario, tiene la cosecha entera hipotecada o vendida anticipadamente a un corredor a cambio de efectivo, para pagar la renta, conseguir capital de producción o enfrentarse a una crisis de subsistencia.

Como cabría esperar, estas condiciones draconianas pasaban de los pequeños labradores a las personas que trabajaban para ellos. El 70% de la población activa del censo de 1930 se describía como jornaleros, y a esta cifra se tiene que sumar el 41% de los arrendatarios que tenían menos de una hectárea. Es difícil obtener cifras exactas de los datos del censo (porque se asume que cada adulto tiene solo una profesión), pero había registradas 621 personas como jornaleras en la agricultura y otras 42 en la construcción. Además de los muchos trabajos en los que podríamos esperar que participaran estas personas (que discutiremos más adelante), debemos tener la misma precaución que ya hemos tenido con respecto a los labradores.

Jornalero, en este contexto, habría designado a una persona que depende del trabajo eventual. Normalmente, se le pagaría el jornal (salario diario establecido) por hacerlo. Los informantes que intentaban transmitirnos el grado de dureza a menudo recurrían a decir: «En aquellos días el jornal era de X pesetas». Sin embargo, algunos jornaleros habrían encontrado un trabajo de forma más regular que otros. Una manera de hacerlo era entrando en una relación aniaga (anual) con alguien que poseía o gestionaba una explotación (los diferentes tipos de relaciones de propiedad y de trabajo se tratan con gran detalle en los capítulos 3 y 4).

Nos hemos mantenido dentro de la órbita de la agricultura por su gran peso en la totalidad del mundo social; pese a todo, encontramos un conjunto complejo de términos que se solapan –dueño se solapa a veces con labrador, por ejemplo–. La complejidad se hace más densa cuando ampliamos nuestro foco de atención al escenario rural más extenso. A excepción de los ricos, la mayoría de esta población rural se ocupaba en diferentes negocios y los grupos domésticos se presentaban a menudo más como conjuntos de varias actividades. Además, cualquier hombre de unos cincuenta años había tenido la experiencia de tareas tales como la carpintería, el trabajo del cuero y la manufactura de soga, trabajos que requerían, respectivamente, un amplio conjunto de destrezas, y para las mujeres estaba el cosido de bordes de alpargatas, el tejido de alfombras y para unas pocas incluso el cultivo de la seda.

No obstante, a pesar del sesgo del censo, al permitir solo una ocupación por cada hogar, todavía encontramos muchas personas que se autoidentifican en un conjunto notablemente extenso de profesiones para un pueblo de apenas poco más de 3.000 habitantes. Cuarenta y dos se llaman a sí mismos espadadores y rastrilladores que trabajaban en el cáñamo. Fabricantes de arneses, herreros y carpinteros estaban muy solicitados, para el mantenimiento no solo de los animales de labranza, sino también de la maquinaria agrícola y los carros. Además de los jornaleros, que probablemente realizaban esta tarea de manera ocasional, había once herradores a tiempo completo, una profesión que incluía todo tipo de trabajos sobre yunque y trabajos de metal para los componentes y las piezas de los carros, arados y cosechadoras, así como la elaboración y reparación de palas, guadañas y hachas. Había más de treinta y cinco personas ocupadas a tiempo completo como carreros (carreteros) y muchas más no registradas que trabajaban como tales en algún momento del año, de manera que en un momento dado había por lo menos cien personas implicadas en alguna forma de transporte. Igualmente, aunque solo veintiséis personas se autodenominaban albañiles, muchas más solían encontrar trabajo en la construcción.

Un censador de 1920 podía hallar una o dos fábricas de conservas, un taller de manufactura de cuchillos con quince trabajadores más o menos y por lo menos tres negocios que elaboraban productos de

bambú y rafia. Si uno se molestaba en contar, podía haber cinco calderos (caldereros) y hojalateros haciendo cubos, embudos y cañerías; cinco carpinteros a tiempo completo con sus propios locales; diez barberos; nueve tiendas de ultramarinos, tres de las cuales también vendían pan hecho en los mismos locales. Había también cuatro horneros, que como el nombre indica no eran solo panaderos, sino que también ofrecían sus hornos para que las familias cocieran su propio pan o cocinaran otras cosas. Catral todavía tiene una calle diminuta cerca de la iglesia llamada «Calle de los Carniceros», aunque, en realidad, la mayoría de la gente sólo comía carne en ocasiones especiales. A causa del clima caluroso, la carne se tenía que convertir rápidamente en longanizas y por razones de salud el ayuntamiento insistía en que los que mataban y curaban la carne como actividad complementaria –los tabladeros, como se les llamaba– fueran a aquella zona para ese propósito. Había cinco verduleros, un boticario y tiendas que vendían tela (no había ninguna gran tienda de ropa). Este era un pueblo pequeño aunque con bastante variedad de actividades comerciales, pero no se registra ningún bar ni restaurante; no obstante, sin duda había lugares donde la gente se juntaba para beber y pensiones donde se podía comer.

Si uno caminara por las calles de Catral un día de los años veinte, los hombres que no estuvieran en el campo u ocupados en los comercios que hemos mencionado participarían en el arduo trabajo de procesar el cáñamo, mientras que las mujeres, jóvenes y viejas, se juntarían para hacer varios tipos de trabajo a domicilio, sentadas en bancos que se entreveían en los patios o fuera en la calle y en grupo, buscando compañía. La mayor parte de su trabajo implicaba acabar las alpargatas para Elche o empaquetar elementos para su envío a Callosa del Segura, Santa Pola o Crevillente.

Todos estos elementos estaban de alguna manera relacionados con la producción y el procesamiento del cáñamo porque, después de la crisis de las viñas y de un largo periodo de estancamiento, durante el que muchos migraron, el área dedicada al cáñamo creció gradualmente. Es importante destacar que tanto la seda y la vid como el algodón –todo ello cultivado en el área en algún momento dado– implicaban una mayor o menor cantidad de procesamiento no agrícola antes de ser comercializados, y especialmente el

cáñamo. Una vez cosechado, el cáñamo se deja remojar en una balsa de agua hasta que se descompone o se pudre. Entonces se seca y se pasa por una especie de guillotina (gramaera) para separar la fibra del resto (gramisas). Este trabajo era realizado normalmente por los propios agricultores y jornaleros.

Las siguientes fases del proceso eran realizadas por un espadador (de los que había dieciocho) y dos rastrilladores. El trabajo del espadador era batir los haces de cáñamo, que se colgaban sobre un soporte, con un largo palo de madera de bordes afilados para deshacerse del material no fibroso que quedaba. El producto resultante se pasaba entonces a los rastrilladores, cuyo trabajo era peinar las fibras con un rastrillo de hierro, un trabajo insalubre porque se inhalaban fibras.

En consecuencia, el cultivo y el procesamiento del cáñamo y la manufactura de productos de cáñamo para el mercado de fuera de la zona contribuyeron a la formación de una economía regional mixta agraria-industrial. Lo mismo se podría decir del vino producido anteriormente y de la seda antes de este. Sea por lo que fuere, encontramos cultivos comercializados cuyo valor añadido dependía en gran medida tanto del trabajo no agrícola posterior a la cosecha como de la demanda de consumo más allá de la región. Este era el escenario cuando España entró en el periodo de la República y la guerra civil posterior, del que nos ocupamos en el capítulo siguiente.

ALGUNAS CONCLUSIONES PRELIMINARES SOBRE LAS HISTORIAS

La idea que ofrece esta narrativa histórica es que no hay un único argumento que señale la ruta que tenemos que seguir en el viaje. Los caminos no están bien delimitados, las zarzas se nos enganchan a la ropa una y otra vez, justo cuando pensamos que hemos dejado una zona del bosque para adentrarnos en otra. Parece que no haya senderos y cuando surgen nos llevan a distancias muy cortas, para ser engullidos acto seguido por la maleza. La heterogeneidad de las experiencias históricas parece operar en contra de una única historia común. Así pues, concluiremos este capítulo con un intento de investigar algunas de las relaciones que se dan entre los elementos que integran esta heterogeneidad, mediante una exploración tentativa de cómo su interacción reconstituye recíprocamente cada uno de los componentes que intervienen.

En primer lugar, está la cuestión de la naturaleza especial del desarrollo industrial de la zona. Los historiadores de la economía valenciana tienden a considerar la última parte del siglo XIX como el periodo en el que se formó la base industrial en el País Valenciano (Aracil y Bonafé, 1978; Bernabé Maestre, 1975; Lluch, 1976). Las pequeñas empresas capitalistas estaban siendo reemplazadas en los sectores clave, de manera lenta y desigual, por manufacturas. Pese a todo, aunque eso implicaba un patrón menos aleatorio de organización industrial, quedaban ciertas características que distinguían esta industrialización del modelo de Manchester. El aprendizaje (la obtención del conocimiento en el lugar de trabajo, no a través de un tipo de institución técnica formal; para el caso de Bolonia, véase Capecchi, 1988) implicaba la adquisición por medios prácticos de toda la gama potencial de habilidades necesarias para la producción de un producto más que la especialización de habilidades. A pesar de ello, la mayoría de productos –alpargatas, escobas, muebles de bambú, zapatos, redes, alfombras y juguetes– eran susceptibles de fragmentación del

proceso de producción y convirtieron el trabajo externo en una operación relativamente simple que no interrumpía el proceso global. Además, en muchos sectores el trabajo era de temporada. Por ejemplo, mientras la elaboración de alpargatas se transformaba en manufactura de zapatos, había un periodo de paro de cuatro meses (de diciembre a marzo) y después crecía la demanda, justo cuando llegaba la temporada baja (de marzo a junio) para la agricultura de la Vega Baja.

Este ritmo industrial iba de la mano de los hogares pluriactivos que tenían un pie en la agricultura y el otro en una ocupación no agrícola o a menudo en unas cuantas. No obstante, estos no eran los trabajos rurales generalizados asociados con frecuencia a una explotación campesina, en la que la actividad no agrícola podía reflejar la ausencia de mercados cercanos. Los campesinos hacen cosas por sí mismos –cuecen su propio pan, arreglan sus cubos y construyen sus casas– porque no hay panaderos, hojalateros o albañiles que ofrezcan estos servicios. Dicho de otra forma, los campesinos realizan labores no agrícolas para producir valores de uso, no valores de cambio. Evidentemente, ese no es en absoluto el caso de las personas de las que estamos hablando. La pluriactividad es búsqueda de ingresos (búsqueda de valores de cambio), a menudo hasta tal punto que se sacrifica el autoabastecimiento de la casa familiar, pasándose los trabajos domésticos no retribuidos a los miembros más viejos o más jóvenes de la familia, «económicamente inactivos» (un concepto claramente equivocado). La pluiriactividad familiar presupone el uso extensivo de todos los recursos disponibles, tales como la fuerza de trabajo, incluyendo la incorporación de los miembros de la familia normalmente inactivos.

Cabe puntualizar que la búsqueda de ingresos, aunque marcada por la diferencia de género, no lo era en el sentido de estar restringida a los hombres, sino con respecto a los trabajos asumidos. Además, es importante reconocer la extensión de la pluriactividad, sus múltiples manifestaciones. Lo hemos observado como fenómeno del grupo doméstico (Bernabé Maestre et al., 1984, hablan específicamente de pluriactividad familiar), pero era también un fenómeno individual, y en ese caso también de maneras diferentes. Una persona se podía emplear en dos o tres ocupaciones en un año determinado. Podía ser de temporada y obviamente lo fue a

menudo. Pero podía ser también circunstancial. Un primo encuentra trabajo en Elche, por lo que cada día viaja –un informante contó que se levantaba a las cinco de la madrugada e iba andando de Catral a Elche para trabajar, una distancia de catorce kilómetros– y, mientras está allí, oye hablar de un trabajo de tres semanas. La oportunidad económica puede coincidir con el ciclo familiar: ese trabajo de tres semanas podría presentarse cuando el hombre joven tiene la edad adecuada o cuando sus padres han tomado una decisión estratégica particular, para darle la oportunidad de escoger una opción a más largo plazo (Hareven, 1982).

También tenemos que reconocer que es probable que a lo largo de su vida una persona pase por varios empleos. Cada vez puede tratarse de trabajos únicos, que en cualquier momento se registran estadísticamente como tales. Este último punto lleva a prestar atención a un tema que observamos claramente en el Catral de los años veinte. Incluso donde se documenta en uno u otro registro rural una amplia variedad de ocupaciones en regiones de industrialización dispersa como esta, la pluriactividad de los hogares y los individuos conlleva la subrepresentación de tal variedad. En ese sentido, descubrimos que los viajeros, ya en el siglo XIX, se apresuraban a destacar la propensión de las mujeres a registrar sus ocupaciones como «sus labores» como una prueba de lo contrario. Y un informante entrevistado en 1978 explicó la pérdida de su brazo derecho como consecuencia de un accidente industrial, pero estaba tan acostumbrado a las clasificaciones de los de fuera que insistía en que había sido toda su vida agricultor.[11]

Una tercera conclusión se relaciona con los bloqueos y la irregularidad. Términos como pluriactividad doméstica (que implica que los miembros de la familia intercambian experiencias de trabajo diversas), redes familiares, industrialización dispersa e incluso aprendizaje pueden tener el efecto de sobredimensionar hasta qué grado el conocimiento estaba distribuido en economías regionales como esta. Así que es importante destacar la magnitud de la irregularidad en el desarrollo regional que hemos observado y la desarticulación entre los sectores –de nuevo, esto es importante cuando tratamos de interpretar también el presente–. Por lo tanto, a pesar de esta visión fugaz de los tipos de transformaciones hacia relaciones de trabajo capitalistas que tuvieron que haberse dado en

Elche mientras crecía la producción de zapatos quince veces entre 1896 y 1920 (Moreno Saez, 1987), se asumió la agricultura comercial a la vez que se mantuvieron los viejos principios de las relaciones de propiedad y trabajo, y esta actividad solo se expandió cuando se reforzó como un tipo de versión local del segundo feudalismo de la Europa oriental.

También queremos destacar el papel vital de las tendencias internacionales y sería erróneo llamarlas estrictamente económicas, a no ser que llamemos simplemente económicas a la Primera Guerra Mundial o a la atracción parisina por los materiales para esterillas de paja coloridos. Mientras la región se hacía más comercial, los factores internacionales no redujeron la volatilidad de la vida en el suroeste de Alicante tanto como cambiaron los coeficientes de volatilidad. Una razón para esa vulnerabilidad era el fracaso en la formación de una elite de poder regional. En Valencia habían ocurrido muchas cosas durante el siglo XIX que acabaron con la aristocracia agrícola de un modo que no sucedió en el interior de España, pero eso tuvo lugar mucho más lentamente en el Bajo Segura e, incluso cuando una nueva clase de terratenientes, como la familia Lara, surgieron de los restos de los viejos terratenientes nobles, estaban lejos de ser burgueses capitalistas aventureros y visionarios. No obstante, como clase, a principios del siglo XX, entre sus intereses se incluía buscar para sus productos un mercado internacional sin restricciones. Sin embargo, lo que necesitaban los propietarios textiles de Alcoy, los neófitos industriales de zapatos de Elche o las empresas de alfombras en transformación de Crevillente era protección arancelaria (inicialmente, la buscaron incluso contra Cataluña).

Lo que estamos describiendo es una expresión de clase de la desarticulación mencionada antes. Una restricción más para la formación de un bloque así fue la naturaleza efímera de los empresarios de Crevillente y Elche. Refiriéndose a principios del siglo XIX, García Bonafé argumenta que una característica particular de los capitalistas valencianos era su propensión a mantener un volumen de actividad relativamente pequeño en vez de buscar la expansión (Aracil y Bonafé, 1978), lo que se asemeja mucho a lo que dicen Bernabé Maestre et al. (1984: 25) con respecto al siglo siguiente: «No existe una historia de acumulación

paralela a la formación de este [pequeño] capital. Las grandes empresas acaban cerrando. La historia de las empresas es bastante cíclica: crecen hasta que alcanzan un tope, seguido de un periodo en el que se mantienen en ese nivel y después, en un periodo de crisis general, acaban decayendo y cerrando».

Si eso es así, puede decirse que muchos empresarios eran siempre empresarios principiantes. Refugiados de una agricultura comercial volátil, artesanos independientes recientes, molineros ambiciosos, carreteros y corredores, todos se unieron en un punto u otro a manufactureros más expertos para proporcionar pequeñas cantidades de capital al sector industrial. Desde luego, llegaron con su cultura particular (o con la falta de ella).[12] Son personajes cruciales del paisaje social de la Vega Baja, del Catral de los años veinte, y como veremos más adelante de finales del siglo XX. Todos estos factores se combinaron, pues, para reducir las posibilidades de una acción colectiva que protegiera la economía regional. A su vez, esto fracturó la continuidad de cualquier discurso político público alimentado por un bloque de poder regional, un factor de cuyas implicaciones culturales nos ocupamos en el capítulo 7.

Y finalmente, como desarrollamos el papel del movimiento y la restricción en este tipo de economía, acabaremos con un comentario sobre lo que nos dicen las pruebas históricas de este capítulo acerca de la movilidad. Destacaremos no tanto el hecho de que exista una fuerza de trabajo móvil y ágil, un comercio heterogéneo y un sector capitalista menor como la naturaleza particular de este movimiento. Tal como hemos puntualizado respecto a otras características de nuestra zona de estudio, ahora cabe también destacar el hecho de que ser «móvil» no era de ninguna manera algo compartido por toda la población trabajadora. Puede haber habido personas para las que el movimiento –la emigración al norte de África o Francia, la cosecha de trigo temporera en La Mancha o desplazarse a diario a Crevillente para trabajar– era una posibilidad especulativa que simplemente nunca se dio, pero había otros –más adelante nos ocupamos de ellos con detenimiento– para quienes este tipo de panorama cultural era impensable. Y su impensabilidad era por entero función de la política de España, de Valencia y de la Vega Baja.

Y, por lo tanto, en relación con aquellos que se movieron o que por lo menos pasaron mucho tiempo discutiendo y haciendo planes para emigrar, vale la pena apuntar hasta qué punto se trataba de decisiones familiares del grupo doméstico. Una y otra vez volvemos a este rasgo peculiar del grupo doméstico como una suerte de empresa para buscar ingresos (que no es lo mismo que el grupo doméstico como unidad de ganancia de salario o el trabajador asalariado como «trabajador empresarial»).

Basta señalar la diferencia entre, por ejemplo, la ola migratoria de jornaleros andaluces (Gregory, 1971) y esta migración a corto plazo y específica del grupo doméstico: una pareja se va de Catral a Elche durante seis años y deja su pequeña porción de tierra (arrendada, propia o en aparcería) en manos de un pariente de más edad para que el hombre pueda trabajar en una fábrica de zapatos mientras la mujer consigue el necesario trabajo a domicilio –una situación que cambia cuando el hombre vuelve a Catral y se desplaza diariamente, y la mujer dirige un pequeño taller de vecinos subcontratado a una fábrica de Crevillente.

Intervienen muchos factores en el escenario que acabamos de describir, por lo que sería apresurado sacar conclusiones en este punto. Pero acabaremos destacando una serie de ausencias, ausencias que ahora no podemos articular suficientemente. Pudieron empezar con el viajero del siglo XIX que apuntaba su incapacidad para decir cuánta gente trabajaba a domicilio, algo que sabía que estaba allí, pero cuya faceta pública parecía difícil de observar, cuando no era completamente inasequible. A esto podríamos añadir la diferencia entre las ocupaciones reflejadas en los registros y la pluriactividad que apuntaban estos mismos documentos a la vez que la difuminaban. Hay una ausencia también en el fracaso del bloque de poder regional para fusionarse; empezamos a observar algún tipo de proyección fallida de las preocupaciones privadas hacia los asuntos públicos, algo que vemos que adopta formas diferentes mientras sigue sutilmente su camino hacia el presente.

---

1. A principios del siglo XX, como consecuencia de las mejoras en el sistema de riego, aumentó el valor de la tierra, especialmente en

zonas como Catral, donde había agua de riego en invierno, pero no en verano. También aumentó el valor de las tierras situadas en el área entre Catral, Crevillente y Elche, donde el agua se sacaba mediante bombas y pozos que se beneficiaban del río Guardamar (no del Segura). Entre 1923 y 1930, el precio de la tierra en la primera zona (con agua, aunque no siempre) subió de 8.000 a 10.000 pesetas por hectárea, mientras que los precios de la segunda a menudo se triplicaron o cuadruplicaron (Monbeig, 1930: 599) cuando los pastos para el ganado se transformaron en tierra agrícola.

Así pues, la población de Catral se situaba en un segundo umbral. Donde la tierra pertenecía al viejo sistema de riego, el suministro de agua formaba parte de la propiedad de la tierra; pero donde el riego de la tierra se benefició de las mejoras del sistema de irrigación, el agua se tenía que comprar por separado a una empresa controlada por el Estado. En la primera zona se mantuvieron los viejos sistemas de arrendamiento, porque los grandes terratenientes poseían también la tierra mejor situada en el sistema de riego; la segunda, como era de irrigación más reciente y el precio del agua era independiente de la propiedad, se transformó más rápidamente en pequeñas explotaciones comerciales capitalistas. Más adelante observaremos que esas diferentes características originaron una gran complejidad social en toda la zona.

2. A la familia asociada con esta finca se le da normalmente el apodo de «los Oriolanos», es decir, los de Orihuela. Este sobrenombre no solo se refiere a su procedencia de esa ciudad, sino también a la asociación de Orihuela con la vieja aristocracia y con los elementos más conservadores de la Iglesia. Esta explicación deja clara la fuerte presencia de Orihuela en el pasado de Catral.

3. La tahúlla es una unidad de medida local que todavía se utiliza hoy en día. En Catral, 1 hectárea es equivalente a 8,479 tahúllas. Pero la tahúlla varía de un término municipal a otro.

4. En relación con la información procedente de los archivos locales, véase la explicación que precede a las referencias bibliográficas.

5. Totalmente influido por el catolicismo tradicional, el carlismo

estaba en contra de la vida urbana, la industria y la tolerancia religiosa, características de la sociedad moderna. Los carlistas se oponían sobre todo al liberalismo social y político, en el que veían una ruptura de los vínculos que, paradójicamente, aseguraban una existencia básica, y al centralismo administrativo de los Borbones. A lo largo del siglo XIX, perdieron tres guerras. Revitalizado durante la Segunda República, el carlismo acabó siendo absorbido por el Movimiento franquista.

6. El Hondo, que todavía constituye un espacio con una atmósfera decadente y un cierto aire aventurero (para los amantes de la pesca y la caza), proporcionaba a las fábricas de esterillas de Catral una buena parte del cañizo.

7. Entre 1890 y 1920, la producción de zapatos en Alicante pasó de 100.000 a 1.500.000 pares y después, en 1935, subió hasta los 7,3 millones; en el conjunto de España se producían un total de 8 millones (Bernabé Maestre et al., 1984: 16).

8. En esta parte de España, el vino se almacenaba en unos grandes recipientes de arcilla, las cántaras, y no en barriles.

9. Nos interesa destacar de nuevo la irregularidad de los desarrollos regionales por encima de la difusión de la práctica migratoria. Por ejemplo, cuando el capital y los trabajadores fueron expulsados de la producción comercial de vino, la producción de alpargatas estaba justo en el umbral de su transformación en manufactura de calzado. Sin embargo, a pesar de que una parte del capital agrícola al final acabó en la industria del calzado (Bernabé Maestre, 1976), la mayor parte fue a parar a propiedades urbanas (en Valencia, Barcelona y Madrid). En la huerta, el capital agrícola más agresivo se transformó en producción de naranjas y cáñamo, y, en consecuencia, las mejoras del sistema de riego recibieron un fuerte impulso. En cuanto a la mano de obra, Martínez et al. (1978: 108) apuntan que la mayoría de la emigración se dirigió a Francia y Argelia, y no a los centros industriales de la zona.

10. En aquella época se registraron como pastores nueve personas en Catral, pero todos tenían menos de cincuenta animales, excepto uno. Este cuidaba de más de quinientos animales, propiedad de Rafael Lara, en San Miguel.

11. De hecho, había perdido el brazo en un taller que procesaba cáñamo; véase capítulo 4.

12. En viajes que hicimos por Valencia, fuera de la Vega Baja, nos dimos cuenta de que habitualmente se llamaba incultos a sus habitantes.

Capítulo 2

REGULAR LA VIDA SOCIAL A TRAVÉS DE LA INCERTIDUMBRE Y EL MIEDO

Cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

GENERAL FRANCISCO FRANCO, 1 de abril de 1939

Ahora es el momento de hacernos una idea general del mundo social que prevaleció en la Vega Baja durante los años cuarenta y cincuenta. Mediante la exploración de las experiencias de la historia de la zona, en sentido amplio, recordadas por las personas, podemos observar cómo el marco común de la represión política y el mercado negro de la posguerra dividió realmente a la gente corriente, de manera que la llevo a privatizar sus experiencias y, por lo tanto, limitó la posibilidad de verbalizarlas. Julián Casanova apunta: «El terror consiguió romper los lazos de amistad y de solidaridad social e impidió cualquier germen de resistencia» (Casanova et al., 2002: 29).

«LA GUERRA HA TERMINADO»

Antes de la guerra uno podía progresar con el cáñamo, aunque había altibajos. Después de la guerra el cáñamo siempre iba bien; alrededor del 80% de la gente de Catral se ocupaba en el cáñamo de una manera o de otra. La mayoría del producto iba a Callosa. Y no solo el cáñamo. Con la subida de los precios de la comida –por el estraperlo– la gente arrancó sus olivos para plantar cultivos más intensivos. Fueron los rentistas los que lo hicieron. Compraron los olivares y entonces los arrancaron y plantaron otras cosas, pero cuando los olivos hubieron desaparecido, creció la demanda de agua (...) Había un cupo sobre el aceite de oliva, así que para arrancar olivos necesitabas un permiso oficial. Pero a algunas personas no les importaba mucho. Yo conseguí permiso para arrancar 4 tahúllas de mis olivos, pero arranqué las 25 restantes. De todos modos, el suelo aquí no era bueno para los olivos. Pero el tío Cornelio [Fernando Lorenzo], que había sido concejal socialista antes de la guerra, solo consiguió el permiso en 1975[1] (Juan Manuel Aguilar Gómez, GS 1979).

Cuando Franco anunció el final de la guerra el 1 de abril de 1939, el puerto de Alicante (a solo treinta kilómetros de Catral), la última ciudad que cayó en manos de las fuerzas franquistas, se convirtió en refugio de los que huían de las fuerzas victoriosas y sus secuaces políticos. Ronald Fraser registró la situación a finales de marzo:

En la zona del puerto se apiñaban 15.000 hombres, mujeres y niños... [testimonio de Saturnino Carod:] «Mientras estaba de pie mirando fijamente al mar, el hombre que estaba a su lado, que llevaba un cigarrillo en la boca, se cortó la garganta y cayó al muelle. Casi inmediatamente, llegó la noticia de que al otro lado del puerto alguien que conocía se había pegado un tiro. Los suicidios se

contagiaron como una epidemia; tan pronto como se hubo dado la vuelta para mirar a unas personas que corrían, oyó que era porque alguien se había tirado al agua. Un hombre se subió a una farola y empezó a hablar a gritos de manera incoherente sobre los peligros que les esperaban. Al final de su discurso, se dejó caer sobre el muelle» (1979: 503; véase también Damiano y Bayo, 1978).

Indudablemente, entre los refugiados había civiles y militares importantes que habían apoyado la República, pero también mucha gente corriente, campesinos, jornaleros de pequeños pueblos de la Vega Baja que habían jugado algún papel público en la política local. Catral mismo cambió de manos solo dos días antes de la rendición oficial. Aquellos que habían tomado parte activa en el gobierno local o que habían puesto sus esperanzas en una sociedad civil participativa y una economía rural menos polarizada, o los que se mantuvieron escépticos ante cualquier tipo de cambio pero no dudaron en seguir la corriente, corrían ahora un peligro físico real. Dos de estas personas fueron Fernando Nogales y Fernando Lorenzo (el tío Cornelio mencionado en la cita de más arriba), que habían huido a Alicante con la esperanza de ser evacuados desde el puerto. Hechos prisioneros y mandados primero a los estadios y áreas cercadas al aire libre en la ciudad y sus alrededores, después fueron enviados al campo de concentración de Albatera, en el corazón de la Vega Baja, uno de los campos de concentración más grandes de Franco.[2] En este sentido, Fraser anota lo siguiente:

Testimonio de Narciso Julián: «Pensado para unos cientos, el campo [de Albatera] contenía casi 10.000 prisioneros amontonados. La higiene y la seguridad eran tan primitivas que se podía decir que no existían y había poca comida y agua. Venían falangistas, policías, civiles e incluso curas de diferentes partes de España para tratar de localizar hombres que querían capturar; muchos de los que se llevaron al principio nunca llegaron a sus ciudades o pueblos de origen. Algunos prisioneros consiguieron escapar; otros fueron ejecutados delante de sus compañeros por intentarlo. En cierta ocasión, un subteniente provisional que inspeccionaba los puestos de guardia apuntó a los prisioneros con una ametralladora y abrió

fuego» (1979: 507-508).

Durante aquellas primeras semanas las redadas eran una pesadilla diaria. Un recién nombrado mayor fascista podía llegar al campo con una viuda de guerra. Entonces la desconsolada mujer identificaba a alguien, afirmando que había colaborado en la muerte de un nacional. Un oficial avanzaba con una pistola y le disparaba al hombre en la cabeza, sin juicio y delante de los demás prisioneros. En mayo de 1939 cinco habitantes de Catral fueron denunciados y ejecutados.

Con unidades del ejército por los caminos y en las poblaciones, junto a las bandas errantes de rufianes falangistas y la Guardia Civil restableciendo su autoridad en los puestos de guardia locales, las viejas figuras que representaban la autoridad empezaron a salir de sus escondites o simplemente de su discreta quietud. Lo cierto es que, durante la guerra, se había encarcelado a muy pocos.[3] Algunos terratenientes y grandes arrendatarios habían trasladado sus residencias a ciudades como Valencia, otros simplemente se habían trasladado más cerca, a la ciudad de Orihuela, dominada por la Iglesia. Algunos de los pequeños agricultores y trabajadores cuyos estrechos lazos de dependencia con sus dueños los hacían poco afines a la República habían sido reclutados, pese a todo, en el ejército republicano. Mientras gente como los dos Fernandos trataba desesperadamente de sobrevivir, regresaban esas personas, hacían valer sus viejas reivindicaciones de propiedad, estatus y poder, y después establecían una red de relaciones que les permitiría volver a poner en marcha sus actividades.

Mientras tanto, las madres, esposas y amigos de los vencidos, como los dos Fernandos, recurrían desesperadamente a su red de relaciones para tratar de saber el más mínimo rumor sobre el paradero de sus seres queridos, para procurarles comida y después hacérsela llegar. No era fácil. Algunas personas habían sido capturadas mientras aún estaban retenidas en Alicante y los falangistas se las habían llevado para golpearlas o ejecutarlas sumariamente. Otras nunca llegaron a Alicante y fueron capturadas por el camino. Por eso, los parientes y amigos avanzaban y retrocedían en sus búsquedas desesperadas; la información recabada

sobre una persona en el curso de una búsqueda se transmitía al pariente interesado, de manera que el rumor y la información dieron forma a una urgencia frenética. Y ello no era incoherente con las intenciones del nuevo régimen, que no estaba muy preocupado en mantener en secreto ese trato arbitrario que recibían los rojos impuros y vergonzantes.

Comida e información aparte, la preocupación más apremiante era aliviar la terrible situación legal de los parientes. Ello significaba que, por escasos que fueran sus recursos para conseguirlo, la gente tenía que tirar de los hilos de unas redes orientadas más verticalmente. El problema no era solo afrontado por los que habían tenido cargos políticos, como el tío Cornelio. La UGT (Unión General de Trabajadores, el sindicato socialista) había tenido un apoyo muy amplio en la Vega Baja. Además, muchas personas habían participado activamente en la expropiación y redistribución de la tierra y ahora también se veían muy apuradas. Nuestras pruebas de los archivos municipales sugieren que, mucho antes de los días de mayor radicalización de la zona durante la guerra, casi todos los jornaleros de Catral habían apoyado la huelga general de 1934.[4] Desde la perspectiva del nuevo régimen, esa gente ya había violado la ley. A los que habían apoyado la República no solo se les negaban los derechos de ciudadanía, sino que se pretendía castigarlos activamente y depurarlos con el castigo (Bernal, 1981).

Ese era el escenario en el que surgió la necesidad de encontrar los famosos avales. Equivalente inocuo en un diccionario de términos como apoyo o garantía, fuera de contexto estos sinónimos no facilitan en absoluto la comprensión de la institución del aval en el escenario de la posguerra o más generalmente en la sociedad rural española. Sabiendo que un pariente estaba siendo retenido por alguna razón desconocida en un puesto de la Guardia Civil en una población cercana o en el tristemente famoso campo de los almendros cerca de Alicante, o aún peor en el campo de Albatera, la mujer, la madre, la hija, el abuelo o la abuela tenía que buscar desesperadamente a una persona con autoridad que pudiera atestiguar que fulano de tal había sido siempre una persona de buen carácter, un hombre que conocía su lugar en la sociedad, que quizá se había perdido temporalmente en el fragor del momento y bajo la influencia de otros rojos más temibles y peligrosos. Esa figura, la

mayoría de las veces un sacerdote, podía tener un efecto decisivo sobre el bienestar de una persona corriente. Pero era difícil encontrar tales personas influyentes, a menudo completamente comprometidas con la cruzada para limpiar España de rojos impíos, e incluso cuando se accedía a ellas, era probable que pidieran a cambio una contrapartida importante.

Aunque tal vez cabía esperar que se atenuaran algunos de los desagradables hechos de la represión franquista, la relación de España con la cultura política que llegó con ella es un tema mucho más problemático. La causa nacional fue considerada literalmente una cruzada (Vincent, 1999) para la limpieza de España por medio de un justo castigo. Consistía en recuperar los años dorados de España y, para conseguirlo, se hizo prevalecer una versión de la historia según la cual el presente reflejaba los días gloriosos de la Reconquista, cuando los bárbaros moros no-cristianos habían sido expulsados del cuerpo puro de España. Limpieza, purificación, así como expiación nacional e individual mediante el castigo, eran elementos clave del discurso de los nacionales. La limpieza política, cuando no significaba la eliminación literal de los rojos y sus parientes, sí que implicaba como mínimo la limpieza personal y el justo castigo.

Como observaremos brevemente, la devastación de la reserva de mano de obra causada por la guerra (y después por las prisiones de Franco) conformó uno de los elementos que ayudaron a equilibrar la ecuación por otra parte desesperada. Las repercusiones inmediatas de asegurarle un aval a un trabajador llevaban a establecer los términos de las relaciones sociales posteriores y eso tiene que entenderse en el contexto del ambiente ideológico global. «¿Cabe algo más humanitario, justo y social que los que han pretendido aniquilar toda una civilización se les obligue a reconstruir lo que han destruido?» (citado en Juan i Fenollar, 1979), escribe un defensor del régimen en 1939, que después propone que la jornada (la duración del día laboral) no se calcule en términos de la capacidad del trabajador, sino de las necesidades de una España herida y convaleciente. La idea de que la gente trabajadora tenía que sufrir una penitencia física era omnipresente. De muchos trabajadores que volvieron al trabajo, aunque hubieran sido leales a sus viejos patronos durante la República, se esperaba

un cierto sentido personal de vergüenza y humildad simplemente por ser trabajadores.

La sospecha, generada también muy intencionadamente, actuó como corriente contraria al recurso a redes de amigos, parientes y vecinos. La prensa oficial instaba a la gente a denunciar a los más cercanos y la recompensaba con una parte de la propiedad de los culpables. «Cualquier persona que sepa de la comisión de un crimen durante el tiempo del dominio rojo está obligada a denunciar el hecho al jefe de sector que corresponda a su lugar de residencia» (Avance, 31 de abril de 1939). Todos los periódicos locales publicaron noticias como esta del gobernador militar de Valencia, lo que produjo unos resultados inmediatos.

Entre los miedos personales cotidianos se encontraban las noticias constantes de más ejecuciones, y no solo en los campos. Las ejecuciones en poblaciones cercanas tuvieron lugar en gran número hasta bien entrado 1943.[5] La idea de un terror arbitrario creció por el hecho de que no solo se castigaban las infracciones presentes. La Ley de Responsabilidades Políticas, aprobada antes del final de la guerra, en febrero de 1939, imponía castigos de manera retroactiva por delitos cometidos durante la República. Eso se había diseñado especialmente para atrapar a los que habían participado en la tristemente famosa huelga general de 1934, que había sido muy efectiva en el campo.

La represión de la inmediata posguerra tal vez perdió virulencia en los años siguientes, pero su arbitrariedad aparente y su selectividad personal persistieron. En 1945 se detuvo a varias personas en Catral, se las golpeó y se las llevó a Elche, donde fueron liberadas días después. Entre ellas estaban José Arroyo Iglesias, Fernando Nogales y José Gil padre; a algunos de ellos los hemos conocido ya, a otros los conoceremos más adelante. Esas detenciones fueron parte de una redada contra la resistencia comunista que se estaba intentando organizar localmente; 800 personas fueron detenidas en la Vega Baja y Alicante, muchos entre Elche y Crevillente, bajo la acusación (que las autoridades locales les obligaron a firmar) de ser miembros del PCE (Partido Comunista de España) (Furió, 1995: 615). De hecho, los peores años de la represión duraron hasta mediados de los años cincuenta. Hasta 1969 Franco no decretó la

prescripción de los crímenes de guerra. Sin embargo, la cultura de la represión se había sembrado bien y se había alimentado cuidadosamente durante años, y a la política de la represión ahora se podía añadir la economía de la escasez. En su conjunto, todo se combinó para concentrar las mentes de la gente en la inmediatez de su supervivencia cotidiana personal.

EL ESTRAPERLO Y LA REPRESIÓN SELECTIVA

Cuando Fernando Nogales hubo cumplido su condena en prisión y finalmente regresó a la Vega Baja, donde intentaba sobrevivir, se encontró en un mundo draconiano. A la represión que había afrontado, ahora se sumaba la privación que comportaba una economía devastada y la semilegalidad del mercado negro del que dependía su supervivencia. Pasado un periodo inicial de confusión generalizada poco después de abril de 1939, la abrumadora presencia de los militares cazando rojos y esforzándose por provocar una sensación absoluta de miedo invirtió rápidamente los equilibrios de los últimos días de la República. La tierra de las zonas ocupadas por los nacionales ya había sido devuelta a los viejos terratenientes y a los grandes arrendatarios, y el Decreto de Noviembre de 1939 deshizo oficialmente todos los cambios en la propiedad de la tierra que habían derivado de la reforma agraria republicana. Los propietarios y los grandes arrendatarios de Catral recuperaban su poder, a la vez que un grupo empresarial incipiente empezaba a sacar provecho de las caóticas condiciones de la posguerra. A pesar de la propaganda falangista, las grandes fincas como Nonduermas, Lo de Vera y Los Frailes (véase capítulo 3), que habían sido expropiadas y llevadas como colectividades, estaban en mejores condiciones de lo que habían estado durante una generación (Quilis Tauriz, 1992).[6] Como consecuencia, en parte, del buen tiempo y, en parte, de una mano de obra entusiasta y comprometida, las cosechas habían sido generalmente buenas; al final de la contienda la iglesia, que sirvió como almacén principal del municipio durante la guerra, estaba llena hasta el techo de productos agrícolas.[7]

Sin embargo, aquellos que, como Fernando, se habían destacado activamente como progresistas durante la guerra ahora estaban encarcelados o escondidos, y había muchos más asociados con ellos de un modo u otro que eran muy vulnerables. Otros no estaban seguros de cómo se juzgarían sus actividades de los años de la

guerra. Por tanto, se mantuvieron poco activos y se retrayeron tanto como pudieron en el mundo privado y discreto de la familia inmediata, limitándose a hablar de las necesidades cotidianas impuestas por la devastación de la zona.

Y esa devastación no era solo una consecuencia de la guerra; era también el resultado del modelo particular de economía nacional que el nuevo régimen trataba de construir (Malefakis, 1978, 1982). Coherente con los temores de contaminación política y espiritual de España, el régimen se esforzó por crear una España autocrática y autárquica inmunizada contra las enfermedades del extranjero y que orientaba la economía nacional hacia el interior.[8] Iba a ser un tipo de desarrollo industrial de puertas adentro, con parones y reinicios y profundamente contradictorio, que reflejaba la ambivalencia del régimen hacia la ciudad y la industria, sus suspicacias respecto a lo moderno y, a la vez, su avaricia de riqueza. El régimen evocaba imágenes idílicas del campo puramente agrícola y bucólico que expresaban la «verdadera esencia» de España y podían salvarla de los males de una clase obrera industrial. Pero sin una base de materias primas abundantes, la política autárquica solo podía significar la imposición del «ahorro obligatorio» sobre la agricultura y el campo.[9] La autarquía significó que la agricultura tuviera un déficit crónico de fertilizantes, escasos y poco efectivos, producidos por la industria nacional. Por si fuera poco, se equipó a la industria para producir una serie de mercancías que bajo otras circunstancias se habrían traído del extranjero, incluido el cáñamo. Además, dichas condiciones –inversiones de capital altamente restrictivas y reticencia natural de un gobierno de derechas a enfrentarse a las clases agrícolas propietarias– significaban que el incremento de la productividad solo se podía conseguir de una manera: incrementando la intensidad y la duración de la jornada de los trabajadores agrícolas.

Ese era solo un brazo del yugo que la gente corriente soportaba en el campo. El otro era la economía dual que implicaba. Como se recurría a una economía oficial de racionamiento para asegurar que el campo sirviera de subsidio a los núcleos urbanos y a la industria, surgió una economía extraoficial paralela. Así, a las manipulaciones oficiales de la autarquía económica se añadían las manipulaciones fragmentarias de una economía poco menos que ilegal. En

consecuencia, estas manipulaciones crearon unas condiciones que determinarían cambios en la Vega Baja durante los años cuarenta y cincuenta. La producción de cáñamo para el procesamiento industrial y una economía rural sumergida con un volumen doble del de la economía oficial establecieron el escenario para los cambios concretos que iban a tener lugar en las relaciones entre trabajadores y propietarios.

Mientras uno podía encontrarse cualquier día con una citación de las autoridades locales, la Guardia Civil o el Ejército para presentarse en sus cuarteles, o los escuadrones de las juventudes de la Falange barrían las calles por la noche, la desconfianza y el miedo se combinaban con los rigores económicos diarios para producir un tipo alternativo de regulación social que encontró un suelo fértil en las ya desarrolladas estructuras de autoridad personalizada de la región. Como el control oficial de la producción y comercialización de bienes significaba que los vecinos también eran espías potenciales que se podían vender unos a otros a las autoridades por realizar operaciones esenciales para la supervivencia, los negocios prudentes con los vecinos, que normalmente se habrían derivado de la pobreza generalizada de recursos básicos en una economía devastada, adoptaron un cariz especial.

Esta época se conoció como los tiempos del estraperlo (del mercado negro),[10] un periodo en el que la producción no reconocida y la circulación de víveres básicos fueron el doble que las del sector oficial (Pitt-Rivers, 1957: 20; Richards, 1998: 135). Usamos el término no reconocida y no ilegal o ilícita porque decir que estas actividades eran ilegales sugeriría que se hacían completamente a escondidas y que las fuerzas del orden –desde las autoridades municipales a la Guardia Civil y al aparato legal– estaban dispuestas a eliminarlas, lo que estaría muy lejos de la verdad. Por el contrario, la posición de este tipo de operaciones con relación a la ley y a la política oficial y formal generó un tipo concreto de capacidad de decisión («agency») y una clase concreta de libertad. La regulación social bajo estas circunstancias tenía un carácter claramente no universalista; el estraperlo afectaba a la gente de maneras muy diferentes según su posición en el tejido social y político, y se pretendía que regulase de esa manera a la gente.

Hay que entender el poder de ese tipo de mezquino miedo cotidiano en el contexto de los años de hambre que siguieron a la guerra: el estraperlo y las cartillas de racionamiento crearon un espacio para la diferenciación entre legal e ilegal en la alimentación básica. En los años del estraperlo, las penurias, ya fueran por la insuficiencia de las raciones distribuidas mediante las cartillas de racionamiento o porque la gente políticamente dudosa no podía conseguir esas cartillas, obligaron a adoptar patrones de consumo dictados por las redes fragmentarias que caracterizaron la economía sumergida. Los efectos fueron especialmente sentidos por aquellos que durante la República y los años de la Guerra Civil habían sido activos en la política sindical y ahora se veían forzados a buscarse un medio de subsistencia, sobre todo a través del estraperlo a pequeña escala;[11] no obstante, esas personas eran especialmente proclives a ser denunciadas, por lo que tenían que esconder sus ideas políticas. Por lo tanto, el estraperlo fue en sí mismo un elemento de represión por medio de la regulación de los suministros de comida y, con ello, de la manipulación selectiva del hambre. Como tal, tuvo dos consecuencias: fue discriminatorio y, dado que la práctica de conseguir comida se convirtió en el único objetivo y pensamiento de la mente de cada uno, canceló no solo un mundo discursivo de participación pública, sino también el interés por realizar actividades políticas tout court.

En cuanto al elemento discriminatorio, paradójicamente la estructura excesivamente regulada dentro de la cual operaba el estraperlo transformó las relaciones sociales de aprovisionamiento e hizo esenciales las redes personalizadas de distribución. Así fue sobre todo para los rojos, que durante los años anteriores habían forjado una cultura política de confrontación colectiva para mejorar sus derechos como trabajadores y ciudadanos. Entonces su objetivo había sido mejorar sus condiciones mediante salarios mejores; es decir, en el lugar de producción, ya que los salarios de aquella época se traducían directamente en bienes de consumo a través de un intercambio transparente. Ahora el nuevo escenario los obligaba a unas prácticas personalistas –no solo en las relaciones de producción (que veremos en un momento, a través de la hipoteca humana), sino también en las relaciones sociales necesarias para la distribución–, los empujaba a acuerdos personalistas en la vida cotidiana y los distanciaba de la idea de que una implicación

práctica en la política pública podía mejorar su situación.

Junto a la selectividad de la discriminación, la escasez en sí misma fue una forma de silenciamiento político. Para los vencidos en la guerra, así como para los pobres en general, la escasez tuvo el efecto de magnificar la importancia de las cosas materiales, excluyendo otras ideas más abstractas. Richards cita un informe del Gobierno británico –«La comida ha eclipsado la política como tema universal de conversación» (1998: 143)– y argumenta que la focalización total en la supervivencia diaria fue una forma de control político (1998: 135). Las cifras oficiales sobre un producto clave, el trigo, muestran caídas del consumo en cada serie de años desde 1931/35 a 1941/45 y de nuevo para el periodo 1946/50 (Richards, 1998: 134), a la vez que los elevados precios que se pagaban por el pan y el aceite durante los años cuarenta no se volvieron a alcanzar hasta 1975 (cf. Leal et al., 1975: 81-82). Por otra parte, mientras que los precios oficiales del trigo y otros cereales tendieron a estar por debajo de los del tiempo de la República, los precios del estraperlo se dispararon a niveles increíbles: para el trigo una subida de un total del 1.941% desde los precios medios de los años de la República (1931-1935) hasta los de 1949 (cf. Pujol Andreu, 1985). El maíz, la avena y la cebada lo seguían muy de cerca. Así, mientras los precios oficiales se mantenían bajos, los precios reales del mercado negro condicionaron el consumo de los que no podían obtener cartillas de racionamiento y ofrecieron auténticas oportunidades de hacerse rico.

De hecho, la búsqueda constante de trabajo, alimentos básicos y ropa hizo del estraperlo el único campo en el que la teórica capacidad de decisión humana fue real, y considerando que eso estaba teniendo lugar en condiciones técnicamente ilegales, se produjo una suerte de alienación forzosa de la esfera política pública. Fernando Nogales nos proporciona una idea de estas circunstancias. Pasado el periodo inicial de caos, Fernando fue trasladado del campo de Albatera a un campo de trabajo y después fue juzgado y condenado a doce años de prisión. Salió con un indulto en 1945, seis años después del final de la guerra.

Cuando volví, me dediqué al cáñamo y al estraperlo. Los de derechas se negaban a dar trabajo a los de izquierdas, aunque se lo pidieran a rastras. En cualquier caso, un primo mío que trabajaba en el cáñamo [como rastrillador] me dio trabajo. En los negocios del mercado negro, íbamos a comprar cosas a Albatera y Callosa (GS 1979).

Su hermano menor, José, retoma la historia:

Aparte de la pequeña cantidad de trigo que provenía de los agricultores de aquí, la mayoría venía en el «Granaino», el tren Granada-Alicante, un tren viejo y lento que tenía que parar a menudo, donde la vía estaba realmente mal. El Granaino empezaba a descargar en Murcia, primero en Lorca, después en Jacarilla y después en [la ciudad de] Murcia. En [la provincia de] Alicante paraba en Orihuela, Callosa y en la estación de Albatera, después seguía a Crevillente y Elche, antes de llegar a Alicante.

A medida que avanzaba, aumentaba el precio del trigo (...) entre Jacarilla [a cincuenta kilómetros de Catral] y aquí la diferencia era de entre peseta y media y dos pesetas el kilo, y después todavía más, a medida que se acercaba a Alicante (GS 1979).

Fernando y su hermano se vieron obligados al estraperlo a pequeña escala por su falta de oportunidades en el mercado laboral a causa de sus ideas políticas durante la República. A lo largo de esos años, los que habían sido juzgados por crímenes de guerra no tenían derecho a moverse (se necesitaba un permiso) y podían ser acusados de formar parte del maquis (la resistencia), juzgados y sentenciados bajo una de las muchas leyes represivas.

Ambos hermanos continúan describiendo dos maneras como entraban los productos en el mercado negro. En una situación, estaba lo que Fernando llamaba mozos puestos que, cuando no había mucho trabajo en el cáñamo cogían sus bicicletas hasta

Jacarilla y volvían con 70-100 kilogramos de grano o harina. «Hubo uno que una vez trajo 224 kg» (añadió José). Traían productos aquí diariamente. «En aquellos días, hubo auténticas barbaridades. Yo, en un solo día, conseguí transportar desde el molino 3.000 kg de harina de cebada en sacos de 40 a 60 kg en cada viaje y esconderlos» (José). Una segunda situación, menos sistemática pero más espectacular, era aquella en la que la gente viajaba en el tren o en el techo de los vagones. «La Guardia Civil organizaba redadas – dice Fernando–. Pero cuando cogían a alguien todo había desaparecido. Los viajeros [normalmente mujeres] hacían acuerdos previos con chavales. Antes de que el tren llegara a una parada donde podía estar la Guardia Civil, les lanzaban sus productos fuera del tren a estos chavales». José añade un detalle más: «Después les daban a los chicos algo y a veces los chiquillos les robaban».

No todos los implicados en el estraperlo estaban en una situación de inseguridad y miedo constante. Como recuerda Fernando, algunos que habían apoyado a los nacionales fueron capaces de maniobrar y tomar las oportunidades que ofrecía el estraperlo.

La iglesia servía de almacén. Era allí donde se guardaban todas las reservas, que administraba la colectividad [durante la Guerra]. De manera que, después de la Guerra, al lado del altar había un montón enorme de gavillas de cáñamo que llegaba al techo, además de otros productos. Cuando volvieron los dueños, de acuerdo con las leyes franquistas, tenía que repartirse entre ellos. Pero uno o dos lo cogieron todo, lo vendieron [en el mercado negro] y ganaron mucho dinero (GS 1979).

Así pues, además de la imagen poderosa de la represión y la penuria, existe otra igualmente poderosa: se trataba de una época de oportunidad y cambio; la primera constituye una memoria de control, la segunda, una memoria de libertad. Parecen ser contradictorias y, sin embargo, están profundamente entrelazadas. La naturaleza sumergida del estraperlo también afectaba a los beneficiados por la guerra, pero los situaba frente a la esfera política pública de una manera bastante diferente. Para ellos

también existía siempre la posibilidad de que un vecino envidioso o incluso un pariente sacaran a la luz sus actividades hasta tal punto que las autoridades ya no pudieran tolerarlas. Eso no llevaba a una alienación de la política sino a una inmersión en ella, aunque de una manera muy personalista, porque sin conexiones políticas personales las actividades económicas realmente exitosas eran simplemente imposibles. Inicialmente, después de la guerra, esta situación implicó que las clases propietarias tenían que volver a hacer producir la tierra lo más rápido posible. Para los empresarios, comportó hacer uso de sus contactos políticos para monopolizar los excedentes que hubiera y, hasta que las políticas de autarquía y racionamiento tomaran el control, venderlos a cualquiera que pudiera comprarlos.

EL CÁÑAMO: LOS AÑOS DE ABUNDANCIA

Cuando el caos de la inmediata posguerra cedió y se instauró la política de autarquía de Franco, la naturaleza peculiar de la economía española originó oportunidades que iban a cambiar la estructura de propiedad de la zona. El relativo aislamiento de España después de la guerra dio un impulso especial a la demanda nacional de cáñamo, que se había cultivado en la zona desde hacía tiempo. También hubo un requerimiento oficial de que el 20% de la tierra cultivada se dedicara a la producción de trigo pero, como señala Pitt-Rivers (1957: 19-20) para Alcalá, en Andalucía, «los funcionarios responsables en el pueblo de controlar la producción de los agricultores son también agricultores. Se declara menos de lo que se siembra y solo se reconoce en torno a la mitad de la cosecha sobre la base de la tierra declarada. Siempre es un año inexplicablemente malo». No obstante, la producción no reconocida de alimentos y cultivos comerciales como el cáñamo estaba tan extendida que presionaba para que el área de cultivo se expandiera por el término.

Esa producción significaba de nuevo cosas diferentes para personas diferentes. Para algunos significaba consumo de subsistencia y comercio menor; para otros avances reales a partir de su capacidad para beneficiarse de las oportunidades estratégicas. El interés temprano por el cultivo de cítricos se redujo cuando cayó la demanda de exportación y la producción de alimentos del mercado negro dio a los arrendatarios y a los comerciantes un beneficio especial. Pese a todo, los productos agrícolas del mercado negro combinados con la producción creciente de cáñamo (que también se vendía tanto oficialmente como en el mercado gris, si no negro) proporcionaron oportunidades inesperadas para aquellos que estaban bien situados. Además, la distancia entre las rentas, que se ajustaban con respecto al precio oficial del trigo y los precios no oficiales, dejó a los arrendatarios, medianos y grandes, en una situación especialmente favorable, y éstos presionaron para

producir tanto como permitieran las reservas de agua y de mano de obra. A su vez, ello condujo a presionar para mejorar la productividad de la tierra por medio de una irrigación mejor y sobre las posibilidades de explotación tanto de la mano de obra fija como de la jornalera.

Como resultado, el estraperlo produjo entonces un tipo diferente de capacidad de decisión para los que se beneficiaron, con sus consecuencias sobre la cultura política. El hecho de que los códigos de conducta interpersonal que se modelaban en la práctica de una situación a otra contrapesaran la adhesión a la ley o la política pública, hizo que la conducta de la elite exhibiera una hipocresía ostentosa, una hipocresía avalada, aunque de manera ambivalente, por el propio Franco. Una historia que cuenta Richards (1998: 134) recoge muy bien esta ambivalencia:

La actitud de Franco se sugiere en una anécdota contada con frecuencia por el burócrata líder falangista Dionisio Ridruejo, a quien, cuando en abril de 1942 se le quejó a Franco de la corrupción y de la dimensión del mercado negro, le contestó el Caudillo: «Mira, Dionisio, en la Edad Media y también después, existía la costumbre de conceder títulos, tierras, bienes e incluso la mano de alguna doncella a los guerreros que habían destacado en batalla... Sin embargo, en nuestros días no existe ninguna manera de recompensar adecuadamente a los que creemos que han contribuido de manera eficiente al triunfo del Movimiento. Algunos se resignan a aceptar este hecho, pero otros escuchan a la gente que propone ganar algún dinero fácil mediante alguna operación comercial y caen en la tentación».

Los empresarios cuya ideología política los había unido a los conservadores antes y durante los primeros años de la República estaban preparados para explotar las oportunidades locales.[12] Inicialmente, por lo menos hasta que la producción regional no se pudo normalizar, su éxito dependía del comercio con excedentes preexistentes. Así, después de la guerra, José (Pepe) Iglesias sacó provecho de las reservas de cáñamo guardadas en la iglesia por los

republicanos y es una de las personas recordadas hoy por haber hecho una fortuna rápida vendiendo esas reservas en lugar de devolverlas a las autoridades.

Cuando Pepe tenía doce años, empezó a trabajar en la agricultura para su padre, un gran arrendatario que llevaba 300 tahúllas en arriendo y poseía otras 32. Pepe era el segundo de tres hijos. Cuando en 1932 las leyes de arrendamiento republicanas empezaron a parecer amenazadoras para los terratenientes, su familia perdió su arriendo y él empezó a trabajar, con veintiséis años, como vendedor de una empresa de cereales y harina de Alicante. Controlaba en exclusiva las ventas en la Vega Baja y en áreas vecinas de Murcia. Poco después de su matrimonio, estalló la Guerra Civil y la empresa para la que trabajaba Pepe en Alicante cerró. Pero fue capaz de aprovechar las oportunidades que ofrecía el estraperlo. De hecho, estableció una compañía de venta de cáñamo asociándose con su antiguo jefe de Alicante; este puso el capital y Pepe gestionó la empresa.

Pepe Iglesias fue uno de los grandes corredores implicado en operaciones del mercado negro de cáñamo. Antes de la guerra, tenía una posición estratégica, ya que era hijo de un gran arrendatario que además fue defensor de la sublevación franquista (la familia se escondió en Orihuela durante la guerra). Sin embargo, en vez de seguir el camino de la mayoría de familias de grandes arrendatarios, comprando tierras y entrando en las relaciones sociales locales de producción y dependencia, optó por explotar las oportunidades comerciales que se abrieron con el estraperlo, mediante el control de redes de personas bien situadas en el nuevo régimen, formadas a partir de las redes que él y sus hermanos habían iniciado antes de la guerra como corredores de trigo, animales y tierra. Era el tipo de nuevo agente mediador de poder que pudo surgir en la situación de cambio, aunque nunca llegó a institucionalizar su posición y parece haber trabajado de una manera individual para hacer crecer su fortuna particular.[13]

Pepe compraba cáñamo en Teruel, la Vega Baja, Granada e incluso en Zaragoza, y concentraba las actividades de procesamiento en Catral y Teruel. Reflexionando sobre esos días, enfatiza que se necesitaba muy poca inversión de capital para la maquinaria. Como

comerciante, compraba el cáñamo después de que hubiera sido macerado y los agricultores mismos se hubieran ocupado del primer estadio de su transformación en fibra. Su propio punto de contacto con los trabajadores era a través de los espadadores de la fibra cruda y los rastrilladores. Estos últimos eran trabajadores cualificados que tendían a dirigir equipos normalmente compuestos por miembros de una familia; un rastrillador necesitaba tres o cuatro espadadores además de niños que actuaban como aprendices y mujeres que hacían tareas de transporte y trabajaban con las fibras más cortas para hacer suelas de sandalia y zapato para la industria de la alpargata de Elche. «La fase del rastrillador era controlada por unas siete familias, cada una con dos o tres hermanos. Era trabajo a destajo y ocupaba a casi toda la familia incluyendo a los niños. Estaban los Sánchez, los Luces, los Crecencia, los Pijares, los Francho y los Conejo, unos cuarenta rastrilladores en total», nos dijo Juan Manuel Aguilar Gómez en 1979 (GS 1979).

El uso de apodos para referirse así a familias enteras, aunque normal en otras poblaciones, no estaba extendido en Catral. Se aplicaba a las familias de rastrilladores porque la mayoría de ellos habían venido a Catral desde Callosa después de la guerra. Como hemos visto, Callosa había sido un foco de organización socialista. Los rastrilladores en particular sufrieron una brutal represión después de la Guerra Civil. Esas familias vinieron a Catral por necesidad. Como su trabajo agotador e insano requería destreza y práctica del aprendizaje, creaba un cuello de botella para cualquier aumento de la producción de cáñamo, lo que hacía que esos trabajadores fueran muy necesarios tanto para los comerciantes como para los grandes agricultores. Así, sus habilidades y su trabajo tuvieron mucha demanda, aunque su pasado político afectó a su capacidad para beneficiarse de ello.

Pepe Iglesias cree que empleaba a unos veinte rastrilladores (probablemente equipos de trabajo familiares) en Catral en el momento álgido de sus actividades (poco después de la guerra). La manera como fue capaz de conservar su lealtad es especialmente significativa. En respuesta a nuestras preguntas, Pepe dice que pagaba el salario a destajo habitual, pero los rastrilladores obtenían de él «un beneficio especial». Por medio de sus conexiones políticas,

les aseguraba cartillas de racionamiento para su comida y «reservas gubernamentales» de tabaco.

A diferencia de otros de la zona, en esos primeros años Pepe dependía de las ventas en el extranjero casi al cien por cien, lo que pone otra vez de manifiesto la importancia de la relación entre actividades económicas y conexiones políticas. Existía un sistema de cuota en la venta de cáñamo, que Pepe sobrepasaba de manera persistente. Fue denunciado al Sindicato Nacional Textil en Madrid y entonces fue cuando conoció al secretario del sindicato del yute en Madrid,[14] de quien se hizo muy amigo. Llegó a un acuerdo de mutuo interés con este hombre por el cual él le haría saber a Pepe dónde aparecían bolsas de demanda de cáñamo. Entonces, en 1946, cuando acabó la guerra europea, Pepe vio desaparecer su mercado de exportación mientras España seguía sus políticas autárquicas. Los mercados de cáñamo nacionales, en los que no se había fijado, pasaron ahora a ser su foco de atención. En este punto, Pepe desaparece de nuestra narración.

Cuando el Gobierno de Franco empezó a establecer sus políticas autárquicas, creció la demanda de cáñamo, y eso proporcionó importantes oportunidades a los miembros de la elite que habían retenido el control de la producción. Uno de ellos fue Juan Lara, poderoso miembro de la familia Lara. El cáñamo procesado se enviaba a centros industriales como Callosa (principalmente para soga y redes de pesca), Crevillente (para refuerzo de alfombras) o Elche (para alpargatas y zapatos) por medio de las actividades de corredores y comerciantes; las mujeres desde sus casas en Catral convertían los peores materiales (las borras) en suelas de alpargata. En 1942 el Gobierno había organizado cooperativas de cáñamo por toda la región y había establecido unos requisitos para la producción de cada año. En 1943 la delegación local de los sindicatos verticales franquistas registró 156 cultivadores de cáñamo en 1.835 tahúllas, que iban desde un agricultor con 48 tahúllas a otro con 3 tahúllas. Hacia el final del «boom» del cáñamo, en 1958, se registraron 416 cultivadores en 6.118 tahúllas, con rangos desde las 200 tahúllas de José Mariano Lara a las solo 2 tahúllas de un pequeño propietario (Informe Anual, Archivo Municipal de Catral). Por supuesto, esas son las cifras oficiales, que no reflejan la cantidad total de cáñamo producido y comercializado.

En ese contexto de oportunidad comercial, Juan Lara, hermano del cacique José Mariano, consiguió organizar una cooperativa agrícola en 1942 por medio de su influencia política para conseguir permisos y créditos (en eso consistía la política agraria corporativista franquista común para la comercialización y era fuertemente apoyada por el Estado mediante créditos). Los Lara eran los mayores productores de cáñamo, con un registro oficial de 200 tahúllas por sí solos; la cooperativa, un negocio de procesamiento, tenía 117 miembros y controlaba el 75% de la producción (según J. M. Aguilar Gómez). La cooperativa de cáñamo después vendía su producto a agentes comerciales como Pepe Iglesias. Juan Lara, presidente y principal accionista, controlaba la cooperativa. A través de las relaciones de dependencia que ataban a él a los pequeños arrendatarios que trabajaban en su tierra y, más generalmente, por medio de su viejo control caciquil, fue capaz de dirigir toda la producción de cáñamo en Catral. En un momento dado de los años del cáñamo, esta situación tuvo que reportarle unos pingües beneficios, como nos dijo un jornalero: «Para los propietarios, el cáñamo era: abre la bolsa y llénala de dinero».

De esta manera, los Lara también consiguieron una posición institucional ventajosa en la estructura local del nuevo Estado. La cooperativa cerró cuando, a principios de los años sesenta, el principal cultivo comercial, el cáñamo, entró en crisis y se organizaron en la zona redes comerciales alternativas de fruta y verdura a través de almacenistas y corredores que comerciaban directamente con los mercados urbanos y, cuando las políticas reguladoras del Estado se hicieron más laxas, con los exportadores.

Existían esencialmente dos cuellos de botella para la producción de cáñamo, relacionados con una necesidad de mucha agua y una demanda insaciable de mano de obra. La manera en que Joaquín Marín aprovechó la oportunidad en ese contexto consistió en maniobrar por los canales oficiales para incrementar el acceso a los recursos hídricos. Marín era el mayor arrendatario de Juana Aguilar Lara, que poseía 460 tahúllas en 1936 (Registro de impuestos). Después de la guerra, él todavía cultivaba 260 tahúllas de esa tierra. En la coyuntura política que siguió fue capaz de acumular tierra, aparentemente por medio de la usura. Como usurero (prestamista) local, se dice que se había apropiado de la tierra que requería como

hipoteca para prestar dinero a pequeños propietarios empobrecidos. Pero su tierra, al final de la acequia principal, no estaba bien irrigada y no podía obtener una elevada producción de cáñamo. A través de su posición en la Falange local fue nombrado presidente de la Comunidad de Regantes (1940-79) y usó en su propio beneficio la mejora del sistema de riego que el régimen franquista estaba poniendo en práctica (Gil Olcina y Canales Martínez, 1988). Si bien los trabajos en la acequia mejoraron el sistema de irrigación en general, fueron especialmente provechosos para sus propiedades particulares. La infraestructura mejorada tuvo un gran valor especulativo para Joaquín Marín y aumentó el valor de la tierra para un cultivo con mucha necesidad de agua. Pero, al mismo tiempo, otros agentes del poder locales despreciaron su uso de las credenciales falangistas para situarse como terrateniente poderoso.

En cuanto a la mano de obra, el otro cuello de botella de la producción de cáñamo, había una demanda enorme de trabajo agrícola durante los tres meses intensos de la cosecha (de finales de agosto a principios de diciembre) y después otro mes durante el cual el agricultor llevaba a cabo su responsabilidad de preparar la cosecha. Después de la guerra, Franco devolvió rápidamente la duración de la jornada laboral al de sol a sol prerrepublicano, pero en Catral en 1940 las horas eran aún más largas. El cáñamo se cosechaba por cuadrillas de hombres desde las cuatro de la mañana (para evitar el calor del día) hasta la una de la tarde y después desde las tres hasta la nueve.

El calor en el cáñamo alto era una auténtica incomodidad, pero no era nada comparado con las tareas posteriores. Una vez la planta se cortaba y se dejaba secar, familias enteras incluyendo a los niños deshojaban la rama principal fibrosa (sacar la valilla). Entonces se dejaban las plantas desnudas al sol para que se secaran y se aclararan antes de ser puestas en grandes tanques o balsas de agua para que se maceraran. Se ponían rocas sobre ellas para evitar que salieran flotando a la luz del sol y se dejaban allí durante diez días más o menos. Los grandes agricultores tenían sus propios tanques y los otros los alquilaban. Una vez completamente empapadas, se estiraban las plantas y se ponían de pie en haces (garmeras), con las bases hacia afuera, las puntas inclinadas hacia adentro formando una pirámide para que cada planta pudiera secarse. Los pequeños

agricultores mantenían sus garmeras cerca de sus casas, donde podían quedarse hasta que ellos tuvieran tiempo de realizar la siguiente fase del trabajo o hasta que el precio del cáñamo fuera especialmente favorable.

Antes de que la cosecha se pudiera comercializar, el agricultor tenía aún una tarea más: agramar las ramas. Para esta primera fase de la transformación de la madera en fibra, se usaba una herramienta muy parecida a una guillotina de oficina con una hoja roma. Ese era uno de los muchos trabajos altamente tóxicos porque la fibra era absorbida por la piel y los pulmones. Hasta ese estadio, la demanda de mano de obra venía de los agricultores mismos –los pequeños arrendatarios y los trabajadores fijos– que empleaban tanta mano de obra familiar como podían, pero a menudo aún buscaban más, insaciablemente, entre el grupo jornalero, donde competían con los grandes labradores y los propietarios. Como la demanda era tan intensa durante un periodo tan corto, los acuerdos de trabajo de más larga duración tenían que complementarse con ofertas dirigidas a los jornaleros. Y la demanda de mano de obra crecía de año en año, ya que cada vez más agricultores se pasaban al cáñamo.

En un momento de demanda alta de mano de obra, ¿cómo se podían mantener los precios bajos? La cultura del miedo resumida antes, junto con la capacidad de los que habían apoyado a Franco para usar prácticas irregulares en su propio beneficio, se presenta claramente en la práctica definida por los jornaleros como la hipoteca humana. Esta se relacionaba con el sistema de seguridad social establecido por el nuevo Estado. El sistema se basaba en la disposición de la seguridad social de 1923 establecida por la dictadura corporativista del general Primo de Rivera con el apoyo de la socialista UGT, que había aprovechado la oportunidad para establecer algunas disposiciones sociales para los trabajadores (García Nieto et al., 1973; Ben-Ami, 1983). En aquel momento, el sistema había recibido una fuerte oposición de los patronos, que lo veían como un aumento innecesario de los costes del trabajo, pero también un debilitamiento de los lazos de dependencia porque el sistema acordaba la protección universal de los trabajadores contra la inseguridad general.

El sistema de 1923 hacía uso de una cartilla con páginas numeradas

(cartilla numerada). En la primera página se inscribía el nombre y la afiliación del jornalero. Las otras páginas se usaban para poner los cupones de las obligaciones de seguridad social que los patronos tenían que proporcionar a los trabajadores cada día como parte de su salario. Una vez llenas, las páginas eran depositadas por el trabajador en la Caja de Previsión Social (una institución de seguridad social).

El estado franquista mantuvo este sistema, pero el contexto político cambió su práctica y su significado. Cada trabajador tenía una cartilla en la que el patrono debía poner un cupón por cada día que el asalariado trabajaba para él. En realidad, este cupón era el reconocimiento de que había habido una relación de trabajo, de que el trabajador había estado trabajando de verdad. El patrón tenía que comprar los cupones como contribución a sus obligaciones de la seguridad social. Sin ellos, el trabajador no podía obtener beneficios del seguro sanitario o una pensión (muchos trabajadores se encontraron en esa situación en los años setenta cuando se jubilaron). Así pues, los jornaleros dependían de la buena voluntad de los patronos no solo para ser contratados, sino también para obtener el reconocimiento social de su trabajo.

Sin embargo, la mayoría de patronos no ponía los cupones en la cartilla. Cuando un jornalero necesitaba cupones (por ejemplo, para conseguir atención médica o su pensión), tenía que rogar por ellos y a menudo pagar para que se los pusieran. Muchos patronos usaban los cupones como una manera de controlar la mano de obra, porque el trabajo existía oficialmente solo si los cupones estaban en la cartilla.[15] El poder de ignorar una ley de aplicación universal, de actuar ilegalmente en un contexto altamente regulado, también se convertía en este caso en una de las principales ventajas de los patronos para controlar a los trabajadores en una coyuntura de mercado que bajo otras circunstancias habría favorecido al trabajador. En aquellos días, poder contar con gente importante del orden establecido que tuviera la voluntad de poner los cupones en la cartilla o firmar por uno era esencial para ir viviendo. Igual que los avales de los defensores de la rebelión habían salvado a muchos republicanos y socialistas de la pena de muerte en el punto álgido de la represión, el sistema de cupones y de firmas se convirtió en la pieza clave de este tipo de represión más cotidiana.

Cualquier cambio de situación requería certificados de buena conducta que tenían que firmar los notables (el alcalde, los patronos, la Guardia Civil, el sacerdote), algo muy similar a los avales necesarios cuando se pide un préstamo. Para muchas cosas del negocio cotidiano de la vida, uno tenía que conseguir el favor de una firma de los que tenían el poder, que actuaban como garantía moral y económica y certificaban las actitudes de la gente y su esfuerzo en el trabajo. Uno se encontraba entonces en la situación extrema de estar pidiendo perpetuamente un préstamo sobre la propia persona e identidad, como expresa claramente el término hipoteca humana. Sin estos avales, el movimiento físico y la movilidad social eran muy difíciles, incluso la simple subsistencia era dura.

Hemos visto como un sistema de administración represiva creó un espacio preciso donde la amenaza fue un instrumento del miedo incluso más fuerte que la aplicación efectiva de la ley. El uso de medios legales e ilegales para crear líneas de diferenciación mediante el control de la alimentación básica fue especialmente notable para el ejercicio de este tipo de poder, combinado con el miedo de la posguerra, el sistema autárquico, el estraperlo y las cartillas de racionamiento.

A lo largo de este capítulo hemos visto como la política pública se entrelazó con las relaciones sociales de producción. Existe un tema que se presenta de manera recurrente: la producción de una cultura del miedo que llevó la incertidumbre hasta el extremo de que la mera existencia de uno estaba siempre amenazada. El Estado franquista lo consiguió tanto por medio de una amplia represión directa y violenta como de un sistema invasivo de regulación empleado por la organización autárquica de la economía. Lo que hizo de la represión brutal y de esa economía dirigida unos instrumentos de control tan poderosos fue el hecho de que, en la práctica, en el estraperlo y más generalmente en las prácticas cotidianas para ir viviendo, esos instrumentos reguladores formales fueron violados insistentemente, de manera que el único modo de evitar parcialmente esa estructura coercitiva fue formar parte de redes extremadamente personalizadas. Usar relaciones personalizadas para ver satisfechas las demandas o simplemente para ganarse la vida no era nuevo, los trabajadores dependientes y

los pequeños arrendatarios habían dependido de ellas durante mucho tiempo. Pero en el nuevo Estado no había otro espacio para plantear en voz alta ni la más pequeña de las peticiones. Introduciendo la incertidumbre y el miedo en el viejo sistema caciquil prerrepublicano, el nuevo régimen provocó el colapso completo de la política pública en la densa maraña de las relaciones personales múltiplex.

---

1. Fernando Lorenzo cumplió siete años de prisión. En 1952, fue liberado por un indulto que concedió Franco, pero no le dieron su documentación para poder viajar por España hasta 1968.

2. Garbada Cebellán (1993) sugiere que el número de prisioneros llegó hasta 30.000, antes de que se cerrara el campo en octubre de 1939. Para una descripción más íntima del campo, véase Guzmán (2001: 175).

3. «Joaquín Marín» (Hernández Moreno; véase página 80) había estado en prisión, pero la fama de sus tretas era tal que generalmente se asumía que había ido a la cárcel por propia voluntad para evitar que ninguno de los dos ejércitos lo reclutara.

4. Recordemos una observación que hace George Collier (1987) en su propio trabajo de campo en Andalucía: el hecho de que muchos huyeran después de la guerra o emigraran más tarde significa que, sin lugar a dudas, el número de personas implicadas es mucho mayor de lo que podríamos descubrir hablando con los actuales habitantes de la zona.

5. En la vecina Callosa del Segura, se ejecutó a ocho personas en 1940, a trece en 1941, a doce en 1942 y a dos en 1943, y estos datos corresponden solo al registro oficial. Sabemos, sobre todo por las pruebas que ofrece la información sobre el campo de Albatera, que muchas ejecuciones simplemente no se registraron (Gabarda Cebellán, 1993).

6. En esta afirmación estuvierion de acuerdo incluso nuestros informantes más franquistas.

7. Irónicamente, esa situación no fue solo una consecuencia de la

buena gestión y del clima favorable. Después de todo, la demanda de alimentos era tan alta como la oferta. Pero, como veremos más adelante, una gran parte de la agricultura de Catral se dedicaba al cultivo y procesamiento de cáñamo, y, a causa de la reducción de la actividad del sector industrial durante la guerra, cayó la demanda nacional de ese producto.

8. El término autarquía tiene dos significados. En primer lugar, designa un sistema de gobierno económico que se basa en la autosuficiencia (del griego ἀυτάρκεια); en segundo lugar, la autocracia ilimitada, el poder absoluto (griego ἀυτάρχια). Esta distinción se mantiene en inglés, aunque con ambivalencia, en los vocablos autarky y autarchy, pero se pierde en castellano. Así pues, cuando nos referimos al sistema de la autarquía, destacamos la conexión entre la política aislacionista de España y la draconiana economía dirigista, cuyo hermano bastardo fue el estraperlo (véase Richards, 1998).

9. Del total del presupuesto de 1949, los ministerios del Ejército, de la Marina y del Aire recibieron el 32,74%, mientras que el Ministerio de Agricultura solo el 0,85% (Richards, 1998: 145).

10. Estraperlo es el nombre que se aplica a las actividades del mercado negro durante ese periodo. Estas actividades han existido en otras épocas y continúan existiendo ahora en España, pero se las llama directamente mercado negro, mientras que este término no se utiliza apenas cuando se hace referencia a aquellos años.

11. Nuestra referencia al estraperlo a pequeña escala (petty estraperlo) se relaciona con la expresión pequeño capitalismo (petty capitalism). Más adelante, comparamos las prácticas económicas a pequeña escala no acumulativas de esta clase de agentes con el estraperlo a gran escala. El término petty tiene un significado valorativo en el sentido de 'trivial' o 'menor' que va más allá de la simple escala o tamaño de las operaciones.

12. En muchos casos, tuvimos que andar mucho para recorrer el áspero suelo del inquisitivo y vengativo régimen franquista. Muchos empresarios del sur de Alicante habían apoyado a la República, a menudo desde el sector moderado del PSOE (Forner Muñoz, 1982).

13. Cuando acabó el estraperlo, Pepe no fue capaz de adaptarse al nuevo contexto comercial, pero a través de sus contactos consiguió el control del servicio telefónico del pueblo, un puesto de información clave concebido en los años sesenta para recompensar a las personas que habían prestado leales servicios al régimen franquista, pero que, en el nuevo contexto tecnocrático y modernizador, se convertían en unos incómodos aliados.

14. En realidad, el informante se refiere al secretario de la Sección Económica de Fibras Diversas, en las que se incluyen el yute, el esparto, el cáñamo, el lino, etc.

15. Evocando el uso habitual de le expresión en la zona, en 1979 los trabajadores de la UGT se referían a ese sistema como hipoteca humana, porque el empresario tenía que certificar su trabajo para que este existiera y les diera acceso a algunas de las prestaciones sociales que podían reclamar legalmente.

Capítulo 3

DE LA INSEGURIDAD A LA DEPENDENCIA

El que comía, simplemente con comer, era rico...

Trabajador, Vega Alta

El escenario de los años cuarenta y cincuenta es el siguiente: los terrores (para algunos) y las oportunidades (para otros) del periodo de la inmediata posguerra dieron paso a la normalización de la represión personalizada mediada por los trabajos semilegales del estraperlo y el predominio creciente de las relaciones sociales de la producción de cáñamo. Sin embargo, caracterizado de modo tan simple, este escenario tiene el riesgo de oscurecer la amplia variedad de historias vividas. Atando cabos dispares, haciendo un ovillo con el propósito de ser coherentes, nos arriesgamos a dar forma a una suerte de «cultura» regional. Pero la esencia de lo que contamos evoca muchas historias (Sider y Smith, 1997). Usando el término historias, en plural, pretendemos varias cosas. La más obvia es la propuesta de que las cadenas de experiencia que enredan a la gente en el pasado no necesariamente se vinculan todas a un nexo común (aunque lo hagan ocasionalmente). Pero también entendemos la historia como algo mucho más material que lo que se evoca mediante el término experiencia. Nos referimos a las corrientes materiales de la formación histórica. Aunque sin duda lo común se cohesiona en el espacio de la región, ello no debe esconder el hecho de que esas mismas fuerzas materiales también generan clases, producen posibilidades de movimiento, limitan su acceso y siempre lo hacen de manera desigual.

Al reconocer el hecho de las condiciones materiales, no caemos necesariamente en los brazos del determinismo social o del

individualismo de elección racional. La etnografía histórica nos permite observar que, si bien las personas que encontramos en nuestro trabajo de campo eligen, históricamente –a lo largo del tiempo– las opciones también hacen a las personas. En consecuencia, cuando insistimos en que el mundo social tal como lo encontramos solo puede entenderse apropiadamente observándolo a través de historias incompletas, nuestro propósito es ofrecer un conocimiento de los procesos que han originado en el presente diferentes tipos de personas sociales.

Por tanto, nuestra tarea en los dos capítulos siguientes será recuperar esos procesos tal como afectaron a la gente trabajadora de la Vega Baja, dando vida para ello al escenario que hemos desenmarañado hasta este momento. Pero ese viaje al pasado para recobrar las experiencias vividas se percibe como confuso porque se ha iluminado de manera desigual. Hemos tenido que vencer las oclusiones de la memoria, quizá no tanto el silencio como la reticencia, por ejemplo, en el caso de un viejo superviviente republicano. Y después hemos tenido que negociar las afirmaciones de lo que pasó, llenas de fuerza y de color, que fluían libremente de alguien como Pepe Iglesias, por ejemplo, para quien esos fueron los años gloriosos. Los murmullos reprimidos y las afirmaciones estridentes apuntan hacia una complicada serie de rupturas y continuidades, de zonas de fractura y de contacto que hacen surgir nociones muy variadas de lo que es una persona y de lo que puede esforzarse por ser, a favor o en contra de la marea. Diversos aspectos del poder se han entrelazado a través de las vidas de diferentes personas, evocando ciertos conjuntos concretos de prácticas cuyos remolinos han provocado sus propios flujos en la corriente. Para una persona o un grupo doméstico, una práctica cotidiana o un patrón de prácticas entrelazadas de larga duración afecta a unos grupos particulares y margina a otros de menor relevancia. Se crean hábitos de elección y contención, después cambian las circunstancias y la norma de una práctica requiere una alteración pragmática, o se impide una posible alteración dentro del marco del poder interpersonal real.

Así pues, en los capítulos siguientes no nos limitaremos a reunir las vidas de diferentes personas; intentaremos hacerlo en función de las corrientes de poder cambiantes que las posibilitan y las contienen.

El escenario que atisbamos en el capítulo 2 produjo sus propias modulaciones particulares de la diferencia, que transformaron la seguridad y la oportunidad en una extraña interacción entre la inserción local y un especie de «liberación del trabajo» en el sentido marxista.[1] Una idea omnipresente de atar, enhebrar y, finalmente, fijar se opuso a las experiencias del movimiento, del cambio, que tal vez proporcionaron oportunidades, pero más a menudo amenazaron con el desastre.

Quedarse quieto y moverse de aquí para allá forma parte de las vidas de la mayoría de personas, por supuesto, pero en nuestro caso el papel de estos procesos como formas de regulación social para tratar los problemas de la explotación del trabajo les dio una estructura con unas pautas distintivas. Al principio de este capítulo, veremos surgir esas pautas en una gran finca típica; mientras la imagen de Lo de Vera se hace más nítida, las relaciones sociales entre la gente situada en el centro de las actividades de la finca emergen oscuras y pegajosas como el alquitrán y dificultan el paso: cuando conseguimos levantar un pie, tenemos el otro bien pegado a la superficie del camino. Pero una finca como esta, a pesar de ser grande y orgánica, también atraía personas menos implicadas en su dinámica, una mano de obra más fluctuante.

Recurriremos a una línea continua aunque imperfecta para descubrir los caminos por los que estas diferentes experiencias de subsistencia insertaban a la persona social en diversos tipos de mundos colectivos en función de las relaciones de poder. En un extremo de la línea situaremos al trabajador aniaguero y, en el otro, al trabajador jornalero. En su sentido más general, estos términos se refieren a la duración de un contrato (normalmente verbal): de un año, en el primer caso, de un día, en el segundo. Sin embargo, como sucede en la Vega Baja con muchas otras cosas, el mundo real de las relaciones era altamente complejo y estas se solapaban en gran medida; una familia predominantemente jornalera podía tener, pese a todo, un pequeño trozo de tierra con un contrato de aniaga, o un arrendatario en aniaga podía encontrarse de cuando en cuando trabajando a jornal. No obstante, los condicionamientos y las posibilidades que unos y otros afrontaban los empujaban, por una parte, hacia una dependencia mayor en lo que hemos decidido llamar relaciones de tipo aniaga o, por la otra, hacia una mayor

capacidad de maniobra en las relaciones de tipo jornal.

Surge una dialéctica compleja entre el ejercicio del poder como control sobre la conducta de la gente –estimulando ciertas prácticas, restringiendo otras– y la imbricación del poder en las maneras estructuradas como sienten las personas y el tipo de mundo en el que viven. Una posibilidad no determina la otra, sino que se condicionan mútuamente. Una sociología histórica hace posible la exploración de formas específicas del poder en la constitución de subjetividades porque describe la práctica instituida y el sentimiento estructurado como mutuamente constituyentes. «Por ley natural –remarca un patrón– a los que trabajan para uno, uno les cede tierra a medias para cuando no tengan trabajo (...) Y por lo tanto esas son las personas que uno busca cuando necesita que se haga el trabajo». Y esa práctica de favorecer a una persona o familia sobre otra –un tipo personalista de estímulo– tiene que entenderse como algo más que las intenciones conscientes del patrón o la docilidad que produce en el aniaguero; también tenemos que desentrañar su significado en términos de un conjunto concreto de prácticas instituidas por el poder que impregnan el paisaje social y, a lo largo del tiempo, se hacen normales y naturales entre algunos, aunque otros luchen contra ellas y las nieguen.

Queremos comprender el camino histórico de una vida corriente que hace posible que una persona, sin pensarlo, empiece la cita anterior con la expresión «Por ley natural». Ya hemos visto muchas pruebas de la inseguridad de la vida de los trabajadores corrientes de la Vega Baja, una inseguridad que derivaba de una economía inestable, un clima impredecible y determinados tipos de relaciones sociales que eran estimulados (posibilitados) por el sufrimiento del hambre nocturna y la constante llamada al desastre diurno. Las palabras de un trabajador de la cercana Vega Alta del Segura resumen esta idea de una manera especialmente impactante: «El que comía, simplemente con comer, era rico, porque el otro (el jornalero) llegaba incluso a no comer» (Frigolé Reixach, 1992). Hemos usado las observaciones de ese hombre como epigrama de estos dos capítulos en los que primero discutiremos cómo la dependencia y la fijación se naturalizaron entre determinadas familias y después, en el capítulo 4, nos centraremos en la naturaleza cotidiana de la capacidad de maniobra y de movimiento.

CUATRO GENERACIONES

Gavin está sentado bajo el tejado inclinado del patio de la casa de los padres de Alicia, sobre una caja abierta, boca abajo, y habla con ella a través de un suelo cubierto de partes de zapatos parcialmente acabadas. Es el otoño de 1978 y Alicia tiene diecisiete años. Gavin había entablado conversación con ella por casualidad en el camino de vuelta a casa, después de dejar a su hija de tres años en la guardería. Alicia estaba visitando a su amiga, la mujer que lleva la guardería, y los dos empezaron a hablar. Para Alicia, Gavin parecía especialmente interesado en los complicados detalles de cómo cultivar la tierra. Lo había visto hablando con su padre: «Como un joven comulgante escuchando al sacerdote», había dicho bromeando; y justo el día anterior su padre, el Podenco, había llegado tarde a cenar porque, en lugar de montar en su mobylette,[2] había vuelto a pie empujándola, mientras hablaba con Gavin.

«Debería hablar con mi abuelo –dijo– si realmente quiere saber sobre esas cosas».

«¿Tu abuelo? ¿El tío Ciriaco?».

«Sí, es él. Debería de hablar con él».

Entonces Gavin comprendió que tenía una oportunidad muy poco habitual de colarse por unas horas en el día siempre muy atareado de alguien que trabaja a domicilio. Con un sonrisa despreciativa y un encogimiento de hombros, Alicia se puso a trabajar y lo dejó sentarse en la caja y hablarle. Ella estaba trabajando «para mi ajuar», dijo, riendo otra vez un poco despreciativa, casi como si pensara que eso era un poco tonto para él, o quizá por una razón ligeramente diferente: el arcón le parecía a Alicia un poco vacío.

Le daba empleo su tío, un distribuidor de trabajo. Pero aquel día, y las semanas que siguieron, cuando Gavin se dejaba caer ocasionalmente (fingía para sí mismo y para Alicia que era para

aliviar el aburrimiento del trabajo de ella) o la encontraba por la calle, empezó a saber que Alicia se esforzaba bajo el yugo de las órdenes de su tío. Semanas más tarde ella le diría:

Dice que tengo suerte de que me dé trabajo; podría dárselo a otras. Cuando empecé, era lenta y cometía errores, y quizás entonces tenía razón. Pero ahora me da las tareas más duras y viene a finales de semana con trabajo extra que no ha conseguido que hagan otras. Los sábados a menudo me hace corregir los defectos que han hecho algunas de las otras mujeres en un lote semanal de tareas, antes de entregarlas a la fábrica (GS 1978).

Gavin conocía a su tío Fernando y se quedó un poco sorprendido unas semanas después, cuando pasó Fernando junto a Gavin y un grupo de gente joven y, viendo a Alicia, dijo: «Una chica más salvaje que lista». Una irreverente mirada juvenil recorrió el grupo y Alicia se volvió hacia Gavin y dijo: «Le dije que ya estaba harta. Él me dijo que buscara trabajo en cualquier otra parte, y es lo que estoy haciendo». Unos días después Gavin la visitó mientras trabajaba en el patio y ella le explicó de forma optimista su decisión: «Estoy consiguiendo trabajo. No es tan regular, pero pagan más y no me obligan a hacer el trabajo de repasar como mi tío» (GS 1978).

Está claro que Alicia estaba preocupada tanto por su fuente futura de trabajo como por haberse enfrentado a su tío. Alicia no es una aparadora; hace un trabajo menos especializado en los lotes de zapatos. La máquina de coser grande y pesada de su madre está en medio de la cocina y esta a veces acepta encargos, pero a menudo ayuda a Alicia a acabar los lotes que le han asignado. Es una mujer grande y fuerte, lo que hace que Alicia a su lado parezca sorprendentemente pequeña. «Lo hago para su ajuar», dice.

Alicia tiene dos hermanos: Isidro, de once años, y Victoriano, de dos. Muchas veces tiene que cuidar a su hermano más pequeño y posiblemente también al hijo de una vecina, mientras su madre gana algún jornal en los campos o ayuda a su padre en la tierra que

él trabaja. Como esto distrae a Alicia de la concentración que necesita para ocuparse de su tarea, hay un elemento de reciprocidad en la ayuda ocasional de su madre. En cualquier caso, lo poco que ganaba para su ajuar no era solo una consecuencia de que Fernando explotara sus lazos familiares con ella, aunque Alicia rehusara decirlo de una manera tan clara. Una mirada y un gesto eran suficientes.

Mientras tanto, Isidro pasaba mucho menos tiempo en la escuela que otros niños de su edad. Cuando Alicia se lo presentó por primera vez a Gavin, el niño acababa de llegar de sus trifulcas con un par de amigos. «Isidro, el espantapájaros. Se parece mucho a un espantapájaros», dijo, e Isidro reía disimuladamente y se encogía de hombros como si hubiera alguna conspiración en la que estaba encantado de participar. De hecho, fue su padre quien aclaró que espantapájaros no se refería a su ropa andrajosa, sino a un trabajo que realizaba con demasiada frecuencia, y por el que faltaba a la escuela.

La tarea de Alicia como trabajadora a domicilio no cualificada era en muchos aspectos muy parecida a la que hacían muchas mujeres de su edad en la zona a finales de los años setenta y principios de los ochenta. Pero también tenía sus propias inflexiones particulares: la fuerte interrelación entre su trabajo industrial y sus responsabilidades del hogar, el papel dominante de su madre y de su padre en la organización de su vida y la de su hermano mayor. En realidad, la tensión que rodeaba el uso que hacía su tío de los lazos familiares para controlar las opciones profesionales de Alicia era una constante en el tipo de familias dependientes del que ella procedía.

En 1978, su padre, el Podenco, tenía 67 tahúllas de tierra a medias,[3] pero solo dos años antes se había visto en una situación que, como la de Alicia, puso a prueba las relaciones de la familia, aunque aquella vez intervinieron unas variables diferentes. El padre de Alicia había adquirido gradualmente sus 67 tahúllas durante años, no solo mediante el trabajo incesante, el suyo propio y el de su esposa (y después el de sus hijos), sino por medio de una lealtad exagerada para con su amo. En eso la carrera agrícola del Podenco no había sido diferente de la de su padre, el abuelo de Alicia, el tío

Ciriaco (nacido en 1900), quien hasta hacía poco había cultivado él mismo tierra a medias, aunque no de la misma familia que el Podenco. Y el tío Ciriaco, por su parte, había tenido acceso a sus pocas tahúllas de tierra porque su padre, el bisabuelo de Alicia, había sido el cochero de la familia Lara, los propietarios de la tierra a medias del tío Ciriaco. Y para completar la herencia, por lo que sabemos, el bisabuelo de Alicia se había asegurado su trabajo como cochero por la influencia de su madre, que había sido nodriza de algunos de los hijos de su patrón.

Poco después de la muerte de José Mariano Lara Fernández, el amo del tío Ciriaco había decidido vender su tierra. Como arrendatario fijo, se le dio la primera opción de compra al tío Ciriaco y a un precio especialmente favorable que, por costumbre y ley, tenía en cuenta las mejoras realizadas durante su arriendo. Él le ofreció la oportunidad a su hijo, pero, para gran decepción del viejo, el Podenco rechazó la oferta. Las razones de la decisión del Podenco eran complejas y su interpretación variaba según la persona que lo explicaba. Su padre le dijo a Gavin que fue porque no tenía el dinero y (de manera correcta en opinión del viejo) no quiso endeudarse. Reflexionando retrospectivamente sobre esa decisión difícil en una conversación con Gavin, el Podenco veía el asunto en términos de un conflicto entre las responsabilidades que tenía con su padre y las que tenía con su propio amo. Ese conflicto no se resolvió con facilidad, pero al final, dijo, fue cuestión de lo que siempre has conocido y lo que no.

De hecho, la cuestión eran los lazos de dependencia a través del parentesco, representado por la petición del tío Ciriaco –que se habían cortado de cuajo por la venta de la tierra por parte de su viejo patrón–,[4] frente a los lazos que el Podenco había construido a través de la lealtad a la tierra que él mismo cultivaba directamente (junto con el trabajo de su grupo doméstico). «He estado trabajando esta tierra durante treinta años –dijo– desde la primera vez que fui allí como peón cuando tenía doce años. Allí conocí a mi mujer». Ella tenía solo ocho años y había venido a trabajar con su madre, una jornalera ocasional a quien su hija prestaba un poco de ayuda en el campo.

A lo largo de los años ambos (Susana y Gavin) hemos llegado a

conocer a mucha gente joven, hombres y mujeres, trabajadores industriales, muchos de ellos no tan enraizados en un conjunto casi orgánico de lazos de familia como lo estaba Alicia.

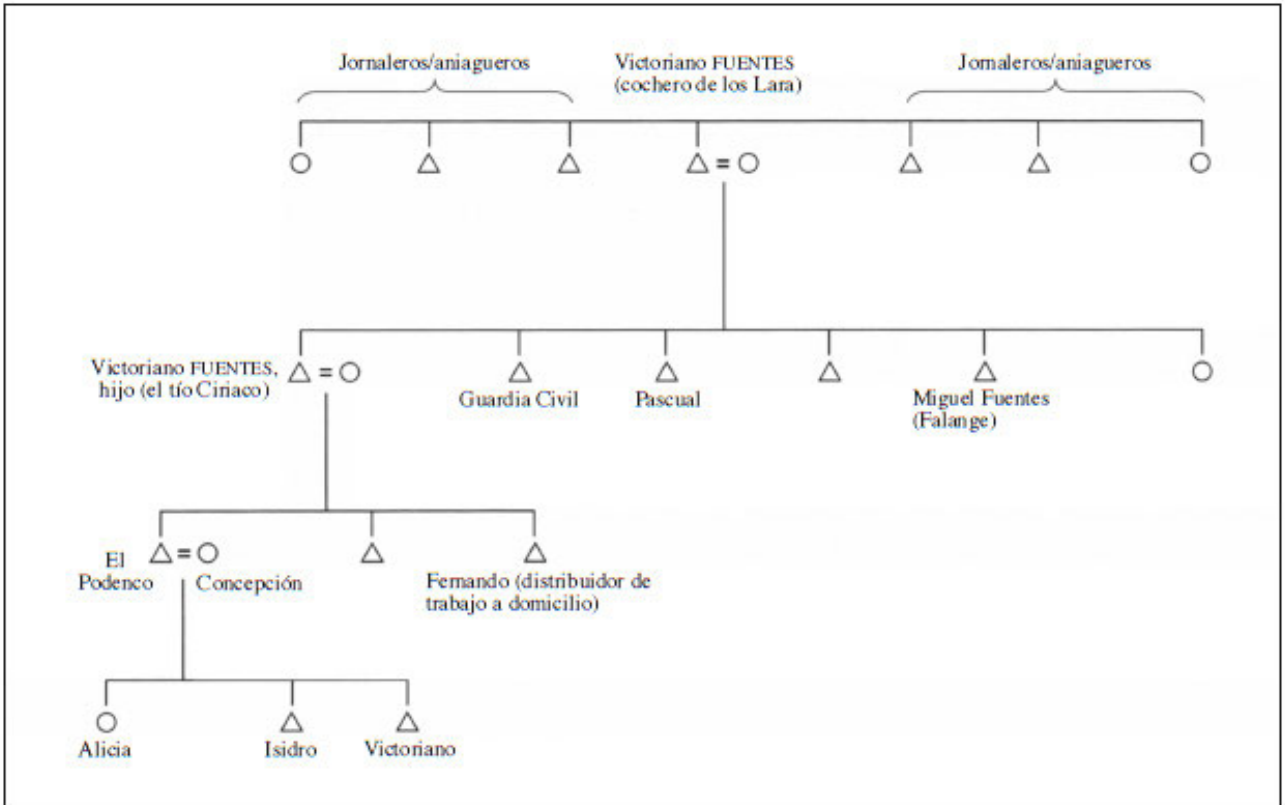

Jornaleros/aniagueros
Victoriano FUENTES
(cochero de los Lara)
Jornaleros/aniagueros
Victoriano FUENTES,
hijo (el tío Ciriaco)
Guardia Civil
Pascual
Miguel Fuentes
(Falange)
El
Podenco
Concepción
Fernando (distribuidor de
trabajo a domicilio)
Alicia
Isidro
Victoriano

Figura 1. Árbol genealógico de la familia de Victoriano Fuentes.

Sus lazos de dependencia no han tenido nunca la misma fuerza. Para familias como la de Alicia, a pesar de que una o dos hijas y posiblemente la mujer trabajaran a domicilio, la presencia del Podenco presidiendo la mesa durante la cena, las frecuentes salidas de Concepción (la madre de Alicia) a los campos y las ausencias de Isidro de la escuela para ayudar a su padre evocan la vida agrícola. Y la naturaleza orgánica del proyecto doméstico que rodea tenazmente a Alicia y produce sus propias disposiciones es en sí misma una sombra cuya forma, en sus aspectos más íntimos, deriva de las prácticas instituidas y los sentimientos estructurados de un espacio laboral integral más amplio. Para hacernos una idea de ello, aceptamos la invitación de Alicia y volvimos a la juventud de su abuelo, el tío Ciriaco, para observar el mundo social en el que creció.

EL MUNDO DE LO DE VERA

Dejamos al tío Ciriaco justo cuando trataba de convencer a su hijo para que comprase las 26 tahúllas que él había trabajado a medias durante años. ¿Cómo llegó a tener ese arrendamiento? En otras palabras, ¿qué relaciones y prácticas se condensaron en aquel suelo que él llamaba, con insensibilidad asertiva, «ni bueno ni malo»?[5] Traslademos nuestra atención al espacio que ha jugado ese papel primordial no como mero centro del mundo social del tío Ciriaco, sino como la totalidad de su mundo, de un extremo a otro.

El propietario de las 26 tahúllas era el hijo de un terrateniente de la zona que una vez fue importante, y la venta fue solo parte de un proceso que sufrió la finca original, vendida a más de veinticinco agricultores independientes. Pero a principios del siglo XX la finca Lo de Vera, propiedad de don José Mariano Lara Fernández, se hallaba entre las cuatro o cinco más ricas del término de Catral.[6]

Los Lara, como muchos propietarios agrícolas alicantinos similares, se habían apresurado a beneficiarse del «boom» del vino de finales del siglo XIX (véase capítulo 1) y la mayoría de la tierra buena[7] se dedicaba a viñas. Los olivos también estaban muy extendidos y el trigo y el cáñamo ocupaban el resto de la tierra buena. En el saladar –tierra que nunca había sido regada y tendía a ser salina por la fuerte evaporación que se producía en la temporada seca– se conservaban animales de labranza, ovejas, cabras y unos cuantos caballos para montar. Había temporadas en las que incluso se bajaban algunos toros de lidia (lo hacían ganaderos trashumantes a caballo) que pacían en esa tierra.

En resumen, Lo de Vera era una típica gran finca de pleno rendimiento de la Vega Baja. Allí crecía un cultivo principal (uva para vino y, en menor medida, olivas) y también se producía una variedad de otros productos agrícolas: algunos, como el trigo, la cebada y el ganado, se encontraban en general en todas las tierras de España; otros, como el cáñamo, eran específicos de la región.

Aunque en cierto modo pareciera la quintaesencia de la gran explotación agraria del sur de España, debido a la naturaleza de sus cultivos era también un centro de manufactura. Casi todos esos productos conllevaban algún tipo de procesamiento antes de dejar el campo: las uvas en vino, las olivas en aceite, el trigo y la cebada en harina y el cáñamo en fibra.

Hay dos hechos que señalan de manera clara la «grandeza» de la finca: una proporción de la mayoría de esos productos (excepto el cáñamo) era consumida por el propietario y su familia, y también servía como moneda de cambio habitual en las relaciones con sus trabajadores. Por otro lado, Lara directamente o alguno de sus parientes de Catral poseían y controlaban los medios de producción para cada una de las transformaciones posteriores a la cosecha: cavas de vino, molinos (para harina y aceite), grandes balsas para el procesamiento del cáñamo, incluso una fábrica de enlatado de tomate dirigida por la familia de la hermana de José Mariano.[8]

Es importante destacar la interrelación de lo no comercial y lo comercial en esas actividades. En todos los casos, las actividades y la gente que trabajaba en ellas tenían una apariencia, una cultura construida, que evocaba el enraizamiento local. Existían para servir al mundo local de la Vega Baja. No solo las casas de la familia Lara comían el pan y cocinaban con el aceite hecho en sus propios molinos, cualquier otra persona de Catral con trigo para moler o olivas para prensar acudía a esos molinos también. En resumen, eran un recurso fundamental y necesario de la reproducción social de la vida cotidiana en cualquier año agrícola. Vacilamos en emplear la expresión «reproducción de la economía» porque «economía» ha venido a asociarse principalmente al comercio, y esa faceta pública estaba muy predispuesta contra la economía así entendida. Era la manera de ser de una vida rural integral y orgánica predispuesta implícitamente contra la agitada vida de las ciudades.[9]

Y, pese a todo, esa actitud no constituía en absoluto la realidad de Lo de Vera, que no se podría reproducir sin su dimensión profundamente comercial. Como destacamos en el capítulo 1, se trataba de una región completamente comercializada. Tener éxito en el mercado era importante, y no solo en el mercado regional o en

el nacional, sino a menudo también en el mercado internacional. Y los movimientos del mercado ofrecían solo una de las muchas clases de incertidumbre que recorrían la sociedad de arriba abajo.

Don José, un cacique regional junto con su hermano y, según la mayoría, una gran figura de la vida de la zona del primer cuarto del siglo XX, vivía en la población. Cada mañana lo recogía su cochero, que había andado una media hora desde su casa en el pueblo a la finca, había enganchado las yeguas al coche y las había conducido de vuelta al pueblo. Cada día al mediodía, don José era devuelto a su casa para comer y hacer la siesta, y cada tarde era recogido y llevado una vez más a sentarse en la mesa bajo la sombra fresca de los árboles que había a la entrada de la casa de la finca. El cochero era Victoriano Fuentes padre, el padre del tío Ciriaco (el nombre real del tío Ciriaco era también Victoriano Fuentes). En 1900, cuando nació el tío Ciriaco, Victoriano, su padre, era un jornalero libre que buscaba trabajo donde fuera que hubiera tierra de cultivo (el tío Ciriaco lo describe como «deambulante de donde le buscaran»). Su madre (del tío Ciriaco) pasó a ser la nodriza de uno de los hijos de don José, y cuando Victoriano padre tuvo un accidente que le dañó un brazo, por medio de ese vínculo se le ofreció el trabajo de cochero de don José.[10]

Cuando don José llegaba a la finca por la mañana, solía discutir los negocios del día con Pedro Rico, uno de los cuatro labradores que vivían en la finca. Don Pedro (como Victoriano padre le llamaba), el tío Pedro (como le llamaba Victoriano hijo) o el Rociero (como se referían a él sus iguales) era el labrador responsable de la marcha cotidiana del grueso de la finca. Que las clasificaciones según la posición social eviten cualquier definición simple y clara forma parte de la naturaleza de los mundos sociales integrales como este, parte del engranaje que los hace funcionar. Ya hemos mencionado, por ejemplo, el solapamiento entre los aniagueros y la gente a la que se llamaba más enfáticamente jornaleros. Con respecto a las personas mejor situadas en la jerarquía social, existía un tipo similar de plasticidad en los términos y las posiciones. El Rociero era sin duda un labrador, un término que en su sentido más general designaba al agricultor independiente. No obstante, él no era en realidad especialmente independiente. De donde sacaba su poder (y de aquí su estatus) era de su control diario sobre la finca. Eso llevó

a Gavin a preguntar a la gente mayor si el Rociero era, de hecho, un apoderado. Durante el siglo XIX, las fincas principales de la Vega Baja poseídas por la aristocracia u otros terratenientes absentistas habían sido llevadas por capataces asalariados con un estatus considerable; la mayoría de esos capataces vivía en la vieja ciudad eclesiástica de Orihuela y viajaba a las tierras que dirigían quizá tres o cuatro veces por semana. Eran personajes poderosos extremadamente importantes, pero cuando la aristocracia vendió sus tierras a familias como los Lara, los viejos apoderados ya no fueron necesarios, aunque la gente que llevaba diariamente la finca todavía lo era. Como consecuencia, cuando se hablaba del Rociero, la mayoría de las personas vacilaban en usar el término apoderado, aunque volvían a usarlo cuando describían lo que hacía y cómo se relacionaban con él.

OCUPACIONES AGRÍCOLAS EN lO DE VERA

(1.000 TAHÚLLAS EN 1925)

propietario

apoderado, uno de cuatro labradores

doce-catorce aniagueros (jornaleros fijos)

jornaleros requeridos para tareas únicas o de temporada

tres ganaderos o pastores

mozos labradores (12-15 años)

yerbaceros (7-13 años)

Además del Rociero, vivían en la propiedad otros tres labradores. Había dos en la casa de Lo de Vera, que compartían entre sus dos familias (separadas). El Rociero y el cuarto labrador tenían sus

propias casas, las viejas casas de finca de dos pequeñas propiedades que habían sido absorbidas por Lo de Vera. Se trataba de familias cuyos medios de subsistencia estaban completamente asegurados mientras don José fuera el propietario. Tenían a medias suficiente tierra de don José para llevarla como pequeñas explotaciones propias, con lo que producían para la venta alrededor de un tercio de sus cosechas y usaban el resto para la familia.[11] Sus responsabilidades eran varias. Miguel Lorenzo, por ejemplo, era el «brazo fuerte» de la finca: patrullaba las tierras con una escopeta para defender los cultivos de animales errantes y ladrones. El tío Ciriaco dice de él: «Hacía de labrador pero no era labrador», es decir, según el tío Ciriaco, tenía el aspecto de un labrador, pero no era un labrador propiamente dicho.

Lo difuso de términos como labrador, amo, incluso dueño (que normalmente se referiría de manera bastante clara al propietario/ patrón de una empresa) refleja el papel del estatus y la jerarquía en el mundo corporativo personalizado de una finca como Lo de Vera. Aunque muy pocas de las grandes fincas, como Lo de Vera, veían la presencia diaria del auténtico propietario, en este caso don José, la mayoría de veces las fincas importantes eran llevadas por grandes arrendatarios a los que los empleados, en todos los sentidos, trataban como propietarios y a menudo llamaban dueños. No obstante, como normalmente se sabía que en realidad eran labradores, es decir, que en definitiva estaban al servicio del terrateniente, el término labrador en sí mismo, cuando se asociaba con gente muy específica, podía usarse para referirse a una persona del más alto rango social, una persona con poder. Para complicar aún más las cosas, ese tipo de personaje del labrador había reemplazado gradualmente a los mayorales asalariados que solían llevar las grandes fincas para sus patronos aristocráticos y a estas personas se les llamaba –muy literalmente– apoderados, gente con poder. En consecuencia, cuando Miguel Lorenzo se pavoneaba por Lo de Vera con su escopeta, él mismo se adornaba con todos los accesorios posibles de un hombre con poder, un labrador de alto rango. Pero el tío Ciriaco sentía claramente que para ser tratado como un labrador de alto rango se necesitaba mucho más que eso.

A causa de la naturaleza personalizada del contrato, en la cima del orden social de Lo de Vera la seguridad residía en la duración del

interés del dueño por la propiedad. Si él o ella quisiera vender, o simplemente trasladar sus recursos y ocupaciones a cualquier otro sitio (por ejemplo, a profesiones y propiedades urbanas), el futuro de los antiguos labradores correría un peligro inminente. En la parte inferior de la jerarquía social, la incertidumbre era un asunto mucho más cotidiano. Las demandas de la finca, en tanto que empresa agrícola, cambiaban según las estaciones, lo que provocaba la necesidad de una población fluctuante de jornaleros, mucho más si se tiene en cuenta que esas actividades (aun siendo comerciales) estaban muy poco mecanizadas. Estos altibajos en la demanda de mano de obra podían tener efectos contrapuestos: a veces obligaban a los aniagueros a buscar trabajo en el mercado abierto, fuera de la finca; a veces incorporaban a la población fluctuante de jornaleros ocasionales al régimen de trabajo de la finca. Por tanto, como en el extremo más alto de la escala social, en el extremo más bajo había también difuminación de los límites de las categorías sociales e, igual como los aniagueros podían verse de cuando en cuando en la plaza buscando jornal, asimismo los jornaleros fluctuantes (de los que nos ocuparemos en el capítulo 4) podían tener gran familiaridad con el mundo personalizado y orgánico de una gran finca como Lo de Vera.

A los ojos de don José, el Rociero y el cochero, Victoriano padre, eran hombres de confianza. Esa confianza desafiaba toda la jerarquía social, por lo menos en apariencia. Durante unos días cruciales, el humilde Victoriano se vio a sí mismo como comprador y propietario de toda la finca de Lo de Vera, cuando don José quiso desviar la atención de los funcionarios de la reforma agraria de la verdadera extensión de su propiedad, una operación que solo podía encomendarse a un hombre de confianza. Por lo que don José sabía, Victoriano era un hombre de buen carácter, y sin duda trabajó mucho en su vida diaria y mediante las presiones que ejercía sobre su grupo doméstico con el objetivo de asegurarle a don José de que ese era verdaderamente el caso.

Richard Sennett (1999) ha apuntado el debilitamiento de la noción de buen carácter en el contexto laboral en los regímenes actuales de trabajo flexible. En la Gran Bretaña victoriana, una persona podía obtener un documento, normalmente una carta, llamado «referencias de carácter» o más específicamente «referencias de

buen carácter». Sin embargo, en Lo de Vera, y en otras fincas similares, esas referencias no eran tan asequibles. La confianza era una relación única, no reproducible, y, por lo tanto, no transferible entre una persona y otra. Realmente, el poder de la noción derivaba del monopolio de la parte más poderosa sobre el bienestar del otro.[12] En este sentido, don José se sentía más seguro haciendo sus malabarismos al funcionario de la reforma agraria por medio del completamente dependiente Victoriano que por medio de uno de sus labradores más poderosos, como el Rociero.

Aunque por sus características concretas era diferente de las nociones de carácter en otros tipos de trabajo, con todo, la institución del hombre de confianza tenía que ver enteramente con el carácter, no solo por las largas horas de auoexplotación, sino porque implicaba tener que dar constantes muestras de devoción, pequeñas y grandes, a la persona del amo y a la institución de su empresa. Longevidad, fijación y continuidad jugaban el papel estabilizador en los violentos mares del azar y la traición del vasto mundo. Es significativo que usemos el término formar cuando hablamos de la formación del carácter –formamos el carácter, pero no la personalidad; lo mismo se puede aplicar a la noción de confianza con respecto a la institución del hombre de confianza–. No obstante, eso no implica que todos los que tenían un empleo fijo en Lo de Vera podían llegar a ser hombres de confianza a los ojos de don José. En realidad, la economía de su uso y la escasez de su adquisición actuaban como un estímulo para que otros dieran muestras de su trabajo desinteresado y su lealtad para la formación del carácter, no solo de ellos mismos sino de toda su familia.

Para las personas familiarizadas con la bibliografía sobre la cultura mediterránea, puede resultar una sorpresa que asociemos confianza con (buen) carácter más que con honor. Evitamos este último término sobre todo porque nunca lo oímos nombrar como un elemento de carácter necesario para un hombre de confianza. Ciertamente, don José podía esperar que alguno de sus hombres de confianza fuera un hombre de honor, pero, desde otra perspectiva, esa misma relación podía hacer imposible que una persona fuera un hombre de honor. La noción de persona honrada no tiene una única lectura, lo que apenas sorprende en los albores de una guerra civil en la que estaba en juego la buena sociedad establecida. Pero el

tema central es que el honor, la confianza o el carácter no pueden entenderse uniformemente como un rasgo compartido de la cultura local; más aún, esos conceptos reflejan las diferencias, las distinciones y los conflictos que fueron y son parte del paisaje social. Por ello, un jornalero ocasional podía empezar su catecismo de lo que hacía a un hombre honrado destacando precisamente que no estaba en absoluto en deuda con otro que estuviera por encima de él. Más adelante veremos que esas perspectivas inestables de las prácticas y las relaciones que debieran constituir a la persona social responsable no son simples detalles de ciertas obsesiones antropológicas por «disposiciones culturales», sino factores con un profundo papel en la cultura política de la España rural contemporánea. Baste aquí apuntar que la conducta del hombre de confianza proporcionó los elementos ideal-típicos de la práctica social para aquellos que aspiraban a ser aniagueros apreciados.

AGENCIA PAUTADA Y COYUNTURA HISTÓRICA

El tío Ciriaco había empezado su vida laboral como yerbacero, proveyendo yerba para el ganado, primero para uno de los cuatro labradores de Lo de Vera, después para otro. Cuando tenía unos quince años, ya trabajaba como jornalero en la finca, como también lo hacían sus hermanos y, cuando era necesario, su hermana. El Rociero, el labrador-apoderado, tenía tres hijos que también trabajaban como jornaleros en Lo de Vera. Había en total unos doce o catorce jornaleros, la mayoría de ellos unidos de un modo u otro por lazos de familia. El tío Ciriaco recuerda: «Yo solo trabajaba de jornal. Todos trabajábamos en la finca, pero de jornal; quizás un día por casualidad podríamos ir a trabajar para otros, pero mientras no hubiera esa posibilidad, siempre había algo en la finca».

Aquí el tío Ciriaco parece estar diciendo que era jornalero, pero no lo era, por lo menos no en el sentido estricto en el que usamos el término. Como en el caso de otras categorías sociales, tenemos que afrontar el tema altamente complejo de la noción de trabajo a jornal como se aplicaba, por una parte, a las personas como el tío Ciriaco y, por otra, a la gente con ningún vínculo tan firme con una finca o con una pirámide de patronos que los uniera finalmente con los iguales de don José Mariano Lara.

Recordemos las palabras del trabajador de la vecina Vega Alta: «El que comía, simplemente con comer, era rico, porque el otro (el jornalero) llegaba incluso a no comer». Cuando el tío Ciriaco dice «siempre había algo en la finca» se está situando claramente a sí mismo y a otros de Lo de Vera como él entre los trabajadores del primer tipo («el que comía»). Y eso era así, por supuesto, por su lugar en la serie de relaciones de dependencia que se filtraban desde el poder de don José. Cuando el tío Ciriaco insiste en que él trabajaba de jornal, no está aludiendo al trabajo ocasional que realizaba el jornalero que se veía cada día en la plaza del pueblo esperando ser seleccionado para trabajar ese día. Ni el jornalero de

la plaza se creía tampoco que era el mismo tipo de jornalero que Victoriano hijo. Podía permitirse una sonrisa momentánea al saber que los azares del capricho personal –del Rociero, de don José– o un cambio en la propiedad de la finca de repente podían hacer que llegara a serlo. No: el jornal al que Victoriano se refiere es de un tipo que lo distingue de su padre, con sus 26 tahúllas a medias, o de uno de los labradores. El valor de Victoriano como persona responsable estaba vinculado a su trabajo diario. Pero la seguridad de su trabajo diario derivaba de otro tipo de relación, la aniaga, el contrato verbal entre un terrateniente y un arrendatario como Victoriano padre, que se renovaba anualmente.

Tomemos perspectiva respecto a estos acuerdos laborales mediados por parcelas de tierra mayores o menores. La tierra del arrendatario llamada aniaga era en el mejor de los casos una correa que lo ataba a su patrón y quizá, como correa, tanto un lazo material como una expresión de una relación marcadamente de poder. A menudo se trataba de diminutas parcelas y en algunos casos nada de tierra, simplemente una camada de cerdos o una jaula de pollos compartidas.[13] Sin duda, los jornaleros más viejos casados tenían acuerdos de aniaga de ese tipo con don José, mientras que los más jóvenes simplemente dependían de familias que, a su vez, tenían contratos similares. En otras palabras, las jerarquías, distinciones y dependencias abarcaban desde los árboles umbrosos bajo los cuales se sentaba don José hasta cualquier esquina oscura de las casas de sus empleados.

La dificultad para distinguir entre el aniaguero-jornalero como Victoriano hijo (el tío Ciriaco) y el aniaguero más viejo establecido desde hacía tiempo y, por otro lado, entre el pequeño agricultor arrendatario y el arrendatario labrador más autónomo (aun sin ser un terrateniente) no es tanto un problema de una perspectiva analítica borrosa como un reflejo del movimiento ascendente y descendente de esas relaciones sociales en el mundo social de la Vega Baja (y también del va y ven entre, el comercio y la industria). Ello no quiere decir que, efectivamente, los poderosos trataran de acabar con la libre capacidad de decisión de sus subordinados, reduciendo sus opciones a casi ninguna. Ya hemos indicado que no nos interesan las nociones deshistorizadas de elección (racional). La noción de capacidad de decisión o acción («agency») puede ser

engañosa si transmite la idea de elección libre o de voluntarismo no contextualizado históricamente. La capacidad de decisión, la elección, la oportunidad, como experiencias vividas, tienen que entenderse como enraizadas en historias muy concretas que las generan material, social y culturalmente. Así pues, el hecho de que observemos restricciones de la libertad o elección es para nosotros sociológicamente menos interesante que el hecho de que, a lo largo de la historia, las prácticas instituidas en Lo de Vera indujeran una estructura de sentimiento muy particular y, en consecuencia, un patrón de agentividad, es decir, un horizonte de qué acciones parecían potencialmente posibles.

Observamos eso claramente cuando las coyunturas históricas chocan con las expectativas vitales «naturalizadas» y las desvían de su rumbo, posiblemente hundiéndolas. Quizá los primeros signos de la desintegración del mundo integral orgánico del gran Lo de Vera llegaron cuando el programa de Primo de Rivera para una sociedad corporativa fracasó y el general fue sustituido por un régimen militar provisional, entre 1930 y 1931, y después por la combativa República. Porque entonces el astuto José Mariano Lara vio cómo soplaba el viento y puso su tierra a disposición de sus cuatro herederos por medio de una escritura de venta. Lo que siguió después pone de manifiesto que la práctica de la oportunidad entre los que la tienen se basa en una cultura de la dependencia que precisamente canaliza y restringe tal oportunidad para otros; y canaliza y restringe ofreciendo la oportunidad de «esta manera» en lugar de «aquella manera», trazando el curso de lo que parece posible. Fue una suerte, para los dos Victoriano, padre e hijo, que, cuando en agosto de 1931 murió José Mariano Lara, el hijo que heredó la propiedad no decidiera venderla, como hicieron las tres hijas de José Mariano (en varios grados, algunas lo vendieron todo, otras conservaron una parte). El Rociero fue menos afortunado: perdió su posición como apoderado y tenía demasiada poca tierra a medias para poder hacer uso del principio de mejoras para acceder a la propiedad. Él y sus hijos nunca recuperaron su posición de antaño, aparentemente segura.

Las particularidades de estas largas trayectorias históricas iluminan el sentido de la obligación de Alicia para con su tío, el distribuidor de trabajo, porque, a lo largo del tiempo, todos estos patrones se

transmiten para influir en la construcción de la responsabilidad comunitaria y familiar. También destacaremos un elemento político en esa construcción, al principio difícil de ver para nosotros, pero obvio para Alicia y sus vecinos: la calle donde vive se llama calle Miguel Fuentes. Mientras que uno de los hermanos del tío Ciriaco, Pascual, había sido sargento del Ejército republicano durante la Guerra y nunca volvió a Catral, otro, Miguel, había sido jefe local de Falange y murió en la guerra. Como reconocimiento a sus servicios, en 1941 al viejo padre se le dio un trabajo en el ayuntamiento y esa calle –la misma donde sigue viviendo Alicia– recibió el nombre en su honor.

«ME PARÓ TODA LA VIDA»

Quizá Lo de Vera, por su tamaño y el poder de su propietario como miembro de la familia Lara, generó un mundo especialmente cerrado e integral en el que el tío Ciriaco y sus parientes estuvieron más firmemente engastados que la mayoría. Para alejarnos de un caso tan marcado por el poder, centraremos nuestra atención en una familia que también creció entre los lazos de un acuerdo de aniaga, pero cuyo amo era menos capaz de monopolizar su mundo social y, por lo tanto, de controlar sus movimientos y relaciones sociales. Jaime García, solo cuatro años más joven que el Podenco, empezó el trabajo agrícola a una edad incluso más temprana. No puede recordar exactamente cuándo, aunque recuerda que antes de hacer su primera comunión, a los ocho años, se tuvo que tomar cuatro o cinco meses libres en su trabajo como pastor de ovejas para ir al catecismo (GS 1978, 1979).

A pesar del parecido, hay dos diferencias importantes. En primer lugar, a pesar de que era aniaguero como el tío Ciriaco, el padre de Jaime no pudo alcanzar el mismo tipo de seguridad, que constituía un poderoso incentivo para atarse a otro de ese modo. Ello pudo haber sido en parte porque el tío Ponarro, el padre de Jaime, trabajaba para un amo mucho más pequeño que el tío Ciriaco, pero, indudablemente, también fue por la persistente mala salud del tío Ponarro. Además, Jaime se distingue del Podenco en el modo como luchaba contra las situaciones que se presentaban por estar inmerso en unos lazos de dependencia de larga duración. El propio Jaime lo atribuye al hecho de que es una persona inusualmente reflexiva y explica esa característica personal de una manera bastante particular. Sus horizontes, dice, son un poco más amplios que los de otros «como él», pero después añade en seguida –y tuvimos esta conversación más de una vez– que tener ideas utópicas más allá de su experiencia inmediata y de su contexto social podía llevar a la decepción y a acciones verdaderamente no razonables. El contraste que ofrece es el de sus hijos adolescentes, solo dos años más jóvenes

que Alicia. Para él, sus hijos están muy desorientados a causa de unos horizontes vastos y no selectivos que crean un abismo profundo entre promesa y posibilidad de futuro. Le preguntamos muchas veces a Jaime qué querría para el futuro de su hijo y siempre se resistía a responder. Una vez, exasperado, dijo: «Podría responder que quiero que sea un cirujano extraordinario, pero él no tendrá esa posibilidad».

Jaime y su mujer Sonia dicen que ellos llevan su empresa, su proyecto doméstico, al cincuenta por ciento cada uno. Poco a poco adquirieron una casa de su propiedad, después una mobylette, un coche y, en 1979, tres tahúllas de su propia tierra. Todas las veces tomamos la decisión conjuntamente, dicen. Cultivan 18 tahúllas en total; 15 de ellas no les pertenecen. Además, Jaime trabaja a menudo como jornalero y Sonia tiene trabajo de temporada en una empresa de enlatado y envasado de alcachofas, donde se le paga a destajo. Prepara la comida para Jaime y sus dos hijos antes de irse a trabajar. Jaime empieza a calentarla antes de que ella vuelva a comer. Normalmente, Sonia deja la limpieza hasta que vuelve por la noche, porque los chicos tienen que ir otra vez a la escuela y no la hacen. Tienen quinientos conejos y el hijo de Jaime ayuda en el cuidado de los animales.

De las quince tahúllas que no son de su propiedad, seis que tiene Jaime desde hace diez años pertenecen a un amigo que lleva una de las panaderías. Ese amigo tiene otras seis tahúllas que cultiva directamente y Jaime trabaja de jornalero para él cuando lo necesita. Otras tres tahúllas son de otro amigo que trabaja en una fábrica de zapatos. Las seis tahúllas restantes pertenecen a la tía de su compadre, una viuda. Jaime había trabajado como jornalero en esa tierra mucho tiempo antes de que muriera su anterior propietario y la repartiera, dejando esa parte a la viuda. En un momento dado, la propietaria le planteó a Jaime el mismo tipo de decisión que tuvo que afrontar el Podenco con su padre. Otra persona le ofreció un acuerdo de aparcería mejor que el de Jaime, así que la viuda le pidió a Jaime que igualara la oferta. Jaime replicó que si tuviera que cerrar un acuerdo semejante, llegaría un día que no podría pagar su parte y le dijo que diera su tierra al otro hombre. Ella contestó: «No, tú eres como uno de la familia».

Contando esta historia, Jaime añadió rápidamente: «Yo no soy de su familia, pero es verdad que estoy apegao a ellos, aunque a menudo tenemos enfrentamientos de tipo político». Así pues, todos los vínculos que constituyen la empresa de Jaime y Sonia son, de alguna manera, por algún tipo de amistad.

Cuando se casaron en 1966, empezaron viviendo en un tercio del establo de la familia de Jaime, hasta que el primo de Sonia les prestó una casa en el pueblo. Jaime dice que no era un pretendiente especialmente atractivo para Sonia porque siempre estaba ahorrando, «trabajando y ahorrando, trabajando y ahorrando». Pero Sonia dice que eso era por las deudas que tenía con la enfermera y la farmacia por la enfermedad de su padre. «Entonces no había lo que hay ahora, el seguro de enfermedad», dice ella, y Jaime añade: «Pues claro, estábamos liaicos (...) liaicos de una manera que yo nunca pensaba que se pudiera desenliar». En 1979, Jaime con su tierra en aparcería, Sonia con su trabajo de temporada y ayudando a Jaime en el campo, con su casa y con su coche, se consideran como un éxito, más afortunados que muchos otros trabajadores.

Cuando tenía once años, Jaime pasó de ser un humilde yerbacero, que recogía hojas de morera y yerba para los animales y cuidaba de ellos, a tener un trabajo regular. Fue como mozo labrador del tío Perico, el hombre que empleaba a su padre como arrendatario aniaguero. El tío Perico le daba un par de zapatos, renovables anualmente, y una propina, dinero para sus gastos. El tío Ponarro, el padre de Jaime, ganaba quince pesetas al día más sesenta kilogramos de trigo al mes. Podía tener un cerdo para él y dos a medias con el tío Perico. También podía plantar una cosecha de patatas o boniatos durante una de las dos temporadas de cosecha anuales y ceder la segunda temporada al tío Perico. Podía tener veinte pollos a medias con la tía Inés, la mujer del tío Perico. Pero el padre de Jaime era un hombre enfermo crónico y, cuando Jaime empezó a trabajar para el tío Perico, su madre había estado en el hospital con tuberculosis durante un año. Además de Jaime, estaban su hermana mayor, Elvira, jornalera cuando no estaba haciendo las tareas de su madre en la casa, Miguel, de diez años, y Rosario, de uno.

En aquellos primeros años, antes de su servicio militar, Jaime

trabajaba siete días a la semana; a menudo cubría a su padre y, cuando este se hizo viejo, pasó del cuidado de animales a trabajar en el campo siguiendo el ciclo agrícola. Mientras, sus amigos trabajaban como jornaleros, a veces en los campos, pero ocasionalmente en las poblaciones más grandes como obreros de la construcción, donde ganaban más en un día que el padre de Jaime en medio mes (la propina de Jaime se entregaba directamente a su padre cada semana). Jaime recuerda querer unirse a sus amigos, pero su padre no le dejaba «por su amistad con el tío Perico». Jaime dice que perdía el sueño pensando en el mal consejo que le estaba dando su padre, pero mirando atrás atribuye la situación más a su carácter personal que a la falta de opciones. «Era muy tímido», dijo, y después continuó: «Una noche cuando Perico estaba en la cocina, decidí que tenía que atreverme». Continuó como si fuera una representación:

«¡Perico!...», y él replicó: «¿Qué?». Pero en ese momento la tía Inés me dijo: «Tráeme el cesto de cáñamo...».

«Eso me paró toda la vida. Mira, la de veces que me he acordado de ese momento. Yo fui y le traje el cesto de cáñamo y no dije nada entonces ni nunca más».

Aquí se nos recuerda la omnipresencia del poder cuando pasa del simple control a unas prácticas que empapan la estructura de sentimiento. Aparte de eso, Jaime atribuye la elección de su situación insistentemente a que, incluso entonces, a pesar de que sus circunstancias eran muy precarias y a pesar de que el salario ocasional como ayudante de albañil era muy atractivo, él estaba en mejor situación que sus amigos: «Me siento todavía fuerte, gracias a Dios (...) Me siento en forma para continuar, aunque mi trabajo era un castigo (...) a pesar de que en casa del tío Perico el trabajo no era realmente duro. Pero hacía muchas tonterías».

Había humillación y mucha estupidez en el trabajo que se esperaba que hiciese, dice. Y no se creó ningún lazo de lealtad o afecto entre Jaime y el tío Perico: «No se metía mucho en mis cosas (...) él iba a lo suyo y yo a lo mío». Sin embargo, por un lado, había cierta fijación y estabilidad y, por el otro, estaban las necesidades de sus padres siempre enfermos.

Cuando Jaime volvió de sus dos años de servicio militar, su padre había muerto y su hermana mayor, Elvira, se había casado. Jaime y Miguel ahora alternaban el trabajo en la tierra del tío Perico con el jornal que podían encontrar. El tío Perico parece haber tenido unas 50 tahúllas propias y otras 25 tahúllas arrendadas, lo que era insuficiente para mantener a los dos jóvenes ocupados a tiempo completo, pero se trataba de una situación adecuada para ambas partes. Jaime estaba ansioso por casarse pero se daba cuenta de que no podía hacerlo «en detrimento de la familia». A principios de los años sesenta, «fue la época en la que muchas personas emigraban del campo»; un amigo volvió después de haber estado trabajando en Barcelona y Jaime se sintió tentado de hacer lo mismo. Estaba nervioso por si perdía su larga relación con el tío Perico, pero confió en que su hermano podría cubrir su ausencia, así que en abril de 1962 se marchó con su amigo. Barcelona lo abrumó en seguida. Después de estar menos de una semana en una fábrica («no me esperé ni a la paga»), compró dos hoces y se unió a una cuadrilla de cinco hombres más que iban por Barcelona y Valencia trabajando en la siega del trigo.

Después de dos temporadas segando trigo en cuadrillas, Jaime empezó a pensar seriamente en casarse. Había ahorrado una pequeña cantidad de dinero, pero no lo suficiente, y estaba en un continuo estira y afloja con el tío Perico, totalmente en contra de que se marchara de la zona mucho tiempo al año, aunque no se le necesitara en la explotación. Pese a todo, en Barcelona Jaime había encontrado a un primo de su padre que había dejado la Vega Baja poco después de la Guerra para nunca volver. Él le dio a Jaime el nombre de un contacto en Francia a través del cual podía conseguir trabajo en la vendimia. Ese parece haber sido un momento decisivo para Jaime, el límite entre los años de humillación anteriores y lo que él ve como los duros pero constructivos años posteriores, después de casarse.

Jaime a menudo aludía a las malas condiciones que sufrían en Francia los trabajadores españoles, aunque solía decir que no estaban peor fuera que en la Vega Baja, excepto por el racismo hacia los españoles y la vulnerabilidad que uno sentía estando lejos de casa.[14] No obstante, él fue afortunado. Al principio dijo que el buen trato era porque el patrón que tenía en Francia era casi tan

pobre como él: «Como era un patrón pobre, porque si hubiera sido rico no hubiéramos comido en su mesa como comíamos».

Surgió otra posible razón: el pequeño patrón realmente era un emigrante español. Solo mucho más tarde, y hablando de algo muy diferente de su experiencia de trabajo en Francia, Jaime mencionó que el hombre de Barcelona que le había dado el contacto era también un refugiado político reticente a volver a la Vega Baja después de la Guerra Civil. Hablando de su experiencia en Francia, Jaime dibuja el cuadro siguiente:

Era español, de entre los que salieron cortando de aquí después de la guerra. Cuando llegué la primera vez me dijo: «Aquí no vamos a trabajar tantas a tantas horas, sino que aquí vamos a trabajar en familia y vivir en familia (...) y vivir como las personas». A mí aquello me sorprendió un poco, pero luego me demostró que sí. O sea que allí no había pan perdido para nadie [entonces alude a su timidez]. Y yo allí pues... a lo primero, no [quería hacerlo así]. No, porque... porque no. Pero cuando estaba allí quince días sabía que podía ir al frigorífico y tomar la clase de companage que me gustara y coger el pan que quisiera. En fin, que yo allí entraba y salía de la casa como el amo (...) o sea que me dieron la confianza para eso (GS 1979).

Esa clase de ambiente presenta un contraste total con la experiencia de Jaime con el tío Perico.

El primer viaje a Francia no permitió a Jaime ahorrar mucho dinero, pero sí cubrir las deudas familiares y atreverse a pedirle a Sonia que se casara con él. El problema de continuar o ampliar la migración a Francia era el peligro que suponía para los delicados vínculos interpersonales de los que Jaime, y ahora Sonia, continuaban dependiendo en el pueblo. Un año emigraron los dos durante treinta días y, al año siguiente, se fue Jaime solo, con lo que consiguieron ahorrar algún dinero (35.000 pesetas cuando fueron juntos; 20.000 cuando fue Jaime solo) y al tiempo planificaron también una serie de vínculos de aparcería esenciales

sobre los cuales progresaron a lo largo de los años.

Como hemos visto, en todos los casos el acceso de Jaime a la tierra estuvo mediado por la amistad, y estas son las amistades perdurables. Cuando Jaime habla de los colegas con los que hizo amistad en las cuadrillas de la cosecha valenciana de trigo o a los que ve como sus conocidos más volátiles y campechanos de Catral, alude a su espontaneidad y transitoriedad, muy al contrario de la manera casi hosca con la que habla de sus viejos amigos. Pese a todo, esas interdependencias que lo persiguieron hasta la madurez fueron un recurso importante que contrasta con el aislamiento de tales lazos que experimentaron muchos de sus colegas jornaleros. Incluso así, a lo largo de los años fue capaz de distanciarse suficientemente de esos vínculos y de ese modo de vida para crearse un espacio de maniobra, que a su vez le abrió una nueva perspectiva sobre el tipo de persona que era y el tipo de persona pública que uno debería ser. En un momento dado de 1979 dijo que había sido «de izquierdas desde que nací». Aunque parece una imagen propia retrospectiva no avalada por la historia personal que nos revela, esa afirmación indica hasta qué punto ha cambiado su propia visión de lo que es ser un miembro responsable de la comunidad.

Hemos visto cómo los lazos de dependencia del Podenco con su padre y su propio patrón le brindaron algunas oportunidades y a su vez hicieron impensables otras opciones. También hemos visto la naturaleza contradictoria de algunas de sus responsabilidades, a pesar de que aparecen como una realidad orgánica. Contrastar su historia con la de Jaime y Sonia ilustra múltiples formas de dependencia y, por lo tanto, maneras diferentes de salir de ellas o de encerrarse en ellas. Todo ello, junto al contexto histórico y los contactos externos, posibles (aunque bastante limitados), genera formas diferentes de movimiento y fijación en esos trabajadores dependientes. Alicia, por ejemplo, actuaba de alguna manera como Jaime y Sonia cuando dejó plantado a su tío, pero ella probablemente tenía menos contactos externos que la ayudaran a tomar un camino nuevo. El Podenco, por su parte, estaba preocupado por cambiar, junto con su esposa, el vínculo con su red anterior y, en consecuencia, rechazó la oferta de su padre, pero ello también refleja una percepción de la decadencia del tipo de gran

terrateniente y de gran empresa representados por José Mariano Lara Fernández y Lo de Vera, y la capacidad del Podenco de asumirla. Puesto que el capítulo siguiente presenta los tipos de posibilidades abiertas a los jornaleros, desarrollaremos nuestra conclusión allí, aproximándonos a las realidades de los trabajadores agrícolas a partir de un marco comparativo más amplio.

---

1. Marx usa irónicamente el término liberación para destacar la necesidad de «liberar» a los trabajadores de lo que los ata a la tierra con el objetivo de que respondan a la llamada del salario.

2. Motocicleta de pequeña cilindrada.

3. Habitualmente, la bibliografía identifica la expresión a medias con en aparcería (sharecropping). Durante los primeros años de trabajo, Gavin se sorprendía y se sentía frustrado a un tiempo por la insistencia de las personas en que existía muy poca o ninguna tierra en aparcería en la zona. Al principio, consideraba que esas afirmaciones implicaban que los arrendamientos en aparcería no tenían reconocimiento legal y que, por lo tanto, era mejor no hablar de ellos. Ahora nos damos cuenta de que la relación aludida mediante la expresión a medias es mucho más amplia e incluye un conjunto más extenso de fenómenos sociales que la simple proporción de una cosecha que se divide entre dos partes. Nos ocupamos de probar esta perspectiva en una buena parte de este capítulo.

4. Como viejo y leal arrendatario defensor de su amo, el tío Ciriaco era muy consciente de su deber, pero la venta de la tierra le hizo perder su fe inquebrantable en las buenas intenciones de su patrón, como se observa en una conversación con Gavin:

Gavin: Cuando dejaste la tierra, ¿te pagaron las mejoras?

Tío Ciriaco: Me pagaron 130.000 pesetas. Valían mucho más, pero el amo no quería pagarme nada en absoluto. Yo le dije, «Usted sabe

que puede pagarme más, buenamente infórmese usted, no tengamos que ir a malas».

5. Deberíamos empezar por explicar que, durante nuestras entrevistas, el tío Ciriaco mostró una fuerte nostalgia no solo por la España de Franco, sino por una época incluso más lejana, aquellos días de los años veinte justo antes de casarse y los primeros años de su matrimonio, cuando Primo de Rivera trataba de hacer de España una sociedad corporativista católica. De hecho, cuando era joven, había sido un agresivo falangista, e incluso violento.

6. Llamada generalmente Lo de Vera, en realidad la finca incluía por lo menos otras dos fincas más pequeñas. Aunque oficialmente tenía 780 tahúllas, la totalidad de la explotación superaba las 1.000. Como consecuencia de la existencia de más de una finca en el conjunto de la explotación, también había más de una casa principal, de hecho, tres. Tal vez, eso explica por qué se hace referencia a Lo de Vera como una finca con cuatro grandes labradores.

7. La expresión tierra buena es un poco vaga, porque implica varias características. La calidad de la tierra variaba de una pequeña parcela a otra según la profundidad del terreno, pero, sobre todo, por el acceso que tuviera al agua de riego. En este sentido, Lo de Vera estaba bien situada, pero, a pesar de los trabajos de reparación anuales que realizaban cuadrillas organizadas por la Comunidad de Regantes, la falta de acuerdos de inversión para la reparación de las infraestructuras implicaba que las acequias funcionaban por debajo de sus posibilidades. De las cosechas que sabemos que en aquel tiempo se cultivaban en Lo de Vera, solo requerían riego intensivo el cáñamo y algunas hortalizas como las alcachofas y los tomates. Las viñas se regaban solo tres veces durante todo el ciclo (una vez al principio y dos más adelante, para hinchar las uvas), el trigo, cuando era necesario, pero no sistemáticamente, y los olivos no necesitaban riego. La baja inversión afectaba a las relaciones de producción que describimos en este capítulo y determinaba qué productos se cultivaban.

8. Esta idea de totalidad de la producción de Lo de Vera se

intensifica cuando recordamos que allí se hacían cubos y palas, se construían y se reparaban carros, se traía cuero curtido y después se cortaba y se cosía para hacer arneses, etc. Lo de Vera tenía muchas de las características de una pequeña comunidad industrial rural (véase Terradas, 1995).

9. Para las varias implicaciones de los términos integral e integrismo y sus conexiones con el corporativismo católico y el conservadurismo político, véase Holmes (2000).

10. La práctica común entre la elite de hacer que amamantaran a sus hijos constituía uno de los vínculos más fuertes entre las mujeres pobres y los patronos, que se transmitía a los hijos de ambos. El tío Ciriaco dice, «Mi madre crio de leche, a media leche, al hijo de don José». El hecho de que su esposa amamantara al hijo del patrón no solo fue el medio por el que Victoriano consiguió su trabajo como cochero de don José: el niño que había compartido la leche con el hijo de don José tendría una estrecha relación ficticia de «sangre» con la familia Lara.

11. Los cuatro labradores parecen haber llegado a diferentes acuerdos con don José, lo que puede haber tenido que ver con los acuerdos que tenían sus padres con el propietario y que habían pasado a los hijos. Por ejemplo, parece que el Rociero solo tenía una pequeña cantidad de tierra en aparcería (8 tahúllas) y probablemente dependía más del dinero en efectivo que le pagaba don José y de cierto porcentaje derivado de la buena marcha de su administración de la finca. Los otros tres tenían mayores cantidades de tierra, entre 50 y 70 tahúllas, aunque siempre se trataba de tierra más pobre.

12. A propósito del buen carácter, recordemos el papel que justo después de la Guerra jugaron en el bienestar de los prisioneros las intercesiones personales en su favor.

13. En numerosos estudios etnográficos sobre el Mediterráneo, tenemos noticias de la importancia de llevar regalos al patrón, sobre todo en días festivos. El hecho de que estos presentes hacían una importante mella en las provisiones de comida de una pobre familia aniaguera, mientras que apenas se notaban en la mesa del patrón, refuerza otra vez el valor simbólico de esa costumbre como mera

expresión de poder. En este sentido, tenemos que tener mucho cuidado con no confundir los arrendamientos de aniaga con las parcelas de subsistencia de los campesinos prusianos de Kautsky (1988), que vivían junto a las grandes fincas, o con la sugerencia de Meillassoux (1977) de que el campesinado africano conservaba sus parcelas de subsistencia, con las que reproducía una mano de obra más barata para el capitalista. Inicialmente, nos resultó atractiva una idea similar, pero en seguida nos quedamos estupefactos, cuando descubrimos el tamaño absolutamente minúsculo de las parcelas aniagueras.

14. La experiencia que tuvo Jaime de la emigración fue compartida por muchas otras personas de la región; sería difícil vivir cierto tiempo en alguna parte de la España meridional sin encontrarse con el tema de la emigración y el papel que jugó en las vidas de las personas. Sin embargo, en 1978, cuando Gavin empezó su trabajo en la zona, las corrientes migratorias, primero al trabajo agrícola en el sur de Francia, después al trabajo industrial en el norte de Europa por periodos largos de entre dos y diez años, habían casi concluido.

Capítulo 4

DE LA INSEGURIDAD AL MOVIMIENTO

... porque el jornalero llegaba incluso a no comer.

Trabajador, Vega Alta

Para aquellos que, como la familia de Alicia Fuentes, tenían un pasado de dependencias corporativistas simbolizadas por el contrato de aniaga, los años cuarenta y cincuenta no constituyen tanto un periodo de dura represión como un tiempo de integridad orgánica y fijación geográfica, con todo en su sitio, una expresión pronunciada a menudo con un aire de satisfacción entre esas familias. Para otros cuyas historias familiares están más profundamente enraizadas en las incertidumbres cotidianas del contrato de jornal, raramente se habla de la represión de ese periodo de manera abierta, aunque sí que se habla con frecuencia del mundo del estraperlo. Como también se trataba de un mundo de escasez y necesidad, al principio nos pareció sorprendente, hasta que nos dimos cuenta de que el mercado negro no solo muestra la superficialidad artificial de la exigencia de longevidad de las elites, sino que también sirve para destacar un tiempo en el que las estrategias y la capacidad de maniobra familiares e individuales ejemplificaron la posibilidad de tener capacidad de decisión, aunque fuera limitada.

A pesar de que sería exagerado decir que Catral se organiza espacialmente para marcar la distinción entre los que abrazaron el mundo del corporativismo que asociamos con el contrato de aniaga y el otro mundo de los jornaleros, no es menos cierto que en la larga franja de pequeñas casas apiñadas que recorre el barrio de Santa Águeda viven de manera casi invariable familias jornaleras, personas que se sentirían incómodas en una calle que llevara el

nombre del falangista Miguel Fuentes. Una de esas casas era la de Alba Gil (de la misma edad que Alicia) y sus padres, José y Consuelo.

El trabajo de Alicia –no lo que hace, sino cómo lo hace, las relaciones en las que se implica al hacerlo y los caminos que se abren para su futuro– presenta un contraste impresionante con el de Alba y el de su hermana mayor, Marina. Marina tiene poco más de veinte años, vive en un pueblecito cercano, estudió comercio tras finalizar el bachillerato y trabaja en Catral en las oficinas de la fábrica Invanshoes con un contrato de seis meses. No es su primer trabajo; ya había trabajado en una fábrica de caramelos del polígono de Catral hasta que cerró, en una fábrica de calzado deportivo y como secretaria en Alicante. Su trabajo actual ponía fin a un periodo de seis meses de paro. Alba, que todavía vive en casa, trabaja en una pequeña fábrica local de zapatos haciendo aparado. Trabaja diez horas diarias, de ocho de la mañana a ocho de la tarde, con dos horas de descanso para comer. Se le paga a destajo cada dos semanas y tiene seguridad social y un contrato anual que finaliza al principio del periodo vacacional, pero la vuelven a contratar en septiembre. Ha trabajado allí desde que tenía catorce años y le da todo su sueldo a su madre, que lo administra: una parte para la familia y una parte para una libreta de ahorros de Alba.

La historia familiar de Alba es un reflejo de esa gente trabajadora que, sin posibilidad de solucionar los problemas de la incertidumbre mediante vínculos de larga duración con terratenientes u otros patronos, o reticente a hacerlo, dependía completamente del contrato laboral diario. A diferencia del tío Ciriaco y Alicia o Jaime y Sonia, esas personas no se veían condicionadas por una serie de dependencias que, de hecho, creaban expectativas sobre su conducta, sino que sus vidas eran más proclives al movimiento. Trabajaban para más de un terrateniente y en varios pueblos, con lo que no había ningún vínculo de lealtad que pudiera romperse; emigraban. Sus actividades cotidianas, que resultan esenciales para entender el presente, se mueven entre las tareas agrícolas y el trabajo en las industrias locales. No se trataba solo de un ciclo estacional complementario que desplazara a la gente entre la industria y la agricultura, era una respuesta a las incertidumbres que resultaban de los cambios económicos nacionales e

internacionales, así como de un clima altamente impredecible (cf. Palenzuela, 1991).

Este tránsito del trabajo agrícola al industrial, y viceversa, tiene que entenderse como el proyecto de búsqueda de ingresos de un grupo doméstico pluriactivo de constitución flexible (en momentos clave del ciclo vital implicaba a otros grupos domésticos, una hija recién casada y su marido, una madre recién enviudada, etc.). El escenario doméstico resultante tiene sus propias características definitorias y difiere bastante del de los hogares de tipo aniaga. En la unidad orgánica, las relaciones de autoridad exteriores a la familia se reproducen de forma patriarcal dentro de ella, mientras que, en las familias jornaleras, la necesidad de responder diariamente a las crisis cambiantes, las penurias y las oportunidades exige un conjunto diferente de prácticas instituidas y de disposiciones culturales.[1] Más que reflejar y reproducir el corporativismo orgánico de su entorno, la unidad doméstica trabaja tomando en consideración la diferencia entre las relaciones de respeto y responsabilidad internas y las prácticas externas. El papel de las mujeres gestionando la escena doméstica se hizo importante en parte porque su frecuente implicación en el trabajo a domicilio conectaba, de hecho, al hogar agrícola con fuentes de dinero no agrícolas, pero era incluso más significativo porque los cambios constantes de ocupación y el hecho de que cada persona podía trabajar en diferentes tareas exigían coordinación, cooperación y armonía dentro del hogar.

Coordinar diferentes actividades puso de manifiesto un conjunto bastante particular de disposiciones sociales. Como sus vidas podían mejorar solo a través de largas horas de trabajo, moviéndose, adaptándose, compartiendo recursos y ayudándose unos a otros, era esencial un fuerte sentido de la responsabilidad intrafamiliar. A través de los testimonios que recogimos de hombres y mujeres mayores de Santa Águeda, descubrimos que una gran parte de esa responsabilidad se condensaba en la fuerte necesidad de ser honesto en los tratos con los amigos y la familia. Como veremos en los capítulos siguientes, el hecho de que la esfera pública implicaba frecuentemente a una persona en comportamientos que no se adecuaban a ese requisito originó una distinción, a menudo no explicitada pero clara, entre la autoestima y la honestidad personal

dentro de la familia y su contrario en la esfera de la política pública.

LAS RELACIONES INTERPERSONALES ENTRE JORNALEROS

La necesidad del movimiento, de ir de un lado a otro en busca de empleo, a menudo como consecuencia de las incertidumbres inherentes al trabajo agrícola, empezaba pronto en la vida de una persona. José Arroyo Iglesias, por ejemplo, habla de su trabajo años antes de la Guerra Civil:

De los siete a los catorce años trabajé como yerbacero, recogiendo hierba para los conejos y ayudando en la huerta. Después trabajé como jornalero y, durante las épocas en que había menos trabajo, todos los días iba y venía andando desde Elche [a 14 kilómetros] para trabajar haciendo sandalias. Me pagaban por docenas y según el tipo. Podía hacer dos docenas y media en una jornada de once horas. También trabajé algunas veces en el guano, en agosto y septiembre en CROSS [una empresa de] Alicante (GS 1978).

No solo los hijos de los jornaleros podían empezar su vida laboral a los siete años, como niños jornaleros, sino también los de los aniagueros o incluso los de los medianos arrendatarios menores. Como hemos visto en el capítulo 3, algunos jóvenes después pasaban a ser una suerte de criados de una finca y, a medida que se hacían mayores, pasaban de este estatus a una relación de aniaga de más larga duración. Pero evidentemente, aunque se desearan estos lazos de dependencia, no todos los trabajadores tenían redes y contactos que les permitieran acabar tan insertados. De niños eran contratados con un jornal especial y «trabajaban con las mujeres». A una cierta edad, alrededor de los catorce, empezaban a trabajar «con los hombres» y se les contrataba como jornaleros normales.

Las mujeres de familias jornaleras también empezaban a trabajar jóvenes. Conchita Gamero recuerda lo siguiente:

Mi padre era jornalero. Mi madre tenía que ayudarle. También trenzaba cáñamo y soga. Yo era la segunda de siete hijos, el mayor era un chico. Cuidaba de mis hermanos, ayudaba lavando, planchando... pelaba patatas. A veces iba a la escuela porque estaba cerca, pero siempre que mi madre me necesitaba me sacaba de la escuela para que la ayudara. Cuando cumplí once años, me fui a cuidar a un niño y me quedé nueve años allí [en aquella casa como niñera y ayudando en las labores domésticas]. Después me fui y empecé como jornalera recogiendo algodón. El algodón era trabajo de mujer (SN-GS 1995).

La hermanas mayores pasaban muy pronto a responsabilizarse de cuidar a los hermanos y hermanas más pequeños y hacían la mayoría de las tareas domésticas. Pero tan pronto como podían trabajar por un salario y no se las necesitaba en casa, empezaban a ganar algún dinero, que daban a su madre, principal administradora del presupuesto familiar (recogía todos los salarios, incluyendo el del marido y los de los hijos). La pluriactividad era la norma para las mujeres jornaleras, como lo era para sus maridos: araban la tierra, plantaban trigo y patatas, recogían algodón y quitaban las malas hierbas; trabajaban en las fábricas de conservas y embotellado de los cercanos Almoradí y Dolores; trenzaban la fibras cortas del cáñamo, haciendo soga y trenza (suelas de alpargata); trabajaban como criadas domésticas, y hacían las labores del hogar en sus casas.

Si retrocedemos hasta la abuela materna de Alba y Marina, podemos observar el ciclo familiar que llevaba a las mujeres jóvenes al esquema de sus vidas posteriores. El abuelo de Alba y Marina era un jornalero ocasional que trabajaba sobre todo en el cáñamo, pero también en la patata y la alcachofa, o en lo que hubiera, mientras que la abuela trabajaba en la fábrica de conserva de Almoradí antes de casarse. Después, ella también se fue a trabajar la tierra como jornalera: las mujeres ayudaban en algunos de los trabajos del cáñamo, pero, generalmente, plantaban trigo o cebada y patatas, desherbaban, cosechaban trigo y alfalfa o plantaban tubérculos. Pronto enfermó «del corazón» y no pudo trabajar la tierra, así que

se dedicaba a tiempo completo a la limpieza de la casa, cocinar y administrar los ahorros comunes y, por lo tanto, a tratar de cuadrar la cuentas. Los salarios no entraban diariamente («No es un jornal diario»). No tenían zapatos ni mucha ropa, así que ella tenía que estar constantemente remendando para hacer durar las cosas, y esas tareas se convirtieron en su contribución al bienestar de la familia. No obstante, las labores de casa no estaban tan valoradas como traer un jornal, un salario. El valor que podían tener consistía en administrar los jornales de los miembros de la familia que trabajaban fuera.

El quebranto de la salud de su madre también cambió el papel de las cuatro hijas (las tías y la madre de Alba y Marina). Amelia, la mayor, desde el comienzo de su vida laboral fue orientada hacia las labores del hogar por la necesidad de sustituir a su madre en el cuidado de sus hermanos y hermanas más pequeños; después le pasó esas tareas a una hermana más joven, Camila, cuando empezó a ganar un salario como jornalera agrícola. Pero más tarde encontró trabajo en un almacén tejiendo rafia; un intermediario entregaba el material y una docena de mujeres hacía tejido de rafia, que se usaba para hacer bolsos o zapatos. Era a principios de los años cincuenta, recuerda Amelia, cuando ella tenía veintiocho años. La temprana necesidad de que Amelia se hiciera adulta puede haber determinado su vida posterior. Pronto se encontró con frecuencia cuidando de su madre enferma a la vez que se llevaba a casa trabajo de confección, lo que sobre todo hacía de noche. Después, cuando su madre murió, todos sus hermanos y hermanas ya estaban casados y viviendo por cuenta propia, así que ella se quedó con su padre, ya mayor, para cuidarlo, e iba a coser a un taller de ropa interior y se traía a casa lotes para prepararlos.

Para los jornaleros, la mala salud se unía a la persecución política para añadir todavía más incertidumbre a las posibilidades de subsistencia. Además de sus tres tías y su madre, Alba y Marina tienen dos tíos, Andrés y Manuel, el primero inválido por trabajar sin protección a temperaturas muy bajas en las cámaras frigoríficas de una fábrica de conserva y el segundo inválido también, como consecuencia de un accidente laboral mientras era emigrante en Francia.

Para encontrar trabajo en esta clase de entorno fluctuante es necesario tener amigos y parientes que actúen como contactos, que den acceso a posibilidades laborales y, por lo tanto, activen vínculos personalizados de tipo horizontal bastante diferentes de los lazos más verticales de los aniagueros. Muchas veces basta con tener un amigo trabajador que habla a favor del que no tiene trabajo, pero también son importantes los vínculos con los propios encargados –hombres y mujeres responsables de un trabajo concreto en una fábrica de empaquetado o en un taller de calzado– o los mayorales –los responsables de contratar a los jornaleros–. Camila, la tercera hermana, encontró trabajo en un almacén de envasado de alcachofas por medio de su hermana Adela.

En los años sesenta, los hombres contratados en fábricas de Elche o Callosa se encontraban entre 150 y 200 trabajadores más, pero el escenario de trabajo de las mujeres, tanto en los campos como en cualquier otro sitio, tendía a ser más directamente personal y a pequeña escala, y ello a menudo determinaba los atractivos de una tarea. A pesar de que el trabajo agrícola normalmente se pagaba mejor (aunque nunca más de dos tercios del salario del hombre) y el algodón, por ejemplo, era siempre recolectado por mujeres, a menudo los empresarios no agrícolas hacían que la balanza de la demanda de mano de obra se inclinara a su favor, presentándose como más directamente preocupados por el trabajador individual que sus equivalentes agrícolas. Camila cuenta una historia reveladora de cómo la engatusaron para trabajar fuera de casa, aunque tenía a su cargo a su hermana más pequeña (la madre de Alba y Marina, Consuelo):

Yo cuidaba a Consuelo. Pero mis hermanos trabajaban entonces en la fábrica de cañizo y yo solía ir con ellos y Consuelo y me sentaba allí viéndoles trabajar. El propietario de la fábrica me enseñó a trabajar el cañizo mientras él cuidaba un rato a Consuelo. Mis hermanos me decían que no debía hacer ese trabajo porque dañaba las manos, pero había mujeres trabajando en la fábrica. Había en total quince trabajadores entre hombres y mujeres. Yo tenía diez años y quería trabajar, lloraba por trabajar, porque quería ganar algo. Al final entré. Trabajé en la fábrica de cañizo durante dos años

(SN-GS 1995).

A menudo las jornaleras encontraban las condiciones menos opresivas precisamente cuando los talleres se hallaban fuera del mundo personalizado del municipio inmediato. Amelia, hablando sobre el traslado de un almacén de su propio barrio de Santa Águeda en el que trabajaba a Callosa, dice: «Estaba más decente, aunque pagaban a destajo, regular. Los dueños eran de Callosa, eran buena gente, no faltaban al respeto».

Trabajar fuera del barrio ponía en juego otro factor crucial en la red de relaciones necesarias para sobrevivir: la necesidad de que algún familiar (normalmente los mayores) cuidara de los niños en ausencia de la madre, tanto en el caso del trabajo dentro del vecindario como en el del trabajo en pequeños talleres más alejados, aunque este último caso normalmente requería acuerdos un poco más estables que los intercambios de favores ocasionales que tenían lugar cuando a una mujer le ofrecían un día de trabajo en el campo.

Tales acuerdos eran más difíciles en el caso de las emigraciones de larga distancia, y a menudo esto decidía cuándo podía emigrar la familia nuclear entera o bien cuándo solo se iba el marido (normalmente por periodos más cortos). Así, a pesar de que, tras su matrimonio, Camila dejó a su hijo de tres años con su suegra («Aunque ellos también pasaban estrecheces y necesitaban trabajar como jornaleros»), hasta que la criatura no tuvo siete años la pequeña familia no pudo emigrar por tres años al pueblo de SainteMarguerite cerca de Nîmes, donde también iban muchos otros emigrantes locales. De hecho, hasta ese momento su marido había sido jornalero y trabajaba principalmente en el cáñamo, aunque no podía encontrar trabajo todos los días. Así, el traslado a Francia fue también la consecuencia del colapso del cultivo de cáñamo en 1959.

El comentario de Camila de que su marido trabajaba en el cáñamo como jornalero «aunque no todos los días» y su insistencia en que en su familia política «pasaban estrecheces», aunque se ofrecieran a cuidar al bebé, alude a que, a través de una red así relativamente grande, los periodos de empleo y las necesidades de cuidado infantil

(y otras tareas domésticas) se podían desplazar en respuesta a las necesidades variables de cada miembro de la casa. El papel de las mujeres en esos asuntos era primordial e iba a ser de una importancia fundamental para el éxito de las redes de trabajo subcontratado una vez que el calzado y las manufacturas asociadas se expandieron en los años sesenta y setenta (véase capítulo 6).

Esta función de gestión por parte de las mujeres se observaba en la manera como las viviendas o los grupos de viviendas tendían a transmitirse de una generación a otra entre los jornaleros. Tanto Camila como Consuelo recibieron de su padre una casa al lado de la suya, y una de estas fue heredada después por Amelia; en cambio, ni Andrés ni Manuel, sus hermanos, obtuvieron casa de esta manera. La proximidad que a menudo comporta esta práctica también ayuda a la red de reciprocidad, no solo respecto a tareas domésticas no remuneradas, sino también en la organización de trabajo a domicilio en colaboración en un patio de vecinos. Destacamos aquí también el gran contraste entre esa herencia (aunque de bajo valor) femenina de la casa y la transmisión de la vivienda y la tierra al labrador o al aniaguero. En este último caso, se insistía mucho (por parte del dueño) en que la vivienda y la tierra fueran recibidas por el cabeza de familia varón de una unidad familiar orgánicamente constituida.

La emigración también estaba condicionada por la autoestima, que imponía límites a lo que era personalmente aceptable para un jornalero. El marido de Conchita Gamero, Pablo, cuando se casaron, era jornalero, y ella trabajaba en la fábrica de conservas en Dolores. Entonces llegó la sequía, que, junto a la expansión de la industria del calzado en el cercano Elche durante los años sesenta, impulsó a muchos jornaleros a buscar trabajo asalariado allí, como hicieron Pablo y Conchita. Pablo encontró trabajo pegando suelas de goma a los zapatos, mientras Conchita cuidaba de su bebé recién nacido. Vivían con un primo que les alquiló una habitación. Pocos meses después de esa experiencia industrial, Pablo decidió que el salario no merecía las largas horas de trabajo («día y noche») y que Conchita se quedara sin una ayuda en el cuidado del bebé que le permitiera buscar trabajo. Como dijo Conchita: «Él se dio cuenta de que no era bueno para nosotros. Y volvimos a Catral» (SN-GS 1995).

De vuelta a Catral, Conchita aprovechó la ayuda de su madre como niñera para volver a trabajar en las conservas en Dolores, y Pablo volvió a la búsqueda de un jornal incierto. Sin embargo, después de un par de años, vieron difícil ganarse la vida, así que Pablo decidió emigrar a Francia durante la vendimia y dejó a Conchita y a sus dos hijos en casa. Ese arreglo parece haber funcionado durante dos años, pero después Pablo tuvo un serio enfrentamiento con su patrón en Francia, cuando este no le pagó lo que habían acordado. Conchita cuenta: «Él [Pablo] discutió [con el jefe] y le dijo que tenía derecho a saber lo que se le iba a pagar a la hora, para ver si valía la pena dejar a su mujer en casa, trabajando en Dolores, y a sus hijos (...) porque morirse de hambre prefería morirse en su pueblo, no iba a morirse en el extranjero» (SN-GS 1995).

De vuelta a la zona, Pablo empezó a trabajar en la construcción durante la temporada baja en la agricultura. Durante la semana, las cuadrillas de la construcción a menudo se iban fuera, pero volvían los fines de semana y a veces las contrataban localmente. Pocos años después le diagnosticaron un cáncer y, finalmente, murió.

La narración es de Conchita, la viuda de Pablo, y la expresión de enfado va unida tanto a su experiencia como a la de su marido, pero lo que se hace evidente es que, incluso en circunstancias extremas, hay un límite para lo que esta gente estaba dispuesta a aguantar. Para muchos jornaleros y sus familias, la autoestima determinaba la acción (individual o política) y marcaba un modo particular, ambulante y beligerante de afrontar una vida con oportunidades extremadamente restringidas. Ese tipo de autoestima se basaba firmemente en realidades materiales, ya fuera el acceso a una red de apoyo de mujeres de la familia que pudieran liberar a una mujer para ganar unos ingresos o ya se tratara de los costes emocionales de la distancia de casa. También se basaba en la idea de que los salarios justos (una categoría obviamente elástica) constituían la expresión del valor del trabajo y que aceptar salarios por debajo de lo que se consideraba razonablemente justo no solo iba contra la dignidad personal, sino que, además, era un insulto a los trabajadores en su conjunto. Esta perspectiva se asemeja mucho a las explicaciones de Martínez Alier (1968: 103-130, 149-192) de los discursos de los jornaleros sobre la unión (actuar solidariamente) y cumplir (la relación normal entre trabajo y

salario) y de Frigolé Reixach respecto a la oposición entre ser cacique y ser hombre, donde ser hombre

incluye una serie de normas de tipo consuetudinario mediante las cuales los obreros agrícolas eventuales pretenden mejorar las condiciones de su trabajo y regular, en último término, el mercado. Estas normas constituyen unos mecanismos habituales de defensa del trabajador frente al amo, señorito o capitalista. El cacique se define precisamente por romper con estos mecanismos de defensa y hacerse insolidario con su grupo (1991: 556).[2]

Dichos sentimientos emergen de una historia de luchas políticas de los trabajadores rurales (Cucó i Giner, 1981), que empezaron a tomar una forma institucionalizada, en parte, a través de los sindicatos que se desarrollaron en el cambio de siglo y tomaron fuerza en los primeros años de la República y, en parte, a través de las regulaciones sociales autorizadas mediante las diferentes leyes de trabajo rural: la Ley de Términos Municipales, la Ley de Laboreo Forzoso y, finalmente, la Ley de Reforma Agraria. Sin embargo, se mantienen en la memoria de los jornaleros especialmente en relación con la huelga general de 1934.

En 1933, el presidente de la República, Alcalá Zamora, irritado por las políticas reformistas del presidente del Gobierno, Azaña, había disuelto el parlamento y convocado nuevas elecciones. Como consecuencia, llegó al poder una coalición conservadora, que inmediatamente paralizó la secularización de la escuela y la reforma agraria, a la vez que permitía a los viejos terratenientes reafirmar su poder. Como respuesta, la UGT convocó una huelga general el 12 de mayo de 1934, a la que el Gobierno respondió inmediatamente con la retirada de la Ley de Términos Municipales (24 de mayo de 1934). La huelga general tomo fuerza en el campo y fue seguida más tarde por el levantamiento de los mineros en Asturias y una declaración de independencia de la Generalitat de Catalunya (6 de octubre de 1934), que fue inmediatamente reprimida. Ribeiro de Meneses resume la respuesta de aquel otoño:

El ejército, recurriendo a tropas trasladadas desde África [y dirigidas por el joven Francisco Franco], volvió a tomar el control de Asturias, donde anarquistas, comunistas y socialistas hicieron frente común para resistir, en un baño de sangre que costó alrededor de 1.000 vidas; se suspendió la autonomía de Cataluña y se arrestó o se obligó a huir al extranjero a miles de trabajadores, además de a dirigentes socialistas y republicanos. Las condiciones de trabajo, sobre todo en el campo, todavía empeoraron más (2001: 20).

La incapacidad de Pablo y otros para aceptar en silencio las formas extremas de explotación tiene que relacionarse, en consecuencia, con ese momento histórico de lucha colectiva que se hizo hegemónico, aunque por poco tiempo. Los comentarios de Pablo manifiestan toda una manera de vivir (en contextos de fuerte explotación), así como una comprensión de dónde se encontraban los límites de la capacidad de decisión. Un concepto semejante a la amplia serie de conocimientos a menudo llamada «cultura» enlaza la agencia y la identidad de Pablo con aquellas formas colectivas de acción e identidad que se conformaron a través de esas luchas del pasado muy específicas y de su institucionalización.

Este último punto parece ser particularmente relevante en la constitución de la acción política de los jornaleros: durante un breve periodo (1931-1933), una coalición de socialistas revolucionarios y la izquierda republicana burguesa tuvo el poder legítimo del Estado, formó un bloque histórico, en términos de Gramsci, y empezó a institucionalizar reformas con el objetivo de conseguir una transformación profunda de las relaciones sociales de producción (Gramsci, 1971). Pero la situación no consiguió reproducirse a sí misma, ya que, como hemos visto, la derecha estaba dispuesta a recurrir a la violencia. Con el colapso de la República, esa violencia se dirigió a la eliminación del régimen democrático y al control de una parte considerable del territorio nacional para ganar el control del Estado. Como consecuencia, cuando la izquierda revolucionaria volvió a alcanzar el poder fue en una situación de guerra civil en la que el liderazgo nacional

permitió dejar a un lado los objetivos de transformación política en beneficio de la urgencia de la defensa.

Existe otro contexto para historias como la de Pablo. Después de la transición a la democracia, la llegada al poder del PSOE en 1982 fue (mal)interpretada por muchos jornaleros como un acceso al poder legítimo y pacífico similar al de 1931, unas esperanzas que iban a verse profundamente frustradas por las políticas crecientemente neoliberales de los que tenían el poder (Petras, 1993).

Las familias jornaleras, empujadas en tantas direcciones, con cada adulto entrando y saliendo de un montón de trabajos que cambiaban de tipo, lugar y duración, perpetuamente amenazadas con la indigencia que se presenta con caídas en la demanda de mano de obra o con la mala salud familiar, tenían una gran necesidad de una buena administración doméstica. Esa solidaridad doméstica estaba sobre todo vinculada a la figura de la madre en estas familias. La madre no solo administraba los ingresos de todos los que residían en la casa –lo que significaba estar a cargo de cuadrar las cuentas, de sacar a un grupo de personas de la miseria y sencillamente hacerles posible vivir–, sino que también tenía el papel vital de cuidadora de los nietos, una tarea fundamental si las mujeres jóvenes pretendían mantener la movilidad necesaria para seguir trabajando a tiempo completo después del matrimonio. Así pues, las hijas trataban de mantenerse cerca de las madres y de seguir en contacto y, posteriormente en el ciclo de la vida, se convertían en las cuidadoras de sus padres. No se trataba simplemente de que las mujeres fueran consideradas como cuidadoras naturales; también se debía a que las propias mujeres tenían experiencia de las relaciones de trabajo asalariado y a menudo una capacidad de gestión crucial y responsabilidades organizativas en los grupos de trabajo a domicilio.

SER HONESTO: LA AUTOESTIMA DE LOS JORNALEROS

En un sistema de relaciones interpersonales como el del jornalero, para trabajar se necesita un fuerte componente ideológico que lo asocie con la honestidad y la responsabilidad, tanto para los hombres como para las mujeres. José, padre de Alba y Marina y marido de Consuelo, es jornalero y siempre lo ha sido, ya que empezó a trabajar en los campos cuando tenía diez años y no fue a la escuela. No obstante, en aquel tiempo, como en el caso de muchos de los jornaleros de la zona y, en realidad, en todo el sur de España (véanse Hobsbawm, 1959; Martínez Alier, 1968; Brennan, 1960; J. Mintz, 1982), el padre de José otorgaba un alto valor a la educación y José fue instruido por maestros que recorrían el campo enseñando normalmente por tan solo el precio de una comida. Aunque esa práctica es anterior a la represión de la posguerra, en los años cuarenta esos maestros eran siempre rojos que habían sido depurados mediante la Ley de Responsabilidades Políticas y tenían prohibido enseñar, así como volver a sus lugares de origen.[3]

Así pues, no es sorprendente que un día llegara la Guardia Civil para llevarse a José al ayuntamiento porque no iba a la escuela y, por lo tanto, no seguía la educación nacional obligatoria. Cuando le ordenaron que, contra su voluntad, levantara la mano haciendo el saludo fascista del Movimiento, él se negó. Trajeron a su padre y a su tío y ellos también se negaron a saludar. Entonces su padre preguntó por don José Mariano Lara, para quien había trabajado ocasionalmente como mayoral y que tenía fama de ser liberal. Pero Lara también les pidió que levantaran el brazo haciendo el saludo fascista. Ellos se volvieron a negar. Se les dijo que les darían una paliza los matones del Movimiento, que utilizaba el alcalde para hacer que los rojos entendieran quién mandaba. José acabó la historia diciendo: «A lo largo de los años mi padre y yo nos hemos tenido que doblegar para sobrevivir, pero los hombres honrados como nosotros somos una raza especial».

Aunque durante nuestros años de trabajo de campo fue extraño oír a las personas contar tales historias sobre sí mismas, esta es una narración representativa de la importancia de la autoestima, el respeto a uno mismo, como diferente del respeto por la autoridad o, más exactamente, hacia las autoridades. De hecho, tratando de evocar ese elemento de la respetabilidad del jornalero, los hombres a menudo contaban una variante de una historia similar, no sobre ellos mismos sino sobre el padre de José, quien, como dijo este, representaba una raza especial.

Eric Hobsbawm ha escrito:

No hay ningún término más difícil de analizar que el concepto de respetabilidad para la clase obrera de mediados del siglo XIX, porque expresa simultáneamente la penetración de valores y estándares de las clases medias y una actitud sin la que hubiera sido difícil alcanzar el respeto propio en la clase obrera, y sin la que un movimiento de lucha colectiva hubiera sido imposible de construir: sobriedad, sacrificio, posposición de la gratificación (1984: 263-264).

Nosotros estamos escribiendo sobre un espacio y un tiempo diferentes y, sin embargo, encontramos sus observaciones muy atractivas. Lo que Hobsbawm considera como dos fuentes de respetabilidad que dividen la personalidad del trabajador, en realidad, produjo durante ese periodo en la Vega Baja dos tipos de persona diferentes, aunque solapadas. Mientras que las familias más dependientes se referían con frecuencia al respeto hacia la clase social más alta, también encontramos las narraciones de los jornaleros plagadas con la necesidad de ser honesto. Además, aunque esa necesidad se refería especialmente a las interacciones diarias con los propios iguales, también se sentía, por lo menos idealmente, como algo que no se diluía en el trato con otros de fuera del grupo de iguales. Ser honesto se convirtió en la principal guía moral para vivir. Ser honesto significaba tener autoestima, respetarse, y, al depender de elementos que se daban entre los propios jornaleros, se contraponía a la explotación y también era el

instrumento determinante para juzgar las situaciones de explotación en las que se encontraban inmersos. A pesar de ser conscientes de que tenían que aceptar las relaciones de explotación con aquellos que tenían el poder y los recursos, no estaban dispuestos a superar el umbral del respeto propio. Era, por así decirlo, el último límite que no querrían cruzar. Aceptar las relaciones de explotación significaba soportar dificultades, muchas horas de trabajo, salarios bajos y mala salud, pero eso no debía llevar a la falta de respeto.

El propio trabajo actuaba como elemento crucial en esa ecuación, porque el trabajo bien hecho estaba ligado con la autoestima, mientras que el trabajo en condiciones que afectaban a la dignidad personal invertía esa ecuación. Además, la asociación de la dignidad con la realización de trabajo físico implicaba la falta de valor de una vida ociosa, lo que invertía el ideal hegemónico de respeto por el patrón, que no realizaba ese tipo de trabajo. Aunque a las elites se les puede mostrar una deferencia real, solo a los que trabajan se les debe el verdadero respeto.

CONTRATAR EN LA PLAZA: MAYORALES Y HOMBRES DE CONFIANZA

En el capítulo 3 hemos complementado nuestro estudio de diferentes familias aniagueras con el de una institución más amplia, la finca. Ninguna institución equivalente juega un papel permanente e integrador en las vidas de los jornaleros, pero podemos observar el principal espacio donde se realizaba la contratación del jornal. Tradicionalmente ese lugar era la plaza principal de la población. El proceso de reclutamiento de los jornaleros tenía lugar por medio de un mayoral, que era a su vez un jornalero, o de un hombre de confianza, una persona particularmente digna de la confianza del terrateniente, o directamente a través del terrateniente.[4]

El mayoral normalmente trabajaba codo con codo con los que ayudaba a contratar, aunque podía haber tenido en el pasado alguna tierra en aparcería con el dueño en una relación de tipo aniaga, o podía tenerla aún. Cuanto más dependiente fuera del dueño, más se le describiría como un hombre de confianza, a diferencia del mayoral, menos comprometido; pero los límites eran difusos. En cualquier caso, estaba encargado de hacer que se realizara el trabajo e indudablemente tenía poder sobre los otros jornaleros, sobre todo porque normalmente decidía si se les contrataría otra vez o no. El propio mayoral era responsable directo ante el propietario o el arrendatario. Algunos mayorales favorecían en sus prácticas de contratación a jornaleros emparentados con ellos, otros parecen haber favorecido a la gente con fama de buenos trabajadores. Los hombres y las mujeres adultos, los niños y la gente mayor eran contratados en diferentes momentos según las tareas que se tenían que hacer y la disponibilidad general. Las mujeres y los niños eran contratados por una mayorala, una mujer que reclutaba mano de obra en visitas puerta a puerta. Los mayorales varones tendían a negociar las cuadrillas en la plaza pública.

De lo que hemos visto en el capítulo 3, podemos hacernos una idea inicial de quiénes eran esas personas que se reunían en los escalones de la iglesia a primera hora de la mañana. Aunque se podía estar seguro de no encontrar allí a don José Mariano Lara, pues si se necesitaba hacer un trabajo ocasional en Lo de Vera, entre los potenciales contratantes se hallaría a Victorino Fuentes o a uno de los otros labradores. Este contratante podría estar charlando con el propietario o labrador (arrendatario) de una finca más pequeña. Por fin, esos hombres se separaban, bajaban a la plaza y, mientras andaban entre los trabajadores, miraban a la cara al hombre que querían contratar y pronunciaban una única sílaba «Tú», y después otra vez, unos cuantos pasos más allá, «Tú» y «Tú», hasta que se alcanzaba el número de hombres necesarios. Entonces el labrador dejaba la plaza y volvía a los campos donde se tenía que hacer el trabajo, y poco después se le unía su mano de obra.

Sin embargo, había otro grupo de contratantes potenciales, tal vez ellos mismos no subían los escalones de la iglesia, tal vez estaban junto a los jornaleros o incluso se mezclaban con ellos. Muchas de las fincas más pequeñas dependían casi completamente de la contratación diaria de mano de obra; no eran suficientemente grandes como para mantener un cuerpo de trabajadores fijos, aunque en la mayoría de los casos podían tener uno o dos aniagueros. Y probablemente se le confiaría la contratación de un equipo de trabajadores a uno de esos hombres, un hombre de confianza del propietario o arrendatario de la finca. No obstante, muchas veces, y especialmente cuando se requería un equipo de trabajadores –por ejemplo, para la cosecha o la siembra–, un labrador contactaba con un jornalero mayor y respetado –quizá la noche anterior– y le encargaba escoger un grupo de trabajadores. Él también estaría en la plaza esa misma mañana, tal vez cogiendo a un hombre por el brazo y diciendo «Tú, Ubaldo» y «Tú también, Conejo», y así sucesivamente.

Esos hombres, los jefes de los equipos de trabajadores, eran los mayorales, figuras clave en el régimen laboral del jornal agrícola. Hemos destacado aquí dos figuras bastante diferentes: el arrendatario aniaguero, que busca fuerza de trabajo para la persona con quien tiene el contrato de aniaga, aquí en la plaza para reunir un equipo de trabajadores (y, por lo tanto, para actuar como su

capataz durante toda la tarea); y el jornalero, escogido la noche anterior por un labrador que necesita un equipo de trabajadores. Podemos imaginar fácilmente lo que el aniaguero, el hombre de confianza del terrateniente, tiene que ofrecer a su patrón en este sentido. Encontrará a trabajadores bien dispuestos y los explotará al máximo, para dar una mejor impresión a su patrón. ¿Pero qué pasa con el otro tipo de mayoral? ¿Por qué el patrón lo escoge a él y no a otro? ¿Y cuál puede ser la relación con su equipo de trabajo mientras se dejan el sudor en los campos en el transcurso de un día caluroso?

Podríamos empezar por esa palabra: tú. A menudo se dice que cuando un hombre con poder se dirige a otro de su misma edad con esta forma familiar de tratamiento está haciendo una afirmación de su rango. Pero diciendo solo eso se pierde de vista la cuestión: ¿por qué este tratamiento se convierte en una afirmación de rango? Porque es –abierta, descarada, manifiestamente– una expresión de falta de respeto. Un hombre se halla en la plaza. Necesita trabajo. También lo necesitan sus dos hijos que están de pie junto a él. Es un hombre mayor, que ha trabajado muchos años. A los ojos de sus hijos, él tiene una autoridad sui generis como padre, pero sobre todo porque a lo largo del tiempo ha logrado sacar adelante a los suyos, a través de las crisis y los rigores que ha superado su empresa familiar. Pese a todo, a este padre de familia se le dirigen ahora de tú en la plaza del pueblo. Es una expresión que traza una línea divisoria poderosa y profunda entre un hombre y el otro.

¿Qué pasa con el aniaguero que viene a la plaza como el hombre de confianza de un terrateniente o un labrador? Él es el hombre de don Fulano, desde luego, y, en consecuencia, diferente de los jornaleros corrientes, pero a veces también él necesitará un jornal –cuando esté en la plaza como cualquier otro–, aunque, como tiene su pequeña parcela en aniaga, tal vez esté un poco menos desesperado, menos muerto de hambre. ¿Cómo suena su tú? Probablemente depende de muchas cosas, pero al final uno sospecha que suena, si no como un tú de identidad, sí por lo menos como uno de igualdad. Aunque haya poco respeto por el hombre comprometido por su relación laboral de aniaguero, tal como el jornalero (a la fuerza o por elección) está comprometido por la suya, existe un equilibrio recíproco: uno tiene que volver a su amo con una mano de obra

útil, el otro necesita un jornal.

Esto nos hace volver a nuestra primera pregunta: ¿qué pasa con la posición del jornalero corriente de quien depende un labrador para que le encuentre una buena mano de obra? No hemos de tener duda alguna sobre lo que comporta su uso del término tú. Bien puede ser que en otros escenarios él hablaría a algunos de los hombres que está contratando de usted, mostrándoles el respeto de un hombre adulto por otro. Pero aquí está a punto de salir a trabajar con ellos como compañeros en el campo. Tú no es una línea divisoria profunda trazada en la arena, sino un vínculo de identidad y solidaridad.

Muchos hombres de edad que habían sido mayorales trataron de transmitirnos las tensiones sufridas cuando se estaba en esta posición, esta interfaz por excelencia entre el mundo del respeto y la honestidad y el mundo de la autoridad y la confianza. A sus compañeros, este tipo de hombre les dice –silenciosamente, como se puede prever en él, como hombre de respeto– que espera de ellos un día de trabajo adecuado, el buen trabajo que haría un hombre honesto. Sin embargo, eso es así porque él sabe que esa es la razón –porque él sabe que Juan X o Antonio Y tienen esa reputación– por la que el amo lo busca la noche anterior y lo elige a él para que sea su mayoral. Pero, igual que hoy el viento sopla en una dirección, mañana puede soplar en otra, y puede tener que volver a la plaza a buscar trabajo para sí mismo. Uno u otro de los trabajadores compañeros de hoy puede ser elegido mañana como mayoral por algún otro amo y, por lo tanto, será él quien contrate a los trabajadores. Sabiendo todas estas cosas, el mayoral también sabe que su tarea es defender a sus trabajadores contra los abusos del hombre que les da trabajo a todos.

Los mayorales eran normalmente muy conscientes de su embarazosa situación. Tenían el poder de dar trabajo a algunos jornaleros, el poder para decidir quién trabajaría y quién no. Ellos mismos eran jornaleros, pero responsables ante el dueño de la productividad y la calidad del trabajo realizado, así que tenían que controlar y presionar al resto de trabajadores para llegar a ciertos niveles exigidos, y a veces tenían que hacer ellos mismos el trabajo más duro, el trabajo que los jornaleros normales no harían, pero

que, pese a todo, se tenía que hacer. José Gil padre describe su trabajo como mayoral de la siguiente manera: «Yo por desgracia he sido mayoral, nunca me han dado nada y me he degollado y he degollado a otros, cosas de la falta de cultura» (GS 1979).

En 1979, encontramos a este hombre, líder del sindicato socialista, consciente de que tenía un papel en la cadena de explotación que estructuraba las relaciones sociales de producción. ¿Tenía la misma conciencia veinte años antes cuando trabajaba de mayoral? ¿Fueron los discursos políticos del sindicato socialista y los intentos republicanos de regular el jornal agrícola por medio de la Ley de Bases y la Ley de Términos Municipales antes de la Guerra los que ayudaron a crearle una conciencia de ser explotado él mismo, mientras también era un instrumento de los terratenientes para la explotación de otros? Cuando José Gil padre apunta a la falta de cultura como causa de la situación paradójica en la que se hallaba como mayoral, ¿está hablando de una ignorancia de la articulación compleja de las relaciones de explotacion? ¿Piensa en la cultura como un tipo específico de bien que protege a la gente de la dureza de ser sometida a tales situaciones terribles? ¿Está apuntando a la idea omnipresente sostenida por la izquierda política de que la educación confiere libertad al individuo? Como ha mostrado Martínez Alier (1968) para Andalucía, la idea de la cultura como salida de unas formas de subsistencia extremadamente precarias está presente en las mentes de los jornaleros. Además, esta idea de cultura es compleja y engloba la alfabetización básica, así como la conciencia política y otras formas más expresivas de arte, de un modo tenso y contradictorio (exploramos esta cuestión en el capítulo 7).

Traducido al lenguaje de la fábrica sindicalizada, en cierto sentido el aniaguero-mayoral es como el trabajador que adopta el papel de capataz, mientras que el jornalero-mayoral es más como el enlace sindical. En muchos relatos del pasado encontramos a los viejos jornaleros lamentándose de cómo los aniagueros actuaban como el pinchazo que desinflaba la colectividad obrera. Por la misma naturaleza de su contrato, por ejemplo, ellos mismos no podían negarse a trabajar, porque estaban vinculados –igual que los jornaleros eran fluctuantes–. No obstante, por lo menos en cierto sentido, también los jornaleros se asociaban con los vínculos del

espacio, porque sabían que el salario pagado por su trabajo dependía de la cantidad de mano de obra de reserva disponible, y la única vez en la que se invirtieron las percepciones del movimiento frente a la fijación local fue en relación con el tema de la reserva de mano de obra que podían usar legítimamente los patronos de un municipio dado.

Cuando prestamos atención al modo diferente como se reclutaba a las jornaleras, observamos que las prácticas de contratación de mano de obra diferenciadas con respecto al género expresan una tensión entre movilidad y fijación, entre espacios más públicos y más privados para establecer las relaciones laborales. Dentro de la familia jornalera, percibimos una tensión relacionada con la que se produce entre los jornaleros más móviles y los más dependientes, los aniagueros fijos, expresada espacialmente en el dominio aislado de la finca o de la casa como contrapuestas al espacio abierto de la plaza, jerárquico pero público.

A diferencia del mercado de trabajo masculino de la plaza, la contratación de mujeres era más privada y estaba más escondida del ojo público. «Una mayorala iba por los hogares de Santa Águeda preguntando si las mujeres querían trabajar. Obviamente, tenía una mejor predisposición hacia unas personas concretas. La mayorala era una vecina que buscaba relaciones de vecindario o de familia. Les prestaba más atención» (SN-GS 1995). Como los intermediarios que más adelante contrataron trabajo a domicilio para la industria del calzado, las mayoralas visitaban por la noche a las mujeres que querían contratar, llamaban a sus puertas cuando la oscuridad caía en el barrio de Santa Águeda, les preguntaban si querían trabajar al día siguiente en un trabajo concreto que tenía que hacerse en una finca concreta y les informaban de cuánto cobrarían por ello. Por lo tanto, las mujeres no estaban públicamente en el mercado (como los hombres en la plaza). Los niños que trabajaban con las mujeres también eran contratados de este modo.

Así pues, el género era un elemento distintivo de las prácticas de contratación. A menudo se daba el caso de que se contrataba al marido y a la mujer para trabajar en la misma finca, pero a través de canales diferentes. Otras veces podían trabajar el mismo día para amos diferentes y así ampliaban las oportunidades de contratación

de su grupo doméstico.

Esta distinción de género en las prácticas de contratación proporcionó un significado particular a un cambio en la contratación que se produjo en los años sesenta. Como el contraste entre el espacio público y abierto de la plaza y el espacio cerrado, opaco y privado del hogar se construye según el género, cuando la contratación de los hombres se trasladó al espacio menos abierto, más privado, del bar, ello también constituyó simbólicamente una declaración sobre el poder social de los jornaleros que quedaban. Ahora se los contrataba más como a las mujeres y estaban más cercanos a las prácticas de contratación que aíslan y personalizan las relaciones contractuales trabajo/capital.

CONCLUSIÓN

El trabajo convencional en etnografía mediterránea se refiere al «complejo honor-vergüenza» como un código compartido en el que se requiere de los agentes una conducta diferente según su posición en una relación de estatus: patrón/cliente, padre/ hija, marido/ esposa y similares (Caro Baroja, 1968; Peristiany, 1966; Pitt-Rivers, 1979; Gellner, 1986). Pero en este capítulo y en el anterior hemos sugerido una comprensión mucho más activa, discursiva y, en realidad, conflictiva de lo que constituye el honor, la honestidad y la responsabilidad. Aunque los conceptos culturales pueden compartirse, los significados dados a esos conceptos surgen de las perspectivas múltiples que tiene la gente como consecuencia de diferentes prácticas instituidas.

Para los jornaleros, el honor que se asocia a las personas de estatus elevado (y a los que se vinculan junto con sus familias a esas personas) es marcadamente diferente de la idea fundamental que se hacen de que ellos mismos son los únicos preocupados por ser honrados. Para ellos, se trata de una clase de honor muy concreto, una moneda que incrementa su valor precisamente porque carecen de muchas otras cosas (Martínez Alier, 1968; Frigolé Reixach, 1991). La única posesión de los jornaleros es su persona, y el reconocimiento de que verdaderamente son dueños de su persona se vincula a la importancia de la autoestima y el propio respeto. Ello contrasta claramente con lo que los recuerdos del mercado negro, las corruptelas políticas y el propio beneficio les dicen a los jornaleros sobre la elite y los que llevan sus banderas. La identidad del jornalero está casi exclusivamente ligada al reconocimiento de la honestidad por parte de sus compañeros y, por lo tanto, a que se les otorgue dignidad. Puede que tengan que vender su fuerza de trabajo, pero su autoestima les asegura que no venden su persona. Esta es la razón por la que prácticas tales como la hipoteca humana (véase capítulo 2), que parecen erosionar este límite último, se resienten tanto y vienen a formar el núcleo de la conciencia de clase

y de las prácticas de resistencia.

De la comparación entre las vidas de los jornaleros y las de los aniagueros, surge una diferencia en la manera como se construían la obligación y la responsabilidad mutuas que servían para guiar la capacidad de decisión individual. En el caso de los aniagueros, la construcción de responsabilidades mutuas entre el patrón y el trabajador estableció el modelo para unos vínculos interclasistas de dependencia vertical que se reforzaban por medio de la práctica. Ello creó una idea corporativista de obligación y responsabilidad mutuas apoyadas además por la doctrina social de la Iglesia. En este caso, la confianza es una relación dirigida desde arriba que se expresa como deferencia y obediencia entre el patrón y el trabajador y, por extensión a la familia, entre el padre y el hijo. En cambio, para los jornaleros la responsabilidad mutua consiste en una relación entre iguales: en la familia entre los esposos, los hermanos o entre padres e hijos y, más allá de la familia, entre compañeros de trabajo. Sin embargo, el concepto crucial no es aquí la confianza, sino la honestidad, que significa construir tanto el respeto personal como un reducto del empoderamiento colectivo. Ser honesto con uno mismo (es decir, trabajar adecuadamente), con la familia (es decir, ayudar a vivir), con los semejantes (es decir, mostrar solidaridad y actuar con transparencia) es esencial para la construcción de vínculos horizontales, de una idea particular de la agencia y también de un sentido colectivo de la pertenencia.

Argumentamos que este contraste entre la confianza del aniaguero y la honestidad del jornalero no se describe adecuadamente como un patrón cultural estructurado, como se propone a menudo para el Mediterráneo (y más recientemente para las economías regionales). Se entiende mejor como un constructo de la historia: de la manera como los actores históricos desarrollaron localmente las relaciones sociales de producción y después las reforzaron, se resistieron a ellas y las transformaron en momentos históricos concretos.

* * *

En el capítulo 2 vimos como, en los años posteriores a la Guerra Civil, se combinaba un mundo cruel de represión personalizada y victimización selectiva con el mundo transgresor y crepuscular de la escasez y la oportunidad que constituye el estraperlo. En el capítulo 3 y en este capítulo hemos apuntado cómo los recuerdos de personas diferentes destacan rasgos distintos de aquellos años difíciles. Palizas arbitrarias, la proximidad de un campo de concentración donde tenían lugar ejecuciones a diario, evitar a un vecino sospechoso por la calle, todas estas cosas se consideran en las narraciones de algunas personas como el difícil retorno al orden, el restablecimiento piadoso de la estabilidad que podía ser desestabilizada tan fácilmente por las amenazadoras fuerzas contrarias. No obstante, para muchos jornaleros del barrio de Santa Águeda, no es tan importante el hecho de que ese periodo de represión se interpretara de un modo diferente como que raras veces se hablara de la ello. En cambio, cuando orientábamos la conversación hacia los años cuarenta y cincuenta, la gente solía destacar la picaresca de supervivencia que el mercado negro había hecho necesaria. Para las personas corrientes que habían sido afines a la República –o simplemente eran sospechosas de ello por la evidencia de su posición de clase como jornaleros–, los recuerdos del mercado negro constituyen a la vez memoria de la extrema pobreza siempre amenazadora y de las maniobras individuales y colectivas que les alejaban del umbral de la muerte. Con todo, esos recuerdos también contienen las historias de fortunas que se consiguieron a través de prácticas turbias y que, de un modo muy significativo, fueron posibles gracias al recurso a favores políticos. Así pues, esas narraciones versaban sobre el recurso al movimiento para sacar provecho del orden, tanto si se veían positivamente en términos de la capacidad de decisión del pobre frente a la adversidad como si se consideraban negativamente como las prácticas refinadas de astutos comerciantes para hacerse ricos rápidamente. En resumen, el estraperlo simboliza la habilidad para moverse como medio para manipular el propio entorno.

Las personas que hablaron con nosotros sobre los años de la autoridad personalizada o del estraperlo no vivían exclusivamente en una u otra situación, aunque creemos justificado establecer distinciones bastante claras, como lo hemos hecho aquí, refiriéndonos a dos clases de contratos de subsistencia. En ambos

tipos de subsistencia encontramos personas privadas de recursos estables para ganarse la vida y, en consecuencia, enfrentadas a los riesgos y las inevitables crisis personales de la incertidumbre. En un caso, afrontan la situación vinculándose a personas muy concretas con propiedades y poder; en el otro, cambian de empleo a través de relaciones de más corta duración. En el capítulo 3 vimos que los vínculos personalizados y verticales de larga duración penetran realmente en las relaciones que se dan en el seno de las familias y las casas, mientras que, en el otro caso, la familia adquiere su forma interna por la necesidad de aceptar las distintas relaciones laborales de sus miembros. También vimos cómo estar fijo o vinculado al lugar era la pieza clave para la explotación de la mano de obra. En este capítulo vemos que lo que proporciona las condiciones en las que tiene lugar la explotación de la mano de obra es más bien el movimiento, el cambio de un patrón a otro, entre la agricultura y la industria, de un emplazamiento a otro, etc.; pero también el movimiento en un sentido más simbólico, con todas las incertidumbres, desenraizamiento y riesgos que implica.[5]

¿Cuáles son las implicaciones de esta historia para la formación de la cultura de clase trabajadora de los jornaleros? Para empezar, ¿qué queremos decir con «plantar cara» como contrapuesto a «penetrar»? Nos referimos al resistente elemento de clase de la familia jornalera que se incluye en la estructura de los tipos de relaciones de capital/ trabajo inherentes al contrato jornalero. La explotación de la mano de obra tiene lugar en el mercado por medio de los acuerdos entre el capital y el trabajo. En el caso del jornalero, frente al aniaguero, hay una resistencia a que el capital utilice las relaciones familiares como mecanismo de explotación. Las relaciones domésticas en las familias jornaleras son moldeadas por las relaciones de producción, pero desde fuera. Aunque el acuerdo puramente contractual sea modificado por vínculos de amistad, las amistades se usan horizontalmente y, por lo tanto, refuerzan la colectividad de la clase y sirven para acentuar la diferencia respecto a las clases dominantes. Es así a pesar de que las prácticas de contratación diferenciadas según el género produzcan distinciones concretas dentro de la homogeneidad de la clase y la familia. Eso no quiere decir que el movimiento sirva siempre para reducir la explotación; más bien, el capital se beneficia en este caso precisamente de la magnitud de la mano de obra flotante y del

hecho de que sea flotante. Hemos observado esta variable en las luchas sobre el movimiento de la fuerza de trabajo en el mercado de trabajo de la plaza y más allá de él.

Con este conglomerado de experiencias, en los años sesenta las personas con un pasado jornalero entraron en la era de la industrialización de la mano del sector del calzado. En la segunda parte de este libro, llegamos a la era actual, y empezaremos siguiendo un camino sinuoso con senderos a menudo cortados de manera frustrante. Encontraremos aún el ambiente de crisis, lo que no constituye una novedad en la zona. Pero la creciente cultura política de lo que llamamos corporativismo neoliberal y el objetivo del Gobierno español de una integración cada vez mayor en la modernista y tecnocrática Unión Europea se combinan para oscurecer el acceso a ese pasado: se requiere un «Hombre Nuevo», un individuo que debería considerar irrelevantes las luchas del pasado, si no realmente onerosas para asegurar el nuevo y brillante futuro.

---

1. Usamos el término orgánica para sugerir que los miembros de la familia estaban íntimamente interrelacionados a través de sus respectivos trabajos: el contrato aniaga de un padre lo empuja a incorporar a su hijo a las actividades de la finca donde trabaja; el cabeza de familia considera que su casa está al completo servicio del amo. Esta situación es muy diferente de la de las familias en las que cada miembro tiene un trabajo a jornal muy distinto.

2. Aquí el término cacique no se refiere a los patronos políticos, sino a los trabajadores que recurren a vínculos de patronazgo para su propio beneficio, con lo que socavan la solidaridad de clase y la lucha.

3. Pedro Nogales, que durante la República había sido alcalde socialista de Catral, era uno de esos maestros constantemente itinerantes. Dichos maestros, lejos de la vigilancia del amo y de la policía, condensaban en sí mismos todo lo que la elite consideraba peligroso en el movimiento, llevaban «ideas» con ellos y contaminaban el tranquilo (pero potencialmente peligroso) remanso de la vida local. En Lo de Vera, don José Mariano Lara Fernández estuvo lo bastante preocupado por esos maestros nómadas como

para construir su propia escuela, a la que cada martes iban libremente sus sirvientes y otras «personas de buena reputación». Incluso en eso, él demostró ser más ilustrado que sus iguales, que habrían preferido que la población dependiera solo del cura local para su «mejoramiento».

4. Posteriormente, la contratación de mano de obra se desplazó a alguno de los grandes bares del pueblo, lo que muchos jornaleros consideraron como un reflejo de la informalización de las prácticas de contratación, más opacas y menos públicas. Así, fuera de la observación transparente de un espacio tan público como la plaza, ciertamente, el bar, donde a primera hora de la mañana acudían los trabajadores cada uno por su lado con la esperanza de dar con alguien que necesitara mano de obra, ofrecía una imagen más escurridiza e individualizada que la plaza; en cambio, en esta se reunía todo el cuerpo de trabajadores en el lado opuesto a la iglesia, mientras los patronos, de pie en los escalones del templo, hablaban entre ellos antes de seleccionar su mano de obra.

5. Nos interesa destacar la importancia del exilio y el retorno en las narraciones de la posguerra. No se trata solo de que a los prisioneros liberados se les prohibiera volver a sus propios pueblos y, por lo tanto, o volvían clandestinamente o no volvían hasta muchos años después; también es importante la idea simbólica de destierro y retorno. A menudo oímos historias de tal y cual persona que cierto año había vuelto a la zona y después descubríamos que, en realidad, dicha persona nunca se había marchado. La idea de que después de la Guerra los que simpatizaban con la República (y, en menor medida, antes de la Guerra los que simpatizaban con la Falange) simplemente desaparecieron de la sociedad –es decir, salieron del ámbito del reconocimiento público– y luego, en algún momento, volvieron constituía una noción que formulaban con frecuencia las personas con las que hablamos. En cambio, existía una fuerte sensación de que ciertas personas simplemente se desvanecieron. Por ejemplo, se decía que el hermano del líder falangista Miguel Fuentes, sargento del Ejército republicano, «se había marchado». A pesar de nuestras frecuentes preguntas sobre su paradero, no pudimos sacar en claro más que la idea de que había desaparecido en el horizonte, en el desierto del anonimato.

SEGUNDA PARTE

EL CAPITALISMO REGIONAL

Capítulo 5

FAMILIAS Y EMPRESARIOS

En 1969 S. H. Franklin escribió un influyente libro sobre el campo europeo titulado The European Peasantry. Su subtítulo captaba el sentido de los tiempos: The Final Phase. Así, en el capítulo final, Franklin sugiere la idea de que los pocos pequeños propietarios que quedaban en el campo estaban convirtiéndose en poco más que guardianes de parques que conservan el paisaje para la gente de la ciudad que corre al campo los fines de semana y en vacaciones. No obstante, como dijimos al principio de este libro, en algunas áreas de Europa la transformación no ha sido tanto un éxodo casi total del campo como el paso de un estadio en el que la industria era un apéndice de la agricultura a otro en el que la agricultura es un apéndice de la industria. Ahora discutiremos sobre cómo la gente ha experimentado esos procesos al pasar por dicha transición.

Hacia la última década del siglo XX, mientras se difuminaban cada vez más los límites entre ciudad industrial y campo agrícola, entre trabajadores de fábricas urbanas y pequeños agricultores y entre capitalistas industriales y trabajo asalariado sindicalizado, los propios científicos sociales parecían abandonar la idea del proceso social entendido en términos dialécticos de fuerza y contrafuerza. De manera creciente, se reemplazaba un discurso anterior en el que el juego de conflictos y tensiones interpersonales e intersistémicos se consideraba inherente a la dinámica de la historia por una idea más mecanicista de las relaciones sociales en términos de la productividad potencial (Smith, 2004) del «trabajador empresarial» y el «capital social». Como consecuencia, resulta difícil descubrir el toma y daca de las personas reales cuando tratan de abrirse camino para ganarse el sustento, mientras las corrientes en las que nadan las arrojan de aquí para allá. Hemos intentado recuperar esas tensiones dialécticas de la historia entretejiendo las vastas corrientes –políticas, económicas y sociales– que recorren la Vega Baja con la formación, reforma, ruptura y reconstitución de una variedad de prácticas, relaciones, instituciones y subjetividades

emergentes de las personas.

Al centrarnos ahora en el pasado más reciente, tenemos que transformar la escena del capítulo 1, que ofrecía un panorama de la historia y la geografía de la zona hasta los años setenta, en un cuadro viviente del presente; necesitamos explorar las vidas múltiples de la gente real del Alicante meridional mientras su amalgama de elementos se configuraba como una economía regional. Empezaremos prestando una especial atención a los tipos de personas supuestamente emprendedoras y a las que podrían aparecer como bien provistas de capital social. Al hacerlo, las descubriremos diseñando estrategias, mientras tratan de proporcionarse el sustento a sí mismas y a sus familias; también las encontraremos capitalizando las oportunidades y a las otras personas; posicionándose frente a otros como iguales, patrones y competidores.

En cierto sentido, hay en el presente una continuidad respecto a lo que hemos visto en el pasado, pero ahora encontramos a la gente abriéndose camino a través de dos tipos de transición. Una es política, pero nos ocuparemos de ella más tarde. En este capítulo tratamos con gente especialmente preocupada por abrirse un camino a través del segundo tipo de transición, mientras la floreciente agricultura alicantina, siempre salpicada de pequeñas manufacturas y servicios, es desplazada ahora por la marcha desigual hacia el dominio de una industria dispersa, un cambio que podemos caracterizar como el de un escenario agrícola con algo de industria a un escenario industrial con algo de agricultura. La magnitud del cambio puede verse en los porcentajes de la economía provincial en la agricultura, la industria y los servicios. En 1962, antes de que empezara el «boom», la distribución de porcentajes para Alicante –25% de agricultura, 35% de industria, 40% de servicios– era casi idéntica a la del conjunto del país. En 1973 la industria daba cuenta del 42% de la economía provincial (un 7% más que en el conjunto de España) y la agricultura se había reducido al 9,3%, todo ello en una sola década (Tamames, 1977).

Entre 1930 y 1960 el porcentaje de población económicamente activa de Elche que trabajaba en manufacturas se duplicó. Durante el mismo periodo, la industria del calzado, que proveía a un

mercado de consumo nacional cada vez más urbano e influido por Europa, se disparó y la producción se dobló. A principios de los años sesenta, la administración franquista se dio cuenta de que solo podía mantener la estabilidad económica y, por lo tanto, política con la apertura de la economía, devaluó la peseta y negoció unas mejores condiciones de importación para las ventas de zapatos a Estados Unidos. Esto desplazó la industria hacia la producción para el mercado internacional. Repitiendo un patrón que ya hemos visto antes en la región, el vuelco a favor de las nuevas condiciones fue imprudente. Hacia 1972, Alicante había incrementado la producción de zapatos de 13 millones en 1957 a 63 millones, de los cuales casi el 90% era para la exportación (Bernabé Maestre et al., 1984: 16) y, en concreto, el 70% de ese porcentaje de exportación se dirigía a Estados Unidos (Benton, 1990: 78).

Durante 1978 y 1979, entre los campos de alcachofas y los huertos de naranjos, al lado de una fábrica de alfombras o en un patio donde una mujer trabajaba en lotes de zapatos, la población local hablaba con frecuencia de la crisis de la agricultura. Pero todavía no estaba claro si iba a ser diferente de los miles de crisis que se habían afrontado antes. Así pues, la gente respondió como lo había hecho siempre, buscando ocupaciones múltiples para los miembros de la familia que podían ganar un salario, buscando alguna forma de seguridad a través de antiguas nociones de patronazgo. Pero la continuidad de las crisis y las oportunidades que habían originado ese tipo de hábito iban a interrumpirse por cambios en las fuerzas abstractas que condicionaban la reproducción social en la región. Las cifras de más arriba revelan una economía provincial remodelada que cambió radicalmente las condiciones históricas en las que los hogares y los individuos podían hacer efectivas sus prácticas habituales. Con la apertura de España a las corrientes internacionales, ya no era sostenible el decrépito capitalismo agrícola de trabajo asalariado intensivo, que se había arrastrado en España a lo largo del siglo, estimulado por regímenes sucesivos que confiaban en la manipulación jerárquica de la autoridad y en políticas corporativistas.

Tal como sucedió con las transformaciones precedentes, el nuevo cambio se experimentó de maneras diferentes: como una oportunidad y como una crisis. Pero se trataba de un cambio casi

tectónico que comportaba una tensión inusual en la experiencia de la oportunidad y en la experiencia de la crisis, es decir, una cierta idea de capacidad frustrada o de indeterminación. La tensión no solo surgió en el tejido social –en las tensiones y el realineamiento de las instituciones, por ejemplo– y en los hogares –porque la búsqueda de ingresos tenía un efecto centrífugo en sus miembros–. La oportunidad y la crisis se enraizaron de manera más cruel en los propios individuos: un joven soltero aquí, un viejo aparcero allí; una mujer joven casada acá, un niño de doce años allá.

Había una contradicción casi palpable en el aire, de la que, de hecho, hablaba mucha gente que se sentía desconcertada por ella. A pesar del papel importante de la pluriactividad en la historia de la zona y a pesar del salto de las pequeñas manufacturas a los regímenes de producción industrial de zapatos en Elche y de alfombras en Crevillente, la incertidumbre de los cambios solamente sirvió para reafirmar la aparente seguridad de lo familiar, la agricultura.[1] Justo en el momento en el que experimentaban una crisis agrícola, las personas invertían ahorros y trabajo asalariado en la tierra. La tierra significaba seguridad, pero como su productividad relativa descendía, fue un tipo de seguridad artificial, como observaremos en algunos de los casos que presentaremos como ejemplo en las páginas siguientes.

De hecho, habría sido imposible vivir en esa zona a finales de los setenta y mantener la ficción de que se trataba de una sociedad agrícola. Aparte de la presencia en el propio Catral de una fábrica de alfombras y otra de zapatos, cada vez se marchaban a Elche o Crevillente más hombres y mujeres para trabajar en las fábricas. Además, había muchos pequeños talleres vinculados a la industria del calzado, así como otras pequeñas empresas: una que hacía cajas para envasar fruta y verdura, cuatro que producían persianas de bambú y escobas y una pequeña herrería. Había coches y furgonetas viejas que iban a toda prisa por los caminos polvorientos, evidentemente cargados hasta arriba de componentes del calzado u otros productos similares. Aunque uno se encontrara hablando con una familia que se describía a sí misma como de agricultores, reunida en torno a la mesa por la noche cuando el cabeza de familia volvía de los campos, el antropólogo que venía para realizar una entrevista informal inevitablemente se tropezaba, camino de la

cocina, con remesas de componentes del calzado. No obstante, todo ello no se experimentó uniformemente y significó cosas muy diferentes para personas diferentes.

En algunos hogares, a pesar de la presencia en la cocina o en el patio de una o dos hijas y, posiblemente, de la esposa realizando trabajo a domicilio, se retenía de alguna manera el mundo fijo de una serie de viejas relaciones agrícolas. En otros, se habían resistido a tales vínculos o nunca había sido posible establecerlos. Como hemos visto, el sentido omnipresente de atadura, de lazo y, en definitiva, de fijación luchaba contra las experiencias contrarias de movimiento, de desplazamiento, quizá ofreciendo una oportunidad, pero más a menudo amenazando con el desastre.

Estas trayectorias del pasado se entrelazan en el presente en el tejido cambiante de la oportunidad y producen una amplia variedad de modelos en los campos de actuación de personas diferentes. Ciertas coyunturas del presente actualizan conexiones, esperanzas y subjetividades latentes del pasado y, por lo tanto, sitúan a algunas personas en una posición de diseñar estrategias que para otros no es ni posible ni tal vez visible. En otro momento, en el curso de las vidas de otra serie de personas se presenta una coyuntura bastante diferente, que apela a unos caminos históricos muy distintos en una serie infinita y abierta de compromisos prácticos.

LOS INTERMEDIARIOS AGRÍCOLAS E INDUSTRIALES

En este apartado observaremos dos caminos posibles tomados durante los años inciertos de la transición posfranquista. En primer lugar, el de la familia de Roberto, que proporciona un buen ejemplo de los ubicuos distribuidores de trabajo o corredores, que hacen su trabajo de un extremo a otro de la Vega Baja. En segundo lugar, el de Juan Manuel Aguilar y sus parientes, que presenta el caso del intermediario agrícola que se mueve entre la comercialización agrícola y las actividades de la pequeña industria.[2]

En 1978, cuando Gavin llegó a Catral, Roberto era distribuidor de componentes del calzado para trabajadoras a domicilio del sistema local de subcontratas («putting-out»). En 1995, todavía hacía el mismo trabajo, aunque comentó que muchos otros distribuidores activos en 1978 ahora se dedicaban a otras cosas. El padre de Roberto era jornalero y Roberto también empezó a trabajar de jornalero, cuando tenía unos diez años; iba con las mujeres y le daban un «jornal de mujeres». No iba a la escuela pero estudiaba una hora cada día con un profesor particular. Cuando tuvo catorce años, empezó a hacer «trabajo de hombres» y a recibir un «jornal de hombres» (más del doble del de las mujeres y los niños, 200 pesetas frente a 75 pesetas en 1958). Roberto solía emigrar temporalmente para la cosecha de trigo; en Villena (en el cercano Alto Vinalopó) se organizaba una cuadrilla que entraba en los campos de trigo castellanos por Albacete y recorría las diferentes regiones trigueras durante unos meses. En 1966, hizo los dos años de servicio militar obligatorio en el Sáhara.[3]

Cuando volvió del servicio militar, la sequía azotaba la agricultura de la zona. Roberto trabajó un año más como jornalero, pero en Murcia, no en Catral, y, durante cierto tiempo, en una cuadrilla de la construcción. En aquel tiempo se estaba disparando la industria del calzado en Elche, por lo que Roberto decidió marcharse a buscar trabajo allí. Tenía veinticuatro años y, «como no sabía nada» (dice

Mónica, su esposa) encontró fácilmente empleo pegando suelas en una fábrica de zapatos. Un año después, se casó. En 1995, su mujer relataba su carrera en los siguientes términos:

Cuando empezó a trabajar no sabía nada, pero quería aprender y se quedaba a la hora de comer para ver cómo hacían el montado [el montaje, la parte más especializada del proceso de manufactura de zapatos]. Un capataz le enseñó a hacerlo. Una vez aprendió, lo pusieron a cargo de una vía de montado. Trabajaba mucho y parece que lo hacía muy bien. Entonces le pregunté si podía encontrarme algún trabajo en Elche. Roberto preguntó por allí y el capataz le dijo que su hijo tenía una fábrica donde hacían tacones y repartía trabajo de forrar. El capataz le presentó Roberto a su hijo y le dijo al hijo que le diera a Roberto todo el trabajo que le pidiera, porque era muy trabajador. Así que el hijo del capataz le dio mucho trabajo para mí. En aquel tiempo, yo hacía todo el trabajo sola (SN-GS 1995).

Durante los cinco años aproximadamente que pasó en Elche, Roberto cambió de fábrica por lo menos una vez, y la segunda vez fue contratado como obrero cualificado (oficial de primera). Sin embargo, durante su tercer año en Elche (1972) ya estaba invirtiendo para montar una infraestructura de distribución, sobre todo en una pequeña furgoneta. Poco después de empezar a trabajar en Elche (1969), había comprado un coche, presumiblemente para ir y volver a Catral, donde la pareja se había instalado. No es improbable que ese «capital» fuera uno de los principales factores que le capacitaron para orientar su vida laboral hacia la distribución, junto con sus redes en el pueblo: familia, amigos y vecinos. En 1971, cuando entró en la segunda fábrica en Elche, su mujer ya distribuía trabajo a vecinos y amigos que, dice ella, venían a pedírselo. Se trata de un patrón interesante que se repite una y otra vez: siempre son los que trabajaban a domicilio los que piden el trabajo y Roberto «era muy bueno y no podía decir que no», recuerda Mónica.

Hacia 1973, Roberto tuvo algunos problemas en la fábrica donde

trabajaba. Parece que se trató principalmente de temas de trabajo de carácter personal, tales como salir en defensa de un compañero despedido de manera injusta, pero a la vez apoyar al capataz que había causado el problema. Su habilidad para adoptar esos dos papeles aparentemente incompatibles probablemente desarrolló un activo beneficioso para su nuevo trabajo como distribuidor. Ahora bien, tenemos que recordar que fue un periodo particularmente problemático, con sindicatos fuertes y una contestación laboral creciente. Es difícil saber dónde encajan exactamente los problemas laborales de Roberto. Al final, decidió dejar la fábrica y dedicarse del todo a su creciente actividad de distribución en el subsector del forrado de tacones, que nunca ha abandonado.

¿Qué comporta este trabajo y qué tipo de capital se necesita para llevarlo a cabo? ¿Qué clase de relaciones trabajo-capital implica esta posición de intermediario? Evidentemente, la explotación de cada uno tiene que transmitirse al estadio siguiente. El caso de Roberto es el de una persona que no distribuye trabajo desde la gran fábrica, sino desde locales de distribución (industriales o comerciales) más pequeños. Este trabajo requiere una mínima cantidad de equipamiento principal o habilidad por parte de las mujeres que trabajan en sus casas (en comparación con las aparadoras). La competición para obtener este tipo de trabajo por parte de los distribuidores es grande. Aunque Roberto puede conseguir algún negocio regular si muestra que es de confianza y acepta trabajo extra en la cresta de la temporada (con lo que les hace un favor a los encargados), generalmente tiene que pujar por el trabajo en una subasta. Hacia las seis de la mañana va a Elche para llegar a los concesionarios que reparten trabajo antes que sus competidores y puja por el trabajo compitiendo con ellos.

Los factores sobre los cuales compiten son el precio, el tiempo requerido para hacer el trabajo y la capacidad para asegurar que estará listo en el plazo (usualmente corto) y, por último, estar allí para ayudar a empaquetar los tacones en bolsas y marcharse rápido. Como los márgenes son tan pequeños, el precio a menudo no es el factor más decisivo para conseguir el trabajo; cada uno tiene que ofrecer más o menos lo mismo. Estar allí y llevar el material a las mujeres lo más rápido posible es con frecuencia más importante.

Esta situación crea una cierta dosis de malestar, tanto entre los diferentes distribuidores como entre un distribuidor y el propietario o encargado de una concesión. Por ejemplo, muchas concesiones han descubierto que no necesitan tener preparadas las remesas para los distribuidores; pueden obligar a los distribuidores a prepararlas de madrugada, lo que recorta los costes internos de los propietarios a la vez que les da una razón para favorecer a ciertos distribuidores sobre otros. Pero como los precios son tan bajos, los distribuidores dependen de la cantidad que pueden distribuir y de la rapidez de rotación, es decir, cada mañana tienen que moverse de prisa por las diferentes concesiones y después llevar los materiales a las mujeres tan pronto como puedan. Así pues, obviamente son reticentes a hacer ese trabajo extra. Pueden rechazar trabajo no clasificado apropiadamente e irse a cualquier otro sitio. No obstante, a menudo cogen lotes no aparejados y hacen la clasificación en casa. Ese fue el trabajo de Mónica durante mucho tiempo y en 1995 su hija, Montse, se vio obligada por sus padres a asumir el trabajo contra su voluntad. Como en este caso, con frecuencia muchas de las tensiones que surgen entre los agentes comerciales implicados en la subasta (la concesión, el distribuidor) acaban interiorizadas en la familia como relaciones de producción.

El distribuidor es casi invariablemente alguien que ha trabajado antes en una fábrica de zapatos y, por lo tanto, tiene una red de contactos, que podrían ser personas que aún trabajan en la fábrica de zapatos y pueden darle noticias sobre el volátil mercado de subcontratación, o trabajadores que han dejado la fábrica, como el distribuidor, y ahora llevan una pequeña fábrica o un taller. Más adelante veremos que todos los propietarios de talleres y fábricas locales tienen experiencia previa como trabajadores asalariados en las fábricas de Elche o en una gran fábrica local que cerró en 1980, Esclapés, por lo que las redes de las industrias locales de manufactura de zapatos son bastante densas.

Parece que Roberto actúa como un intermediario clásico en muchos aspectos. En Elche tiene que luchar por el trabajo, y la mayoría de los capataces de las concesiones parecen ser operadores duros que tratan de exprimir al máximo a los trabajadores. Pero en Catral es esencial que Roberto trabaje honradamente, por lo que tiene que ser flexible para no parecer poco honrado. Por ejemplo, a veces se ha

hecho mal un trabajo, pero en lugar de no dejarlo pasar y devolverlo a su trabajadora, él y su mujer lo vuelven a hacer por la noche. Sin embargo, Mónica tiene una visión diferente del comportamiento «honrado» de su marido con las trabajadoras. A veces las mujeres hacen su trabajo mal y ella, Mónica, tiene que rehacerlo desde el principio, porque Roberto no lo devuelve para que ellas lo arreglen. Se queja de ello, pero es inútil. ¿Roberto ofrecerá trabajo otra vez a esas «malas» trabajadoras?

Sí, solo les advierte que tengan cuidado la próxima vez. Pero sabe que las mujeres necesitan ese dinero y no puede decir que no... A la que trabaja mejor le das el trabajo más delicado. Está en la cultura de la gente [el hecho de ser una trabajadora mejor o peor], cuanto más pobres son, más chapuceras, peor trabajan. Puedes tratar de explicárselo, pero sus mentes no dan más de sí. Puedo enseñarles a hacer el trabajo un día tras otro, pero siempre tengo que acabar rehaciéndolo yo antes de que vuelva a la fábrica, porque, si no, cuando mi marido devuelve el trabajo le tratan de cochino para arriba y se tiene que callar (SN-GS 1995).

Mónica parece indignarse porque la delicadeza de Roberto hacia sus trabajadoras le transfiere a ella toda la tensión de su posición como intermediario. Se trata de una tensión real que conduce a discusiones acaloradas entre los esposos, que nunca se limitan a problemas laborales, sino que llegan a agravios y asuntos personales que los angustian. A su vez, esto se reproduce en las relaciones entre la madre y la hija con respecto al trabajo esperado: el trabajo a domicilio –es decir, ayudar a Roberto en el almacén del garaje a aparejar los lotes y registrar los pedidos telefónicos– frente al trabajo doméstico –es decir, ayudar a Mónica en las tareas de la casa–. Estas ambivalencias sobre la clase de relaciones de trabajo que se aplican a lo que hace la joven Montse, junto a los diversos contextos ideológicos que dan significado a su apropiada remuneración (si tiene que ser en metálico, en especie o se trata de un deber filial), son la causa de riñas continuas entre madre e hija. A veces, las tensiones llegan a ser físicamente violentas y la madre acaba dándole una bofetada a su hija de catorce años y la hija la

insulta.

Montse nos expresaba su fuerte resentimiento por las contradictorias expectativas y responsabilidades que le echan encima. A veces su resentimiento se expresaba en términos de clase: no obtenía un salario justo por su trabajo, solo la paga doméstica semanal (nunca admitió ante nosotros el ajuar que su madre estaba reuniendo para ella). Otras veces se expresaba en términos de género: a su hermano mayor no le pedían que trabajara y lo dejaban gandulear en paz. A veces se expresaba en términos afectivos: no ser comprendida por su madre, no ser querida. Cabe destacar que el resentimiento de Mónica contra las trabajadoras chapuceras se expresaba en términos de clase revestidos con el discurso «cultural», mientras que la preocupación de Roberto por «sus» mujeres se verbalizaba en términos de ayuda comunitaria mutua: «A veces no te deja ningún beneficio, pero mantienes a esas mujeres porque lo necesitan».

* * *

El caso de Juan Manuel Aguilar Gómez es a la vez similar y diferente. Juan Manuel Aguilar Gómez es un almacenista de frutas y verduras que compra en los mercados locales a los pequeños agricultores y vende a los grandes compradores de Madrid, Valencia y Barcelona que abastecen los mercados urbanos. En 1978, los compradores y los vendedores se solían encontrar a primera hora de la mañana en un bar local (lo mismo pasa en otros pueblos de la zona), donde negociaban precios. Juan Manuel Aguilar normalmente ha hablado antes por teléfono con sus clientes del mercado urbano para recibir pedidos, así que sabe los precios que pagarán y puede negociar en el bar de acuerdo con ellos, tomando en cuenta sus propios costes. Con todo, tendrá que ajustarse a los precios locales en función de lo que los otros almacenistas estén dispuestos a ofrecer. A diferencia de la norma de antes de la Guerra con los corredores y después durante el periodo de la autarquía y el estraperlo y los años posteriores, los almacenistas normalmente no controlan la producción de un conjunto de campesinos vinculados a

ellos por lazos de dependencia. Juan Manuel Aguilar habla de cómo se han debilitado los lazos de dependencia entre los agricultores y los almacenistas.

Otro almacenista que solía ser corredor en los años sesenta, Martín, nos cuenta que él siempre compra a las mismas personas (parientes, sobre todo) que siempre le venden a él a cualquier precio. Juan Manuel Aguilar y Martín representan dos tipos diferentes de almacenista, uno más sensible a los pedidos establecidos por sus clientes del mercado, el otro más sensible a la necesidad de sus proveedores locales de colocar el producto en el mercado. Martín dice que, a la larga, trabaja más como una cooperativa, porque compra de antemano el producto a los agricultores y después puede vender a sus clientes con grandes beneficios o con pérdidas, pero al final llega a un equilibrio con sus proveedores compartiendo ganancias y pérdidas.[4] Otro almacenista, Mario, el hermano de Juan Manuel Aguilar, compra a todo el mundo en los mercados locales, pero solo le vende a un cliente, que tiene una fábrica de conserva en Murcia. En este caso, los lazos de dependencia van hacia arriba y vinculan al almacenista con su cliente en una relación muy estable pero arriesgada para el intermediario.

El Cubano es otro tipo más de almacenista, uno que parece comprar al precio más bajo posible en todos los mercados locales y que también vende a todos, aunque el 80% de sus ventas es para fábricas de conserva de Valencia; también vende a mayoristas del mercado urbano e incluso directamente en la plaza del mercado por medio de una suerte de acuerdo de aparcería con los propietarios de la parada.[5] Además, parece tener un número aceptable de compradores ocasionales que saben que él normalmente acumula cantidades mayores de productos y puede tener mercancía sin vender. Dice que los agricultores pueden preferir venderle a él de una manera regular, porque compra en tan grandes cantidades que a largo plazo ello significa asegurar la venta de sus productos, con independencia de la coyuntura de los mercados.

La organización de la estructura laboral de Juan Manuel Aguilar Gómez se basa en el trabajo familiar, tanto para clasificar y envasar los productos como para cargarlos en el camión en el almacén y recogerlos de los agricultores con la furgoneta. Con algunas

variaciones, encontramos el mismo patrón en todos los almacenistas, independientemente de sus otras estrategias de mercado. Juan Manuel conduce la furgoneta para recoger el producto, después lo lleva al almacén, donde hacen el trabajo él, su esposa, dos mujeres contratadas y, a veces, sus dos hijos. Él mismo carga los camiones con ayuda del conductor. A las dos mujeres contratadas se les paga 100 pesetas a la hora (en 1978 el jornal agrícola de una mujer eran 850 pesetas al día). Como en el caso de Roberto, los márgenes de Juan Manuel Aguilar son muy pequeños y depende fuertemente del trabajo familiar.[6]

En el pasado familiar de Juan Manuel Aguilar vemos a un padre que era un labrador con 36 tahúllas de propiedad, así como alguna tierra arrendada. Probablemente, Juan Manuel empezó su vida laboral ayudando a su padre en el trabajo agrícola, pero, cuando se casó, decidió hacer otra cosa para ganarse la vida. Primero crió ganado, pero no funcionó, y después, a principios de los años sesenta, justo después del final de la autarquía, cuando se abrían los mercados en España, probó su suerte como corredor, principalmente vendiendo ganado. Como corredor, viajaba un poco por todas partes vendiendo ganado; iba a los grandes mercados de Barcelona, Madrid y Palma de Mallorca, lo que le permitió conocer a los operadores mayoristas de esos mercados, y no solo los interesados en el ganado, sino más generalmente en productos alimentarios. Después parece haber reorientado su actividad hacia el mercado agrícola, comprando productos locales (alcachofas, melones, limones, etc.) y convirtiéndose en lo que él llama un almacenista.

Juan Manuel dice que su hermano Mario, que ya trabajaba como almacenista antes que él, le dio la idea de entrar en esa profesión. Sin embargo, Mario nos contó que él siempre había trabajado como labrador y se había hecho almacenista hacía solo ocho años (es decir, unos años después que Juan Manuel), con un negocio mucho menos arriesgado, ya que vendía solo a una importante fábrica de conservas de Murcia. De hecho, aunque, desde luego, Mario actúa como un almacenista, compra productos de otros agricultores en el bar y los selecciona y los envasa en el almacén, continúa siendo fundamentalmente un labrador con 120 tahúllas (tres cuartas partes de ellas compradas recientemente, en 1973-1975) y tiene un

almacén que parece estar básicamente vinculado a su empresa agrícola. La mayor parte de su propiedad se trabaja en términos de aparcería, con el campesino ligado al propietario para la comercialización de sus productos. El resto lo lleva él directamente con un jornalero permanente y, obviamente, lo comercializa él mismo. Sin duda, tiene suficiente volumen como para beneficiarse de comercializar directamente el producto. Aunque no compró propiedades hasta los años setenta, tuvo que hacerse cargo de las tierras de su padre, incluyendo las arrendadas.

Si comparamos la empresa almacenista de Mario con la de Juan Manuel Aguilar, podemos subrayar algunas diferencias significativas. Los clientes de Mario (sus contactos) parecen circunscritos regionalmente (Murcia) y él parece depender fundamentalmente de sus propios productos y de los de algunas personas relacionadas con él, como su suegro y sus aparceros, por lo que compra en el mercado probablemente lo justo para alcanzar cierto volumen. Por otra parte, para ganarse la vida, Juan Manuel Aguilar depende completamente de sus habilidades comerciales. Sus contactos son de fuera de la región (Barcelona, Madrid, Palma de Mallorca) y cubre un amplio abanico de mercados. También tiende a comprar por todos los mercados locales (Almoradí, Cox) a diferentes agricultores. Mario depende mucho más de la familia y de otros vínculos de dependencia para organizar el trabajo de su almacén; no contrata mano de obra extra para el almacén, sino que se apaña con su mujer, sus hijos, su jornalero permanente y él mismo. Solo recientemente ha invertido capital en el negocio del almacén con la compra de una furgoneta para recoger los productos de otros agricultores; antes alquilaba ocasionalmente el motocarro o furgoneta, pero no tenía el volumen necesario para sacarle partido. Tampoco ha invertido en un almacén apropiado. Por su parte, Juan Manuel Aguilar invirtió desde el principio: el primer año (1967) alquiló un almacén y compró una furgoneta, y dos años más tarde compró tierra y construyó un almacén. Además de la mano de obra familiar, regularmente emplea también a asalariados para la selección del producto y el trabajo de procesamiento en el almacén.

Aunque proceden del mismo entorno familiar, Juan Manuel Aguilar y su hermano Mario ejemplifican dos carreras vitales diferentes: la actividad de Juan Manuel Aguilar es de naturaleza claramente

empresarial, basada en la producción y el uso de redes comerciales y en la inversión en el negocio; la de Mario es, sobre todo, una modificación del recurso a los vínculos de dependencia de los grandes arrendatarios en el contexto de una economía de mercado en expansión. El espíritu empresarial de Juan Manuel Aguilar se extiende a su participación política en la recientemente fundada Unión del Centro Democrático (UCD) y al papel dirigente que tiene en la Cámara Agraria (véase capítulo 6).[7]

No obstante, también existe alguna similitud. Como su hermano, Juan Manuel Aguilar compró tierras en 1972-1975 (25 tahúllas) porque «la seguridad está en la tierra». Además, arrienda tierra de su suegro para tener algunos productos directamente comercializables. «Él mismo puede comercializar sus productos más fácilmente que un agricultor normal». La tierra es sin duda un activo interesante que puede usarse como aval para asegurar créditos de los bancos y los pequeños empresarios de la zona parecen recurrir a ella de este modo.

Comparado con un intermediario del calzado, como Roberto, Juan Manuel Aguilar, como la mayoría de los otros almacenistas, procede de un trasfondo social muy diferente, el de los labradores medianos, algunos de cuyos hijos, durante los años del estraperlo y a principios de los sesenta, derivaron «naturalmente» hacia el trabajo de corredores. Sus contactos con los comerciantes del mercado se hicieron sobre una base igualitaria (individual, contractual, pero probablemente articulándose en las redes locales de clase) y se lanzaron desde una posición relativamente segura. En cambio, la lealtad «natural» de Roberto se dirige hacia las mujeres a las que da trabajo y sus contactos con los clientes se vinculan a su posición previa como obrero fabril asalariado. Él no se halla en una posición de igualdad con los propietarios de pequeñas fábricas o concesiones comerciales. Sus relaciones con ellos constituyen lazos de dependencia, mientras que sus vínculos con sus proveedoras de trabajo son más igualitarios, aunque así reproduzca las relaciones paternalistas de tipo aniaguero. Esto hace de Juan Manuel Aguilar y de Roberto tipos muy diferentes de intermediario. Uno tiene la capacidad para asumir más riesgos y expresa completamente la flexibilidad empresarial, lo que conduce a reorientaciones continuas del negocio y a beneficios mayores; el otro se vincula hacia arriba

por la naturaleza dependiente de sus relaciones y hacia abajo por su sentido de la solidaridad con aquellas a quienes da trabajo, además de la fragilidad inicial de sus medios de vida.

DE LA FÁBRICA ARTESANAL A LA COMERCIAL

A continuación pasaremos del sector de la distribución a la actividad que se ocupa más directamente de la producción, tomando como ejemplo las empresas que elaboran productos de cañizo. La historia de estas empresas muestra muchos elementos comúnmente asociados a las economías regionales prósperas. Estas empresas son flexibles, tanto en la organización de la compañía como en la aplicación del trabajo (flexibilidad horaria y laboral). Ofrecen un adiestramiento creativo y sensible mediante periodos de aprendizaje in situ. Pero lo más evidente es el agrupamiento (cluster) de empresas, tema ampliamente discutido sobre todo en relación con la «Tercera Italia» (Sabel, 1989; Becattini, 1992; Cenzatti, 1992; Brusco, 1982; Storper y Walker, 1989). Sin embargo, nuestros casos arrojan una luz sobre estas prácticas institucionalizadas mucho más compleja de lo que se ha sugerido con anterioridad. Como han argumentado esos autores, todos esos elementos son importantes para la supervivencia duradera de (algunas de) las empresas, pero haría falta un uso selectivo muy amplio de los datos, miopía sociológica y una cara dura ideológica importante para interpretar la flexibilidad, el adiestramiento o el agrupamiento, tal como los encontramos aquí, como rasgos positivos del capital social.

En el caso de las empresas de cañizo de Catral, cabe destacar de inmediato las múltiples conexiones entre los diferentes negocios a través de relaciones de parentesco (filiación y alianza) y laborales (ex trabajadores). También conviene destacar la manera como se usa la mano de obra familiar de algunas empresas para expandir el horizonte del negocio, primero mediante el incremento de la producción y después a través de la diversificación como respuesta a la inestabilidad creciente de la demanda de productos originales. En esas empresas, el trabajo familiar también hizo posible la flexibilidad como respuesta a la demanda cambiante. Pero la mano de obra familiar no llevó a los mismos resultados en otras áreas del

agrupamiento, y la flexibilidad de aquellas empresas tuvo mucho que ver con la falta de flexibilidad en estas últimas.

Para esclarecer la naturaleza altamente compleja de estos elementos, indagaremos en la densa maraña de las familias, empresas y trabajadores a lo largo del tiempo. Mostraremos cómo una serie de compañías tomaron forma a través de generaciones, desde sus orígenes en un único negocio familiar hasta el tipo de empresas que encontramos en 1995, cuando las estudiamos por última vez. Se trata de un ejercicio complejo y con frecuencia confuso; la figura 2 ilustra la red familiar y de manufacturas del negocio del cañizo.

En 1908, Florencio Romero fundó una fábrica de escobas en Catral. Podía conseguir localmente las materias primas para la producción de escobas: bambú y frondas de palmera. La producción era completamente artesanal; un artesano cualificado podía producir de treinta a cuarenta escobas por hora una vez preparada la materia prima. El taller de Florencio Romero empleaba a sus siete hijos y unos pocos trabajadores especializados más, algunos de los cuales probablemente aprendieron en el taller. No sabemos cuánto producía, pero el taller era ciertamente importante para la economía local, aunque la Guerra Civil lo obligó a parar.

Florencio Romero perdió dos hijos en la Guerra. Acabada ésta continuó con un pequeño taller, donde trabajaba él mismo y cinco hijos. En 1939, su hijo Paulino fundó su propia empresa. Una de sus hijas, Florencia, se casó con un artesano del taller de su padre, Miguel Lorenzo, y en 1940 él también abrió un taller propio. No sabemos nada del pasado familiar de Florencio Romero. Lo que sabemos es que en la zona había disponibilidad inmediata de la materia prima que necesitaba y que incluso la podían recolectar directamente los trabajadores de la manufactura. Como observan los miembros de la familia, el capital principal residía en la destreza necesaria para elaborar las escobas.

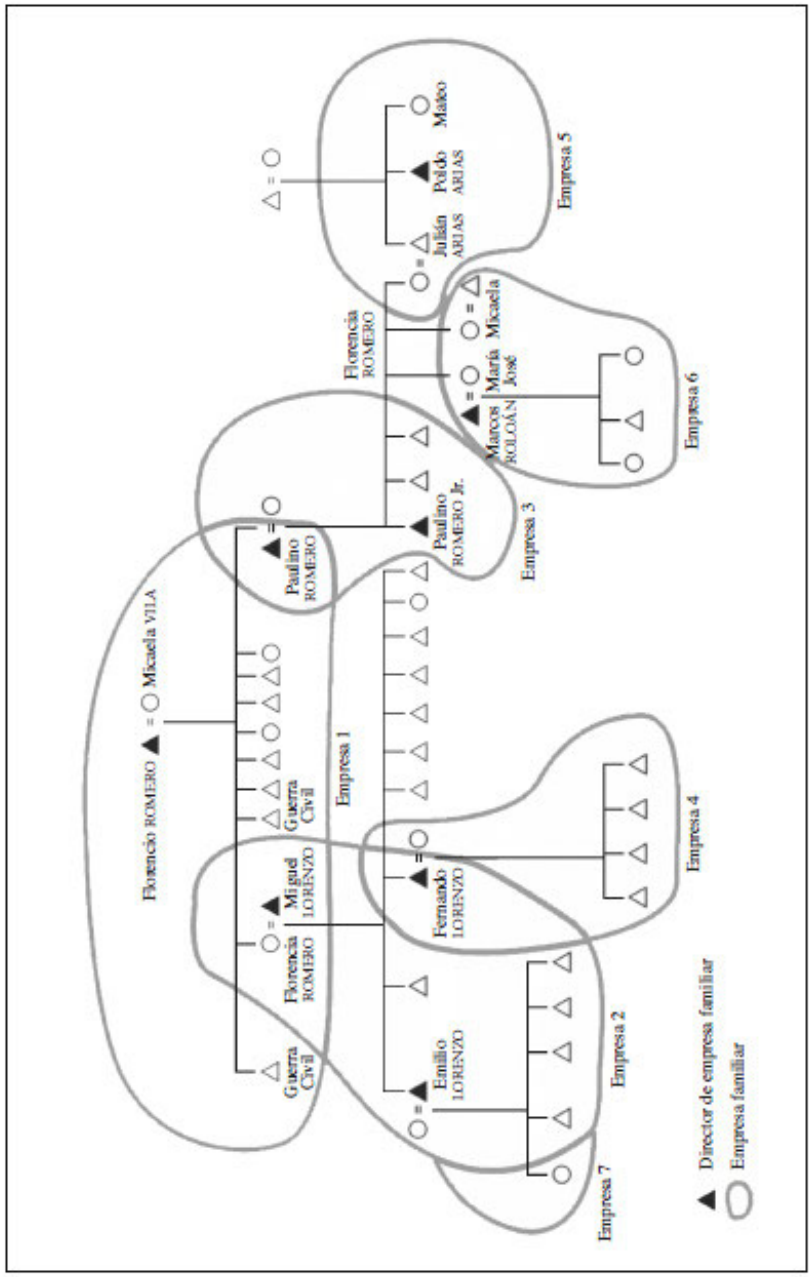


Figura 2. Las empresas de la familia Romero.

Así pues, en 1958, había tres fábricas de escobas en Catral, que eran propiedad de familiares: el negocio original de Florencio Romero aún funcionaba con cuatro hijos; la fábrica de Paulino Romero tenía ocho trabajadores, incluidos él mismo y sus hijos; la de Miguel Lorenzo tenía doce, tres de ellos, por lo menos, hijos suyos (tenía nueve hijos y una hija, pero en aquel momento muchos eran probablemente demasiado pequeños para trabajar).

Hemos encontrado anteriormente, en el capítulo 3, al padre de Miguel Lorenzo, un guardia de Lo de Vera. El hermano de Miguel Lorenzo apunta: «Mi padre trabajaba de labrador y de guardia». Recibía comida, un salario y una casa en la finca, pero, como hemos destacado sobre él y otros como él, su estatus era algo ambiguo; un informante nos dijo que «hacía de labrador pero no era labrador». Cuando los Lara se dividieron Lo de Vera en herencia, los cuatro labradores (incluido Miguel Lorenzo padre) fueron despedidos. No obstante, mucho antes de eso, antes de la Guerra Civil, su hijo Miguel Lorenzo ya estaba trabajando en la fábrica de escobas original. Tenía dos hermanos más, uno jornalero, que tuvo problemas después de la Guerra a causa de sus ideas políticas, y otro que perdió su trabajo de aniaguero en la finca, a la vez que su padre.

Las escobas de esas tres fábricas se vendían a clientes de toda España por medio de un corredor. En 1962, tres hermanos, Julián, Mateo y Poldo Arias, que habían sido aprendices en las fábricas de Miguel Lorenzo (Julián y Mateo) y Paulino Romero (Poldo), fundaron una cuarta fábrica de escobas. Además, Julián se casó con una de las hijas de Paulino Romero, y se convirtió en su yerno.

Poldo Arias dice que su padre era jornalero y que les dio 6.000 pesetas a los tres hermanos para poner en marcha el negocio. Un amigo, que luego se retiró, invirtió 21.000 pesetas más. Esa nueva expansión de la manufactura de escobas parece haberse relacionado con la apertura de los mercados y el «boom» general en el consumo que acompañó a la urbanización y la industrialización de los años sesenta. Pese a todo, a finales de los sesenta, la escobas de palmera y bambú se vieron restringidas a las tareas de exterior y se reemplazaron por escobas industriales no artesanales. Entonces, las

fábricas de Miguel Lorenzo, Paulino Romero y Poldo Arias diversificaron la producción sobre la base del bambú como materia prima. Empezaron a manufacturar también productos de cañizo, persianas, vallas de junco y similares. La mayor ventaja del bambú continuaba siendo el coste muy bajo de la materia prima; como el bambú no se cultivaba, el único trabajo asalariado que requería era su recolección y transporte.

Empezaron a elaborar las persianas de cañizo a mano, aunque la destreza que se necesitaba era mucho menor que la necesaria para la producción de escobas. De hecho, ese proceso era mucho más fácil de mecanizar. El mercado para el nuevo producto era amplio, porque su uso no estaba tan restringido como el de las escobas. Originalmente, las persianas se vendían casi de la misma manera que las escobas, con poco esfuerzo por parte de los productores para abrir nuevos mercados. Pero a largo plazo el nuevo producto también llevó a nuevas formas de comercialización. Hacia 1978, Paulino Romero hijo –su padre murió a principios de 1970 y él se ocupó del negocio– había llegado a pensar que la verdadera diferencia entre los viejos negocios artesanales de manufactura de escobas y las nuevas fábricas del cañizo mecanizadas no consistía en la distinción entre el carácter artesanal frente a la mecanización que ahorraba mano de obra, sino en el aspecto comercial de búsqueda agresiva de nuevos mercados, opuesto al cumplimiento pasivo de una demanda controlada por los intermediarios.

La artesanía es diferente de la técnica. En la artesanía, el negocio reside en la propia habilidad, en la destreza del artesano. La competencia no es el factor clave. Lo que es rentable es la habilidad, la artesanía. En lo que yo llamo técnica, o capitalismo, lo que es clave no es la habilidad del trabajador, que ya reside en la tecnología de la maquinaria, porque cualquiera puede comprar maquinaria. La competencia se convierte en el factor clave donde antes el mercado era más o menos fijo [con un cierto número de proveedores y un mercado de consumidores muy estable]. Eso lleva a centrarse no en las habilidades de producción, sino en las habilidades de venta, en la capacidad para encontrar y crear el mercado. La necesidad de tener iniciativa (GS 1978).

En este sentido, el negocio es orientado por la posibilidad –inherente al nuevo producto– de mecanizar la producción, y así incrementarla, y por la iniciativa, la búsqueda activa de nuevos mercados, dejando de lado a los intermediarios. De estos dos aspectos, la iniciativa de mercado tira del carro. La visión empresarial de Paulino se centraba sobre todo en el mercado y, en menor medida, en la reducción de los costes del trabajo. Cuando el mercado de escobas se redujo a finales de los sesenta, él ya había empezado a fabricar otros productos con los mismos materiales y destrezas con el objetivo de mantener su cuota de mercado.

En mi opinión, existe un periodo de transición mientras los productores buscan algo que puedan vender para compensar la caída del mercado. En mi opinión, se trata de un momento crucial para el pequeño capitalista, porque mientras que el maestro artesano buscaría algo que requiriera su destreza, el capitalista –o el capitalista incipiente– no se interesa en ello. Si lo que él [el capitalista incipiente] produce ahora de un modo artesanal, a diferencia del producto anterior, es susceptible de una producción mecanizada, entonces puede suceder algo (GS 1978).

En el caso de Paulino, su empresa empezó a hacer persianas de cañizo a mano, que se vendían casi de la misma manera que las escobas. La mayor parte de los aumentos de ventas fueron una respuesta a la iniciativa de un intermediario (catalán) concreto. Cuando Gavin sugirió que la gran revolución para ellos fue la adquisición de maquinaria, Paulino disintió: para que ello ocurriera, explicó, tenía que haber un incremento de capital significativo (porque, como tenían pocos bienes que sirvieran como aval, no lo podían pedir prestado a los bancos). El capital solo podía venir de un incremento de los mercados reales y de un mayor conocimiento de los mercados potenciales. En su opinión, eso es lo que sucedió con la concentración creciente en la comercialización de sus propios productos. Entonces, y solo entonces, aumentó la presión para efectuar un salto revolucionario en la producción, que únicamente

se pudo resolver con la maquinaria. Después de que se efectuó la transición a la técnica (o capitalismo, como él la denomina), las presiones para conseguir nuevos modos de comercializar el producto se hicieron aún más importantes y empezaron a dejar de lado a los intermediarios a la vez que intentaban abrirse a los mercados extranjeros. A su vez, eso parece haberlos empujado a la diversificación mediante la producción de toda clase de artículos hechos de cañizo: esterillas para coches en Alemania, esterillas para el secado de tabaco en Francia, etc. Paulino estaba especialmente orgulloso de haber convencido a una concesionaria de autopistas belga de comprar materiales de vallado para evitar las caídas de nieve en los terraplenes.

Como resultado de las prácticas que se desplegaron a partir de la idea de capitalismo comercial de Paulino, la producción se hizo hasta cierto punto flexible. En 1979, Gavin anotó:

Es significativo que ahora consideren la expansión de su compañía en términos de vender cualquier cosa que puedan fabricar con materiales de la zona –plantas secas, rafia, etc.–. Y como ahora han invertido en camiones para el transporte de los productos, están hablando incluso de vender alcachofas en el extranjero; en otras palabras, la comercialización de los productos domina cada vez más sobre la propia producción: el modelo capitalista clásico. Pero también vale la pena destacar que ello cambia la naturaleza fija de la mano de obra, que es ahora mucho más flexible de lo que ha sido hasta este momento (GS 1979).

Es sorprendente ver cuán cerca está la descripción de Paulino hijo de la transición de la artesanía a la técnica de las descripciones marxistas de los procesos de transición, donde la subsunción «formal» conduce a la subsunción «real» y a la transformación de las relaciones sociales de producción. Echemos un vistazo a cómo esa nueva expansión del negocio del cañizo orientada por el mercado transformó, de hecho, las relaciones sociales de producción.

A finales de los años sesenta, cuando comenzó la transformación

descrita por Paulino hijo y Poldo Arias, en Catral había tres negocios de cañizo diferentes pero de alguna manera relacionados, que empleaban sobre todo a mano de obra familiar y algunos asalariados. Las fábricas estaban dirigidas por los cabezas de familia: Miguel Lorenzo, Paulino Romero y Poldo Arias, el mayor de los hermanos Arias. Cuando Miguel Lorenzo se retiró, su hijo Emilio se ocupó del negocio y otro hijo, Fernando, se separó para abrir una fábrica nueva. A la muerte de Paulino padre, su hijo mayor, Paulino hijo, que entonces tenía solo veintiocho años, pasó a dirigir la empresa. Las tres empresas tenían varias cosas en común:

1. Una relación de parentesco con la fábrica de escobas del fundador, bien por filiación directa, bien por matrimonio. Es interesante destacar que las fábricas más fuertes (Lorenzo y Romero) tenían la relación de parentesco más directa con la fábrica de escobas original.

2. Un aprendizaje formativo en la fábrica de escobas original, o, en el caso de los hermanos Arias y de Emilio y Fernando Lorenzo, en la generación siguiente de fábricas de M. Lorenzo y P. Romero. Esto es importante porque, como destacó Paulino hijo, la destreza es la principal forma de capital en el periodo artesanal y «mientras que la propiedad se hereda bilateralmente, la destreza solo se transmite por la línea masculina. Por esta razón, para mantener el negocio, las mujeres tenían que casarse con alguien que tuviera las destrezas». Le dijeron a Gavin que las mujeres que no se casaban con artesanos de escobas especializados (como dos de las hijas de Florencio Romero) «vendían» su parte a los que continuaban el negocio. Ello significaba básicamente renunciar a cualquier derecho sobre el patrimonio industrial familiar, aunque, como en otras partes de España, eso se hacía a sabiendas de que se daría una dote a las mujeres cuando se casaran. Así pues, durante el periodo en el que se estaban formando las manufacturas artesanas, podemos observar una tensión entre las relaciones de parentesco y la transmisión del conocimiento de los artesanos.

3. Un uso extendido de la mano de obra familiar. Como le explicó Poldo Arias a Gavin cuando defendía que el sistema de partición de la herencia era el apropiado, porque significaba el acceso eventual

de todos los hijos a una parte del negocio, «el pequeño negocio solo puede sobrevivir con el trabajo de los hijos del propietario y ellos solo trabajarían por nada si supieran que al final iban a obtener una parte de la empresa». Gavin comentó en sus notas de campo: «a la vista de que la mano de obra representa, con diferencia, el coste más elevado del negocio, Poldo considera este sistema como un gran ahorro que da al negocio la oportunidad de ahorrar dinero y expandirse».

Poldo continuó hablando y se contradijo cuando afirmó que los parientes que trabajan en las fábricas ganaban un salario similar al de otros trabajadores (7.000 pesetas por semana en 1979) y trabajaban junto a ellos haciendo trabajos manuales,[8] además de obtener dividendos de los beneficios. Esta contradicción parece revelar una cuestión sobre cómo perciben su posición diferentes miembros de familias empresariales con respecto a las relaciones de trabajo y a las relaciones afectivas basadas en el parentesco, un tema que recuerda el hogar de Roberto y Mónica.

Lo que observamos aquí es que algunos miembros de la familia se posicionan cultural o ideológicamente en espacios particularmente poderosos que los capacitan para extraer trabajo excedente de sus parientes, mientras que otros se encuentran en posiciones particularmente débiles, una especie de relación centro/periferia en agrupamientos (clusters) de empresas interconectadas.[9] En especial, este es el caso de las mujeres. Sabemos por Camila Pereda, que pasó años en la producción de escobas, que en los años cincuenta trabajaban en la fábrica de escobas mujeres y hombres, y no solo trabajadoras asalariadas sin parentesco. Por lo tanto, las mujeres de la familia eran muy capaces de seguir el aprendizaje del oficio. Si no lo seguían, o no se les permitía, es presumiblemente porque desde el principio tenían una posición políticamente débil respecto al acceso a los medios de producción, ya fuera capital o destreza, como resultado de una ideología de género.

En realidad, a excepción de Florencia Romero (hija de Florencio Romero), que se casó con Miguel Lorenzo, las mujeres de la familia que se casaron con hombres especializados (tales como las tres hermanas de Paulino Romero hijo) no llegaron a puestos de poder

en la red familiar de las fábricas de cañizo. La joven Florencia Romero (hija de Paulino Romero padre) se casó con Julián Arias, no el hermano dirigente del negocio Arias, sino otro Arias, más bien un trabajador de la familia; y María José y Micaela, las otras dos hermanas, se casaron con dos ex trabajadores de su hermano y al final trataron de establecer la única fábrica de escobas artesanales que quedó en Catral. Pero apenas pudieron cuadrar las cuentas y en 1979 esperaban verse obligadas a cerrar.

Esta última fábrica del complejo de escobas-cañizo de Catral es interesente por dos razones. Una es el hecho notable de que esos trabajadores cualificados creyeron conveniente abrir un taller artesanal de escobas justo cuando la demanda de escobas artesanales decrecía enormemente. Si situamos la explicación de Paulino Romero hijo de cómo pudo sobrevivir ese pequeño taller artesanal en el discurso de cómo se necesitaba la iniciativa de mercado para superar el desplome de la demanda, podemos entender las relaciones de poder que permitieron a Paulino Romero y Poldo Arias traspasar lo que quedaba del negocio de las escobas a esos dos cuñados: los usaron como subcontratantes para mantener abiertos los canales del negocio de escobas (intermediarios, clientes) hasta que estuvo claro que ya no los necesitarían. Según Paulino:

La producción de escobas por parte del único taller de Catral que no fabrica nada más no está destinada necesariamente a desaparecer. Puesto que más talleres mecanizan su producción, aunque disminuya el mercado de productos artesanales, los pocos talleres artesanales que quedan pueden satisfacer la demanda, porque habrá menos competencia, así que pueden sobrevivir algunos talleres artesanales (GS 1979).

Sin embargo, el contexto de lo que dice deja entender que solo estaría dispuesto a hacer eso un negocio con poca iniciativa, es decir, un negocio que intercambiara la seguridad, en respuesta a una demanda predeterminada, por el riesgo de asumir beneficios y crecimiento. Es difícil no concluir que se consideró bastante

apropiado dejar a las dos mujeres de la familia la rama del negocio en declive.

Esa fábrica de escobas de desarrollo tardío también sugiere un cierto punto de inflexión, probablemente a partir de principios de los setenta, cuando los corredores se hacían almacenistas y las pequeñas fábricas de zapatos más fuertes eran reformadas otra vez. La cualificación ya no era el principal activo de capital, sino que lo eran las redes comerciales, y la imposibilidad de tenerlas y usarlas implicaba un conjunto completamente diferente de relaciones sociales de producción, que surgían de una posición completamente diferente en el conjunto de campo social. Evidentemente, ni Marcos Roldán y su cuñado de Albatera ni sus esposas, las hermanas de Paulino, tenían ninguna de las conexiones necesarias para entrar en el negocio del cañizo. En 1978, en una de sus primeras entrevistas con Marcos Roldán, Gavin escribió:

Cuando le pregunté a Marcos si tenía que competir con la agricultura o con la vendimia por la mano de obra, se limitó a reírse. «Yo no busco trabajadores», exclamó, «Me alegro cuando los trabajadores temporales pueden encontrar otro trabajo (temporal). Lo que me da miedo no es la pérdida de trabajadores, sino la sobreproducción». Tal como observa, su mercado es muy constante o está en declive. Su principal competencia no son otros artesanos de escobas como él –de los que existen unas ocho fábricas en Albatera–, sino otros tipos de escobas producidas en masa. Él no cree que pueda (o quiera) producir más barato, ni tiene el capital (o quiere tenerlo) para conseguir máquinas y producir alguna otra cosa. Vive con el terror diario de que vuelva un camión diciendo que el almacenista no puede vender lo que se han llevado, y le echa a su negocio tal vez dos años más y después cerrará. Así, en él los sentimientos del capitalista se vuelven del revés: le gusta la subproducción y busca el mercado que compre lo que él vende a su precio. Ni siquiera es cierto que busque un mercado. El mercado está ahí y él les vende (a almacenistas fijos y conocidos que venden en España y en las Canarias) (GS 1978).

El papel de la posición de esta compañía dentro del agrupamiento de empresas familiares se hace especialmente claro en el caso de Marcos, que había empezado trabajando en una fábrica de zapatos en Elche en 1966, cuando tenía dieciséis años. Como trabajaba diez horas diarias mientras intentaba continuar sus estudios, ese trabajo no le duró mucho. Después trabajó como albañil durante un tiempo y también realizó otros trabajos, como el de camarero. En 1972 se casó y después se fue al servicio militar. Cuando volvió (1973), empezó a trabajar en la fábrica de escobas y cañizo de su cuñado Paulino. En 1976 decidió abrir una fábrica de escobas con el marido de la hermana de su mujer. Él habla de su negocio de la manera siguiente:

Empezamos a trabajar clandestinamente: eso duró dos años, aunque ojalá no hubiéramos empezado nunca. Al principio, con el trabajo de mi cuñado, mi cuñada, mi esposa y el mío propio, el trabajo era casi rentable. Al principio, necesitamos invertir poco, en algunas herramientas, dos motores eléctricos, un rastrillo, dos mesas, alambre y una parcela de tierra para conservar la materia prima. La parcela nos la prestó mi suegra, pero tuvimos que vallarla. También tuvimos que alquilar una casa. La conseguimos a través de Poldo Arias; estaba en el barrio de San Isidro y no tenía agua ni electricidad, así que tuvimos que invertir 100.000 pesetas para que nos las pusieran. Ese hombre también nos proporcionó un oficial, que trabajaba para nosotros pero estaba legalmente empleado en la fábrica Arias, y ellos le pagaban el salario y la seguridad social. De hecho, considero que es como si fuéramos trabajadores que nos habíamos independizado: mi esposa es hija de un artesano de escobas, mi cuñado y mi cuñada trabajaban los dos en las escobas y yo también (GS 1979).

Para Marcos estaba claro que su fábrica de escobas no era, en modo alguno, un negocio independiente. Parecía ser particularmente dependiente de la fábrica Arias, que de hecho tenía un asalariado que trabajaba en el taller junto a las dos parejas «propietarias». Tal como él lo veía: «Es como si fuéramos trabajadores que nos habíamos independizado», más o menos. En 1979, tenía dos

oficiales y un aprendiz y a veces también trabajaban para él en su tiempo libre dos trabajadores especializados más (que ahora trabajaban en una fábrica de redes de Callosa), así como unos pocos trabajadores fluctuantes a tiempo parcial. También trabajaban en el taller él mismo, su cuñado y su cuñada y, a veces, su esposa. A los oficiales, se les pagaba a destajo, 50 pesetas cada doce escobas. Un fabricante de escobas cualificado (tenían a uno trabajando para ellos) podía hacer sesenta escobas por hora, por lo tanto, 250 pesetas por hora, o 2.500 pesetas el jornal de diez horas; el jornal agrícola masculino era de 1.500 pesetas por una jornada de (oficialmente) ocho horas. Sin embargo, Pepito, uno de esos trabajadores especializados de la fábrica de escobas de Marcos, tenía que deducir de su salario parte de lo que ganaba el aprendiz que le alcanzaba el material. La empresa le pagaba a este un salario mínimo a tiempo parcial y después Pepito tenía que darle algo de su propio bolsillo para redondearle el salario. Así, el aprendiz dependía de Pepito de manera directa y personal.

La imagen que obtenemos constituye un cuadro donde la dependencia está fuertemente integrada en cada nivel de las relaciones sociales de producción. Aunque la manera de usar la mano de obra familiar parece asemejarse superficialmente a la de las fábricas de cañizo mayores, es bastante diferente: aquí la acumulación es imposible y la fábrica parece completamente atrapada en la posición marginal que adjudica y reproduce el complejo de cañizo mayor. Marcos reconoce lo siguiente: «Con todos los gastos que tenemos [salarios, seguridad social e impuestos ascienden al 50% de los gastos], los beneficios son prácticamente nulos. Hemos estado trabajando para conseguir los salarios y necesitamos el resto para comprar el material para seguir trabajando». Lo que queremos destacar sobre el complejo de fábricas familiares de escobas y cañizo no son solo los modos muy diferentes en los que se construye la explotación laboral en el seno de las relaciones familiares, sino también cómo la racionalización de las habilidades artesanales o las destrezas empresariales, tales como tener «iniciativa», constituyen una parte importante del proceso real de marginación de ciertos miembros de la familia a unos nichos concretos de trabajo.

Es particularmente interesante apuntar que, mientras las familias

Romero y Arias relegaban a algunos parientes a los márgenes del negocio del cañizo, al mismo tiempo promocionaban activamente las redes de exportación comercial por medio de una empresa recientemente fundada, Catral-Export. A principios de los ochenta CatralExport se repartía al 25% entre las cuatro fábricas de cañizo, aunque los jefes parecían ser claramente Paulino Romero y Emilio Lorenzo, que alternaban como presidente y vicepresidente cada dos años. La hija mayor de Emilio Lorenzo trabajaba como secretaria de Catral-Export. El objetivo de la compañía era comercializar productos internacionalmente, encontrar nuevos clientes y seguir las tendencias del negocio del cañizo. La compañía centralizaba todos los pedidos y los pasaba a sus empresas constituyentes en una estricta rotación: cuando entraba un pedido, iba a la primera compañía de la lista de espera, que entonces se iba al final de la lista; el siguiente pedido iba a la siguiente en la lista, y así sucesivamente. Ninguna de las fábricas parecía tener ningún problema con el volumen de los pedidos, pero a Gavin se le dijo que este sistema era bueno porque «es importante que un productor sea responsable de su propia calidad». Síntoma de su posición extremadamente periférica, la empresa de Marcos no formaba parte de Catral-Export; parecía recurrir a los corredores tradicionales, que se llevaban un porcentaje del precio de venta a cambio de distribuir el producto por España y de tantear también la demanda del mercado.

¿Qué se había hecho de esas fábricas de cañizo y escobas en 1995? De manera predecible, la fábrica de Marcos ya no existía. Catral-Export y las otras cuatro fábricas están vivas y gozan de buena salud, pero se han diversificado aún más, comercializando ahora y subcontratando su producción de mobiliario de cocina hecho a medida (Romero) y de muebles (Arias), a la vez que continúan con el negocio de cañizo más tradicional (Lorenzo). En 1995 Catral-Export declaró unos ingresos de 315 millones de pesetas y veinticinco empleados, y estaba registrada como una de las 30.000 empresas más prósperas de España (Fomento de la Producción, 1995).[10]

Como dijimos al inicio de esta sección, las fábricas de procesamiento de cañizo de Catral muestran un grado considerable de similitud con los modelos de flexibilidad, adquisición de la

cualificación y agrupamiento de empresas que se discuten en la bibliografía sobre las economías regionales. Nuestros ejemplos deberían dejar claro que estos conceptos corren el riesgo de oscurecer más que iluminar. Al principio del libro argumentamos que la idea de que la zona presentaba una cultura compartida del «trabajador emprendedor» se basaba en una lectura del pasado altamente selectiva, según la cual las características comunes de una cultura regional se destacaban a expensas de una concepción de la cultura en la que una variedad de perspectivas y posiciones producen un compromiso dialógico y abierto con la realidad.

Para demostrarlo, hemos pasado la primera parte del libro desenterrando la heterogeneidad de perspectivas y posicionamientos. Esta historia también debería ayudarnos a situar el mundo de dependencias, las expectativas interpersonales y, en última instancia, el sentido íntimo de la responsabilidad personal y social que hace posible en Catral el habitus de la familia, la empresa y el trabajo en el procesamiento del cañizo en todo su espectro de lo artesanal a lo comercial.

Ahora queremos insistir en cómo la inseguridad y el riesgo se acoplan dialécticamente para producir el tipo de realidades que se ha intentado esconder bajo los conceptos de capital social o economía regional. Mientras seguimos las historias de vida emprendedoras de gente como Roberto, Juan Manuel Aguilar y su hermano, Paulino Romero, sus hermanas y cuñados, Miguel Lorenzo, Poldo Arias, y sus hijos e hijas, observamos una realidad de dependencias entrelazadas y de procesos de diferenciación que se relacionaban con oportunidades fuertemente condicionadas por las situaciones en cuanto a género y clase. El pasado de Roberto como jornalero y trabajador industrial le dio un tipo particular de responsabilidad hacia las mujeres que trabajaban a domicilio. Tenía que llegar a un compromiso en su posición moral que le permitiera mantener una idea de participación en las realidades de las trabajadoras y a la vez explotarlas. Su sentido del honor recuerda a los jornaleros socialistas del capítulo anterior, que hacían del ser honesto la guía para sus relaciones con los otros, pero también evoca la confianza que producía vínculos verticales entre los aniagueros y los dueños de las grandes fincas. Como Jano, miraba a ambos lados y su capacidad para asumir riesgos (al conseguir

trabajo de concesionarios concretos y ser pagado por ellos) estaba condicionada por las incertidumbres de su experiencia social y por su lealtad a las trabajadoras. Según la bibliografía sobre la economía regional y el capital social, se podría decir que Roberto aprovechaba a la vez los recursos vinculantes (binding) del capital social comunitario y los recursos de enlace (bridging) que le permitían usarlos efectivamente como capital (Woolcock, 1998), lo que lo convierte en emprendedor. Sin embargo, la realidad parece más dura y se expresa mediante las tensiones extremas que invaden su vida familiar, de hecho casi un microcosmos de su posición de doble vinculación.

Por otra parte, las posiciones de Juan Manuel Aguilar, Paulino Romero y Miguel Lorenzo se predican en un espacio diferente de responsabilidades, completamente orientado al mercado: responden a la demanda y crean demanda, mientras que transfieren las angustias de compensar los costes de producción a otros de la red familiar extendida. La definición de iniciativa de Paulino Romero expresa precisamente esa capacidad ilimitada de maniobrar en el espacio moral abstracto del mercado, mientras que la empresa artesanal zozobrante de su cuñado (Marcos Roldán) recuerda, aunque de una manera incluso más dependiente, la preocupación de Roberto por sus trabajadoras (en el caso de Marcos, co-trabajadores) y la fuerza vinculante de una experiencia de la incertidumbre que acota el espacio, material y emocionalmente, al riesgo. En consecuencia, el capital social, la capacidad para transformar relaciones no mercantiles concretas en capital, depende de una estructura social concreta en la que los individuos y las familias se sitúan de maneras muy diferentes en relación con su capacidad para acceder y requerir recursos sociales locales a través de redes personalizadas.

---

1. Los pueblos de la zona no solo experimentaron el paso de las pequeñas manufacturas a la producción industrial, sino que dejaron de estar vinculados con los anteriores polos de atracción de Orihuela y Callosa del Segura. Con el final de la producción de cáñamo, Callosa entró en un rápido declive. Orihuela, una vieja ciudad aristocrática dominada por la Iglesia, mantuvo cierta importancia en la producción de cítricos, pero fue perdiendo

influencia progresivamente.

2. En los primeros capítulos de este libro, a partir del material que nos proporcionan diferentes experiencias vitales, hemos tratado de demostrar nuestra opinión de que categorías universales como «trabajador empresarial» y «cultura regional de trabajo flexible» no derivan de un conjunto de experiencias históricas comunes, sino de un pasado conflictivo y divergente. En este sentido, no subscribimos cierta versión histórica del individualismo metodológico que nos llevaría a tratar de establecer una correlación entre las personas de las que nos ocupamos ahora y sus adecuados «antecesores».

3. El Sáhara era un destino especialmente duro, a menudo reservado a los hombres que habían tenido que ver con organizaciones de izquierdas; sin embargo, no tenemos prueba alguna de que ese fuera el caso de Roberto.

4. Las cooperativas constituyeron el medio de comercialización preferido durante el franquismo.

5. El Cubano había sido corredor desde que tenía dieciséis años y almacenista desde 1968, probablemente como respuesta al cambio de las circunstancias económico-políticas. No obstante, en 1995 ya no era almacenista, sino propietario de una pequeña fábrica de zapatos que disponía de dos locales y distribuía bastante trabajo de aparado. ¿Qué sucedió en la zona? ¿Se convirtieron algunas redes agrícolas de distribución en redes de la industria del calzado? ¿O fue que el capital (material o social) que se necesitaba para la actividad industrial era el mismo que requería el negocio almacenista?

6. Aunque no podemos saberlo con seguridad, sospechamos que las mujeres contratadas eran vecinas que tenían otros vínculos sociales con la familia o parientes, probablemente esposas o hijas de los proveedores.

7. Nos referimos al periodo 1978-1979. En 1995, Juan Manuel Aguilar había dejado la política y la agricultura y había reorientado su carrera profesional hacia la industria del calzado.

8. Emilio Lorenzo, que es profesor de instituto y administra su

negocio, Paulino Romero, director de la empresa Catral-Export, y Poldo Arias, que se dedica completamente a las ventas, constituyen la excepción.

9. Se trata de una situación análoga a lo que Cook (1984) denomina «acumulación endofamiliar» en familias que producen artículos menores.

10. Y en 1997 declaró 420 millones de pesetas (Dun y Bradstreet, 1997).

Capítulo 6

ESTRUCTURAS FLEXIBLES Y VIDAS DESGARRADAS

Hasta aquí hemos visto los efectos del paso del predominio agrícola al industrial en varios tipos de pequeños empresarios. En este capítulo retomamos la historia cuando la industria ha alcanzado un predominio pleno y nos centramos en casos que ejemplifican los diferentes tipos de personas afectadas por estos cambios. La mayoría de ellas están implicadas en la producción de zapatos centralizada en Elche, al este de Catral, y, en menor medida, en la producción de alfombras en Crevillente, al norte.

Tras la muerte de Franco, la actividad sindical en Elche tomó fuerza y, después, durante los años ochenta, los núcleos de población menores de los alrededores descubrieron que podían ofrecer incentivos para atraer fábricas a la zona. En consecuencia, a finales de siglo las empresas se habían deslocalizado de la concentración de Elche y se habían dispersado por los municipios más pequeños de la Vega Baja por la acción de diferentes factores. La agricultura, cuya volatilidad histórica había sido desde hacía tiempo un factor que inducía a algunos a relaciones fijas y dependientes y a otros al movimiento, ahora era golpeada por las sequías, causadas por la incapacidad del sistema de riego local para ajustarse al uso de la tierra y por las transformaciones apenas anticipadas de los modelos de mercado que surgieron con la entrada en la Unión Europea. Así pues, la situación de la agricultura como medio de ganarse la vida empeoró y las autoridades locales respondieron tratando de atraer a potenciales empresarios, relajando las inspecciones sanitarias y de seguridad, ofreciéndoles los pocos beneficios tributarios disponibles y, en el caso de Catral, publicitando la flexibilidad y la destreza técnica de los trabajadores (sobre todo de las mujeres). En consecuencia, la estructura actual de la producción industrial de la zona comprende grandes empresas, pequeñas compañías familiares, talleres no regulados, corredores y distribuidores de trabajo, personas que trabajan a domicilio y trabajadores industriales asalariados.

LA EMPRESA «FLEXIBLE»

La dispersión reciente de las empresas que se habían creado en Elche ha reorientado, de hecho, el patrón de la manufactura en Catral y otros municipios similares de la Vega Baja. No obstante, a finales de los años setenta, el pueblo siempre tuvo por lo menos una gran fábrica dominante, empezando por una factoría de alfombras, Todo Alfombras, que, a principios de los ochenta, cerró de la noche a la mañana y se trasladó. Después, operó durante algunos años en Catral una fábrica de zapatos, Esclapés, que se había creado en Elche en 1958 y cerró a mediados de los ochenta. Esas empresas generaron una sensación de desplazamiento continuo de las fábricas y, por lo tanto, una inestabilidad del empleo asalariado formal, aunque también proporcionaron parte de la razón de ser de los pequeños talleres locales de la zona y la continuidad de mujeres cualificadas conocidas como aparadoras, así como de otras trabajadoras a domicilio y obreros ocasionales.

Esa base productiva atrajo a las dos grandes empresas, aparentemente bastante sólidas, que fabrican zapatos para la exportación: Robins Shoes e Ivanshoes. Esta última, mucho más grande y establecida más recientemente, era entonces el segundo mayor exportador de zapatos. Ivanshoes y las actividades, intereses y expresiones de su propietario, Jorge Alvar, eran un tema constante de conversación cuando hablábamos con los trabajadores, tanto si estaban directamente relacionados con sus negocios como si no lo estaban. Consciente de la corta vida de los pequeños talleres que daban trabajo, aunque de manera irregular, a la mayoría de la mano de obra, la gente del pueblo se ilusionó con la idea de que Ivanshoes estaba allí para salvar la economía local, a pesar de que sus experiencias pasadas les hacían preocuparse por su lealtad a Catral a largo plazo.

Los jefes de ambas empresas habían sido anteriormente enlaces sindicales de organizaciones de izquierda durante el régimen de

Franco. Se trata de un modelo de comportamiento recurrente: ex líderes sindicales de las grandes fábricas de zapatos que se convierten en empresarios independientes y fundan sus propias fábricas. Conocedores de la práctica de la organización colectiva en situaciones de concentración en contraste con las situaciones de dispersión, los nuevos propietarios no tardaron en desplazarse a emplazamientos rurales. El propio Jorge había sido enlace sindical en una de las fábricas de zapatos más grandes de Elche, Martínez Valero, como representante de Comisiones Obreras, el sindicato comunista que trabajaba clandestinamente desde el interior del sindicato oficial franquista. Para Jorge, el creciente malestar social de los años setenta era una utopía de juventud, de cuando «la juventud tenía aspiraciones políticas». Pero él abandonó la lucha en 1978 para abrir su propia empresa, el principio de lo que iba a ser una carrera empresarial de éxito, representativa de un modelo bien conocido por la juventud actual que afecta a sus actitudes hacia los sindicatos.

Robins e Ivanshoes tienen una influencia casi hegemónica sobre los puntos de vista de la gente acerca de la vida económica presente y futura de Catral, a pesar de que la propia manera como contratan la mano de obra y su baja inversión en capital fijo originan una suerte de causalidad recíproca. Los patronos buscan mano de obra que evite la confrontación y acepte salarios bajos. Las autoridades locales juegan su papel en la reducción de costes proporcionando terreno industrial más barato, beneficios tributarios y una aplicación laxa de las regulaciones ambientales y de seguridad. Superficialmente, ello parece dibujar el escenario de una tendencia al establecimiento a largo plazo en la localidad de grandes fábricas relativamente estables, pero las empresas están siempre dispuestas a desplazar sus actividades a otro municipio una vez se han explotado los beneficios iniciales. Las fábricas se pueden mover con costes relativamente bajos porque la mayor parte de su producción no se realiza en la factoría con maquinaria fija, sino por medio de la distribución a talleres y trabajadoras a domicilio. A su vez, el desplazamiento constante de fábricas importantes crea una demanda inestable en un municipio y, en cambio, una mano de obra experta en otro que podría convertirse en el emplazamiento de la nueva actividad. Sabiendo de primera mano que, si no cumplen las demandas de los patronos, la fábrica se trasladará a otro pueblo,

los trabajadores se ven inducidos a aceptar salarios más bajos y peores condiciones laborales.

Si los modelos locales generan efectivamente una mano de obra complaciente, los programas gubernamentales para favorecer la así llamada flexibilidad laboral colaboran en esta situación. El gobierno ha estipulado numerosos tipos de contratación –en formación, primer trabajo, a tiempo parcial, temporal, parado antiguo, etc.– que dejan a las fábricas un amplio margen para seleccionar entre una mano de obra variada, a la vez que mantienen contratos relativamente legales. Además, como veremos después, empresas como Ivanshoes han empezado recientemente a organizar algunas fases de la producción en fábrica como una concentración de talleres no regulados donde los trabajadores son autónomos, carecen de contratos laborales y producen un volumen establecido para la entrega al siguiente estadio del proceso de producción.

Podemos argumentar que lo que Ivanshoes y, en menor medida, Robins poseen es capital social, lo que no tienen otras empresas del entorno; ello implica para estas últimas que, cuanto más puedan adquirir este recurso aparentemente vago, con más probabilidad podrán emular a sus prósperas compañeras. Sin embargo, el escenario que hemos descrito seguramente implica que el propio éxito del primer tipo de empresa se basa en que el resto de empresas y de trabajadores emprendedores que quedan sigan siendo de un cierto tipo. Nuestra discusión en capítulos anteriores de la constitución recíproca del movimiento y la inmovilidad en el despliegue de la reproducción capitalista tiene que ser reiterada ahora, pero de forma diferente. En relación con «la inestabilidad crónica respecto a las configuraciones regionales y espaciales», Harvey (1985: 150) apuntaba «la tensión que se produce, dentro de la geografía de la acumulación, entre fijación y movimiento, entre la fuerza creciente que se necesita para vencer al espacio y las estructuras inmovilizadas requeridas para tal propósito». Esa interacción ha sido facilitada por las crisis, reales o artificiales, que ha sufrido la región a lo largo de la historia. Los propietarios de hoy en día a menudo destacan, tan abiertamente como pueden, lo precario de sus actividades. La políticas de relocalización son posibles precisamente por el recurso, a trabajadores a domicilio, que se inmovilizan por la interdependencia de hogares con

múltiples fuentes de ingresos, y por la existencia de pequeños talleres no regulados, que se ven condicionados por sus reducidos recursos crediticios, por su semilegalidad y, como los trabajadores a domicilio, por la naturaleza personalista de sus contratos. Para las clases económica y políticamente dominantes, la sensación de crisis parece racionalizar los traslados a otra parte, al tiempo que, por medio del miedo creado a través de la inestabilidad, esta sensación condiciona a otras personas dentro del sistema de producción del que dependen.

Ahora nos centraremos en Jorge Alvar, el propietario de Ivanshoes, en Olaf, una figura clave en sus estrategias comerciales, y en Amanda, un personaje igualmente clave en su organización de la producción. De inmediato se hace evidente que un elemento esencial del éxito de Jorge ha sido su capacidad para maximizar su movilidad, tanto de la fábrica hacia abajo –mediante el control del proceso de producción– como de la fábrica hacia arriba –desarrollando sus habilidades de marketing–. Esclapés, la fábrica ya inexistente, se había limitado a unos pocos clientes americanos que le proporcionaban diseños y establecían los niveles de calidad. Ello resultó ser un error fatal cuando el mercado se hundió en los años setenta. Los propietarios que sobrevivieron a esa crisis y los futuros propietarios de fábricas que, como capataces y enlaces sindicales, sufrieron también las consecuencias emergieron de esta experiencia con una estrategia para evitar la dependencia de unos pocos grandes compradores.

La descripción de Jorge de su experiencia de aprendizaje es notablemente similar a la explicación que hace Paulino Romero, en el capítulo 5, del éxito de su propia transición de la manufactura artesanal al auténtico capitalismo: «El calzado nunca se ha vendido, nunca. Siempre se compraba. Ahora todo el mundo trata de vender y la cosa va mal. Pero es lo que estoy intentando hacer: vender a todo tipo de clientes, a otros fabricantes, marcas, grandes centros comerciales, pequeños comercios». Podemos observar que su objetivo, desde el principio, era entrar en los circuitos comerciales correctos, y tomar el pulso al mercado de exportación y adquirir un conocimiento de este.

Jorge tuvo éxito al combinar la comercialización flexible con su uso

igualmente flexible de la mano de obra. En 1997, tres de sus empresas tuvieron unos ingresos declarados de 10.358 millones de pesetas, con el 90% de la producción dirigida a la exportación, y todo ello con solo 133 empleados declarados (obreros de fábrica con contratos legales). En 1994, cuando ya era el principal productor de calzado de España después de Reebok, con una producción valorada en 5.123 millones de pesetas, declaraba solo 50 trabajadores (Dun y Bradstreet, 1994, 1997). Este es el relato del propio Jorge sobre su carrera:

En 1962, cuando tenía once años, dejé la escuela. Mi padre era agente de seguros, pero a mí nunca me gustó estudiar. Me fui a trabajar a un taller que hacía patrones para las fábricas de calzado de Elche. De allí, me marché a otra fábrica de calzado. En aquellos tiempos, había mucho trabajo para todo el mundo. Había fábricas con cien empleados. Muchas. En esos tiempos ya existían estos grandes monstruos [las grandes empresas]. Desde los once años, pasé por tres fábricas diferentes. En 1973, cuando tenía veintiuno, llegué a Martínez Valero. Allí fui nombrado enlace sindical de Comisiones Obreras y me quedé cinco años. Entonces había poco trabajo. Ganábamos 1.700 pesetas por semana; uno no podía vivir con eso. En 1975, hubo un fuerte movimiento sindical, con una huelga de veintidós días en Elche...

Después, cuando llegó la crisis [1978], decidí establecerme por mi cuenta. Estaba harto y cansado de trabajar para otros, de hacer pequeños trabajos para comer. En 1979, decidí abrir un taller en el campo, en una finca de mi padre.[1] Conseguí dos máquinas de segunda mano por 30.000 pesetas y empecé a hacer trabajo subcontratado, mientras mi mujer seguía trabajando como aparadora en una fábrica de Elche. Yo había tenido que dejar la fábrica porque el capataz me hacía la vida imposible por ser el enlace sindical (...) Sin embargo, en 1982, ese capataz ya no trabajaba en la fábrica, así que fui a buscarlo y le ofrecí pagarle para que viajara a Alemania [donde estaba casi todo el mercado] y le prometí una comisión por cada par [de zapatos vendidos o encargados]. Trabajé con él un año, pero, después, él se estableció por su cuenta.

Después [1983], apareció un representante que era el mejor de España. Se llamaba Olaf, era medio alemán y representaba intereses alemanes. En verdad, lo perseguí y le insistí mucho para que trabajara para mí. Iba a todas horas al Huerto del Cura [un elegante restaurante cerca de Elche], porque los representantes alemanes siempre iban allí. Después, le envié un fax a este Olaf ofreciéndole productos mucho más baratos. Y le garanticé seriedad. Al principio, Olaf representaba también a otras fábricas, pero, después de un tiempo, solo trabajaba para mí.

En 1984, empecé a hacer sandalias para Olaf. Yo tenía un amigo en Elche que fabricaba suelas de sandalia que, después, enviaba a Alemania para el acabado. Así que descubrí la clase de sandalias que hacían en Alemania y las copié y se las ofrecí a mi representante. Él me dijo que no podía venderlas, pero, más tarde, le dijeron que tal vez podían venderse (...) Así que fui a mi amigo [el fabricante de suelas] y le pedí que firmara un contrato en exclusiva conmigo y le garanticé que vendería un millón de pares de sus suelas.[2] Así, pude reducir la competencia, porque podía rebajar mucho los precios. Mis productos iban dirigidos a grandes centros comerciales de Alemania.

Después de eso, empecé a diversificar la producción, fabricando diferentes modelos. En Alemania las fábricas eran viejas, con trabajadores viejos, que no se podían adaptar. Los españoles somos superiores en eso. Así que empezamos a fabricar nuevos modelos, nuevos colores, etc. En 1990, creamos nuestras propias marcas y ahora vendemos el 30% con nuestro propio nombre comercial. Ahora vendo por todo el mundo (Israel, Arabia Saudí, Japón, Europa, Estados Unidos, etc.) y vienen a buscarme porque tengo fama de ser honrado, de tener buena calidad y buen servicio. Esa ha sido mi estrategia comercial (SN-GS 1995).

La narración de Jorge, con su atención preeminente al progresivo control del mundo del comercio minorista, refleja perfectamente la fetichización actual del consumo. Casi carece de referencias al mundo oculto de la producción, y así es en verdad como a Jorge le gusta verse y le gustaría que otros lo vieran. Para saber más sobre sus actividades de la fábrica hacia abajo, tuvimos que escuchar a

otro actor; fue solo más tarde, cuando ya nos había visto hablando enérgicamente con Amanda, cuando habló de los desafíos que él mismo sentía que afrontaba con respecto a la producción.

Inicialmente, las sandalias que Jorge manufacturaba solo era el material cortado fijado a la suela. Así pues, solo necesitaba hacer las operaciones de cortado y montado. De esa manera, había evitado a las aparadoras, las figuras clave de la producción de calzado. Cuando decidió diversificar su producción para abrirse a mercados más grandes y socavar la producción de zapatos alemana, tuvo que transformar todo su proceso de producción, lo que le obligó a recurrir a las aparadoras (que tradicionalmente trabajaban a domicilio). Eso se hizo por medio de Amanda.

El acceso de Amanda a esa mano de obra crucial, y, de hecho, a una mano de obra más amplia, hizo de ella un contacto clave para Jorge. Con posterioridad, su influencia transformó su posición en algo análogo a uno de los mayorales de la finca Lo de Vera, que vimos en el capítulo 4. Probablemente, fue importante el hecho de que Amanda era del Realengo, una pequeña pedanía situada entre Catral y Crevillente en un terreno agrícola especialmente pobre, lo que hacía a los habitantes especialmente dependientes del trabajo a domicilio.[3] La propia Amanda empezó como trabajadora a domicilio para un fabricante de ropa que le enviaba el trabajo. A los veinticinco años se hizo aparadora de zapatos, trabajando a domicilio porque estaba mejor pagado, y rápidamente se convirtió en una figura importante, como primera distribuidora de trabajo de su pueblo. Su marido trabajaba de camionero para los almacenistas de fruta y verduras de la zona.

Cuando Jorge se trasladó de Elche a Crevillente, Amanda empezó a trabajar para él, y resultó ser un acuerdo comercial perfecto. Ella nos cuenta lo siguiente:

En aquel tiempo, yo buscaba trabajo de aparado en Crevillente y alguien me habló de él. Llegamos a un acuerdo. Organicé un pequeño taller de aparado en Realengo, y también distribuía tarea a trabajadoras a domicilio, a la vez que yo misma hacía aparado. También tenía que realizar el control de calidad. Tuve el taller en el

Realengo durante tres años y pasó de 18 a 40 aparadoras. Entonces trasladamos a las aparadoras a Catral. El primer año había 80 mujeres trabajando en el taller y después llegó hasta las 120.[4] Pero, en Catral, también dábamos mucho trabajo a domicilio. Casi todo el aparado que se hace en Catral es para nosotros. El resto de la fábrica se trasladó a Catral justo el año pasado (SN-GS 1995).

Amanda es un eslabón importante en la estructura de producción de Jorge. Organiza todo el trabajo de aparado, que se ha hecho cada vez más importante. Controla la calidad en el taller de aparado de dentro de la fábrica (que opera como taller independiente, no como parte declarada de la fábrica Ivanshoes propiamente dicha, aunque está situada bajo el mismo techo) y decide a quien se contratará y a quien se despedirá. No obstante, ella y toda su familia dependen completamente de Jorge; cuando su marido perdió el trabajo, Ivanshoes le contrató como conductor, y todos sus hijos trabajan en la fábrica. Dice que se lleva de maravilla con Jorge, pero, por otra parte, difícilmente se podría permitir lo contrario.

Si nos detenemos en este punto para observar la conjunción de circunstancias, empezaremos viendo que las crisis se integran, por una parte, en la gestión de la oportunidad de Jorge y, por la otra, en su regulación de las fuentes de mano de obra. Fue precisamente en un momento de crisis cuando Jorge cambió la orientación de sus actividades. La coyuntura socioeconómica de 1986, cuando Jorge se encaminó hacia la expansión y diversificación del mercado y trasladó la producción a Crevillente, fue, desde el punto de vista económico, uno de los peores años del Gobierno socialista en España. Sus intentos de promover una reestructuración industrial, una especie de programa de ajuste estructural diseñado para liberalizar la economía, estaban causando importantes trastornos sociales y económicos. Había en torno a un 20% de paro en España, las grandes fábricas cerraban, la presión fiscal aumentaba y la agricultura de la región se tambaleaba justo cuando la caída de la economía en el resto de Europa significaba que la emigración ya no era una alternativa. Con todo, Jorge recuerda ese periodo positivamente, como un tiempo de oportunidad en comparación con los intentos más recientes del Gobierno de incrementar el control y

la regulación de la relaciones de trabajo, así como la contabilidad de las empresas, mediante disposiciones fiscales, lo que lamenta. A pesar de las maneras como el Estado se ha mostrado activo para facilitar una mano de obra flexible y diversificada, Jorge considera que tanto el Estado como las asociaciones formales de la sociedad civil son contrarios a sus necesidades como empresario:

El Estado no sirve para nada. Pero también estoy en contra de las asociaciones empresariales, estoy contra todo ello. Una vez hice un plan para el INEM [Instituto Nacional de Empleo] en el que les ofrecía formar aprendices de aparado y cortado. Pero ellos me ofrecían una ayuda ridícula y encima me obligaban a contratar al 70% de los aprendices cuando hubieran acabado la formación. En vez de ayudar a los que dan trabajo, los cargan de impuestos. Las políticas del Estado son terribles y las ayudas, un engaño, un montón de papeles para nada (SN-GS 1995).

Una vez conseguimos que hablara del extremo de la producción de sus actividades, Jorge tendía a concentrarse en sus reformulaciones actuales. En este punto, su búsqueda del control, tanto de la comercialización (de la fábrica hacia arriba) como de la producción (de la fábrica hacia abajo), en el contexto de un entorno cada vez más flexible, constituye su metáfora principal. Él ha tenido un éxito especial en comparación con otras grandes empresas de la zona. Cuando habla de ello, enfatiza su control de diferentes canales comerciales y su política de monopolizar toda la producción de los talleres que selecciona, convirtiéndolos en proveedores exclusivos suyos. Jorge es muy claro con respecto a esto: quiere controlar la producción y la distribución. No obstante, no quiere que ninguna de las fases más pesadas del proceso constituya un impedimento si los cambios en el mercado requieren una estrategia nueva.

Jorge lo resuelve mediante la centralización bajo un único techo en Catral de una gran parte de las actividades anteriormente diseminadas, junto a la estructura de comercialización y dirección (diez personas en total), aunque sin integrarlas en una única empresa. Más bien, estos negocios se establecen como

independientes. Jorge tiene muy claro que la comercialización y la producción tienen el mismo peso y son igualmente importantes. Pero lo que impone a sus abastecedores es precisamente lo que ha modificado astutamente en sus propias operaciones de venta. Cuando tuvo acceso directo al mercado a través de Olaf, este último se limitaba a agentes específicos de Alemania, quienes a su vez vendían a los mercados internacionales y, en consecuencia, mantenían un cierto control sobre Ivanshoes y limitaban los movimientos de Jorge –una mejora no muy importante con respecto a lo que había vinculado a Esclapés a sus agentes americanos en la generación anterior–. Después ha podido incrementar su propio control, así como la diversificación, eliminando a Olaf y sus agentes y trabajando directamente a través de sus propios representantes, cada uno de los cuales vende directamente a clientes finales en los diferentes mercados.

Su uso del trabajo, diseñado para minimizar riesgos así como para incrementar su control no es, dice, únicamente suyo. Y esto es confirmado por representantes sindicales, que destacan que el viejo sistema de producción dispersa se está haciendo demasiado lento y pesado; con el relajamiento de las leyes sobre las relaciones de trabajo, las empresas están empezando a centralizar todas las tareas realizadas por mano de obra dispersa –en talleres y hogares localizados en numerosas poblaciones–, con el objetivo de racionalizar el espacio regional en beneficio de una producción eficiente.[5] Jorge dice haber inventado un sistema de producción que llama vías Catral, que consiste en un sistema de montado en cadena que le permite «emplear a gente no especializada en absoluto y, por lo tanto, bajar los costes mediante salarios más bajos». Cada fase del proceso de trabajo se diseña previamente para hacerla simple para los nuevos trabajadores. Pese a todo, los trabajadores pueden aprender muchas fases, exclama Jorge, así que al final los mejores pueden hacerse cargo de una línea de producción. Estos trabajadores inteligentes, los espabilados, que llegan a conseguir movilidad, cuando pasan de la cadena de montado a desempeñar trabajos de control, suelen ser siempre hombres, a pesar del hecho de que la línea es sobre todo femenina. Jorge considera este invento taylorista suyo como una de las maneras básicas de ser competitivo, aunque no es la única. A los trabajadores, se les paga a destajo, con una paga base mínima complementada por salarios a destajo. Jorge

amplía las horas de trabajo siempre que es necesario: «Todo irá bien siempre que todos funcionen y deseen trabajar hasta las nueve o hasta medianoche si hay prisa». O, si es necesario, hace un uso extensivo del sistema de putting-out mediante trabajadoras a domicilio locales y talleres semilegales.

A pesar de los varios intentos de Jorge de racionalizar la producción bajo un solo techo y sus alardes de haber inventado un sistema de producción nuevo, Ivanshoes sigue dependiendo de personalismos y regulaciones selectivas transmitidas a través de las viejas formulaciones franquistas para administrar el sistema de producción dispersa hacia los pequeños talleres y hacia los trabajadores a domicilio directamente. Observamos la forma más llamativa de personalismo en las relaciones entre Jorge y Amanda, igual como vemos su carácter selectivo en la manera como usan las redes de trabajadores para su reclutamiento y, después, como medio posterior para imponer disciplina a los trabajadores individuales. Estas redes se solapan solo parcialmente, de manera que las ventajas que derivan de las características internas de una red pueden incrementarse mediante la competición entre redes. Buscando un trabajador para ocupar un puesto, un capataz o propietario podría mencionar esta necesidad a un obrero que se considera a sí mismo cercano a él, una persona de confianza, pero también pondría la misma información a la disposición de otro trabajador que explota una red de parientes, vecinos y amigos ligeramente diferente. Reclutado entre los candidatos competidores, la responsabilidad del nuevo trabajador con el amigo que le encontró el trabajo, así como la responsabilidad del amigo con el capataz o propietario, de esta manera se redobla.

Antes apuntamos la popularidad de Ivanshoes en las conversaciones de la gente sobre el trabajo y el futuro de Catral. La deslumbrante presencia de la nueva empresa y su potencial, incluso su ruptura con el pasado, se veían en el propio Jorge. Tenía una apariencia espectacular, con camisas de seda brillante, pantalones ajustados, tal vez un pañuelo de seda alrededor del cuello, pero nunca traje y corbata, una cadenita de oro pesada y dos puños llenos de anillos de oro y diamantes. Jorge cultivaba esa imagen, poniendo un brazo alrededor del cuello de un trabajador, guiñándole el ojo a una trabajadora, comportándose con cualquiera de sus trabajadores más

bien como lo haría un amigo. A pesar de que nos acostumbramos a esta manera de actuar de Jorge, nos sorprendimos un poco cuando conocimos a Amanda. Ella destacaba entre las figuras de las trabajadoras, con su maquillaje cuidadoso, su ropa glamurosa y su peinado deslumbrante, casi como si perteneciera a un orden menor de la misma especie que Jorge.

Como consecuencia, a la vez que Jorge y Amanda aparecían, en la fábrica y en todo Catral, como diferentes a los ojos de las personas, se asemejaban en su diferencia. A Amanda, se dirigían a menudo como la persona de confianza de la que dependía Jorge para el trabajo en aquellas áreas de la fábrica donde predominaban las mujeres (en torno al 70% de la actividad). «Jorge no podía pasar sin ella», decía la gente, aunque, normalmente, con un ligero matiz de que Jorge podía pasar de hecho de casi todos. Por esta misma razón, parecía que, por ser especial, la relación de Amanda con él necesitaba de ese mismo comentario: «Él no podía pasar sin ella». Porque, evidentemente, Amanda dependía completamente de Jorge y, como en las viejas relaciones de aniaga, esa relación incluía a toda la familia de Amanda. Además, como figura más importante de una mano de obra extensa, la dependencia de Amanda con respecto a Jorge se dejaba sentir en toda la jerarquía y llegaba hasta los que dependían de los favores de Amanda para trabajar.

En este sentido, por una parte, descendía una red desde la fábrica a los hogares de la gente corriente de Catral y, por otra, la cima de esa jerarquía parecía operar en un mundo cultural visiblemente diferente. Después de todo, Amanda tenía a su cargo un sistema de distribución de la producción de zapatos, igual como lo hacían Roberto y Mónica, en el capítulo 5. Sin embargo, ellos parecían visiblemente diferentes. Como Amanda, Mónica controlaba una red importante de trabajadoras a domicilio y también había asumido el trabajo de control de la calidad. Como en el caso de Jorge y Amanda, en las relaciones económicas y laborales de Roberto y Mónica intervenían vínculos personalizados: de familiaridad, de lealtad y de responsabilidad hacia los que dependían de ellos. Sin embargo, para ellos, esa intervención de emociones familiares de amor y responsabilidad y sensibilidades comunitarias de respeto dependía para su autenticidad de que estuviera enraizada en una representación determinada del pasado y de cómo deberían haber

funcionado entonces las cosas idealmente. Incluso cuando trataban de apropiarse de esos ideales en beneficio de la productividad, el resultado creaba tensiones enormes en sus vidas personales. En cambio, para Jorge y Amanda es casi como si, a través de sus elecciones de ropa, desearan comunicar una inversión de esas prioridades (Collier, 1999). La exhibición que hacían de sus hábitos de consumo parecía sugerir que la asociación con ellos ofrecía un tipo determinado de futuro, en el que la comercialización del yo –como empresario y trabajador, como trabajador empresario, como empresario trabajador– sería recompensada con una abundancia de bienes materiales.

Sin embargo, la historia tiene un epílogo. Jorge Alvar había empezado llevando un taller en Elche, que, en 1979, se convirtió en una pequeña fábrica. En los años ochenta se trasladó primero a Crevillente y, en 1994, llegó a Catral, atraído por los incentivos económicos del pueblo. Tres años después de que finalizara nuestro trabajo de campo, había abierto una gran fábrica en un pueblo a 25 kilómetros, en Murcia. Si tenía la intención de expandirse o, todavía peor, de trasladar las actividades, no lo podemos decir, porque más tarde Jorge murió en extrañas circunstancias. Aparte de las apariencias, está claro que Ivanshoes no fue nunca tan innovadora como a Jorge le hubiera gustado que creyéramos, especialmente por su necesidad fundamental de toda suerte de trabajo realizado fuera de la empresa al viejo estilo.

DEL TRABAJO A DOMICILIO AL TALLER Y DE VUELTA A CASA

Así pues, a continuación cambiaremos de perspectiva y pasaremos de la de Jorge y Amanda a la de las personas que trabajan en el eslabón final de sus estrategias de trabajo subcontratado. Clara Cardona es una de las propietarias de un taller que hace trabajo de aparado para Ivanshoes por encargo de Amanda. En 1993, ella y su hermana Teresa montaron juntas el pequeño taller, después de que Teresa fuera despedida de una importante fábrica de calzado deportivo durante un periodo de poco trabajo. Ahora hay cinco trabajadoras en el taller: Clara y sus dos hermanas, Teresa y Esmeralda, y dos vecinas, Nuria y María José, que trabajan cuando hay más demanda. Las tres hermanas tenían experiencia previa en el trabajo de fábrica y habían recibido instrucción en diferentes procesos de la manufactura de zapatos. Cuando tenía catorce años (1972), Clara se había marchado a trabajar a Elche en una fábrica de zapatos. Entonces era fácil encontrar empleo. Al principio ganaba 700 pesetas diarias, pero, al cabo de dos meses, ya ganaba 900.[6] Estuvo en periodo de prueba unos seis meses y después le dieron un puesto estable, aunque estaba contenta cuando no era fija, porque entonces no le deducían la seguridad social. Después de un año la pusieron en la envasa, donde se daban los últimos toques de control de calidad y se empaquetaban los zapatos; ganaba 1.200 pesetas al día. Trabajó cuatro años en la fábrica de Elche (donde se casó y tuvo a sus hijos y donde vivía la familia de su marido), después cambió de empresa unas cuantas veces. Durante cierto tiempo consiguió un trabajo en la fábrica Esclapés de Catral (aunque seguía viviendo en Elche), lo dejó para tener a su último hijo, cambió de residencia y volvió a Catral, donde su madre la ayudaba con los niños mientras ella trabajaba limpiando casas. En las fábricas siempre tuvo un trabajo flexible, era como un comodín, por lo que asumía cualquier tarea que se tuviera que hacer. Conocía casi todos los trabajos de la fábrica, aunque no era tan especialista en ninguno como los que solo se dedicaban a una tarea concreta. Entonces, dos años antes de que la conociéramos, decidió trabajar

con Teresa y después abrir un taller con sus dos hermanas. La vuelta de las tres hermanas al aparado con un pequeño taller coincidió casi exactamente con el traslado del aparado de Ivanshoes de Realengo a Catral y, por lo tanto, con la expansión de la demanda local de este tipo de tarea.

De las tres hermanas, Teresa es la especialista en aparado; tiene una buena reputación y sabe cómo usar las máquinas de doble aguja, que incrementan la productividad. La tercera y más pequeña de las hermanas, Esmeralda, solía trabajar en la fábrica Ivanshoes, pero lo dejó cuando tuvo su primer hijo y empezó a trabajar a domicilio. Compró una máquina para aprender a hacer aparado con la ayuda de una vecina. En el taller, Clara toma los pedidos y trata con los intermediarios y las fábricas y hace el trabajo de mano: organiza los lotes, los mueve de un lugar a otro, corta hilos, comprueba la calidad y repara el trabajo defectuoso. Teresa y las otras hacen el aparado, el cosido propiamente dicho. Teresa es la que les dice cómo se tiene que hacer una tarea concreta. Esto es importante porque ahorra mucho tiempo y, en consecuencia, incrementa la productividad.

Aunque el taller de Clara y sus hermanas trabaja para Ivanshoes, esta no es su única fuente de trabajo. Entre las tres tienen un amplio abanico de contactos, incluyendo un distribuidor, marido de una de las mejores amigas de Teresa, y un intermediario alemán que hace pedidos de modelos específicos. «Tener contactos es bueno pero, si eres una aparadora que conoce su trabajo, también vienen a buscarte», dice Clara. El hecho es que, como la industria se está expandiendo por municipios rurales como Catral, hoy en día hay mucha demanda de aparadoras, como sucedió con los rastrilladores en los años del cáñamo, antes de 1959. Y como se trata del trabajo más intensivo de todo el proceso de elaboración de zapatos, las fábricas tienen interés en que se siga haciendo fuera de la empresa y subcontratarlo, lo que les permite mantener los precios bajos y la flexibilidad alta. Sin embargo, las aparadoras, por lo menos las que tienen buena reputación, se encuentran en una posición privilegiada para rechazar ciertas tareas excesivamente baratas: «Eso depende; si no vale la pena y no vamos a ganar ningún dinero, podemos rechazar el trabajo. Depende de la necesidad que tengamos. Ahora mismo nos ofrecen un trabajo de 5.000 pares, pero ha pasado por

tantas manos [intermediarios] que no podemos ganar nada con él, por lo que rechazamos la oferta. Preferimos irnos a la playa [era mediados de julio]» (SN-GS 1995).

LA APARADORA TRABAJADORA A DOMICILIO

Las aparadoras que trabajan a domicilio no tienen la misma capacidad de maniobra que un taller, porque su producción es menor. Pese a todo, su importante posición en el conjunto del proceso de producción les confiere más control que a las trabajadoras menos especializadas, de las que hablaremos en el apartado siguiente. Como podíamos suponer, el trabajo a domicilio de la aparadora siempre se ve influido por la necesidad de equilibrar las demandas cambiantes de la familia con las demandas cambiantes del mercado. Excepto cuando emplean mano de obra familiar como padres ancianos, hijos pequeños o maridos parados, las aparadoras no tienen a nadie que las ayude con el trabajo de mano –cortar hilos y demás– y así producen y ganan mucho menos. Muchas mujeres alternan con frecuencia el aparado en fábricas o talleres y a domicilio. La mayoría, como Marisol Gamero Vila, de treinta y cinco años en 1995, tienen en casa máquinas de coser industriales que se quedan paradas cuando las contratan en fábrica, pero se emplean de manera intensiva cuando las subcontratan a domicilio.

La volatilidad extrema del bienestar, que se entreteje a través de la red de relaciones familiares, se hace especialmente evidente en la historia de Marisol. Ella viene de una familia que, por parte de madre, antes de la Guerra Civil era aniaguera y después de la Guerra adquirió unas pocas tahúllas (nueve) y arrendó catorce más, a la vez que también trabajaban a jornal. Cuando los hijos tuvieron la edad, empezaron a trabajar como jornaleros y el padre se pudo concentrar en su tierra. Por parte de padre, eran jornaleros sin tierra.

La madre de Marisol era jornalera hasta que se casó; a partir de entonces trabajaba a domicilio haciendo trenza y más adelante forrando tacones. Como vecina de Roberto y Mónica, solía cuidar de su hija Montse cuando era una niña. Cuando Roberto empezó a

traer trabajo como distribuidor, le pidió que le diera alguna tarea porque se pagaba mejor que la trenza. Trabajaba cada día hasta medianoche, porque necesitaban el dinero, pero ahora no puede trabajar porque tiene párkinson. Su marido era un jornalero. Emigró a Francia y trabajó tres años en la vendimia. En los años setenta, como muchos otros que conoció Gavin en su primer trabajo de campo, compraron una pequeña parcela de tierra (siete tahúllas). Después vino la sequía y no había trabajo para los jornaleros, así que se hizo albañil en Murcia; más tarde volvió a ser jornalero durante un par de años y después albañil otra vez durante dos años más. Ahora está parado.

Marisol empezó su vida laboral a los dieciséis, en la fábrica Esclapés. Había aprendido a hacer aparado con la ayuda de una prima. Después de trabajar en la fábrica durante seis meses, esta cerró. Sus padres le compraron una máquina de coser con la que trabajaba a domicilio. El distribuidor que le traía trabajo (el mismo que proveía a su prima) le dijo que si tuviera una máquina de coser de doble aguja le traería incluso más. Así, en 1986, compraron la máquina de doble aguja. Su madre, su padre y su hermano ayudaban en el trabajo de mano cuando tenían un momento libre. Pero, como dijo su madre: «Trabajando a domicilio, el trabajo de mano no se paga. En el taller, trabaja una mujer sola, para a comer y acaba su jornada a las ocho de la tarde. Aquí trabajamos todos y al final ganamos lo mismo. Y todos los días trabajamos hasta las doce o la una de la madrugada» (SN-GS 1995).

En 1989, Marisol empezó a trabajar en un taller con cuarenta aparadoras más y aún trabaja allí. El taller es propiedad de El Cubano, que fue almacenista y ahora hace de subcontratante para varias compañías de calzado deportivo de baja calidad de Elche. Marisol no gana mucho más de lo que ganaba a domicilio, a veces incluso menos, pero las condiciones de trabajo son mejores y le pagan por lo que ella hace. Como aparadora a domicilio obtenía una paga, pero el trabajo del resto de la familia no contaba o no se pagaba. Ahora, en el taller, el trabajo de mano es realizado por una trabajadora a quien se le paga.

Está claro que la presión para alcanzar una productividad más alta, provocada por los salarios a destajo del aparado, generalmente no

afecta de manera igual a los trabajadores a domicilio y a los de los talleres. El trabajo de mano y la organización y ordenación de los lotes son aspectos clave del proceso que, en un caso, se tienen en cuenta y en el otro no. Pero todavía es más importante el hecho de que en los talleres las tensiones que surgen respecto a cómo se hace el trabajo se sitúan en el contexto de las relaciones laborales entre compañeros de trabajo o entre trabajadores y propietario y desafían específicamente la organización del trabajo in situ, aun cuando, como en el caso del taller de Clara Cardona, la mayoría de los trabajadores tengan relaciones de parentesco cercano. En casa las cosas son bastante diferentes; allí las tensiones que surgen están densamente entretejidas en el seno de las responsabilidades y emociones de la familia. La madre de Marisol, por ejemplo, relata que se ponía «muy nerviosa» cuando no podía ayudar a su hija con su trabajo, porque tenía que cuidar a su padre anciano. Así, las tensiones derivadas de una organización particular de la producción se convierten en una parte muy real de la vida familiar, una situación bastante similar a la de la familia distribuidora de trabajo de Roberto y Mónica. Ello recuerda las dependencias y tensiones que surgían en las familias aniagueras cuarenta años antes, pero aquí también observamos cómo los sentimientos familiares se imbuyen de la racionalidad asociada con la productividad de una empresa. Para los que están implicados está claro que los miembros más débiles de la familia (los enfermos, los viejos, los discapacitados) o bien son una carga para el conjunto de la productividad o bien son explotados por un patrón a través del miembro de la familia que consigue el trabajo a domicilio.

LA TRABAJADORA A DOMICILIO NO ESPECIALIZADA

Aunque las aparadoras que trabajan a domicilio se encuentran en una situación relativamente buena en el mercado laboral, todavía tienen que prestar atención a su reputación local como buenas trabajadoras, no chapuceras, porque dependen de las fábricas, los distribuidores y los talleres locales. Otras trabajadoras a domicilio del proceso de fabricación de calzado tienen aún menos posibilidades de planificar la más mínima estrategia. Se trata de las mujeres que cubren con piel los moldes de plástico de los tacones, la fase del forrado del proceso de producción asumida por las mujeres a quienes Roberto y otros distribuidores reparten trabajo.

Conchita Gamero, de sesenta años y hermana del padre de Marisol, es una de esas personas. Su padre era jornalero y su madre hacía soga para suelas de alpargata. Conchita, a quien encontramos en el capítulo 4, empezó a trabajar a los once años. A los veinticuatro se casó con un jornalero y empezó a trabajar en una fábrica de conserva en el cercano Dolores. Cuando llegaron los años de la sequía, se fueron a Elche, pero su marido tuvo problemas para adaptarse a las rutinas laborales de la fábrica y se sentía desconectado de su grupo de amigos y familiares de Catral. Así que volvieron y ella consiguió otra vez el puesto en la fábrica de conserva.

En este punto queda clara la interfaz entre las nuevas posibilidades del mercado y las presiones familiares. Cuando el marido de Conchita empezó a emigrar a Francia como trabajador agrícola, su madre cuidaba a los niños y cocinaba para ella. Después, una vez más, su marido sufrió un fuerte sentido de alienación, como le había pasado antes en sus intentos de encontrar empleo fuera de los espacios familiares. En consecuencia, volvió y empezó a trabajar como albañil, porque era una ocupación más estable, dijo ella: «No dependía del clima».

La fábrica de Dolores cerró y Conchita empezó a coger trabajo a

domicilio, haciendo trenza de cuero durante un tiempo, pero los encargos no llegaban de manera continua. Después de unos cuantos años de trabajar como albañil, a principios de los ochenta, su marido enfermó gravemente de cáncer y entonces fue cuando le pidió a Roberto que le diera trabajo forrando tacones, porque era más seguro y regular y podía ganar más. No le gusta esta tarea –daña las manos, que se pelan completamente a causa de la cola tóxica–, pero lo hace para ayudar a su hijo que va a la escuela de magisterio.

La opinión de Conchita respecto a Roberto es probablemente un poco ambivalente. Es muy consciente de hasta qué punto él explota su vulnerabilidad, pero también observa cuán condicionado se ve por su respetabilidad como hombre responsable de la comunidad. La actitud de Conchita hacia el Estado es mucho menos ambivalente. Recuerda haber tenido muchos problemas con el sistema de la seguridad social durante toda la enfermedad de su marido, con el hospital, con la pensión de discapacidad, porque los patronos de él no habían cumplido con sus obligaciones a la seguridad social. Después de su muerte los problemas continuaron, esta vez con la pensión de viudedad. Durante su enfermedad, su marido y su hijo la habían ayudado en su trabajo, para que pudiera hacer más, pero para ella los días eran largos y a menudo acababa bien pasada la medianoche.

Conchita hacía ese trabajo no solo para sobrevivir, sino para darles a sus dos jóvenes hijos mejores oportunidades en la vida, mediante la educación. Los intentos de su marido de resolver el déficit persistente en los ingresos familiares se adecuan al patrón que ya hemos visto en los antiguos jornaleros. Pero Conchita expresa un fuerte sentimiento de estar atrapados en un ciclo frenético que no les permitía progresar. De alguna forma, su trabajo tenía que transformarse en una inversión de futuro a más largo plazo, lo que, según ella, se resumía en la idea de la educación formal: «Mis hijos van a estudiar (...) mis hijos, aunque tenga que arrastrar la lengua por el suelo, van a estudiar, aunque solo sea para que aprendan donde tienen la mano derecha (...) porque el que no sabe no encontrará nada y el que sabe siempre encontrará» (SN-GS 1995).

EL TRABAJADOR DE LA FÁBRICA

La mayoría de los trabajadores de los que hemos hablado son mujeres, lo que refleja el hecho de que la mujer constituye la mayor parte de la mano de obra de la industria del calzado. Eso se debe en parte al hecho de que las mujeres se encuentran en la posición precaria asociada con el trabajo a domicilio o su extensión en un taller. En una entrevista, el alcalde lamentaba el hecho de que los hombres no estaban preparados para asumir el trabajo de aparado tradicionalmente asociado a las mujeres, y al centrarnos ahora en el caso de un joven trabajador de fábrica empezamos a ver una perspectiva de género sobre la movilidad.[7] En la carrera del sobrino de Conchita, Tomás Ramírez Gamero, observamos que los hombres jóvenes pueden recurrir a formas de movilidad para hacer de las oportunidades de trabajo iniciales la base para el tipo de planes de futuro a largo plazo que Conchita se esforzaba por facilitarles a sus propios hijos.[8]

Durante nuestro trabajo de campo en 1995, cansados de buscar talleres oscuros o de distraer constantemente a trabajadoras a domicilio con nuestras preguntas mientras trataban de alcanzar sus cuotas, nos solíamos retirar a un bar, donde hablábamos con alguno de nuestros jóvenes amigos sobre lo que habíamos acabado de experimentar. Un día, uno de nuestros amigos sugirió que nos encontráramos con él y algunos otros en la huerta, donde haríamos una gran paella y hablaríamos de trabajo, política, la vida y... bien, de todo. Fue en ese ambiente relajado y colectivo en el que Tomás y sus amigos nos contaron la mayor parte de lo que sigue.

Después de hablarnos de sus padres, Tomás destacó que, aunque, en general, se podía decir que venía de una familia jornalera, por parte de madre, y de albañiles, por parte de padre, en realidad en ambos lados había habido numerosos cambios, tanto de trabajos como de poblaciones. Entonces continuó hablando de su propia experiencia laboral, aparentemente inconsciente de que su propia vida repitiera

modelos del pasado. En 1985, con dieciocho años, acabó el instituto y encontró trabajo por medio de un amigo de su padre que tenía una pequeña fábrica de zapatos. Era muy pequeña, unas diez personas en el montado y la envasa. Los hombres jóvenes trabajaban en el montado, mientras que las mujeres jóvenes hacían la envasa, y se les pagaba a destajo. Él podía ganar unas 15.000 pesetas por semana y su madre lo ponía todo en una libreta de ahorros, excepto un poco de dinero que él se quedaba para sus gastos.

Un año después, se marchó a trabajar a otra pequeña fábrica semilegal que le ofrecía ganar más: 15.000 pesetas por semana como salario base más unas primas según la productividad. Aunque lo que atrajo a Tomás fue ese aumento, resultó que el propietario no pagaba regularmente, no pagaba lo que debía y siempre estaba pidiendo horas extras, que tampoco pagaba. La manera como Tomás respondió a la situación es interesante. Sentía que ese hombre se estaba aprovechando de él, así que se quejó al propietario, que le replicó: «Pues lo tomas o lo dejas». Aunque no utilizó específicamente el término respeto, estaba bastante claro que Tomás sentía que su jefe lo había puesto en una situación humillante e insostenible. No obstante, no respondió inmediatamente al desafío, pero empezó a hacer planes para irse. No tenía ningún contrato y, por lo tanto, ninguna capacidad de maniobra, así que se quedó durante un año, pero empezó a pasar parte de su tiempo libre preguntando aquí y allá a los amigos y haciendo correr la voz de que buscaba un cambio, y ahora tenía una experiencia provechosa adquirida directamente en el trabajo. Al final, un amigo, capataz de la fábrica Robins, le consiguió un puesto en la cadena de montaje. Pero, como a tantos obreros de fábrica, a menudo se le acercaban –su amigo capataz directamente u otros– para que hiciera otras tareas. Muchas veces iba a la fábrica para descubrir que su ocupación ese día era de conductor, llevando trabajo a pequeños talleres y trabajadoras a domicilio.

Al principio, Tomás tuvo que acceder a trabajar sin un contrato y, en su lugar, confiar en la palabra de su amigo el capataz, pero finalmente consiguió un contrato de seis meses y después contratos anuales, aunque con condiciones. Por ejemplo, tenía que transformar en horas extras gratuitas sus vacaciones pagadas,

estipuladas en el contrato, y también tenía que hacer ciertos pagos bajo mano a la seguridad social. Trabajaba de ocho de la mañana a ocho de la tarde con una hora y media de descanso para comer.

Después de dos años en Robins, durante los cuales empezó a ver a amigos de su cuadrilla que pasaban a realizar trabajos del sector servicios que requerían una (mínima) formación certificada, Tomás deseaba vivamente hacer cursos nocturnos de formación.[9] Le pidió a su superior una hora extra libre para estudiar y, cuando se la denegó, dejó el empleo. Después de algunos meses sin trabajo, fue contratado en otra pequeña fábrica semilegal. Se le pagaba un salario fijo y podía salir a las siete de la tarde e ir a cursos nocturnos para obtener su título de bachillerato y tener la oportunidad de entrar en la universidad. Trabajó allí nueve meses y después fue a la Escuela de Magisterio de León, su primera experiencia de vivir tan lejos del Bajo Segura. Como sabíamos de los pocos recursos de los que disponía la familia de Tomás, le preguntamos cómo consiguió financiar ese cambio de vida. Nos respondió que cobraba su subsidio de desempleo y también recibía una beca del Gobierno. Ahora es un maestro sin plaza que sobrevive haciendo sustituciones por la región.

Merece la pena comentar la naturaleza particular del movimiento de Tomás por sus varios trabajos. A diferencia de las mujeres, que cuentan con un abanico más amplio de oportunidades laborales en la industria del calzado, los hombres jóvenes tienen pocas, porque los trabajos masculinos (cortar, aplicar cola, montar el zapato) son menos intensivos y se pueden beneficiar fácilmente de las innovaciones técnicas.[10] Tampoco es probable que los hombres hagan trabajos a domicilio, lo que restringe más sus oportunidades. Aparte de estas limitaciones, las relaciones de trabajo en la fábrica también producen situaciones de confrontación. Los conflictos parecen surgir con bastante frecuencia entre los trabajadores y los patronos en el entorno de la fábrica: los trabajadores protestan, intentan reclamar sus derechos. Sin embargo, aunque los propietarios de las dos fábricas más grandes de Catral fueron una vez enlaces sindicales, se ha desarrollado muy poco la idea de que los sindicatos podrían servir de ayuda bajo estas condiciones. Como consecuencia, los hombres jóvenes tienen imágenes como la siguiente que nos ofrece Tomás:

Si los trabajadores no se quejan es porque tienen miedo de perder su puesto de trabajo y no poder conseguir otro. Si uno se queja, lo despiden, y luego ya no puedes encontrar trabajo en ningún lado, porque se corre la voz entre los empresarios. Mi primo, por ejemplo [el hermano de Marisol] hacía mucho tiempo que trabajaba de cortador en una fábrica. Entonces él y otros compañeros se quejaron porque querían subir de categoría y que les pagaran más. Los echaron a la calle y él nunca más pudo encontrar trabajo en Catral. Ahora trabaja en una fábrica de Crevillente (SN-GS 1995).

Este relato de la solidaridad de clase de los patronos en respuesta a las demandas de los obreros es un reflejo de los procedimientos de los terratenientes frente a los jornaleros y, especialmente, respecto a los jornaleros vinculados a la República. Pero la práctica de Tomás de moverse entre fábricas y, finalmente, incluso fuera de la región –tanto para hacerse con una mínima capacidad de maniobra y, por lo tanto, reforzar su situación como simplemente por necesidad–, también recuerda las estrategias de los jornaleros antes de la llegada de la industria del calzado.

El papel del movimiento en la experiencia laboral de Tomás contrasta fuertemente con las condiciones estructurales y, en consecuencia, con las subjetividades de las mujeres cuando buscan opciones laborales. Oír hablar a Tomás sobre su movimiento dentro y fuera de las varias fábricas nos hizo pensar en una pareja que conocimos en una cuadrilla de amigos, unos quince años mayores que la gente con la que estábamos comiendo paella. En efecto, Gavin los había conocido hacía muchos años y su hijo incluso había pasado algún tiempo aprendiendo inglés en casa de la hermana de Gavin. Habíamos visto a Celia, la mujer, justo una semana antes y Gavin había notado qué cansada y abatida parecía estar. En cambio, la recordaba durante los primeros tiempos de su trabajo de campo como una persona enérgica y llena de vida.

Celia está casada con Mariano, que trabaja en una fábrica que hace envases para productos de la huerta (tomates, alcachofas, etc.). Con el declive de la agricultura local, el propietario de la empresa

original, al ver que los pedidos escaseaban, decidió cerrar. Eso fue a principios de los ochenta y, animados por las políticas del Gobierno con respecto a las cooperativas, los obreros emplearon sus propios ahorros y créditos para comprar la empresa y empezar a funcionar como cooperativa. Sin embargo, el giro esperado en la agricultura nunca llegó y, como las presiones aumentaban, Mariano acabó discapacitado por problemas de salud, efecto de la bebida y de medicamentos, que, a su vez, fueron consecuencia directa de las incertidumbres de su trabajo. Celia había ocupado su tiempo con sus hijos, pero, tan pronto como el menor llegó a la adolescencia, ella empezó a buscar trabajo.

Celia se veía como un ama de casa sin experiencia que intentaba entrar en el mercado laboral con poco que ofrecer. Empezó por contar su historia, recordando continuamente la generosidad de las personas que estaban por encima de ella. Decía que era afortunada porque le dieron empleo en una fábrica de zapatos, por medio de contactos personales. Aunque esa fábrica de zapatos era una de las más grandes de Catral, su trabajo específico era tan poco especializado que lo describía como «ocasional» y no era ni siquiera apta para el contrato con seguridad social que Tomás había conseguido. Pese a todo, Celia trabajaba días enteros y a menudo horas extras, siempre por debajo del salario mínimo.

A lo largo de los años que la hemos conocido, mientras su salud empeoraba, empezamos a observar que esa mujer profundamente respetuosa y conservadora reconocía lo injusto, según sus palabras, de las condiciones de su empleo. Sin embargo, hablaba de ello con una reticencia extrema y nunca en presencia de otros miembros de su cuadrilla. La contradicción entre la realidad de las condiciones de su pesado trabajo y la respetabilidad que ella busca precisamente a través del salario que este le proporciona es sorprendente. Cuando nos fuimos de la zona, Celia se mostraba optimista. Había encontrado una solución, nos dijo. A través de la mujer del alcalde, a la que encontraba los domingos en misa, se había asegurado un puesto en otra fábrica un poco mejor pagado.

Pensando en Celia y otras como ella, mientras Tomás acababa el relato de su vida laboral, comentamos que estábamos impresionados por cómo al final había conseguido hacerse maestro,

y nos preguntamos si sus cambios de trabajo habrían sido diferentes si él hubiera sido una mujer. La gente que estaba alrededor de la mesa pensó inmediatamente que se trataba de una pregunta interesante y provocativa, y se suscitó una discusión muy animada.

Esteban, otro miembro de la cuadrilla, que tenía nueve hermanos, era soltero y estudiaba farmacia, decía que hoy en día toda la gente joven está pillada por las hipotecas de sus pisos, los préstamos de sus coches y demás, y temen perder sus empleos. Esa es la razón por la que aceptan condiciones laborales terribles. Tal como Esteban lo ve, son sus nuevos hábitos de consumo lo que los hipotecan literalmente a sus patronos, a través de los bancos. En ese sentido, Esteban utiliza bastante explícitamente el viejo término hipoteca humana. Muchos jóvenes –sin ninguna experiencia directa del viejo sistema de trabajo– utilizan ese término y, por lo tanto, evocan los sentimientos a los que alude. Después, mientras habla, Esteban se vuelve hacia su hermana. Gema trabaja para Robins.

Gema tiene un contrato «normal». Está en nómina, con lo que puedes ver un cierto salario de acuerdo con su categoría, por ejemplo 80.000 pesetas al mes. Pero en realidad le pagan a destajo, por el trabajo que hace, según el número de pares que produce. Además, el empresario le descuenta de su salario sus obligaciones a la seguridad social, él lo coge de los salarios de sus trabajadores. Si hay mucho trabajo, Gema puede ganar más dinero de lo que dice oficialmente su nómina, pero si hay poco trabajo, puede suceder que incluso le deba dinero a su patrón (SN-GS 1995).

Esteban acaba diciendo que es un escándalo que la gente no se organice, que no haya delegados sindicales reconocidos en las fábricas. «Pero la gente no quiere problemas –dice– porque están pillados por el piso, el coche y todos los otros gastos, y no pueden perder el trabajo». Así pues, Esteban relaciona el tema de la falta de poder en el puesto de trabajo con los modelos de consumo y, después, introduce en este vínculo la noción de hipoteca humana. Cuando acaba, vincula la creación del consentimiento a través del endeudamiento, en sí mismo animado e inducido por una cultura

del consumo, a sus efectos sobre la política, sobre el modo en el que inhibe las capacidades de la gente para efectuar demandas colectivas. Queda muy claro que, para el joven Esteban y sus amigos de 1995, sus posibilidades de organizarse para reclamar sus derechos legales en relación con la seguridad social, por ejemplo, o con salarios adecuados están hipotecadas por el sistema de créditos inherente a los modelos de consumo actuales.

Recae sobre las mujeres la mayor parte de la presión que surge cuando el consumo requerido para conseguir la respetabilidad social y el deseo personal se ve severamente condicionado por unos ingresos bajos e inseguros. Así, Diego, estudiante de veterinaria, retoma los comentarios de Esteban y explica que el temor de su hermana Pilar de hablar en voz alta es una forma de hipoteca. Pilar, que también está sentada a la mesa, forma parte de una cohorte decidida a tener un matrimonio moderno y para ella, como para sus amigas, lo que hace moderno un matrimonio es la cantidad de bienes de consumo que ella pueda aportar al matrimonio. Dice que, si protesta, perderá su trabajo y se correrá la voz a las otras fábricas. Después, tendrá necesidad de otras cosas, especialmente los sucesivos pagos del piso para ella y su novio. «Se ha hipotecado al mercado», dice Esteban, mientras Diego asiente.

Mientras seguimos la conversación, queda claro que la alusión de Esteban a las viejas prácticas de la hipoteca humana abarca más; se extiende más allá de la dependencia de las deudas causadas por el consumo. Y es este carácter abarcador lo que le lleva a usar el término hipoteca. En 1995, la ley obligaba a los patronos a pagar un porcentaje de la seguridad social de los trabajadores, la cuota patronal. Esteban y sus amigos se turnan para explicar cómo funcionaba ese sistema en la Vega Baja.[11] La mayoría de fábricas cierran durante dos o tres meses, normalmente en verano, cuando la demanda es más baja, y ello pone a las empleadas jóvenes en una situación precaria. Para evitar una interrupción en sus cotizaciones a la seguridad social, mientras las despiden durante esos meses, Gema y Pilar (y otras mujeres jóvenes como ellas) pagan ellas mismas las primas completas. Además, por si no fuera suficiente, cuando empieza otra vez la temporada, como condición para ser recontratada, la empleada tiene que pagar dos o tres meses a la seguridad social tanto de su parte como de la parte de la empresa.

La mayoría de los patronos de las pequeñas empresas consideran los pagos a la seguridad social como uno de los gastos más opresivos (y de hecho, como consecuencia de ello, muchos acumulan grandes deudas al Gobierno; Benton, 1990) y hacen todo lo posible para evadir o reducir sus pagos; una manera de reducir este gasto es obtener empleados que paguen de manera ilícita los meses iniciales de la parte que le corresponde a la empresa. Los pagos estivales durante los despidos y los pagos extraordinarios para recuperar el trabajo son, en realidad, para mantenerse dentro del sistema, y, en consecuencia, Esteban y sus amigos se refieren a ellos como hipoteca: una tasa que uno tiene que pagar, no para conservar su casa, sino para seguir siendo una persona socialmente viable en todos los sentidos.

CONCLUSIÓN

Mientras trabajábamos el material que constituye la primera parte de este libro, quedamos impresionados de hasta qué punto las tensiones dialécticas entre fijación y movimiento ofrecían unas armas esenciales del proceso de explotación. En la segunda parte hemos observado que esos elementos siguen siendo esenciales para la constitución de una economía regional –es decir, una economía que emplea lo local como rasgo de su reproducción– a la vez que, con todo, asumen características muy diferentes. Nos ocuparemos de estos asuntos de manera más extensa en nuestro capítulo final; ahora nos limitaremos a añadir nuestras propias reflexiones a la interpretación con la que Tomás, Esteban y sus amigos explican la economía política actual en la que viven.

Mantengamos en nuestras mentes las experiencias muy diferentes de Teresa, Celia y Gema o Pilar. Somos muy conscientes de cómo a lo largo de la historia se ha usado el endeudamiento como medio para condicionar el grado de libertad del trabajo cuando llega al mercado para negociar con el capital; en pocas palabras, el uso de la deuda para crear dependencia, para hacer que el trabajo no sea libre. Sin embargo, en este caso concreto, vale la pena destacar una serie de inversiones. La primera y más visible es la idea de Celia de que el trabajo se le da como un don de unos superiores con respecto a los cuales está, por lo tanto, en una situación de deuda perpetua. Celia, a diferencia de Gema y Pilar, no se ha implicado en un sistema ilícito de pago a la seguridad social, algo de lo que ella queda excluida por su marginalidad. Ni tan solo está capacitada para ello.

Lo que parece de alguna manera específico de la hipoteca humana en la que los otros están atrapados es su inversión insistente de la economía del contrato, de manera que produce un contrato social que asegura la inclusión, la inclusión obvia en la recontratación anualmente repetida en el mercado de trabajo, pero, por extensión,

la inclusión en el conjunto del mundo social, que en gran medida se expresa a través del consumo. La deuda de los patronos respecto al trabajador –la responsabilidad de pagar un salario y una parte de las obligaciones a la seguridad social– se invierte para convertirse en la deuda de los trabajadores al patrón, detrayendo de su salario normal o por medio de trabajo a destajo no reconocido un porcentaje adicional de las obligaciones a la seguridad social (además de su parte). O, recordando la práctica de décadas anteriores, los patronos se niegan a pagar su parte de los sellos de la cartilla de un jornalero, que, por lo tanto, tiene que confiar en que el patrón lo cubra en caso de accidente o enfermedad, es decir, para ver reconocidos sus derechos sociales. Poner los cupones atrasados en la cartilla de la seguridad social hacía posible la «entrada» del trabajador en el contrato social del bienestar. Así pues, hay un primer endeudamiento establecido desde el principio como parte de la relación de trabajo en sí misma y, como demuestra claramente el concepto hipoteca humana, este invierte la relación trabajo/capital en la que la mano de obra –una posesión del trabajador– tiene que ser comprada por el patrón.

En este sentido, mediante un contrato implícito o explícito, la mano de obra no es una posesión libre del trabajador, está sujeta a una hipoteca para reproducirse como tal. En consecuencia, el impulso actual del Estado a las así llamadas prácticas laborales flexibles invierte el propio significado de la seguridad social. Ya no es ni un regalo otorgado (selectivamente) por un estado fascista corporativista ni un derecho del ciudadano social (Marshall, 1963) bajo el capitalismo del bienestar (Esping-Andersen, 1990); la seguridad social en forma de hipoteca humana remite a una deuda del subordinado, cuyo pago trata de iniciar el proceso que podría asegurar la inclusión –en el mercado de trabajo y, de ahí, en la sociedad de consumo–, aunque de ninguna manera la garantiza. Solo necesitamos añadir hasta qué punto, en el contexto de una economía regional como la de la Vega Baja, se trata de un proceso selectivo, personalista y, de manera esencial para su eficacia, inestable.

Hemos recurrido al ejemplo de las prácticas específicas, pasadas y presentes, condensadas en el concepto hipoteca humana para demostrar aquí nuestro punto de vista, pero cualquiera de las

relaciones descritas en las páginas precedentes podrían interpretarse bajo esa óptica. Ello nos permitiría hablar de la viabilidad genuinamente social de la región, no solo de su viabilidad como economía (regional).

En este capítulo hemos tratado de ofrecer una idea de la variedad de actores de la zona y la complejidad de sus relaciones sociales. Tras observar las transformaciones más tempranas de los medios de subsistencia en el capítulo 5 –corredores, intermediarios agrícolas convertidos en industriales y empresas familiares–, en este capítulo hemos centrado nuestra atención en las denominadas actividades de producción y comercialización flexibles, tomando como ejemplo la industria del calzado.[12] Creemos que estas imágenes de las vidas de la gente real que trabaja en una economía regional arrojan luz sobre la utilidad de conceptos de moda como la flexibilidad –de la empresa, de la mano de obra y del trabajador individual–, el ubicuo y supuestamente nuevo trabajador emprendedor y el también omnipresente capital social (Putnam, 1993; Portes, 1998).

Como podíamos esperar, cada uno de estos términos encaja de una manera u otra. Y, sin embargo, cada uno remite a un tipo de homogeneidad que no consigue explicar las maneras concretas como las prácticas sociales originan las relaciones humanas o cómo las realidades particulares de la historia modelan la reproducción social y sus contradicciones inherentes. Oscureciendo y mistificando las relaciones y contradicciones, cada uno de estos términos se hace ideológico; ideológico (en vez de críticamente analítico) porque sirve a los propósitos prácticos de los agentes económicos y políticos dominantes en vez de servir para las exploraciones heurísticas de la investigación social. Por lo tanto, que también los investigadores los usen para analizar la realidad social es problemático, porque todos estos conceptos vienen cargados por su necesidad de servir a los objetivos programáticos de los que tienen el poder de dar forma a la historia, dominar a la gente e influir en sus subjetividades.

---

1. Jorge trabajó en ese taller, que se había extendido a la casa de sus padres, hasta 1986. Entonces trasladó sus actividades a Crevillente, donde se quedó hasta 1994. En 1986, su fábrica

contaba con doscientos empleados. Como hasta ese momento fabricaba sandalias, al parecer no necesitaba el trabajo a domicilio de las aparadoras.

2. Dos años después, tuvo que empezar a fabricar las suelas directamente, porque su amigo no quería seguir dependiendo exclusivamente de un cliente.

3. Dada la pobreza de la tierra, es una ironía que el Realengo naciera por medio de un plan de colonización en el marco del programa franquista de reforma agraria. El pueblo ofrece una mísera imagen de calles cuadriculadas, sin un centro propiamente dicho y con pocas áreas para las relaciones sociales. También es significativo que, estando situado entre Crevillente, donde se habla valenciano, y Catral, castellanohablante, sus habitantes no se sienten miembros de ninguna de las dos comunidades.

4. Cuando hay menos trabajo, hacia el final de la temporada (la fábrica cierra en agosto), la mano de obra aparadora desciende hasta setenta mujeres. Amanda dice que se quedan las más veteranas (pero probablemente ese término también se refiere a las que han sido más tiempo leales y no buscan trabajo en otra parte) y las «mejores» trabajadoras.

5. Más adelante observaremos que algunas trabajadoras a domicilio también han descubierto el medio de «racionalizar» así el viejo sistema de subcontratas.

6. Los salarios de Catral eran inferiores: un hombre con el mismo trabajo ganaba 625 pesetas diarias. En aquel momento, el jornal agrícola de las mujeres era de 825 pesetas.

7. Existe una interesante contradicción entre lo que nos contó Jorge, el principal capitalista de la zona, y lo que nos explicó el alcalde, el principal líder político. Ya hemos visto que Jorge proclama haber tenido la iniciativa de introducir en Ivanshoes la formación de aprendices. Pero el alcalde socialista, José Ramírez Muñoz, afirma que la iniciativa fue suya y nos dice que pensó en poner en marcha un programa de aprendizaje para que los hombres aprendieran a hacer el trabajo de aparado, no solo para dar solución al cuello de botella que generaba este trabajo en el proceso de

producción, sino también para combatir el desempleo de la mano de obra masculina: «He intentado convencer a algunos empresarios de que ofrezcan cursos de aparado para que los hombres aprendan a realizar esa tarea. Pero los empresarios prefieren contratar a jovencitas y enseñarles en la fábrica a hacer únicamente el trabajo que ellos necesitan y nada más. Por lo tanto, esas chicas solo saben cómo aparar lo que les han enseñado, de manera que, cuando esos empresarios ya no las necesitan [en una fábrica concreta], ellas no saben cómo aparar cualquier otro tipo de zapato. Yo quería ofrecer un curso completo de aparado para que cualquier persona pudiera aprender cómo hacer cualquier tipo de aparado para cualquier tipo de zapato» (SN-GS 1995). Nosotros le replicamos que ello generaría una mano de obra formalmente cualificada, que tendría que ser contratada con salarios más altos, lo que no interesaba a los empresarios.

Los dos hombres, no solo reclaman para sí la iniciativa de la formación in situ, sino que Jorge argumenta precisamente lo contrario que el alcalde: que no quería verse obligado a dar trabajo a sus aprendices. Al decir eso, Jorge manifiesta la confusión en la que se encuentran los dos, porque él se refiere a un programa nacional para poner en marcha un tipo de formación que le obligaría a contratar a los aprendices. Sin embargo, cabe destacar que lo que incita a buscar una solución no es el problema social en sí mismo, sino el cuello de botella que ese problema genera en el proceso de producción, en la economía. Lo que se considera prioritario es el funcionamiento del conjunto del proceso de producción de calzado en la zona. El problema real es el cuello de botella en la producción, por lo que algunos hombres solo podrían encontrar empleo ocasionalmente.

8. También nos hemos dado cuenta de que, dentro de la propia fábrica, se selecciona a los hombres para las tareas importantes, lo que sugiere que la movilidad tiende a ser más posible para los hombres que para las mujeres.

9. Las cuadrillas son grupos de amigos que normalmente se forman en el instituto y a lo largo del tiempo mantienen un alto grado de solidaridad (véase Cucó i Giner, 1990).

10. Como en el caso de los procesos de cortado y moldeado, que

ahora se pueden hacer por medio de ordenadores y herramientas CAD/CAM.

11. La siguiente narración no se basa únicamente en los testimonios que oímos en esa ocasión, sino en materiales recogidos a lo largo de nuestro trabajo de campo.

12. Aunque el calzado constituye el principal producto industrial de la zona, podríamos habernos centrado en la producción de alfombras o en la de juguetes y muñecas, también muy importantes.

Capítulo 7

CULTURA DE LA POLÍTICA Y POLÍTICA DE LA CULTURA

La cultura... ya no constituye un medio para resolver la lucha política, una dimensión más elevada y profunda en la que nos podemos encontrar simplemente como miembros de la humanidad; en lugar de ello, el término cultura forma parte del léxico del propio conflicto político.

TERRY EAGLETON, The Idea of Culture (2000: 38)

ESPACIO POLÍTICO E INVENCIÓN CULTURAL

Un día a mediados de los años ochenta Gavin estaba sentado en un bar con su amigo Pablo. La conversación había girado en torno a la Guerra Civil. Pablo se reía y bromeaba con su amigo inglés: «¿Por qué a los ingleses les gusta tanto escribir y hablar de la Guerra Civil? Todos los tochos sobre la Guerra Civil han sido escritos por ingleses.[1] Nunca he conocido un inglés que al final no empiece a hablar de la Guerra Civil». Pablo, profesor en una escuela de diseño de la cercana Orihuela, era entonces un hombre de treinta años, casado y con dos hijos pequeños, que había pasado sus años de estudiante en Madrid mezclándose en el mundo de los actores y artistas. Hacía poco que había sido seducido por la política municipal (como socialista). «Bien, puede que tengas razón –respondió Gavin–. Pero seguro que eso contrasta claramente con lo que ocurre aquí». Hubo un silencio prolongado y un ligero cambio de humor, de la broma a la reflexión. Al final, Pablo, mirando por la ventana a un perro que vagaba perezosamente por la carretera, dijo: «No hay una verdadera política en Catral. Eso es porque nunca la ha habido. Nunca ha habido ningún enfrentamiento político en Catral. Esa es la razón por la que nadie se implica demasiado en estos debates políticos».

Los capítulos anteriores desmienten la visión de Pablo del pasado político de Catral, pero también dejan claro cuán profundamente enterrados están los recuerdos de la confrontación política para la mayoría de la gente adulta de Catral. Para la mayoría de la gente de la edad de Pablo o más joven tales recuerdos sencillamente no existen. ¿Qué significa eso para la manera como la política se desarrolla en las vidas de las personas de la Vega Baja? No será nada sorprendente descubrir que la respuesta varía de una persona a otra, pero también es verdad que, cuando nos acercamos a mediados de los años noventa, encontramos a muchas personas que dejan de lado la política en beneficio del mundo más real y manejable de la vida cotidiana. Aunque el giro hacia la cotidianidad

por falta de entusiasmo hacia la política pública está muy extendido en las democracias modernas, observamos un precedente importante entre la gente de la Vega Baja. Escribiendo sobre la «cultura popular en los "Años del Hambre"», Helen Graham señala:

El vacío dejado por la autorrepresión de la memoria personal y colectiva se llenó por medio de una mitología alternativa de las cosas –el pan blanco, el aceite de oliva, la carne, «la comida de aquellos días de antes de la Guerra», el jabón, un buen retal, la vivienda–, nada sorprendente en ese entorno de escasez. Ese proceso de sustitución constituye lo que Manuel Vázquez Montalbán ha denominado «la despolitización de la conciencia social "orquestada"» (1996: 241-242).

Sin embargo, a ese sentido de alienación respecto a la política entre la mayoría de la gente corriente, se yuxtaponen los requisitos del aparato político y de la planificación económica movilizados por las instituciones dedicadas a tales materias: el ayuntamiento, las diferentes grandes empresas de la zona, los representantes sindicales locales, los institutos de nivel regional, los consultores y otros. La gente que se ve a sí misma actuando en esos espacios sociales necesita mediar entre la política que exigen sus trabajos y la alienación de la política que se expresa en la atención a la vida cotidiana. Una noción clave que sirve de puente en tal mediación es la cultura. Esta noción y esta mediación constituyen el tema de este capítulo.

En la introducción remarcamos que los tipos de actividades de subsistencia que se encuentran en la Vega Baja y en otras partes –se llamen informalización, flexibilidad, producción dispersa o lo que sea– han conducido a intentos de socialización de la economía. Empresas y hogares, empresarios y trabajadores, mercados y redes de intercambio –como hemos visto en los capítulos anteriores– se distinguen, en todo caso, por unos límites extremadamente borrosos. La ciencias sociales convencionales, especialmente las influidas por la economía neoclásica, han tratado de explicar este tema haciendo el mercado más «social» o redescubriendo el hecho

evidente de que la economía (largo tiempo separada del resto de la actividad social en sus teorías) está verdaderamente insertada en un extenso abanico de acuerdos sociales y prácticas culturales. Este tipo de reformulación teórica ha surgido de los estudios de las economías regionales y ha sido especialmente aplicada a estos.

Entre los analistas políticos se ha producido una retirada análoga de las fórmulas y, de manera coincidente o no, ha ocurrido precisamente respecto a la valoración positiva de los conceptos mismos que consideramos tan claves en el caso de la Vega Baja: vida cotidiana y cultura. A menudo en la antropología y los estudios culturales se sugiere que hasta ahora se ha prestado una atención insuficiente a lo que se toma como evidente de la vida cotidiana. Con demasiada frecuencia, afirma de Certeau (1984), hemos observado solamente la Política con mayúsculas y las grandes figuras de la historia y esto nos ha cegado ante la vida de la gente corriente.

Asimismo, a menudo se apunta que la expresión política se ha vuelto cultural (Melucci, 1982, 1996; Escobar, 1992a, b). La política –se arguye– ya no trata sobre las maniobras por el poder o la retórica tradicional de los procesos electorales. La bibliografía anterior había tratado de descubrir qué categorías predefinidas de personas podrían verse implicadas en un tipo particular de movimiento político –los agricultores medianos frente a los ricos, los zapateros pero no los sombrereros, las mujeres urbanas de clase obrera pero no las rurales de clase media, y así sucesivamente–. En cambio, la aproximación más reciente propone que los movimientos heterogéneos, con frecuencia localizados, pueden inducir por sí mismos identidades culturales. En palabras de Laclau, «la producción de un efecto construye la identidad del agente que lo genera» (1990: 211). Los movimientos sociales se convierten en luchas sobre el valor cultural de características clave del mundo interactivo, la capacidad para poner de manifiesto un conjunto de valores frente a otro que hasta ese momento había prevalecido (Touraine, 1992).

Es en el seno de este tipo de discurso donde podemos observar cómo la cultura se convierte en un recurso clave en el mercado social y político. ¿Cómo se aplica esto a la Vega Baja? ¿Hasta qué

punto el énfasis de la gente local (sin mencionar el de los nuevos teóricos sociales) en la cotidianidad refleja un nuevo tipo de praxis política? ¿Hasta qué punto la introducción persistente de la cultura en la política (local, regional y nacional) anuncia un nuevo tipo de ciudadano políticamente comprometido?

Hemos visto que la nueva sociología económica ha tratado de reformular la noción de economía. Para responder a estas preguntas, tenemos que preguntarnos cómo han reformulado las nuevas teorías políticas un concepto anterior de política; después, necesitamos situar este discurso anterior frente al momento histórico de la España rural que estamos examinando. En primer lugar, visitaremos una versión ideal-típica de lo que han reemplazado las teorías políticas culturales más recientes. Es lo que podríamos denominar la visión liberal, jacobina, de la política. Para el jacobino, el ciudadano tenía que ser arrastrado fuera de la vida íntima familiar para participar en la esfera pública (Walzer, 1989). Ser un ciudadano plenamente responsable era participar en los debates públicos y las instituciones formales de la nueva sociedad moderna. En esa imagen, lo que hacía política una práctica era precisamente que era pública y no estaba relegada al mundo privado de la familia o la comunidad. De hecho, el ciudadano liberal era capaz de hacer elecciones racionales precisamente porque había sido liberado de las influencias primigenias de la familia o la comunidad. Necesariamente, ser racional era estar desenraizado, salirse de las veloces corrientes de la historia para quedarse al margen y calcular fríamente el propio interés. Y el progreso se podía medir según el creciente número de ciudadanos que se congregaban en la catedral de la razón, barriendo sectores cada vez más amplios de la esfera pública hacia la sociedad civil y dejando en los márgenes el mundo antiguo de la comunidad y la religión. Esta historia liberal del camino hacia la ciudadanía tiene su equivalente en la economía marginalista que la nueva sociología económica trata ahora de reemplazar.[2]

Pero el peligro de aplicar a nuestro propio escenario el tipo de teoría política más reciente, más orientada culturalmente, es que el concepto liberal de la política propiamente dicha que trata de superar no es el antecesor del mundo político actual de la gente de la Vega Baja. Tenemos que recordar que fue precisamente contra el

ideal y la práctica de la política liberal por lo que luchó la causa nacional-católica y por lo que Franco trató de dirigir el futuro de España, lo que remite a unos antecedentes muy diferentes para la comprensión actual de la política entre los diferentes actores que se encuentran en la Vega Baja. Así pues, tenemos que pensar la política sin la teleología liberal que normalmente acompaña al término en nuestro propio uso. Y tenemos que hacerlo a pesar del hecho de que la retórica neoliberal de una elite política esencialmente dirigista sirve para sugerir que en España verdaderamente se ejerce la política pública del ideal liberal.

Considerando estas coyunturas muy particulares –la coyuntura de una nueva sociología económica y la aparición de modos de ganarse la vida personalizados, la coyuntura de una teoría política más orientada culturalmente y la historia particular de España respecto al liberalismo–, el paisaje político de la Vega Baja se llena de falsos indicadores que oscurecen los caminos históricamente trillados de la vida real.

Empezaremos nuestra exploración con tres intentos de formulación de una cultura política de la zona. No hace falta decir que no se trata de un ejercicio al que se dedicaran espontáneamente muchos de los trabajadores corrientes con los que hablamos; estas explicaciones provienen de tres intelectuales orgánicos situados de manera diferente (Gramsci, 1971; Smith, 2004a, b): un economista familiarizado con la economía regional, dos activistas locales de Comisiones Obreras y el alcalde de Catral.

El científico social

En algún momento de principios de los años ochenta, después de que Gavin hubiera acabado su trabajo de campo inicial, le dieron a conocer un artículo sobre las actividades económicas informales en el área del suroeste de Alicante. Estaba escrito por un científico social local que había trabajado en la zona desde hacía tiempo y había sido muy activo en los sindicatos que tomaron la iniciativa

después de la muerte de Franco. El artículo describía, aunque a grandes trazos, el precio social pagado cuando las condiciones laborales son «informalizadas». Explicaba la falta de trabajo seguro y de seguridad laboral; se refería a los problemas que derivaban del trabajo a domicilio y a las dificultades que tenían los sindicatos para proteger a los trabajadores corrientes bajo este tipo de condiciones. También remarcaba que, como las actividades económicas informales no engendraban las clases de infraestructuras sociales proporcionadas normalmente por las instituciones «no económicas» (créditos bancarios, pólizas de seguro, incluso conexiones viales, etc.), existían unos límites persistentes de hasta qué punto las pequeñas empresas capitalistas podían desarrollarse en otras más grandes y productivas.

Unos diez años más tarde nos encontramos hablando con este mismo científico social. La copia original del artículo que tenía Gavin se había deteriorado con los años y le preguntó si podía conseguir otra copia. El autor le respondió que sí, de hecho, el artículo ahora estaba publicado y nos dio en mano una separata. Esa noche leímos el artículo en su versión publicada. Los datos eran los mismos, las cifras y las tablas estadísticas las mismas, la descripción general de la economía también permanecía igual... pero las condiciones de falta de seguridad en el trabajo habían desaparecido, como lo había hecho la falta de trabajo seguro, las dificultades derivadas del trabajo a domicilio e incluso las limitaciones en el crecimiento del capital. En su lugar, encontramos un mundo excitante en el umbral de un nuevo tipo de vida económica. Ahora había potencial para una amplia variedad de actividades productivas, una gran adaptabilidad de una actividad manufacturera a otra, una mano de obra con un amplio conjunto de destrezas y una antigua cultura del trabajo y el ahorro, así como organismos municipales y regionales dispuestos a ofrecer diferentes ventajas en infraestructuras. El artículo acababa destacando una variedad de cuestiones que frenaban este potencial, siendo la más notable de ellas la cantidad limitada del capital para inversión en la zona.[3]

Los activistas sindicales

Durante nuestro trabajo de campo habíamos intentado hablar con una variedad de personas lo más amplia posible, no solo trabajadores de todo tipo (parados, viejos y jóvenes y otros) sino también propietarios de empresas, distribuidores, propietarios agrícolas y comerciantes. También buscamos a representantes sindicales de todos los niveles y, como resultado, un día nos encontramos en una delegación sindical de Crevillente. Dos jóvenes sindicalistas trataban de transmitirnos el carácter distintivo del proceso laboral de la industria de alfombras y otras pequeñas empresas de la zona. Hablaron de la historia laboral del trabajador medio, en la que este trabajaba un año más o menos en una empresa y después cambiaba a otra, posiblemente de un sector diferente. Hablaron del trabajo a domicilio y de las largas jornadas laborales. La imagen resultante fue la de una familia de gente ahorradora:

Después de unos años, [dijo uno de ellos] a menudo un hombre dejará su trabajo y, casi sin ahorros, intentará abrir su propio pequeño taller. Casi no tiene capital y tiene que usar una maquinaria realmente vieja, pero cuenta con el trabajo de su mujer y tal vez de uno o dos hijos, posiblemente incluso un hermano o un amigo. Esa situación hace que esos trabajadores de los que depende trabajen muchísimas horas para llevar adelante el negocio de ese hombre. Eso ofrece una fuerte motivación para las largas horas de trabajo desagradable que encuentras por aquí (SN-GS 1995).

Tal vez, uno de nosotros pareció confundido o poco convencido. Por la razón que fuera, el otro joven sindicalista dijo: «Se trata de la especial cultura del trabajo que hay aquí, en esta parte de Valencia. Estamos hablando del trabajador emprendedor». Al pronunciar esta última expresión, él sabía que estaba echando mano de una palabra altisonante de una nueva ciencia social. Cuando seguimos hablando, quedó claro que él no estaba especialmente contento con el término; incluso apuntó que la parte empresarial de ese proyecto familiar requería una contrapartida de autoexplotación entre otros

miembros de la familia. Pero al pronunciar el término, fue como si se hubiera establecido algo, se hubiera encajado algo en el lugar que le correspondía, aunque el encaje no fuera demasiado perfecto.

El alcalde del pueblecito

Unos pocos días más tarde, en julio de 1995, nos encontramos en el despacho del alcalde de Catral, del PSOE. Inicialmente no le preguntamos qué estaba haciendo para favorecer la economía de la zona. En vez de eso, empezamos a hablar sobre su vida y su familia. Antes de ser alcalde había sido profesor de instituto y ahora su mujer trabajaba en una de las fábricas de zapatos locales. La conversación pasó a las condiciones de trabajo y rápidamente se deslizó hacia la descripción del calor en la fábrica y de un sistema de ventilación que era tan malo que su mujer estaba empezando a sufrir dolencias respiratorias. Eso parecía una referencia directa a los tipos de condiciones sociales de las vidas de la gente corriente que un alcalde socialista podría tomar muy en serio; sin embargo, cuando le preguntamos cuál consideraba que era su tarea principal como alcalde, su lenguaje pareció cambiar a una jerga intencionadamente economicista. Sobre todo, dijo, su objetivo era atraer a empresarios a Catral para «dar» de esta manera trabajo a la gente del pueblo. Las condiciones laborales, los problemas medioambientales, sí, por supuesto que existían, pero eran los contratiempos necesarios de una economía en marcha.

Tal como lo veía, su tarea como alcalde era llevar la inversión pública hacia la creación de la infraestructura local que se necesitaba en el polígono industrial del pueblo para estabilizar y atraer la industria. Dijo que la economía sumergida era general a toda la zona, en la que los trabajadores cerraban acuerdos con los patronos de manera individual. No había explotación, dijo. Las empresas daban trabajo a las personas que no lo tenían. Uno tenía que entender la situación global de las empresas: «Las empresas tratan de subsistir. Si hostigamos a los patronos, será un problema. No les podemos pedir más». Su prioridad era crear un tejido

industrial estable, crear las condiciones para la expansión industrial:

Si hay trabajo, hay dinero y el pueblo funciona. Uno tiene que dejar la iniciativa a las personas... Nosotros [el PSOE] somos pragmáticos. Los conservadores [refiriéndose a un alcalde de la época franquista] habían resuelto el tema de las infraestructuras –carreteras, electricidad, etc.–. Pero nosotros tenemos que servir al pueblo, aunque uno tiene que tener prioridades. Durante los últimos años, la economía ha sido buena para el pueblo (...) tenemos que actuar para que se beneficie el pueblo (SN-GS 1995).

Su trabajo es hacer que la gente encuentre trabajo y luego conseguir que esa gente trabaje. El alcalde ilustró esta última frase destacando un obstáculo específico para atraer más empresas de zapatos a la zona. Durante mucho tiempo las aparadoras de Catral habían sido una orgullosa característica del mapa cultural. Pero un elemento clave del proceso de producción, el trabajo de la aparadora, se había convertido en un cuello de botella debido a la escasez de aparadoras. Habló de programas de formación que podrían reconvertir a los numerosos hombres parados hacia esta línea de trabajo, pero después enumeró una serie de dificultades para hacer que tales programas funcionaran: la reticencia de las empresas a cubrir los costes de formación en un mercado laboral fluido, la cultura machista que disuade a los hombres de aprender el trabajo de las mujeres, etc. Le señalamos que el ejemplo de las aparadoras no parecía ajustarse bien a la idea de que son las empresas las que dan trabajo a la gente que necesita trabajar; en cambio, parecía que las empresas necesitaban a las aparadoras de manera clara y, por lo tanto, era la gente trabajadora la que daba (o dejaba de dar) a las empresas lo que necesitaban (véase, e.g., Pollert, 1998). Él se rió de esta imagen.

En ese punto, quisimos retomar la conversación sobre las condiciones laborales de su mujer y su precaria salud. Cuando lo hicimos, su gesto indicó inmediatamente que consideraba de mal gusto el cambio de registro de su proyecto público a (¿las contradicciones con?) su proyecto familiar y, excusándose diciendo

que tenía trabajo apremiante, nos pidió acabar la entrevista.

* * *

Estos tres casos no son especialmente sorprendentes. Todos ellos ponen de manifiesto el tipo de lenguaje que surge con las políticas socioeconómicas que focalizan en el desarrollo de las economías regionales. Si quisiéramos volver atrás, a 1978, cuando Gavin empezó a trabajar por primera vez en la Vega Baja, encontraríamos un contexto discursivo muy diferente. Esa tendencia ya se puede observar en la trayectoria de nuestra primera historia y encontramos esta diferencia una vez y otra en 1995, cuando volvimos a visitar a la gente de aquel tiempo. La gente que se había referido con orgullo a sus padres, madres o abuelos como trabajadores (tal vez aniagueros, tal vez jornaleros) ahora modificaba el marco de referencia: no, eso había sido solamente un recurso frente a las dificultades –su abuelo o madre había tenido una vez una pequeña explotación o había llevado un pequeño taller, pero cuando esas actividades fracasaron se vieron obligados a convertirse en trabajadores–.[4] Aquel discurso de finales de los años setenta también aceptaba mejor la posibilidad de corrientes sociales divergentes, incluso conflictivas, porque la gente trabajadora y los pequeños empresarios ofrecían explicaciones claramente diferentes del «mejor de todos los mundos posibles». Al menos en el nivel local, no se había desarrollado ningún modelo de futuro. En este capítulo seguiremos el camino desde entonces hasta nuestro encuentro con el alcalde en 1995.

Nos interesa ver cómo la ubicuidad del tipo de lenguaje usado en estas tres narraciones más recientes enmascara las especificidades de una multitud de corrientes políticas potenciales, cuya naturaleza fragmentada y vacilante, además, hace posible la amplia aceptación de este lenguaje (incluso para un científico social progresista, unos activistas sindicales y un alcalde socialista). La mayor parte de lo que tenemos que decir ilustra las condiciones que hacen posibles los silencios, la selección y las opacidades necesarias para la invención de figuras culturales como «el trabajador emprendedor» o una

«cultura regional» positiva y comprehensiva, lo que a su vez hace posible la figura retórica de la «economía regional». La invención de una cultura regional positiva que cuadra tan bien con el nuevo discurso hegemónico de la flexibilidad y el post-fordismo solo puede realizarse mediante la negación de las realidades históricas que producen la actual cultura de la política.

Los tres casos anteriores ilustran intentos de las personas que participan en la esfera política de producir una cultura que represente a la región como una economía en marcha, en el contexto de una idea muy extendida entre la gente corriente de que, en el mejor de los casos, la política pública es irrelevante, y, en el peor, una amenaza activa para el desarrollo apropiado de la vida cotidiana. La región como economía –una economía análoga a una fábrica o negocio– requiere una cultura pública a pesar de la alienación de la gente local. La consecuencia es que la cultura virtual reemplaza a la historia real, y, no obstante, funciona; tiene una resonancia y una funcionalidad no por su sensibilidad respecto a las sutilezas de la vida cotidiana, sino porque el espacio de la política pública ha sido imbuido de formas de regulación social interpersonales, fortuitas e idiosincráticas tan persistentemente que puede derivar hacia una política de la cultura llena de sus propios discursos y ajena a las complejidades de las relaciones y prácticas sociales históricamente enraizadas.[5] Tenemos que demostrar esta perspectiva con evidencias históricas, pero aquí insistiremos en que la creación de las condiciones sociales que hacen surgir una economía regional «flexible», «que proporciona respuestas» y «adaptable» parte de experiencias históricas específicas, la mayoría no muy agradables. Experimentadas a lo largo del tiempo, esas condiciones históricas generan una idea fragmentada y confusa de cultura común, a la vez que hacen posible la implantación de una versión pública de lo que puede llamarse cultura regional.

«TODO HA QUEDADO ATADO Y BIEN ATADO»

Una calurosa noche de verano estábamos entrevistando a algunas trabajadoras rurales ya mayores a propósito de las actividades y los sentimientos socialistas de su juventud, cuando se hizo el silencio entre nosotros, como si pasara un ángel. Nos miramos los dos dubitativamente, y entonces una de las mujeres sonrío nerviosa e, incluyendo a los antropólogos con las trabajadoras, dijo: «De un modo u otro, pronto estaremos todos presos otra vez», y todo el mundo se río mientras retomábamos la conversación. Pero el comentario llenaba el ambiente mientras proseguíamos nuestras discusiones. Eso fue en 1995, veinte años después de la muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975. Durante ese tiempo habían pasado los años de transición de 1976 a 1979, durante los cuales el ex franquista y tecnócrata presidente del Gobierno Adolfo Suarez había dominado la escena política nacional. A partir de 1982 habían llegado los años de Gobierno del PSOE con Felipe González. Y, el marzo siguiente, el partido de derechas de Aznar iba a llegar al poder.

Si queremos compartir incluso el sentido más fragmentario e inadecuado del mundo cotidiano de la gente retratada en este trabajo etnográfico, tenemos que intentar dejar en suspenso nuestros sentimientos de seguridad, posiblemente de indiferencia, sobre las transiciones políticas, grandes o pequeñas, de nuestras propias vidas. En efecto, es precisamente este último tipo de pensamiento lo que ha conducido a la imagen dominante de «la nueva España». El periodo posterior a la muerte de Franco se presenta a menudo como un cambio que casi quita el aliento: España pasando de un régimen totalitario a una democracia sin derramamiento de sangre; España recorriendo en tan solo unos pocos años el viaje histórico hacia la modernidad y el desarrollo que había costado siglos a los otros países europeos. Y (aparentemente) todo había sido perfectamente planeado desde el principio. Según esa lectura, sobre todo hubo una serie de ajustes

tectónicos en la sociedad posibilitados no por intereses de clase egoístas, sino por unos tecnócratas inteligentes y la delicada mano modestamente conductora de un monarca ilustrado.

Esta interpretación adolece por lo menos de dos problemas. El primero es que se trata, en esencia, de una visión muy particular de cómo podría establecerse la democracia de manera apropiada en la vida política de la gente –lo que Michael Mann (2000) ha llamado «democracia orgánica»–, no un tipo de democracia que surge como resultado de las luchas entre varias clases y grupos de interés que buscan su lugar en el cuerpo político, sino una democracia perfeccionada y moldeada por una elite autoritaria hasta entonces que observa las perspectivas alternativas a su punto de vista no como parte del discurso de la democracia abierta, sino como una amenaza al proyecto organicista global (véase también Pérez Díaz, 1993). Un segundo problema es que, para que tal visión organicista de la vida política española alcanzara cualquier tipo de autenticidad, no solo se tenía que borrar el pasado, negando la legitimidad de las luchas republicanas contra el golpe de estado de Franco, sino que, en consecuencia, se tenía que ocultar el papel de la oposición política de la gente corriente en el presente.[6]

Esta visión de la reciente historia política española puede encajar bien con el autoritarismo bienpensante de la «tercera vía» de la Europa actual y la mano dirigente de los tecnócratas europeos; también se ajusta a los silencios crónicos sobre la política represiva en la Europa occidental fascista compartidos por los antropólogos profesionales de la zona, casi todos anglófonos (en cambio, véase Collier, 1987; Kasmir, 1996).[7]

Pero, dejando atrás los años cuarenta y cincuenta de momento, ¿encaja esto con el modo en el que Franco había traspasado las riendas del poder? La transición no empezó en la mañana del 21 de noviembre de 1975. De hecho, en consonancia con su obstinada y poco imaginativa vida, Franco tardó un tiempo casi eterno en morir y pasó la mayor parte del periodo preparando su partida. En 1969, con setenta y seis años y enfermo de párkinson, nombró a Juan Carlos de Borbón, hijo del pretendiente al trono, como heredero y sucesor suyo (de Franco). Decidido a que su senilidad no fuera el anuncio de un régimen nuevo y liberal, ese mismo año transfirió su

poder a Carrero Blanco, de la línea dura del régimen, que se convirtió en presidente del gobierno. Dos años antes, Franco había decretado su «Ley Orgánica», que le permitía vetar cualquier reforma que pudiera restringir sus poderes. Es bien conocido que, a la vez que cedía el poder a otros, acabó el año asegurando a los españoles, en la que iba a ser la divisa de navegación de sus años crepusculares, que «todo ha quedado atado y bien atado» (Preston, 1993: 748).

Como hemos dicho, el periodo siguiente vio una serie de gobiernos temporales que, de modos diferentes, trataron de dar respetabilidad a la vida política española, enfatizando el papel de los compromisos de alto nivel entre diferentes líderes políticos, económicos y sindicales y minimizando la idea de que la nueva apertura significaría un diálogo general entre posiciones políticas en conflicto. Esa actitud hacia el presente y el futuro de España significaba también una actitud específica respecto al pasado inmediato de España, respecto al papel de los que habían dado su apoyo a la República y respecto a la legitimidad de los puntos de vista políticos que se hubieran podido mantener bajo la represión franquista.

Ninguno de esos periodos ha sido interpretado de manera uniforme por los habitantes de la Vega Baja. Mientras que la prensa extranjera anunciaba la transición con una sorpresa casi generalizada de que los españoles pudieran hacer las cosas de una manera tan tranquila y tan bien hecha, el ambiente en Catral era de nerviosismo e intranquilidad. Para los agricultores mejor situados que no se habían pasado al comercio, parecía realmente el final de una era, su era. Para los que habían aprovechado los cambios en las relaciones de propiedad como oportunidades de beneficio a corto o largo plazo, la transición parecía ser la cara pública de la clase de sociedad civil comercial en la que participaban. Vieron esta situación como una oportunidad para expandir el terreno de sus prácticas económicas y sociales hacia la política formal local y nacional. Éste es el tema que trataremos en el tercer apartado de este capítulo.

Sin embargo, para la mayoría de la gente corriente, los años venideros se presentaban como contradictorios y confusos, unos

sentimientos que no se desvanecieron en absoluto con la llegada al poder de los socialistas en 1982, de lo que nos ocupamos en el cuarto apartado. Para algunos, los enfoques del nuevo gobierno estaban filtrados por el pasado franquista, que les había hecho asociar de manera casi preconsciente socialismo con falta de Dios y de respeto. Pero había otros para quienes la llegada del socialismo había sido durante años un sueño imposible. No obstante, pocos de ellos vieron en el Gobierno nacional del PSOE una expresión de su propia actividad como socialistas. Ello tuvo que ver en parte con su idea de lo que significaba la política pública (una idea confirmada después por los sucesivos casos de corrupción que afectaron al PSOE a nivel nacional y provincial). Pero también tuvo que ver con una suerte de resignación ante la historia de España. Temiendo la imparable derrota de los socialistas (que serían reemplazados por el conservador Partido Popular en 1996), un viejo líder jornalero comentó: «Así es como es. Como los niños en la escuela, tuvimos un tiempo de recreo en el patio, pero los maestros nos llamarán a clase muy pronto».

Por remoto que nos parezca lo que acabamos de leer, deberíamos recordar la naturaleza retroactiva de la ley franquista de responsabilidades políticas de años anteriores, que había convertido cualquier apoyo a la República en un crimen castigable de manera retroactiva. También deberíamos recordar que, por poco sangrienta que fuera la reformulación de la sociedad española, su naturaleza dirigista y tecnocrática negó la historia de aquellos que estaban en la parte inferior de la escala social (precisamente la metáfora que usa el jornalero) que habían luchado y sufrido en una generación anterior, deslegitimando con ello su comportamiento político y los tipos de represión que habían soportado en tiempos de Franco. Fue (y es) como si España no necesitara ningún LePen que negara la colaboración del régimen de Vichy, ningún Fini que avalara los años del fascismo de Mussolini. El trabajo de la extrema derecha en esos países fue realizado aquí con guante blanco por los tecnócratas del Opus Dei.[8]

Así pues, la política significaba cosas muy diferentes para gente distinta y, sin embargo, había una atmósfera política común compartida desde el pasado, un ambiente en el que las extremidades de la expresión política habían sido estrechamente

constreñidas y estaban faltas de ejercicio. En consecuencia, cuanto más hemos investigado el tema de la política, más lo hemos encontrado bien evasivo o bien demasiado complejo. Había mucha gente cuyas familias habían estado inmersas en relaciones de dependencia aniagueras que estaban dispuestas a dejar la dirección política a aquellos (¿los nuevos caciques?) cuya posición social e inclinación personal les llevaba a ella, y a sacar provecho político tirando de la cuerda que los conectaba a esa gente. Las líneas de conexión de la política nacional con la provincial y con la municipal (y otras similares dentro de los sindicatos y las organizaciones políticas instituidas) podrían considerarse como pasillos, tortuosos y oscuros, pero transitables por aquellos familiarizados con ellos. Los que no habían estado tan atrapados en vínculos de dependencia, especialmente los jornaleros, bien podrían no haberlo negado. Pero era una verdad que les desagradaba. Cuando, a veces, conocíamos a gente como esta que se encontraba ocupando un cargo político formal local, más o menos de bajo nivel, siempre hablaban de su puesto en términos apologéticos, a menudo explicando cómo habían sido «reclutados» del auténtico mundo de sus vidas cotidianas y, desde luego, trabajadoras, para actuar en esas posiciones tan incómodas. Hay muchos que utilizan ese discurso concreto; en realidad, se escapa de las bocas de la mayoría de políticos desvergonzados que sirven a sus propios intereses. Pero en el caso de estas personas, se decía con un sentimiento real y con honestidad: la vergüenza de la política, el honor del trabajo.

No obstante, este mapa es demasiado simple y el lector que haga uso de él sin consultar de cuando en cuando a un lugareño que le indique las direcciones se verá perdido. Sobre todo tenemos que comprender la cultura de la política como el resultado de una trayectoria histórica en la que la praxis se sintió siempre en términos de una tensión personal terrible y de un conflicto interno, una parálisis que ha precipitado la caída de la identidad colectiva actual de la zona. Así, en el quinto apartado de este capítulo, discutiremos los intentos de reconstrucción cultural como sustitutos de la expresión política en un contexto en el que la regulación social particularista caracteriza la zona, tanto en la economía informalizada de hoy en día como en las relaciones de poder que la precedieron e hicieron posible la denominada economía regional.

«TECNOS» FRENTE A «DEMOS»

Tal como hemos apuntado, el periodo de transición tras la muerte de Franco fue testigo de un discurso que destacaba la importancia de una dirección tecnócrata para llevar a España hacia una ilustración liberal, junto a la necesidad de que los líderes sociales debían negociar una entente cordiale en vez de hacer que la sociedad, con sus diferentes clases y grupos de interés, explorara las tensiones y los conflictos del discurso político abierto (en su sentido más amplio). Esa posición, que podría denominarse «neocorporativismo», choca con la idea de que «la lucha de clases y su institucionalización» constituyen procesos esenciales en el marco de la democracia liberal (Mann, 2000: 23). En la Vega Baja, la difícil tensión entre la democracia populista y la democracia tecnocrática neocorporativista originó el debate y el conflicto, pero, al hacerlo, desveló cómo se injertaba el nuevo tipo de dirigismo en las viejas formas del caciquismo.

A nivel nacional, Adolfo Suárez, democristiano convencido, había sido nombrado presidente del Gobierno en 1976; todavía no había habido elecciones y se trataba de un gobierno provisional que tenía como principal objetivo la elaboración de una nueva constitución. Durante el año siguiente, los principales partidos políticos se preocuparon por establecerse a nivel nacional y provincial,[9] y las elecciones de junio de 1977 llevaron al poder al centro-derecha de la UCD. A lo largo de ese periodo, España afrontó una crisis económica, con oleadas de huelgas en 1976. En ese contexto, los guardianes de la política pública lanzaron el mensaje de que la política democrática consistía en la negociación, no en la confrontación. Los partidos tenían que llegar a acuerdos; el Gobierno, los patronos y los sindicatos tenían que llegar a acuerdos. Los acuerdos –argumentaban los tecnócratas de la nueva España– eran la base de la democracia; la más ligera confrontación suponía una amenaza terrorífica.[10] Poco después de llegar al poder, Suárez diseñó los Pactos de la Moncloa, en los que los principales partidos

políticos aceptaron la necesidad de una política de austeridad, que inevitablemente afectó a la capacidad de los sindicatos para presionar a los intereses empresariales, que siempre contaron con el apoyo de la Dictadura. Sin embargo, las primeras elecciones se habían celebrado antes de la elaboración de la constitución. En diciembre de 1978, hubo un referéndum constitucional y después elecciones generales, en marzo de 1979, en las que la UCD obtuvo de nuevo la victoria, y poco después, en abril, tuvieron lugar las primeras elecciones municipales. Así pues, entre 1978 y 1979 hubo unos seis meses de debate político en Catral.

Como consecuencia del discurso en el que se enmarcó la transición, el debate político en Catral excluyó a la mayor parte de la población. Los dirigentes del PSOE y del PCE sintieron que había llegado el momento de hablar en voz alta de sus programas y del pasado, e hicieron lo posible para aprovechar un foro público clausurado durante muchos años. Pero no tenían ninguna oportunidad de ganar, por diversas razones. En primer lugar, tenían en su contra la realidad política de los años inmediatamente anteriores. El largo periodo de represión política, combinado con un elemento menos ominoso pero casi tan efectivo –el hecho de que la falta de democracia había convertido las discusiones políticas en algo completamente abstracto y sin valor práctico–, dejó la palabra a los tercos personajes de siempre, conocidos por sus sentimientos, si no por su afiliación política real. Además, el hecho de que ni en el PSOE y ni en el PCE, ni siquiera entre los más atrevidamente optimistas, existiera confianza alguna de tener la más mínima oportunidad de ganar las elecciones confirió un aire de incredulidad a sus campañas. La opinión general era que la UCD iba a barrer, en parte porque la opción dirigista había convencido con facilidad; mucha gente sentía que los pulcros tecnócratas del régimen anterior, recién modernizados y con la cara lavada, tan importantes en el planteamiento de las reglas del nuevo juego político, eran los únicos que sabrían realmente cómo hacer que todo funcionara. En la Vega Baja, ese sentimiento se combinó con un elemento anterior de la situación política que no se alejaba del viejo sistema de patronazgo, según el cual la infraestructura política se imaginaba como una pendiente hacia arriba. Mucho más que las plataformas políticas (la mayoría irrelevantes en la Vega Baja), lo que parecía importante en la elección de un representante era su capacidad de

tirar de la manga de alguien que estuviera más arriba de la pendiente. Ello significaba, sobre todo, que la competición política se consideraba un juego en el que uno tenía que apostar por el caballo ganador, e incluso los militantes más convencidos del PSOE y del PCE votaron con esa idea.

Se trataba de un punto de vista tan extendido que cualquiera con ambiciones serias de obtener un cargo político tenía que subirse al carro de la UCD. Entre ellos, el más destacado en Catral fue Juan Manuel Aguilar Gómez, cuyo caso es muy representativo de la situación en la Vega Baja. La UCD encajaba en gran medida con personas muy conocidas y emprendedoras como Juan Manuel Aguilar. Entre esas personas había pequeños industriales y comerciantes, pero también los que habían invertido en los diferentes sectores económicos, acumulando tierra (por la seguridad que ofrecía, para especular o para hacerla producir) a la vez que actuaban como almacenistas o se implicaban en las industrias locales. Con todo, en la UCD existía un tenso debate entre dos puntos de vista enfrentados sobre la naturaleza de la democracia representativa: uno, populista; el otro, corporativista y tecnocrático.

Juan Manuel Aguilar se consideraba a sí mismo de clase media y, como tal, representativo del futuro de España.[11] Según él, el futuro iba a ser una España democrática; democrática en el sentido de dar voz política a los que ya habían alcanzado una cierta actividad económica, emprendedores como él que se habían beneficiado no tanto de la tierra heredada como del uso de sus diferentes fuentes de capital para adquirir explotaciones agrícolas medianas que combinaban con actividades no agrícolas. Sin embargo, a pesar de su entusiasmo por la nueva democracia, Juan Manuel Aguilar tenía una idea muy personal de lo que esta significaba. Consideraba que aquellos sin confianza en sí mismos y que, en su opinión, no tenían ideas políticas para implicarse de lleno en el debate, no existían de hecho en el mapa político. Pero había otra tendencia, a la que Juan Manuel Aguilar caracterizaba como más a la derecha; los defensores de esa tendencia sostenían, según él, que, en la medida en que los «votantes medios» no eran capaces de valorar el desarrollo técnico potencial de la zona, representaban una amenaza para la nueva España, que vislumbraban como un tipo de sociedad tecnocrática.

Juan Manuel Aguilar fue el fundador de la UCD en Catral. La ejecutiva del partido se reunió para elaborar una lista de once nombres para las elecciones municipales. Los candidatos tenían que postularse cuarenta y ocho horas antes de que se sometieran a la votación de todos los miembros de la ejecutiva. El resultado fue de siete votos frente a cinco a favor de la facción de Juan Manuel Aguilar, que favorecía posibles compromisos con la izquierda si ello aseguraba la victoria. Sin embargo, los miembros de la otra facción no aceptaron la derrota. Leyeron detenidamente los estatutos del partido y descubrieron que las listas de los municipios con menos de 25.000 habitantes tenían que ser elegidas directamente por la ejecutiva provincial del partido (aunque, en la práctica, esta aprobara normalmente la lista propuesta por el municipio en cuestión). Entonces la que Juan Manuel Aguilar llamaba «facción derechista» recurrió a Alicante, donde la ejecutiva también estaba dividida, pero en sentido contrario (trece a ocho). Así, esa mayoría de la ejecutiva provincial eligió una nueva lista, que no incluía a ninguno de los candidatos de la facción de Juan Manuel Aguilar. Acto seguido, la facción excluida dejó el partido y con ella la mitad de los afiliados locales. Después hicieron una campaña activa contra la nueva lista, pero no a favor de otro partido.

En relación con esa situación, Juan Manuel Aguilar observa dos cuestiones importantes: en primer lugar, el recurso a la influencia de los mejor situados en la jerarquía política frente al apoyo democrático de las bases, es decir, la distinción entre las viejas maneras de hacer política y las nuevas formas democráticas; en segundo lugar, su compromiso contra una suerte de política de mando dentro del propio partido (que acepta el liderazgo de los que están más arriba) acompañada del exclusivismo que solo admite entrar en conflicto con los que no están en el partido.[12]

No obstante, repetiremos que Juan Manuel Aguilar y sus contrarios dentro de la UCD no tenían discrepancias con respecto a la voz democrática de la mayoría de la gente de Catral, jornaleros, empleados de talleres y trabajadoras a domicilio. La experiencia pasada del ejercicio del poder y sus efectos sobre la opinión democrática establecieron la base sobre la que se erigió el nuevo orden. Llegamos a esta conclusión cuando observamos cómo se parecen el punto de vista de Juan Manuel Aguilar y el del último

superviviente de la terrateniente familia Lara, Emilio Muñoz Lara (también médico del pueblo):

Todavía hoy hay gente educada a la manera tradicional que me preguntan a quién deberían votar, por ejemplo, los que trabajan en mi finca, porque se sienten obligados con el amo. Yo les digo que voten como crean que deben hacerlo.

Todavía tengo mucha influencia, porque fui el más votado en las elecciones a la Cámara Agraria; pero no acepté el puesto, porque no estaría bien tener un médico que interfiere en todo... Sin embargo, en las últimas elecciones municipales pude haber sido elegido alcalde con facilidad. Solo tenía que apuntarme a cualquier lista e ir a visitar amigos. Pero no lo hice, porque habría significado tener que tomar partido en las elecciones y después me habría ganado enemigos cuando me hubiera visto obligado a negar ciertos favores (GS 1979).

Emilio, que se considera ideológicamente próximo a los socialistas, es consciente de que el sistema de partidos implica un tipo de solidaridad pública que estorba las redes personalizadas de las que ha dependido durante toda su vida. A pesar de la idea poco menos que pintoresca que Emilio tiene de su vida y de su papel en el Catral contemporáneo, su opinión de la política pública no es en absoluto idiosincrática. Ya sabemos que durante la larga dictadura franquista evitar la esfera pública implicó para la mayoría de la gente un silencio casi absoluto. Pero durante el periodo entre 1978-79, es preferible hablar de una «política de segundo plano». En cierto modo, la gente no estaba ni aburrida de la política ni la consideraba irrelevante. Pero para la mayoría de los habitantes de Catral la propia palabra política era sinónima de un cierto deseo de poder que, por esa misma razón, ponía en entredicho el carácter personal de los que querían dedicarse a la política. Los que tuvieron cargos políticos durante los años cincuenta y sesenta habían sido muy arrogantes y abiertamente corruptos, y habían abusado del poder. Era un modo de demostrar su fuerza. Durante los primeros meses del golpe de estado de Franco muchos miembros del Movimiento

rural asumieron su deber con celo misionero, a la vez que lamentaban el hecho de que los viejos caciques ocuparan muchos puestos de poder local en lugar de los auténticos defensores de la causa. La mayoría de veces no consiguieron desplazarlos, pero, incluso cuando lo hicieron, el cinismo del régimen logró muy pronto vencer a los políticos locales en todas partes: ser alcalde fascista implicaba ser una persona a la que se debía respeto público, pero a la que se despreciaba en privado. Existía un modelo anterior de personaje político público: los que habían tenido cargos durante la República; pero a lo largo de los años que habían pasado desde entonces, la gente había acabado por considerar tales figuras como idealistas irresponsables e incultos cuyo liderazgo político equivocado había causado desgracias y sufrimientos (Robles Egea, 1996; Cazorla-Sánchez, 1999).

Como consecuencia de ese pasado, ahora aparecía una especie de estrategia evasiva frente a los políticos. Era como si hubiera un campo de la interacción cotidiana y el trabajo individual en el que la persona responsable podía actuar con un cierto grado de integridad y responsabilidad y otro campo que era o bien efectivo pero peligroso o bien inútil y pretencioso, alejado de lo que se podía alcanzar en la práctica.

Todo esto se puede enmarcar en la ambivalencia tanto del pasado como del futuro. Por una parte, existe el sentimiento inevitable de la vergüenza suprimida que sentían algunas personas cuando ocultaban los sucesos del pasado –el campo de concentración de Albatera, a tan solo 4 kilómetros, donde gente local había sido ejecutada sumariamente; la suerte de un anciano vecino que incluso en los años sesenta todavía no podía obtener documentos para viajar a causa de su pasado republicano; la mujer que dice de su padre que «era anarquista, pero era un buen padre»–. Por otra parte, están los modos recurrentes como se traicionaron las esperanzas de futuro después de la muerte de Franco. Posiblemente no se trataba de programas anunciados o planificados abiertamente, sino de un borrón y cuenta nueva con respecto a las viejas maneras, tal vez para permitir unas condiciones laborales mejores, un estado más atento o más dignidad.

La cuestión es que, durante esos pocos meses de finales de los años

setenta, la gente puso a prueba la nueva situación. Al principio, los más atrevidos económicamente entraron en la esfera pública, principalmente porque veían el futuro de sus propias empresas vinculado a los objetivos de desarrollo del nuevo Estado tecnocrático. Pero la situación también provocó controversias entre esa misma gente y, al hacerlo, en los años posteriores a la victoria de la UCD, incorporó a otros al diálogo. Como era de esperar, las figuras del pasado y los cargos o la posición social que ocupaban no se distinguían fácilmente: atacar a aquellas implicaba atacar también a estos.

[Noviembre 1978] Esta mañana estaba en el bar donde contratan a los jornaleros. La práctica consiste en que a uno le sirven –un café, un coñac, etc., y otro y tal vez otro– y solo paga cuando se va. Entonces, el camarero utiliza la memoria como si fuera un superhombre, recordando la cuenta de cada persona. Todavía se hace más difícil por la práctica de invitar a otros, con lo que se crea deuda. Cuando uno se va, le pide al camarero la cuenta. Él dice tanto. Tú contestas que no, que tenías un coñac después un café, después una cerveza, y él replica rápidamente: el primer coñac lo ha pagado Juan (que, por supuesto, se ha marchado); el café es tuyo, pero la cerveza, la ha pagado Fernando, etc. De esa manera, invitar confiere respeto y, a la vez, establece un orden jerárquico que luego se traslada a la calle. Invitar y dejarse invitar te inserta en una jerarquía tanto si te gusta como si no...

Hoy estaba en la barra con Tomás Gómez [el cabeza de familia de una vieja familia de grandes labradores] y con Balaguer, alcalde [franquista] durante mucho tiempo nombrado a dedo. Cuando se iban, le pidieron al camarero la cuenta. «Está pagada», replicó. Ellos parecieron sorprendidos [en ese bar de trabajadores, probablemente eso nunca había pasado]. «¿Quién ha pagado?», preguntó Balaguer, el alcalde. El camarero señaló con la cabeza a un viejo jornalero apoyado al otro lado de la barra. Su cara era como de piedra, sin expresión. Balaguer y Tomás, sintiéndose insultados, salieron apresuradamente del bar con gesto digno. Después de que salieron, el ambiente se llenó con un repentino murmullo que se convertía ocasionalmente en risas. El viejo jornalero tenía ahora una sonrisa

bien grande en la cara. Los tiempos están cambiando (GS 1979).

Aunque existe una cierta atracción hacia ese resquebrajamiento del viejo orden canalizada por medio de un lenguaje asumido del don y la deuda, el carácter indirecto de la maniobra limita su potencial político. Sin embargo, toda la personalización de la política de la época anterior llevaba a la idea de que lo que tenía que reemplazarse era la persona, no la jerarquía en sí misma.

La profunda ambivalencia que gran parte de la gente corriente siente hacia el pasado, una ambivalencia que se resuelve con el silencio, así como una idea confusa de qué promesas de futuro se podían perseguir mejor, genera algo así como una privatización de las cuestiones políticas y una desconfianza hacia su expresión en la esfera pública. En realidad, émicamente, existe una idea muy fuerte de que la política, como algo que sucede a la luz pública, amenaza la gestión de las relaciones y las prácticas sociales cotidianas. Ello origina un conflicto interior profundamente sentido por los individuos, un sentimiento de tensión y angustia personal que no es ajeno a la manera como la transición se basó en la negación del pasado y en una noción específica de democracia como cuestión de negociación y compromiso.

Los momentos en los que surgen esas tensiones pueden ser pocos y distantes entre sí. Mediante un control escrupuloso de la propia conducta, pueden evitarse casi por completo, con excepción, tal vez, de la disputa familiar ocasional entre una persona mayor y otra más joven, o entre una persona bien conocida por su proximidad a un dueño de los de antes y otra que siente que sufrió los rigores de su posición como mano de obra ocasional. Algunas personas, para las que la conjunción del pasado con las posibilidades del futuro significaba que los viejos sistemas de regulación y control podían volver fácilmente, se sintieron arrastradas contra su voluntad a la arena política donde se actualizaron las tensiones y las confusiones hasta entonces fragmentadas, como veremos en el apartado siguiente centrándonos en el caso de José Gil hijo.

POLÍTICA Y VIDA COTIDIANA

Tras su victoria electoral en las elecciones generales de 1979, la UCD puso en evidencia que no era la solución duradera para la nueva España que previeron muchos y en 1982 fue reemplazada por el PSOE, un cambio que se reflejó al año siguiente en el Gobierno municipal de Catral. La consecuencia fue que José Gil hijo se trasladó desde el umbral de su pequeña casa en Santa Águeda a los focos de la política municipal. Su padre, José Gil padre, era un hombre robusto, un trabajador fuerte, a menudo empleado como mayoral, cuya pequeña cohorte de trabajadores tenía fama de ser la mejor y la que más aguantaba, los jornaleros más rudos de la zona en todos los sentidos. No obstante, durante 1978, alguien de fuera podía vagar por las calles de Catral en busca de los agentes políticos clave y no llegar a saber que lo que hacía a José Gil padre tan conocido –notable para algunos– era que durante toda su madurez había sido socialista, después un discreto miembro de la UGT y al final su representante local de manera abierta.

Ese forastero habría sido presentado a Balaguer, el elegante alcalde que trabajaba en una empresa de fertilizantes en la cercana Murcia, a los agricultores más ricos, como Tomás Gómez o su cuñado Matías Giner, conocidos por «mandar en el pueblo», o a Joaquín Marín, que presidía la poderosa Comunidad de Regantes y era el agricultor más grande del término. Después de insistir, se le podía haber conducido hasta Juan Manuel Aguilar, que hablaba de un nuevo tipo de política, o hasta dos de los jóvenes hijos de los agricultores más ricos, que habían estudiado en escuelas agrícolas y tenían planes para la Sociedad Agrónoma.

En cambio, tal vez como consecuencia de la duradera discreción del pasado, al forastero le costaría mucho tiempo llegar a la puerta de José padre. Su influencia creciente como cabecilla de los jornaleros, especialmente manifiesta cuando negoció la subida del jornal a 1.500 pesetas, era en muchos aspectos un tema interno. José no

intentaba dirigirse a nadie más que a los jornaleros. Eso no solo significaba que no le importaban las opiniones que los comerciantes, los tenderos o los labradores podían tener sobre él, sino que también implicaba un profundo desdén por el ámbito de la política en sentido amplio. Como José no iría a buscar al forastero, como había hecho José Manuel Aguilar, para poner a prueba su capacidad de persuasión con un nuevo objetivo, el forastero tenía que buscar a José y se sorprendería al descubrir que, a un hombre de sus convicciones políticas, le resultara totalmente indiferente discutir con él.

Lo que condujo a que José hijo encabezara la lista del PSOE en las elecciones de 1983 fue la reputación de su padre. Fue una etapa problemática de su vida, como nos explicó en 1995:

Durante mucho tiempo, incluso antes de la muerte de Franco, habíamos estado trabajando y hablando con más gente de otros pueblos [de organizar un partido de trabajadores]. Al final, decidimos que queríamos constituirnos en partido político en las filas del PSOE, lo hicimos y en las primeras elecciones municipales [1979] ganamos, pero con mayoría simple. Éramos ocho miembros fundadores, cuatro de ellos de los viejos tiempos, entre ellos mi padre.

Cuando murió Franco, mi mayor deseo era que se instaurara la democracia, pero pasar de una dictadura a una democracia sin pegar tiros como lo hicimos aquí es difícil (...) no tanto para la gente de mi edad [él había nacido en 1940] como para los más viejos. Todavía había heridas abiertas en los dos bandos (...) pero nosotros empezamos a trabajar para atraer a los otros a nuestra manera de hacer las cosas (...) fue difícil, pero la lucha por la democracia era mi trabajo (...) tuvimos esa batalla con los más mayores (...) yo tuve unas terribles discusiones con mi padre y a menudo no nos hablábamos durante días (...) quería que vieran las cosas con realismo (...) Lo que no podíamos permitirnos era una situación en la que si hacía veinte años tú me habías tirado una piedra, ahora yo te la devolvía. Yo no podía comprender eso (...) Teníamos que pensar la manera (...) pero era difícil, porque él [su padre] había sufrido y aguantado durante muchos años y no podía

olvidarlo (...) Pero hoy en día las cosas han cambiado mucho y uno tiene que reconocerlo (...) lo que yo les dejo hacer a mis hijas, el no me dejaba hacerlo a mí (...) todos cedemos y los socialistas han hecho lo mismo porque, si no hubieran cedido, no habrían conseguido nada (...) Y uno tiene que ser democrático (SN-GS 1995).

La opinión de José hijo de que estaba teniendo lugar una verdadera transición a la democracia, que solo podía darse si se dejaba a un lado el pasado (¿enterrado?, ¿silenciado?), no era una mera opinión personal; constituía el programa hegemónico de los que habían dirigido la transición desde el centro del poder. Según ese programa, solo se podía alcanzar la democracia dejando fuera de la discusión pública las prácticas de la dictadura. Si el pasado de una persona constituye lo que es como persona –al menos en parte, si no de manera principal–, entonces el olvido de la historia hacía esencialmente invisible lo que había sido José padre en Catral.

Ese ver y no ver entre una generación y la siguiente –José hijo persistía en no ver la figura histórica de su padre, mientras que José padre rehusaba ver el potencial futuro de su hijo– se expresaba en voz alta a través de un segundo elemento del programa hegemónico para la nueva España. Se trataba de la noción no solo de que los compromisos constituían un asunto preliminar necesario para llegar a las maneras democráticas, sino de que la democracia era esencialmente un compromiso. Esta idea contrasta claramente con la postura de José padre, que se basaba en la necesidad de debatir los temas de clase que habían sido reprimidos durante la Dictadura franquista tanto físicamente como a través del discurso del corporativismo, y que ahora iban a seguir ocultos mediante el discurso del nuevo corporativismo tecnocrático y democrático.[13]

Las estrategias colectivas y la solidaridad de clase constituían temas políticos centrales para la vieja generación de socialistas como José padre, cuyos medios de ganarse la vida les habían conferido un tipo concreto de experiencia cotidiana. De hecho, en el Catral de los años ochenta José padre era el símbolo viviente del jornalero libre que hemos descrito en el capítulo 4. El suyo había sido un mundo en el que los acuerdos personales estaban vedados de antemano;

primero, a causa de las circunstancias (de la actividad política pasada, de la notoriedad presente o simplemente por exclusión hereditaria) y después, como elección colectiva inherente al hecho de ser un auténtico jornalero (por el contrario, el aniaguero había establecido acuerdos y, en consecuencia, consideraba que los compromisos eran necesarios en las relaciones extrafamiliares y penetraban el mundo de su dignidad personal). Este era el tipo de sentimiento colectivo que influía profundamente en la cultura política de José padre.

Con todo, existían muchas otras personas cuyas historias personales y familiares les llevaban a posicionamientos diferentes en el contexto de las relaciones sociales de la zona, y José hijo trataba de tender puentes sobre la brecha que separaba ambas posturas. Al hacerlo, le parecía a su padre que trabajaba en términos no tanto de los compromisos individuales circunscritos a las reglas del nuevo juego político como de compromisos que remitían a un tipo anterior de política. Esa opinión resulta clara cuando José Gil padre quiere que su hijo, tras su nombramiento como alcalde, informe al partido de todo lo que pasa en el Ayuntamiento. José Gil hijo rehúsa hacerlo sobre la base de que el juramento del cargo le obliga al secreto.

[Gavin pregunta, ¿su padre tenía ambiciones políticas para usted o su hermano? José hijo responde:] Él siempre pensó en el conjunto, en términos de bloque (...) Nunca se opuso a mí o me favoreció dentro del partido diciendo «mi hijo tiene que ser candidato», su esperanza no era que su hijo fuera candidato y punto... no, él quería que se eligiera un candidato que pudiera encontrar soluciones (...) Pero aparte de eso, a él le gustaba tener el control (...) Pero está muy claro en el juramento «jura o promete guardar secreto» (...) Yo no podía informar a nadie, ni a usted, ni a un vecino, ni a mi padre, hablar de cosas de las que no se pudiera hablar; mi padre quería que yo le informara de todos los movimientos, pero yo solo lo hacía hasta cierto punto. Después, cuando decía que no podía decir más, se ponía furioso, porque le gustaba mucho controlar, y en una democracia no puedes actuar así, porque si la democracia fuera sobre poder dominar (...) no, en una democracia no puedes actuar

así (...) Una persona, por su honradez, puede ser candidato a un ayuntamiento o a una diputación o a un parlamento, pero no porque arrastra a otras personas, no, no, no (SN-GS 1995).

José hijo, que posteriormente dejó la política municipal, ha asumido para algunos jóvenes socialistas (como Pablo, con quien empezamos este capítulo) el valor simbólico que tenía su padre (que murió en 1989), pero para la mayoría de la gente su trayectoria hasta la política y después fuera de ella está marcada por un cierto fatalismo. Las tensiones que soportó, las fuerzas en conflicto entre la autoestima personal de un trabajador con honor y la llamada a comprometerse con las corrientes políticas de la zona, pueden ser especialmente agudas en su caso, pero se sienten ampliamente en todo Catral. A veces salen a la superficie de diferentes maneras.

Ello sucede a menudo dentro de las familias, a veces en situaciones en las que somos nosotros, los entrevistadores, los que desenterramos una vieja reliquia familiar hasta el momento encerrada en el desván de un pacto de silencio. Tenemos que recordar a la hija de un alcalde republicano de Catral y cómo se unió la madre a la conversación para evocar un Catral mucho más político (y políticamente dividido) de lo que su hija podía imaginar (Narotzky y Smith, 2002). Otro ejemplo lo proporcionan Virginia Nogales e Ismael García, una pareja de clase obrera de sesenta y pocos años. Virginia es hija de Pedro Nogales Pereda, alcalde socialista durante la mayor parte de la Guerra Civil. Una noche estábamos sentados en el recibidor de su casa hablando con Ismael sobre su vida como obrero de fábrica. Ismael es uno de los pocos sindicalistas de Catral, miembro de la UGT desde hace tiempo. Gavin se acuerda de una huelga en una fábrica textil (Todo Alfombras), ahora (1995) cerrada, y piensa que Ismael puede ayudarle a hacer memoria (SN-GS 1995).

«No –dice Ismael–. En realidad, solo fueron unas disputas entre uno o dos trabajadores y los propietarios».

«Estoy seguro de que hubo una huelga –dice Gavin, ahora confuso–. Quizás...».

En ese momento se oye en la cocina un fuerte ruido de sartenes y entra Virginia. «Desde luego que hubo una huelga –dice, mirando enfadada a Ismael–. No tienes que preocuparte. Cuéntanoslo»,

«No –repite Ismael–. No hubo ninguna huelga...». Y Virginia encoge sus grandes hombros mientras se sienta a la mesa. Ismael prosigue: «Fue un cierre. Oímos que iban a cerrar y a sacar la maquinaria de noche. A la mayoría no nos habían pagado. Pusimos bajo vigilancia la fábrica. Al final nos pagaron a la mayoría».

Entonces Ismael continúa con lo que al principio parecía un cambio de tema. «Hoy en día los jóvenes van todos juntos, juegan juntos, no hay diferencias entre derechas e izquierdas. No hay política». Parece casi como si intentara hablarnos de lo poco relevante que sería esa acción si se la explicara a sus hijos. Pero Virginia lo contradice. «¡No es verdad! –dice–. Los padres de derechas no dejan ir a sus hijos con los de izquierdas. Y mis hijos conocen la diferencia. Ellos tienen ideas».

Después de la Guerra, el padre de Virginia estuvo escondido por un tiempo, primero en el consulado de Cuba en Alicante, después, cerca de Catral, en casa de un pariente, hasta que una cuñada lo denunció a las autoridades. Entonces lo pasearon por las calles del pueblo, mientras pregonaban su nombre y la gente le llamaba asesino. Tras un juicio, fue enviado a prisión y después al exilio. Cuando regresó, nadie le daba trabajo y, como era maestro, iba por la huerta dando clases a los jóvenes jornaleros de casa en casa.

Virginia recuerda la mala época que tuvieron que sufrir durante los muchos años que su padre estuvo encarcelado y exiliado. Durante aquellos años, el hermano mayor y la madre tomaron las riendas de la familia. «Las ideas se heredan –dice ella–. Mis hijos Ismael y Pedro son muy políticos. Pedro es un fanático. Javier [otro hijo] es más moderado. Pero ellos tienen sus ideas». Ismael y Pedro trabajan en las fábricas de calzado de Catral y tienen un historial de enfrentamientos con sus patronos por el salario y las condiciones de trabajo. Han tenido que cambiar varias veces de trabajo.

Ser político, participar en la política pública de la izquierda, constituye una práctica social cuya expresión se reprimió severamente tras la Guerra Civil; cualquier actividad más allá de

dedicarse a conseguir alimento o el último peligro afrontado en el mercado negro se consideraba «tener ideas». «Tener ideas» se convirtió en sinónimo de disidencia política y, por lo tanto, constituía una actividad peligrosa. Para Virginia, la necesidad de no perder esas inclinaciones políticas socialistas se expresa mediante la noción de que son hereditarias.[14] Pero esta herencia parece sugerir que las propias ideas no necesitan ser discutidas, sino que se transmiten de tal manera que se evita cualquier actuación de quien las transmite o cualquier relación con fuerzas estructurales de más amplio alcance. Por tanto, este discurso puede reflejar la misma cultura represiva a la que se opone. De hecho, a causa de la idea de España impuesta por Franco, orgánica, unitaria y espiritual, los rivales políticos de la izquierda durante la República fueron considerados como una sustancia perniciosa para el cuerpo político, infundida por poderes malignos extranjeros: parte de la anti-España.

Lo importante es la insistencia de Virginia en que sus hijos tienen ideas. Se trata de una afirmación clara frente a la noción opuesta de que tener ideas es inherentemente malo, perturba la paz. José hijo nos lo dejó claro durante el tiempo que tratamos con él y, al final, se retiró de la política pública del Gobierno municipal. Él explica que se había alejado contra su voluntad de su hogar, sus vecinos y sus compañeros de trabajo para meterse en política. Al hacerlo, había tratado de actuar con honor. Según su punto de vista de lo que representaban los nuevos tiempos, ello significaba dejar a un lado las propias enemistades para negociar soluciones. Pero el mismo hecho de recurrir a las palabras, de negociar, lo ponía en una situación de desventaja, y lamentaba algunas de las órdenes que venían del PSOE de Alicante. En contraposición, estaba el mundo cotidiano que conocía y que, precisamente por entrar en política, sentía amenazado. Empezó a perder el sentido de que la gente que le importaba lo respetaba. Para cumplir con ciertas obligaciones de su cargo, tuvo que recurrir a parte de sus ahorros familiares y sentía que les estaba pidiendo a sus hijos que se sacrificaran; pero, sobre todo, estaba la actitud de su padre.

Con José hijo, observamos la realpolitik del nuevo orden, que le empuja hacia lo que él considera un nuevo mundo donde surgen las oportunidades a partir de la persuasión y el compromiso, a la vez que el poder hegemónico denigra el mundo de la izquierda que

vivieron los que tuvieron que ver con la República y la supervivencia de alternativas políticas al régimen franquista.

La actitud de José hijo hacia lo político se reflejaba una y otra vez en la gente de la zona. Muchos no tuvieron que afrontar las contradicciones y tensiones que sufrió José, pero otros muchos sintieron que el mero hecho de entrar en política, o todavía peor, de haber hecho explícitas públicamente sus ideas políticas, hacía que el carácter personal fuera sospechoso, lo que no es nada sorprendente teniendo en cuenta la naturaleza de la política pública de la etapa anterior. En cambio, ello provocó un vacío en la esfera pública de la expresión colectiva. El rechazo local por la política combinado con el énfasis en el desarrollo social de las regiones –tanto a nivel español como europeo– ha generado varias propuestas que recurren a la cultura (o la inventan).

EXPRESIÓN CULTURAL VERSUS EXPRESIÓN POLÍTICA

Al principio de este capítulo hemos ofrecido tres ejemplos muy diferentes de invocación/invención de la cultura: el académico comprometido con la mejora de las posibilidades económicas de la región; los sindicalistas que recurren al discurso de la naturaleza emprendedora y flexible de la nueva mano de obra, tomada del discurso político y económico más amplio, y el alcalde que trabaja con una imaginería selectiva del capitalismo local. Los tres casos tienen en común que se utilizan para dirigirse a un público exterior –para generar una suerte de personaje público respetable para el mundo exterior, de Alicante a Valencia, a Madrid, a Bruselas y al mundo global–. Pero, ¿cómo se despliega la política de la cultura dentro de la propia región y hacia sus habitantes?

La extensión en el tiempo de nuestro estudio de campo nos ha permitido ofrecer unas instantáneas de mediados de los años setenta, de finales de los setenta (Juan Manuel Aguilar Gómez) y de mediados de los ochenta (José Gil hijo), pero nos cuesta descubrir el tipo de madurez hacia la democracia liberal que proclamaba la transición en su conjunto. En su lugar, solo obtenemos una idea de historias políticas fragmentarias y una profunda ambivalencia con respecto al ejercicio activo de la capacidad de acción en el terreno público de la política, en beneficio de las estrategias de maniobra privadas y cotidianas.

Sin duda, el rechazo de muchas personas por la política y la insistencia en que el espacio de decisión adecuado se sitúa en el terreno de la estrategia laboral familiar o individual son una consecuencia del tipo de cultura política que hemos observado a través de nuestras discusiones sobre la Guerra Civil y sus efectos, es decir, producto de los recuerdos y de la reticencia a dar forma a esos recuerdos. Pero la política del pasado también ha enraizado unas prácticas que hacen progresar la economía regional de los años noventa y, en consecuencia, generan una lógica muy actual que

favorece actuaciones individualistas ad hoc y perjudica el tipo de diálogo político que podría dinamizar una actividad política colectiva (véase Smith, 1989, 1999: 53-87).

Así pues, como en muchas otras partes de Europa,[15] parece claro que el espacio público para la acción política durante el régimen franquista originó una forma institucionalizada de representación política que deslegitimó la acción colectiva directa. Pero la esfera política pública se ve reducida de una manera todavía más insidiosa. La participación individual se ha limitado al voto para elegir a unos representantes que han sido previamente designados en el nivel más alto de los partidos y los sindicatos por los profesionales de la política.[16] En ese contexto, para muchos izquierdistas –jornaleros, asalariados de la industria del calzado–, la desconfianza respecto a la esfera pública de la política se convierte en un retraimiento de la política pública. Las acciones de protesta –reivindicaciones de subidas salariales o de mejora de las condiciones laborales, por ejemplo– se convierten en batallas personales e individuales, de la misma manera que la identidad política se ha convertido en un asunto personal, individual y privado. La identidad colectiva no se puede construir a través de la praxis política, como lo fue antes de la Guerra Civil e incluso durante el régimen de Franco, por medio de huelgas y manifestaciones públicas de oposición (aunque fueran reprimidas).[17] En este caso también se observa la tensión entre expresión política pública y privada, cuando se privatiza la memoria de una identidad colectiva, que pierde así su fuerza como cultura, como espacio de comunicación compartido. Para algunas personas, como José Gil hijo, ello significa refugiarse en la honestidad moral respecto a sus responsabilidades cotidianas –el trabajo y la familia–, una cuestión de honestidad basada en recuerdos del pasado, de ser socialista e hijo de socialista y «tener ideas», pero orientada en función de un compromiso personal, no de la transformación colectiva.

Así, el desinterés por la política pública se traduce en una cultura colectiva no articulada (Bermúdez, 1992; Ibáñez, 1992). En cierto sentido, ese fenómeno se podría considerar como un fracaso de la sociedad civil, una especie de vacío cultural desencantado. En cualquier caso, fue eso lo que llevó a Pablo (a quien encontramos al

principio de este capítulo) al terreno público de la política, aunque contra su voluntad.[18] Hasta ese momento, no había manifestado ningún interés por la discusión política; en 1979, siendo un joven casado, había mostrado un absoluto desprecio por las elecciones y los temas que se planteaban en ellas. Sin embargo, en 1995, lo encontramos ocupando el cargo de primer teniente de alcalde con responsabilidades en el área de cultura, un cargo que aparentemente había creado más o menos para sí mismo.

Pablo dice que fue atraído al terreno político precisamente por la alienación de cualquier tipo de colectividad política, que percibía como un rasgo característico de la región y que él mismo había sentido. Había observado con impotencia cómo se desvanecían las esperanzas que había depositado en la entrada de José Gil en la política municipal, cuando este se retiró y se marchó a casa. Lo que Pablo creía percibir era la existencia de pocos políticos socialistas, posiblemente con auténticos principios de carácter social (aunque no propiamente socialistas en realidad), pero con un limitado interés por cambiar las convicciones de la gente corriente. Mientras tanto, al dar la espalda incluso a los temas menores de la política local, la gente de a pie abandonaba hasta el más pequeño poder de decisión sobre su futuro y se hundía en un mundo que Pablo describía como inculto.

En 1979, durante la campaña electoral municipal, un representante del PSOE regional que participaba en el mitin local también había destacado la necesidad de cultura, pero no «alta cultura», sino una cultura que surgiera de la experiencia compartida a través de la interacción pública:

Nos han dicho que la cultura es el teatro, la pintura, la escultura y que se necesita una particular sensibilidad para comprenderla (...) pero la cultura no es solo eso, eso solo es una parte de la cultura que nos muestran las clases dominantes para hacernos sentir lo difícil que es alcanzarla; ellos dicen que necesitaríais cuatro generaciones (...) A los trabajadores se nos ha dado una subcultura, en un rincón de casa con la televisión, sin compartir con otros nuestras experiencias (...) Se trata de una cultura pasiva (...) Tenemos que hacer uso de unos espacios que ya poseemos, como las

escuelas, después del horario escolar, los foros de discusión, una biblioteca para los trabajadores, un lugar para hablar de los problemas que nos afectan, para que podamos desarrollar nuestra capacidad crítica (...) porque la cultura es capacidad de comprensión (...) tenemos que desarrollar una cultura que no sea represiva, que nos lleve a la igualdad y la justicia, una cultura de la libertad y la responsabilidad. La cultura es como la levadura que puede hacer crecer y transformar la sociedad (GS 1979).

En su discurso, el orador hablaba de la cultura como espacio de comunicación de la experiencia, es decir, un espacio que conferiría a los trabajadores la capacidad colectiva para transformar la sociedad y llevarla «a la igualdad y la justicia». También hablaba de una cultura que era, sobre todo, información y debate sobre los problemas reales y concretos «que nos afectan», no «el teatro, la pintura, la escultura». Tal como la vieja generación de socialistas había concebido la educación, este representante socialista de 1979 concebía la cultura como política, como parte de la construcción de una política de clase.

En 1995, desde la perspectiva de su responsabilidad municipal en el área de cultura, Pablo tenía una idea algo diferente de lo que debía ser una cultura progresista. Su objetivo era convencer al Ayuntamiento de que proporcionara fondos para realizar una campaña de renovación cultural de la zona. Como ello encajaba fácilmente en los programas del PSOE nacional en el ámbito de la cultura, se encontró el dinero con relativa facilidad. Pero, ¿qué tipo de cultura preveía Pablo? Durante su ejercicio del cargo, se construyó un polideportivo municipal con una gran piscina, pistas de tenis y otras dependencias, incluyendo un bar y un café. También empezó a proyectar viejas películas –de Buñuel a Fellini– en la plaza los fines de semana. Creó un grupo de teatro para los jóvenes e hizo que el municipio financiara excursiones a lugares de interés histórico de la zona. Para Pablo, la cultura constituía un medio para sacar a la gente de sus casas y llevarlas a la esfera pública, donde descubrirían un nuevo tipo de espacio, un espacio cultural liberal europeo que llenaría el vacío que había dejado el espacio público personalizado y jerarquizado del pasado.[19]

Lo que Pablo intentaba era crear un espacio local para la interacción pública en torno a la cultura. Pero fue neutralizado por la concepción oficial de cultura como arte y deportes. Él no parecía creer que la cultura pudiera surgir de la gente del pueblo solo por hablar de sus experiencias en el edificio de la escuela. Su proyecto cultural para Catral reflejaba directamente las políticas del Gobierno del PSOE, pero también, sin darse cuenta, las políticas anteriores de Fraga Iribarne, siendo ministro de Información y Turismo en los años sesenta (1962-1969), cuando avaló de manera activa la «moderna» pintura expresionista abstracta y una moderada liberación sexual como formas de apertura a la expresión cultural de la disidencia política. Durante la transición, siendo ministro de la Gobernación (1975-1976), Fraga insistió otra vez en que su objetivo era «reforzar la autoridad» a la vez que «ampliaba la libertad» (citado en Naredo, 2001: 57).

Resulta difícil caracterizar los efectos que esas iniciativas tuvieron en Catral, aunque quizá el lector solo necesita la guía que pueden proporcionarle los capítulos precedentes de este libro. Durante la dictadura, Catral y los pueblos vecinos no habían destacado precisamente por su oferta de entretenimientos públicos. Las bibliotecas eran escasas, nadar era cosa de turistas y el espacio público más respetable, aparte de la iglesia, era el casino, un café reservado a la elite. Tratando de atraer a los jóvenes para que vieran películas antaño prohibidas sentados al aire libre, justo en el mismo sitio que simbolizaba el poder de la vieja elite, Pablo estaba haciendo una declaración, como también la hacía creando un atractivo café y un bar junto a la piscina que permitieran hacer vida social.

En un contexto en el que se evitaba deliberadamente la política pública, Pablo consideraba que la cultura proporcionaba un medio para que la gente interactuara y, por lo tanto, saliera de las vidas de sus pequeñas casas y pisos, culturalmente empobrecidas. A su vez, ello evocaba una cierta política culturalizada, liberal y europea. Pablo no estaba solo. En la Vega Baja, las posiciones políticas se codifican cada vez más a través de la cultura pública.

En las montañas del área rural que limita con la costa mediterránea, donde se sitúa la Vega Baja, durante muchos años los pueblos han

sido famosos por su celebración anual de la fiesta de Moros y Cristianos.[20] La primera vez que Gavin residió en la Vega Baja, cuando se acercaba la Cuaresma, los vecinos le aconsejaron que llevara a su familia a visitar alguno de los famosos lugares donde se representaban las viejas batallas de Moros y Cristianos. Las cofradías –dos o tres de moros y dos o tres de cristianos– se vestían con sus respectivos trajes, hacían desfiles ruidosos y llenos de color, celebraban comidas al aire libre y, desde luego, luchaban. Cuando preguntó si había sitios más cercanos que le evitaran la larga y cansada salida hasta las montañas, le respondieron con reprobación: «No, no, nosotros somos mucho más modernos que ellos. Nunca hemos celebrado eso aquí».

Así que fue una sorpresa para él, cuando volvió a principios de los noventa, después de unos años de ausencia, descubrir que ahora muchos pueblos de las tierras bajas celebraban orgullosamente la fiesta de Moros y Cristianos, en apariencia recuperada del pasado, con toda la organización institucional de las cofradías, aunque los trajes se alquilaban convenientemente (y a un coste alto) en una agencia de Alicante. En Catral, fue en gran medida una iniciativa del joven sacerdote del Opus Dei. Cuando llegó a Catral, unos cinco años después de la llegada del PSOE al Gobierno central, este cura se encontró con un pueblo de gente que trabajaba mucho, fuertemente atraída por el consumo y cada vez más orientada hacia Europa y, en menor medida, hacia América. Como Pablo, le pareció que esas personar eran incultas, pero por razones muy diferentes, y se puso a la tarea de rehispanizar el espacio público (y también de volver a santificar el espacio privado de la familia). Con la ayuda de algunos pequeños y grandes empresarios locales que patrocinaban cada cofradía, alentó la celebración de la «antigua» fiesta de Moros y Cristianos.

No hace falta decir que las personas atraídas por la visión de la cultura que tenía Pablo no eran las que más se entusiasmaron con el tipo de cultura que quería promover el sacerdote. A principios de los años noventa, se había abierto un club de música justo detrás de la iglesia y a una manzana de la plaza. Conocido simplemente como la Música, el club había sido fundado y construido por empresarios locales y mediante suscripciones de futuros miembros. De manera planificada o por la costumbre, se había convertido en la alternativa

al café de la piscina y constituía un intento claro de reinstituir los rasgos característicos de la cultura del viejo casino.

A pesar de su orientación cultural y sus programas políticos claramente diferentes (los empresarios que fundaron la Música daban un apoyo abierto a la oposición, al Partido Popular), la participación en las diversas actividades y espacios que se asociaban con cada café no eran en absoluto mutuamente excluyentes. La gente que tomaba una copa en la Música también mandaba a sus hijos a pasar una tarde de fin de semana en la piscina y las directrices de apoyo a los lugares de asueto aseguraban que la mayoría de las personas que hubieran ido a la proyección nocturna de El discreto encanto de la burguesía fueran también bienvenidas en cualquiera de las cenas al aire libre celebradas por las cofradías durante las fiestas de Moros y Cristianos (a las familias de viejos jornaleros, no se las encontraba en ninguno de los dos sitios y ciertamente no hubieran sido bienvenidas en el último). De hecho, la cuestión es precisamente que, cuando la política se convierte en política cultural, como es el caso que nos ocupa, separa, de hecho, el significante del significado de modo tal que hace que la mayoría de la gente se sienta al menos relativamente cómoda. Los que estaban muy relacionados con la Música solían hacer comentarios despectivos sobre la pomposidad del tipo de cultura que promovía Pablo, y otros, incluso entre los viejos terratenientes, consideraban extravagante y ofensivo el colorido de los trajes de Moros y Cristianos o el artificio de la arquitectura gótica de la Música, pero esos comentarios eran un mero tema de cotilleo local. Lo que nos interesa es que, excepto en las pocas semanas antes de unas elecciones autonómicas o generales, esas diferentes versiones de la cultura pública constituían la totalidad de la política abierta de Catral.

Desde luego, las dos propuestas son invenciones: la primera lo es de manera más clara, considerando que su intención representaba un giro hacia la nueva España; la otra, de un modo un poco más encubierto por su insistencia en que se trataba de una recreación del pasado. Ambas constituyen también proyectos dirigidos por intelectuales claramente identificables con un objetivo. Lejos de tratarse de la emergencia desde abajo de una cultura regional profundamente enterrada, esos proyectos se presentan precisamente

como intentos políticos para descubrir una cultura para las masas incultas. En otras palabras, en ambos casos constituían expresiones locales de la política dirigista de la nueva España. Sin embargo, es importante destacar las diferencias que existían entre ellas. Recurriendo a películas anteriormente prohibidas y haciendo un gesto de asentimiento hacia Europa, el primer tipo de propuesta cultural no solo era un intento de minusvalorar, si no exactamente de criticar, el ambiente político del pasado, también trataba de «globalizar» Catral, situarlo en el mapa de Europa y del mundo global. El otro representaba tanto una mirada respetuosa hacia el pasado –disfrazado ahora con los llamativos colores de lo que David Harvey (1989) llama muy apropiadamente «Guv'nor capitalism»[21]– como una celebración de la inmovilidad mediante el plagio de la cultura más auténtica de las tierras de secano del interior.

Esa recuperación de una cierta actividad pública que estimulara la participación cívica se centraba ahora en estilos de consumo que contribuyeran a producir algún tipo de identidad colectiva; mientras los de derechas se involucraban en las fiestas de Moros y Cristianos, los de izquierdas recurrían a la alta cultura de las sesiones cinematográficas públicas y los festivales de teatro organizados por Pablo. Con todo, se trataba de una expresión mucho más laxa del yo situado, que parecía autónoma tanto de las realidades de la vida cotidiana de una economía regional fuertemente informalizada y explotadora como de los recuerdos de un pasado de actividad política colectiva y de sufrimientos colectivos a causa de la represión.

En realidad, la política de la cultura se convierte en un sustituto artificial de la identidad colectiva y de la cultura considerada como política, un mero agregado de las preferencias de consumo individuales, que, además, vacía eficazmente de contenido político el hecho de compartir y comunicar una experiencia. Estas expresiones de un nuevo compromiso cívico tienen poco que ver con las vivencias y los recuerdos de los que se supone que tienen que participar en ellas y poca relación con la dureza de sus vidas cotidianas. Si la actividad política colectiva se sitúa en las experiencias cotidianas compartidas, esas expresiones culturales de diferenciación e incluso de leve confrontación se encuentran muy alejadas en la mayoría de los casos de lo que verdaderamente

motiva a la gente a participar en una actividad cultural en vez de otra. De hecho, expresan la verdadera clausura del espacio público a la actividad política real.

El proyecto cultural de Pablo encaja a la perfección en la política cultural de la Unión Europea que se expresa en el objetivo del programa Cultura 2000 de «valorizar el patrimonio cultural de dimensión europea, fomentar el conocimiento mutuo de la cultura y de la historia de los pueblos de Europa, así como favorecer los intercambios culturales con el fin de mejorar la difusión de los conocimientos y estimular la cooperación y la creación».[22] El proceso de creación de una «tradición selectiva» sobre la historia europea se ha diseñado con la intención de reificar las memorias conflictivas del pasado común para que la historia se relegue definitivamente al pasado (Damiano y Bayo, 1978).

CONCLUSIÓN

Al principio de este capítulo hemos hecho una breve alusión a dos corpus bibliográficos (relacionados). De acuerdo con el primero, se trata de estudiar la cotidianidad dando un giro que se aleja de las principales figuras históricas y de los movimientos políticos importantes; el segundo aboga por una manera de estudiar los movimientos políticos que se centra en su dimensión cultural, en los espacios que generan y en las prácticas que posibilitan para construir sujetos culturales. Y aquí nos encontramos con personas que, apremiadas por sus necesidades cotidianas, aparentemente llevan a la práctica ese programa. En los primeros estadios del trabajo de campo, con tan solo una relativa conciencia de estos corpus bibliográficos emergentes, Gavin se veía a menudo reflejando en sus notas de campo «la atención frecuente a lo cotidiano», «la atención pormenorizada a las particularidades de la negociación cotidiana», «la distopía política», etc., a la vez que florecía su archivo sobre «el uso intencionado del término cultura» o «los usos políticos que tiene aquí el término cultura». Los autores de la bibliografía a la que nos hemos referido podrían comentar que lo que hemos descrito antes no constituye en absoluto lo que ellos pretenden señalar como rasgos positivos del estudio de la cotidianidad o de la introducción de la noción de producción cultural en sus estudios de la expresión política. Aquí nos encontramos a gente comprometida con los azares diarios, los rodeos, la información fragmentaria, las decisiones y las incertidumbres de unas prácticas de subsistencia que de la noche a la mañana se hacen cada vez más informales y, en consecuencia, se insertan cada vez más en sus esferas personales. Eso tiene prácticamente el efecto de fetichizar la cotidianidad y denigrar lo que se denomina como lo político. También nos encontramos varios tipos de intelectuales politizados (en el sentido amplio de la palabra intelectual) que son plenamente conscientes de sus propios intentos de encaminar la política hacia la construcción de una cultura. En vez de rechazar ese tipo de «política identitaria» por no ser tan

cosmopolita como el feminismo, la teoría queer o la hibridación tenemos que preguntarnos qué condiciones sociopolíticas han empujado el discurso y las prácticas en esa dirección.

El marco «regional» de la «economía regional» realiza una función de Estado en una economía dispersa y flexible, que constituye lo que se ha llamado tradicionalmente economía «informalizada». Y de la misma manera que los estados invocan con mayor o menor éxito culturas nacionales imaginadas, las regiones invocan con mayor o menor éxito culturas regionales imaginadas. Asimismo, en el nivel regional ocurre como con las versiones estatales de las culturas nacionales, que se caracterizan por una forma de cierre que amortigua la verdadera historia de identidades colectivas en conflicto.

Pero hay diferencias: una de tipo externo y otra de tipo interno. La primera tiene que ver con las condiciones económicas y políticas que generan «regiones»; la segunda, con la naturaleza particular de la organización dispersa y flexible de la producción. La primera se relaciona con el papel posfordista de los entes supraestatales, como la Unión Europea, que evocan un nuevo tipo de corporativismo que pasa por encima de cualquier estado individual, algo así como una gestión de arriba abajo complementada por una subsidiariedad (regional) de abajo arriba.

Los regímenes de producción dispersos requieren procedimientos extraeconómicos de coordinación y de regulación, pero su propia naturaleza oculta (informal) indica que esos procedimientos no pueden ser de hecho del tipo estatal. En cambio, remiten a varios principios locales preexistentes de coordinación y de regulación que se asemejan mucho a la cultura: formas de responsabilidad personal, inducciones a la reciprocidad de demandas y responsabilidades, etc. Sin embargo, la cultura no ocupa plenamente el espacio funcional adecuado como capital social. Aunque una parte de la cultura puede que ocupe ese lugar, la mayor parte se dispersa, desafía la cohesión y confunde al corporativismo. Las historias en conflicto actúan en contra de las estrategias de invención cultural. En términos de Raymond Williams (1977), la tradición selectiva no está constituida solo por las prácticas voluntarias de los que llevan a cabo la selección, como si los

agentes del presente ejercieran su voluntad sobre la historia que deciden inventar. Las fuerzas materiales de la historia, como hemos visto una y otra vez en este libro, seleccionan, dividen, combinan, clasifican o niegan la clasificación, rechazan la comodidad de la coherencia.

Todo ello significa que si la cultura debe asumir un papel importante en el suministro del combustible que permite que funcione el engranaje de la economía regional, entonces debe trabajarse en la construcción de esa tradición inventada. De hecho, se trata de un proceso de selección voluntaria, asumido por personas que trabajan en un tipo compartimentalizado de cultura, como hemos visto en el caso de Pablo. Incluso puede implicar la invención desde cero, como vimos en el caso de las fiestas de Moros y Cristianos. Pero necesitamos reconocer que, cuando la cultura se convierte así en un tipo tan específico de realidad virtual, no solo empobrece una idea más compleja del término, sino que también cauteriza las posibilidades colectivas de la gente a la que se aplica.

Ello no significa que esa cultura virtual no pueda llegar a ser parte de la realidad, en tanto que su práctica implica crear y expresar relaciones entre la gente local. En algunos casos, cuando se basan en reivindicaciones más orientadas políticamente, ciertas formas de cultura pueden generar una idea de pertenencia colectiva que refuerza la confrontación organizada. Esta idea ha sido argumentada de manera brillante por Isidoro Moreno (2001) en su discusión del uso de los festivales de flamenco y otras interacciones sociales personales no utilitaristas para forjar una «cultura de la resistencia» frente a las formas de explotación y subalternidad en Andalucía. Sin embargo, la posibilidad de que la politización de la cultura se desarrolle a partir de historias selectivas es una función de los casos concretos que se estudien. En nuestro caso, la cultura (del trabajador emprendedor flexible) funciona precisamente en contra de la noción de resistencia.

---

1. La Guerra Civil Española de Hugh Thomas (1977) se publicó por primera vez en España en 1961. Cuando en 1979 se publicaron en España los dos volúmenes de Recuérdalo tú y recuérdalo a otros: historia oral de la guerra civil española, Barcelona: Crítica, de

Ronald Fraser, este trabajo fue ampliamente reseñado y comentado. Pablo sabía alguna cosa de esos libros, pero no conocía los títulos ni los había leído. Lo que él sabía sobre la Guerra, dijo, procedía de la lectura de artículos de revista puntuales y de lo que le habían contado cuando estudiaba en Madrid.

2. De hecho, el neoliberalismo simplemente argumenta que se sirve mejor a los intereses mediante un acceso sin gravámenes a las relaciones de mercado, y la mejor manera de expresarlo es a través de la libre elección del consumidor.

3. Por cortesía académica, no ofrecemos la cita.

4. En 1979, Gavin encontraba a menudo personas que insistían en que habían sido toda su vida agricultores; su sinuoso camino del jornal agrícola a un taller de cáñamo y después posiblemente a una fábrica en Elche o Crevillente solo se desvela cuando cuentan historias de su vida. En cambio, en 1995 era como si ocurriera a la inversa.

5. A pesar de que hablamos de regiones y economías regionales, creemos que se puede observar un proceso similar en la cultura política a nivel nacional. Igual que encontramos características culturales «buenas» de una región, asimismo observamos características «buenas» de la cultura nacional española frente a las características «malas» de la cultura vasca o la catalana, por ejemplo.

6. En mayo de 2001, el Partido Popular, en el gobierno, se abstuvo en la votación de una propuesta parlamentaria que calificaba la llegada de Franco al poder como golpe de estado (Guardian Weekly, 25 de mayo de 2001).

7. Taussig (1999), que parece aplaudir el misterio que envuelve lo que denomina «secretos públicos» y critica severamente a aquellos cuya arrogancia les lleva a desear explorar su razón de ser, nos recuerda cómo Pitt-Rivers (1971) consiguió reformular el propósito de su investigación etnográfica en España para sugerir que, de hecho, todo trataba de secretos y disimulos, después de que Hobsbawm (1959) hubiera criticado su colaboración en el silenciamiento del fascismo. Aunque nos atrae el críptico estilo

expositivo de Taussig, con seguridad es una pena que recurra al único caso en el que un antropólogo anglófono fue descubierto in fraganti, en vez de investigar el fracaso mucho más grave en explorar la represión de los recuerdos de la oposición política de la Europa mediterránea de posguerra, del que los antropólogos son especialmente responsables. Para una discusión de Taussig, véanse Dunk (2000) y Narotzky (2006).

8. El Opus Dei es una organización religiosa católica laica cuya influencia en el Gobierno español del Partido Popular (1996-2004) es bien conocida y ha sido ocasionalmente criticada.

9. De derecha a izquierda, entre esos partidos estaban Alianza Popular (AP), Unión de Centro Democrático (UCD), el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Partido Comunista de España (PCE). También se establecieron varios partidos de extrema derecha, así como algunos pequeños partidos de izquierdas, escindidos de los grandes partidos. Durante los años siguientes, la extrema derecha fue capaz de dar voz al programa político de los que no aceptaban la nueva constitución o la idea de una España democrática. Por ejemplo, Fuerza Nueva consideraba que, durante los veinte años anteriores, el régimen de Franco había comenzado a moverse hacia un programa liberal laxo. En el intento de golpe de estado de febrero de 1981, miembros dirigentes de Fuerza Nueva habían hecho listas de izquierdistas de su zona a los que se proponían detener tan pronto como recibieran la orden.

10. A principios de los años setenta, antes de la muerte de Franco, el Partido Comunista, liderado por Santiago Carrillo, había acuñado el concepto Pacto de la Libertad para expresar su voluntad de aliarse con la burguesía, los monárquicos y otras fuerzas para llevar la democracia a España. Esa política condujo a muchas asambleas, mesas, juntas, etc. de políticos que, por diversas razones, querían poner fin al régimen franquista (Preston, 1993).

11. Recordemos, a partir del capítulo 5, que Juan Manuel Aguilar es un almacenista de frutas y verduras. Tiene 32 tahúllas de tierra, un almacén, una parcela vacía cerca del almacén, un tractor, algo de maquinaria agrícola y un piso.

12. Parece que la discusión en la que está inmerso Juan Manuel es

una repetición en otros términos de las disputas que se produjeron en 1939 entre el nuevo y el viejo corporativismo, cuando Franco llegó al poder. Tal como lo ve Juan Manuel Aguilar, él representa el nuevo hombre de la UCD, mientras que los de la facción rival son oportunistas que recurren a la vieja política caciquil. La tensión dentro de la UCD fue especialmente fuerte, porque representaba tanto la continuidad con el régimen franquista como el cambio hacia un nuevo régimen supuestamente democrático. En los años posteriores a 1939, los gobernadores civiles del Movimiento nombrados por Franco se quejaban con frecuencia de que se estaba aprovechando la victoria como un camino para que los viejos caciques locales volvieran a ganar poder. Uno de los fundadores de la Falange en la provincia de Alicante escribió al secretario del partido que «en los pueblos la vida política es un infierno... El paisaje es inmoral y una ofensa, tanto para el partido como para la autoridad» (citado en Cazorla-Sánchez, 1999: 896). Juan Manuel Aguilar adoptaba una perspectiva casi idéntica respecto al enfrentamiento entre la facción derechista y la cruzada moral representada por la nueva UCD.

13. Martínez Alier (1985: 32-35) define el nuevo régimen político como «corporativismo liberalparlamentario». Para una discusión más general de las formas de la democracia orgánica, véanse Mann (2000) y Stolcke (1995).

14. Passerini (1984: 17) menciona a una informante, Maddalena, que decía con fuerza: «Nosotros habíamos nacido socialistas. ¡Y habíamos nacido socialistas! ¡Mi padre era así!».

15. Consideremos, por ejemplo, la guerra de Margaret Thatcher con los sindicatos británicos, que también mantuvo Tony Blair, aunque con guante blanco.

16. «Cuando uno vota, firma un contrato de renuncia a la acción política entendida en su sentido más fuerte: el de enfrentar conflictos y alcanzar acuerdos de un modo continuo y comunitario (...) Y en ese contrato democrático se cede la prerrogativa de la acción (...) a la casta política» (Bermúdez, 1992: 69). El número de la revista Archipiélago en el que se publicó el artículo de Bermúdez se titulaba La ilusión democrática y apareció porque la izquierda radical se sentía completamente traicionada por el Gobierno

socialista, que había sido llevado a los tribunales por corrupción y por la organización de acciones paramilitares en la «guerra sucia» contra ETA. Pero el Artículo 6 de la Constitución de 1978 es bien claro: «Los partidos políticos expresan el pluralismo político, concurren a la formación y manifestación de la voluntad popular y son instrumento fundamental para la participación política».

17. Durante el periodo de la transición y los inicios del nuevo régimen democrático existía una frase popular que refleja claramente la sensación que tenía la izquierda de haber perdido la capacidad para generar identidad colectiva a través de la acción política: «Contra Franco vivíamos mejor».

18. Pablo utiliza el mismo tipo de lenguaje que José Gil hijo para explicar sus reticencias a entrar en política. Hijo de un conocido comerciante del mercado negro simpatizante fascista, Pablo va a casa de José hijo al menos una noche al mes. Parece que considera esas visitas como un acuerdo recíproco por el que absorbe el aura política de José y su herencia socialista, a la vez que le sirven para asegurar a José, que es mayor que él, que él, Pablo, intenta llevar a Catral a una condición socialista más ilustrada, a pesar del propio Catral.

19. Con la expresión «espacios públicos jerarquizados» nos referimos sobre todo a la iglesia y la plaza, que se hallan muy próximas a las casas de las viejas familias de Catral. Esa zona de espacios abiertos rectangulares a la sombra de los árboles contrasta fuertemente con la larga y estrecha calle que forma el barrio jornalero de Santa Águeda. Es significativo que Pablo elija la plaza para la proyección de viejas películas, todas ellas prohibidas en el punto álgido del franquismo. También es significativo el emplazamiento del polideportivo, cerca de Santa Águeda.

20. Moros y Cristianos es una fiesta folclórica de la región valenciana en la que las personas se unen a asociaciones de «moros» o de «cristianos», se visten con trajes tradicionales y representan por las calles el enfrentamiento medieval entre musulmanas y cristianos en tiempos de la Reconquista (el periodo de la expansión Cristiana frente al Islam, y de poblamiento de nuevas tierras, que se inicia en el siglo VIII); véase Ariño (1988).

21. Guv'nor capitalism es una expresión equivalente a capitalismo paternalista. [Nota del t.]

22. Véase <http://eur-lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=OJ:L:2000:063:0001:0009:ES:PDF>. Es especialmente reveladora la consulta de la convocatoria de propuestas del año 2002 en el marco del programa Cultura 2000. Los principales sectores a los que se dirige son las artes audiovisuales (2002), escénicas (2003) y el patrimonio cultural (2004). En este último sector, las acciones deben implicar los siguientes objetivos: posibles itinerarios culturales, implementación de exposiciones itinerantes y conservación/ salvaguarda de monumentos y objetos de valor. Véase el Diario Oficial de las Comunidades Europeas, 15 de agosto de 2001.

Capítulo 8

EL PODER DE LA ETNOGRAFÍA UNA ETNOGRAFÍA TRIDIMENSIONAL

UNA ETNOGRAFÍA TRIDIMENSIONAL

Hemos escrito este libro con la intención de explorar el modo en el que podría usarse la etnografía como instrumento esencial para la comprensión de la coyuntura actual de la sociedad. Hace tanto tiempo que la sociedad contemporánea pasa de una crisis a la siguiente que parece que los conceptos crisis y presente sean casi sinónimos. Y cabe decir lo mismo con respecto a la antropología. A lo largo de nuestras carreras se nos ha dicho que la antropología estaba en crisis. Más recientemente la idea de que esta disciplina es incapaz de afrontar los desafíos actuales se ha centrado en perder la esperanza en las prácticas de la etnografía, tanto con respecto al trabajo de campo como con relación a su forma escrita. Sin embargo, desde nuestro punto se vista, la necesidad de la etnografía nunca ha sido más apremiante.

Se ha argumentado que las limitaciones de la etnografía surgen de las condiciones históricas concretas a las que nos enfrentamos ahora, y la desorganización del capitalismo (Marcus, 1989) y la globalización (Appadurai, 1991, 2000) constituyen los desafíos a los que más a menudo se refieren los especialistas. Se han llevado a cabo varias tentativas de reformulación de la investigación antropológica, desde prestar una atención meticulosa a los mecanismos textuales de exposición (Clifford, 1997; Tylor, 1986; Taussig, 1999), al trabajo de campo multilocalizado (Marcus, 1998; Rouse, 1991; Holmes, 2000) y la reconfiguración de la investigación en términos de «escapes»[1] (Appadurai, 1991, 2000). Nosotros también creemos que la etnografía afronta desafíos en el momento actual (aunque tal vez no estamos tan convencidos de que la desorganización, la pertenencia cultural o la globalización sean los rasgos más destacados del presente). Con todo, para nosotros la etnografía –el estudio intensivo de los fenómenos sociales en su especificidad histórica– promete ofrecer un punto de partida esencial para reconstruir un proyecto eficiente de investigación social y, en definitiva, una praxis política. No obstante, esta última,

el énfasis gramsciano en la relación entre praxis y producción teórica, nos ha llevado a tratar de reformular el proyecto etnográfico de un modo más realista y más histórico que los antropólogos que acabamos de citar.

Empezando por la historia, hay un elemento de la dimensión histórica que se refiere a la manera como la representación actual de la sociedad autoriza las disciplinas intelectuales –«el lugar que ocupan en (...) esa representación (...) y el papel que juegan en la reproducción y el desarrollo de la representación» (Bauman, 1987: 19)–. Desde esta perspectiva, quizá la aproximación etnográfica (aunque reformulada) sea para los inicios del siglo XXI lo que fue la aproximación sociológica desde finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX.

La sociología, en un sentido amplio del término que abarca lo que se convirtió en el proyecto modernista hegemónico, fue inducida por lo que sus intelectuales identificaron como los problemas fundamentales del periodo y después fue moldeada por los conceptos que se desarrollaron para comprender las causas y el carácter de esos problemas, unos conceptos que, a su vez, configuraron el tipo de sociedad que trataban de describir. El término industria, que una vez significó simplemente trabajo duro, pasó a significar producción industrial en masa; aunque raras veces se ha dicho de manera explícita, sociedad era sinónimo de comunidad política (como Francia, Alemania, etc.); y el carácter programático de la sociología se hizo patente cuando la gestión de esas comunidades políticas se concibió como un estado del bienestar. Bajo esas estructuras masivas existían trabajadores en fábricas y ciudadanos en sociedades del bienestar, y los métodos y el aparato conceptual de la sociología trabajaban a toda máquina para reunir el conocimiento adecuado a un mundo social de sistemas interrelacionados y agentes intercambiables; los «hechos sociales» podían explicarse mediante números, tablas estadísticas y fórmulas (Hacking, 1990). Hoy en día, este mundo feliz de una sociedad única que produce en masa bienes estandarizados para una ciudadanía homogénea titubea y vacila, y, con él, los conceptos que se pensaron para su comprensión y dominio.

Parecen existir múltiples formas de producción capitalista y una

multitud de sujetos que afirman su pertenencia social sobre la base de reivindicaciones que difieren mucho del modelo original del trabajador colectivo y el ciudadano racional. Esta representación histórica es lo que hace que la reformulación de la investigación etnográfica e histórica (opuesta a positivista) sea esencial, pero no en el sentido propuesto por los autores mencionados antes. En su lugar, hemos tratado de hacer una reformulación en términos realistas. Aunque, como todo el mundo, somos conscientes de la imposibilidad del holismo hoy en día, defendemos que es responsabilidad del etnógrafo tratar de ocuparse de los fundamentos, a pesar de que algunos de ellos son poco accesibles y nos alejan de la inmediatez del mundo cotidiano que tan claramente nos rodea en el trabajo de campo. La manera como la etnógrafa o el etnógrafo, en su trabajo de campo, se sitúan frente al mundo que los rodea, en función de la narración que generan en sucesivos relatos, tiene que prestar atención a los múltiples campos en los que se desenvuelve la historia. Frente a la proliferación de textos que se felicitan de ocuparse con mirada incisiva e intensa de solo un rasgo del escenario etnográfico, nosotros argumentamos en este libro que el investigador social necesita variar a propósito su foco de atención y centrarse ahora en un elemento de la realidad social, ahora en otro, y siempre sin perder de vista el sentido histórico de la dinámica del mundo social.

Con un propósito explicativo, hemos desagregado elementos de la realidad que solo resultan operativos en combinaciones complejas cuando, a lo largo del tiempo, la producción de la vida y para la vida se moldea a través del ejercicio del poder. El poder tiene que entenderse siempre dentro de las especificidades de la producción y la reproducción social en un periodo determinado, lo que solo puede hacerse por medio de la caracterización de la compleja interacción entre las abstracciones concretas, las prácticas instituidas y las sensibilidades interpretativas. Y tal como ello necesita una etnografía holística, asimismo necesita la historia. La etnografía histórica nos permite observar el poder mientras recorre su camino generación tras generación entre la producción y la regulación, que son como dos hermanas siamesas, para conferir a la representación social una cierta elasticidad, una especie de paisaje de lo real.

En el caso concreto que nos ocupa, un estado regulador fuertemente entretejido a través de un agregado de relaciones de producción y distribución sumergidas o informalizadas produjo una particular dialéctica entre los ámbitos, lugares o prácticas íntimos y los públicos. A lo largo de la historia, ha cambiado la configuración concreta de la regulación estatal y las prácticas interpersonales que evocan estas economías, y esa variación sobre un patrón recurrente ha producido la idea que tiene una persona concreta de lo que es posible, responsable o reivindicable; en suma, la idea de sí mismos como personas sociales. Resulta difícil percibir lo que se gana analítica y críticamente si se llama a esto «cultura». En cualquier caso, si tenemos intención de considerar la cultura del modo en el que E. P. Thompson (1968) recurría al término para describir el proceso de formación de la clase obrera inglesa, entonces lo que sorprende en nuestro caso es la existencia de una suerte de déficit cultural, un fracaso de las posibilidades dialógicas de la cultura colectiva. Sin embargo, esta realidad presente contrasta con el potencial del breve periodo anterior de la República, que se evoca en la manera como los viejos jornaleros socialistas veían la cultura, como conciencia crítica de la realidad vivida, conciencia casi en un sentido marxista clásico. Esa idea de colectividad ausente (o ausencia colectiva) hace posible inventar algo llamado «cultura», de lo que es un vivo ejemplo la fiesta de Moros y Cristianos, pero que se encuentra también en la exclusividad del club de música o en la imagen comercial del carácter emprendedor propio de la región. Todo ello surge en el contexto de un discurso de la ciencia social que trata de superar la vieja imaginería sociológica que hemos destacado antes; y, como en el caso de ese proyecto anterior, cuando entra en el terreno de la política, el discurso modela y describe la realidad al mismo tiempo. Teniendo en cuenta que el modo en el que se constituyen el espacio y la colectividad nos parece de un interés compartido tanto por la etnografía como por el trabajo reciente sobre las economías regionales, nos hemos centrado en este último. Aunque, al hacerlo, empezamos a sentir un cierto malestar que ya había afectado a nuestros colegas más posmodernos cuando se encontraban frente a formas anteriores de etnografía. De manera creciente, los estudiosos que empezaron con el objetivo de entender las economías regionales, terminaron invocándolas.

LAS ECONOMÍAS REGIONALES COMO COMUNIDADES RECONOCIBLES

Con su producción dispersa, mezcla de agricultura e industria, y unidades de producción a pequeña escala agrupadas, Ybarra (1991) describió la Vega Baja como una «economía regional» y desde entonces ha sido objeto de cada vez más iniciativas políticas enmarcadas bajo esa etiqueta. ¿Qué evoca, pues, esa etiqueta?

Los estudiosos de las economías regionales han aportado una particular comprensión de sus rasgos específicos, empezando por el original trabajo de Bagnasco (1977) sobre lo que denominó la «Tercera Italia». Bagnasco (1977) argumenta que la economía informal que se encuentra en lugares como la Emilia Romagna era, en realidad, una suerte de espacio de libre mercado sin apenas control, es decir, que surgía más allá de las regulaciones estatales y, de hecho, basaba su existencia en los obstáculos generados por esas regulaciones (véase también Bagnasco, 1981). Ello se puede observar de manera clara en los costes que implican para los productores, por ejemplo, las disposiciones relativas a la seguridad en el trabajo y los programas de seguridad social. Por lo tanto, se planteaba la cuestión de cómo se regulaba tal economía sin la intervención del estado. La respuesta de Bagnasco reside en su noción de «mercado social». La cultura de las relaciones interpersonales, las expectativas de unos respecto a otros, no se separaba del mercado como terreno económico; por el contrario, estas imbuían las relaciones de mercado de rasgos sociales y de valores culturales. Posteriormente, Bagnasco y otros investigadores (véase Bagnasco, 1994) pudieron comparar ese denominado rasgo cultural de la «Tercera Italia» con la trayectoria del Silicon Valley, donde la misma clase de economía regional no controlada no había originado un mercado social, sino relaciones litigantes e hipercontractualizadas.

En el trabajo de Granovetter (1985) se amplió la noción de mercado

social de Bagnasco para incluir la idea de economía insertada (embedded). Granovetter argumentaba, según él siguiendo a Polanyi, que las economías tienen que explicarse en su contexto social. Al referirse a ese contexto como una gran suma de «externalidades», decía, la investigación económica perdía de vista características importantes de ese tipo de economías. Después vino el concepto de capital social (que no se debe confundir con el uso que hace Bourdieu de esta noción; véase más adelante). En este caso, la idea consiste en que los fenómenos sociales de los que Bagnasco solo se había ocupado de pasada en su noción de mercado social ahora iban a cuantificarse más exhaustivamente y a presentarse como verdaderas variables económicas. Determinadas prácticas, conexiones y posicionamientos sociales, así como ciertas disposiciones culturales (en un sentido también distinto del razonamiento más complejo de Bourdieu) que se daban en una región, podían caracterizarse ahora como beneficiosos o perjudiciales para la economía, y, por lo tanto, beneficiosos o perjudiciales en sí mismos y por sí mismos. Las actitudes emprendedoras, la flexibilidad en las prácticas laborales, la creatividad en el lugar de trabajo, todos estos elementos iban a constituir unidades de medida del capital social.

Como hemos dicho, los investigadores que al principio querían comprender una economía regional persistían cada vez más en recurrir a ellas siempre que se encontraba el terreno adecuado y podía plantarse su bandera. En este sentido, es importante reconocer lo que pasa cuando esa imaginería del mundo social no queda relegada a los pasillos relativamente inocuos de las universidades y de los institutos de investigación, sino que es vendida con entusiamo a las instituciones políticas. En nuestra opinión, esta alianza entre tecnócratas y académicos ha llevado a defender una nueva suerte de estado corporativista en el que las economías regionales juegan un papel esencial. No resulta difícil ver cómo se produce este proceso. Si el viejo estado del bienestar tiene la intención de renunciar a los medios para regular el mercado y traspasarlos a las varias fuentes de capital social presentes en una región, entonces la regulación queda íntimamente ligada a una clase de sociedad con un funcionamiento orgánico. Además, en la medida que tal sociedad pasa a ser el material del proyecto tecnocrático, el corporativismo planta cara a la democracia.

Una de las maneras como se expresa este proceso en la Unión Europea es mediante la noción de subsidiariedad, que funciona perfectamente como expresión política del desarrollo económico regional. El concepto de subsidiariedad es extremadamente difuso, pero esencial para la legitimación de la Unión (véase Holmes, 2000). En su sentido más simple y formal, se refiere al principio por el que las decisiones deben tomarse cerca del lugar en el que tendrán sus efectos. Con todo, su sentido más corporativista emana de sus orígenes en la doctrina católica y en una concepción paternalista anterior según la cual lo subsidiario o lo subalterno merece la buena voluntad de quien domina solo si actúa responsablemente. En términos de un cierto corporativismo economicista, la responsabilidad cívica implica dar pruebas de la propia contribución a la productividad del conjunto de la economía regional.

¿Qué ha sucedido aquí? Ciertamente, el concepto de subsidiariedad parece tener en cuenta explícitamente el poder social. Y, sin embargo, su herencia corporativista hace que parezca que existe algo completamente responsable y normativo en los diferenciales de poder. Se trata de una manera de hablar del poder para deslegitimar otras fuentes de poder: asediar el peligroso poder de los colectivos sin control de la gente corriente rodeándolos con las profundas trincheras de programas para su propia «mejora».

La efectiva remodelación de conceptos, que, por otra parte, poseen potencial crítico y profundidad analítica, por parte de la alianza actual entre el conocimiento académico y el dirigismo social se ilustra muy bien en la manera como las percepciones originales de Bourdieu con respecto al capital social fueron adoptadas por el sociólogo americano Coleman y después, a través de Putnam, se transmitieron a instituciones políticas para convertirse en instrumentos clave de justificación de proyectos de gobierno.[2] En un examen detallado, la noción de capital social de Bourdieu, aunque ciertamente amplía el término de Marx, es fiel a los principios que tanto tiempo costaron de explorar al autor de El capital. El capital no es solo la acumulación estratégica de dinero ni el dinero que ahora se transforma en máquinas en las fábricas. Ni se trata de la mera acumulación de toda una variedad de recursos sociales, ahora que le añadimos el adjetivo social, como parece que creen Coleman,

Putnam y la gran multitud de sus actuales seguidores. El capital es una relación que solo se concibe –y ciertamente solo funciona– en una sociedad capitalista, es decir, en una sociedad cuya reproducción depende de la circulación de capital con la búsqueda de beneficios como objetivo directo socialmente aceptado. Bourdieu es plenamente consciente de ello; de hecho, toda su argumentación con respecto a las relaciones entre las diferentes formas de capital (económico, social, cultural) que establece y la aparición de clases (un término en el que insistió hasta su muerte) depende de tal lectura. El término capital designa una relación entre las personas en la que la posesión de la propiedad que genera valor para un grupo posibilita la extracción de trabajo del otro grupo. Bourdieu conserva esta idea cuando apunta que los recursos sociales van unidos de manera inherente a las relaciones capitalistas de clase, es decir, a las relaciones en las que los recursos constituyen una parte esencial de las relaciones de explotación. Como dice Narotzky (2007: 409), su «concepto de capital social busca explicar la lógica específica del ámbito social y su articulación con el sistema de reproducción social. Subraya cómo ciertas formas de sociabilidad (...) producirán de forma recurrente acceso a recursos valiosos (materiales y simbólicos). Y estos, a su vez, se articularán con otras formas de capital en la lógica general de acumulación específica de cada ámbito» (véase también Bourdieu, 1977, 1984; Rankin, 2004: 38-39).[3] En las propias palabras de Bourdieu:

Las diferencias primarias, las que distinguen las grandes clases de condiciones de existencia, derivan del volumen global de capital, entendido como los recursos y fuerzas realmente útiles: capital económico, cultural y también social. En consecuencia, la distribución de las diferentes clases (y subclases) va de los que están mejor provistos de capital económico y cultural a los que carecen más de ambos...

Una vez se tiene en cuenta la estructura del total de activos (...) se descubren dos conjuntos de posiciones homólogas. Los sectores cuya reproducción depende del capital económico, normalmente heredado (...) se oponen a los sectores menos provistos (relativamente, por supuesto) de capital económico, y cuya

reproducción depende, sobre todo, del capital cultural (1984: 114-115).

Bourdieu se refiere a unos agentes sociales muy diferentes de los que hemos estudiado en este libro. La razón de nuestra breve digresión es simplemente demostrar que el concepto de capital social que tiene este autor se relaciona de manera indisoluble con la dialéctica de la reproducción social y las diferenciaciones de clase. Así pues, es importante criticar el uso de esas nociones por parte de los que no tienen los conocimientos para entender las nociones de capital social y de economía insertada en términos del recurso al poder y a la regulación social con el objetivo de la explotación. En este estudio hemos demostrado que las prácticas instituidas y las estructuras de sentimiento –una combinación que muchos estarían dispuestos a denominar cultura– constituyen elementos esenciales de la regulación social de esta economía regional. Pero, si se pretende considerar la cultura como una forma de regulación social, entonces es imposible hablar de regulación sin hablar de poder. Cuando hablamos de la capacidad de un agente social para movilizar el capital de su familia (y, concretemos, de sus hijas, de sus abuelos), sin lugar a dudas tenemos que referirnos al poder. Si vamos más allá y reconocemos que este control se orienta específicamente a fines económicos, resulta difícil escapar de la necesidad de formular el proceso en términos de clase.

Sin embargo, esta concepción está muy lejos de ser evidente. La complejidad de las relaciones de poder obliga a descubrir maneras de investigar a través de ese laberinto. Nosotros lo hacemos partiendo de los papeles que han jugado el movimiento y la fijación en la regulación social y la capacidad de decisión. Después, ello nos lleva a la fuerte interrelación entre una suerte de regulación que efectivamente tenía por objetivo a una gente concreta y las prácticas de una economía básica y de sentido común. En este contexto, retomaremos el tema de los regímenes discursivos de política pública frente a los regímenes discursivos íntimos y privados.

MOVIMIENTO/FIJACIÓN

Argumentamos que la materialidad de un espacio y la realidad del movimiento físico no pueden separarse de la proyección sobre un paisaje concreto de sentimientos de localidad ni del recurso metafórico al movimiento o la inmovilidad. Durante los años que hablamos con las personas de la Vega Baja, empezamos a notar de manera gradual cómo prevalecía la idea de movimiento en sus narraciones. A veces, oíamos que las personas habían vuelto a Catral después de la Guerra, pero después descubríamos que, de hecho, nunca se habían marchado físicamente de allí. Conocemos el uso que hacía el régimen de Franco de la noción de exilio, con la que creemos que la dictadura se aprovechaba de una inquietud profunda que se vivía en la España rural. Después, oímos hablar de emigraciones y emigraciones que se impidieron; más concretamente, supimos de gente ligada a una tarea concreta y a una serie de relaciones sociales muy particulares y, más adelante, de familias en las que las mujeres jóvenes hacían trabajos a domicilio. Todas esas narraciones desarrollan una cierta noción de movimiento.

Sin embargo, nuestra propuesta no pretende afirmar que existan dos prácticas muy diferentes: por un lado, la de moverse y, por otro, la de permanecer asentado; en cambio, preferimos trabajar con la perspectiva más compleja de que en la idea de movimiento subyace una idea de fijación, ambas con sus propios sentimientos contrarios. Moverse supone renunciar a un cierto tipo de seguridad y de conocimiento local; quedarse fijo implica reconocer una especie de límite a la capacidad de actuación. Cabe decir que esas consideraciones no son necesariamente conscientes, sino que residen en la propia naturaleza de la manera como se moldean en la práctica el movimiento y la fijación.

Mediante la referencia a ciertos momentos de nuestras historias, mostramos cómo las actitudes respecto al movimiento y la fijación

se acaban convirtiendo a lo largo del tiempo en tipos diferentes de regulación para distintas personas. Pero es importante destacar las implicaciones en los conceptos de persona y lugar que tienen esos procesos. La identidad personal se asocia a cómo uno hace uso del espacio e, inversamente, a cómo se le niega a alguien el espacio. Por ejemplo, pensemos en la actitud de los dueños hacia los peligros de Elche o Callosa en los años veinte, o en el hecho de que, al principio, Jaime García no pudiera emigrar a causa de los vínculos de su padre con el tío Perico. Pensemos en el papel de los maestros de escuela itinerantes, que se movían por la huerta para ofrecer a niños y adultos la posibilidad de una educación, y en la oposición de los curas y de los Lara a esa práctica.

Hemos observado a los dueños intentando desarrollar un contingente de mano de obra fija para conseguir más plusvalía y, a la vez, liberar la capacidad de movimiento de la fuerza de trabajo como medio para controlar mejor el mercado de trabajo. En los años treinta, esas prácticas tuvieron su expresión en el debate sobre las Bases del Trabajo, en el que se discutió mucho sobre el tema del control del espacio. Mientras que los patronos querían mantener un mercado de trabajo libre y completamente abierto, que les permitiera contratar mano de obra de cualquier municipio (aunque también mantuvieran las relaciones aniagueras fijas, lo que confería un carácter social a un espacio concreto), los jornaleros querían obligar a los patronos a recurrir a la reserva local de mano de obra antes de buscarla fuera. Ese mismo tema se expresó también en la reivindicación de los trabajadores de fijar tarifas salariales universales en toda la región, para cercenar las ventajas que el movimiento ofrecía a los patronos, al recortar los costes de mano de obra mediante el aprovechamiento de las diferencias locales. Los jornaleros querían restringir la capacidad de moverse de los patronos locales en busca de mano de obra antes de que todos los jornaleros locales hubieran sido contratados y, a la vez, mantener su propia capacidad de movimiento si no tenían empleo local. En consecuencia, la tríada aniaguero-jornalero-patrono constantemente desarrollaba estrategias y luchaba por el movimiento y la fijación. Durante ese periodo, al plantear sus reivindicaciones sindicales, los trabajadores estaban haciendo una afirmación política pública de que los empresarios los forzaban al movimiento. Ello era así por la capacidad de los patronos de jugar con prácticas de contratación

móvil para una parte de la mano de obra que necesitaban, a la vez que se basaban en la restricción de la movilidad de la otra parte. La nueva ley, que restringía los mercados de trabajo locales, daría fuerza a la posición de la fuerza de trabajo frente al capital. Así pues, la movilidad y la fijación constituían fuerzas dialécticas que establecían ámbitos de poder específicos (cf. Rodríguez Labandeira, 1991; Martínez Alier, 1968).

La relevancia de esta tensión dialéctica en el contexto de la actual economía regional de la Vega Baja también puede observarse en empresarios como Jorge Alvar y Paulino Romero, que recurren a las nociones enraizadas de familia y localidad para fijar a los trabajadores mediante el personalismo y, en consecuencia, recortan los salarios, previenen el conflicto y obtienen mayor plusvalía. En cambio, tratan de liberarse de su dependencia de los agentes locales respecto a sus estrategias comerciales y vinculan articuladamente el crecimiento (en sentido capitalista) a su capacidad de recurrir a las fluidas redes comerciales internacionales. Además, como vimos en el caso de Ivanshoes, la naturaleza «social» de las relaciones de trabajo y los valores de cuidado que conlleva solo duran mientras sirven para reducir los costes del trabajo. Cuando se pierde ese efecto positivo, la empresa se traslada rápidamente a otro emplazamiento. Por lo tanto, el juego entre movilidad y fijación es similar. Desde la perspectiva de los trabajadores, la movilidad también se percibe como una estrategia forzada; en este punto, podríamos recordar la conversación con Tomás, Esteban y sus amigos, en la que el conflicto entre trabajo y capital siempre se resuelve con la necesidad del trabajador de cambiar no solo de empresa, sino a menudo de municipio.

Podemos observar aquí una serie de distinciones. A nivel estructural, podríamos considerarlas como inherentes a la manera concreta como se reproducen en el tiempo los diferentes conjuntos de relaciones que se congregan en la región. Pero, si las tratamos así, escondemos el modo en el que las prácticas, con diferentes grados de poder, producen a lo largo del tiempo las distinciones. En un momento dado, pueden presentarse como diferencias culturales, incluso como distinciones que surgen entre tipos de identidad social (colectiva), pero el fácil recurso a la «cultura» esconde hasta qué punto estas diferencias se originan en relaciones dinámicas de clase.

La anterior generación de antropólogos tendía a hacer investigación etnográfica en lugares cuya «localidad» se asumía de antemano. Tal como hemos dicho, el origen de nuestra atracción por los estudios recientes de economías regionales consistía en el hecho de que inicialmente considerábamos que su proyecto intentaba problematizar el tema del lugar en el contexto del capitalismo contemporáneo. Como otros antropólogos (Appadurai, 1996; Gupta y Ferguson, 1997a, b), sentíamos que la etnografía debía investigar cómo asumía la «localidad» sus características concretas (Smith, 1999: 133-166). Pero esta discusión ha llegado a la antropología de manera dualista, en cierta forma. Por una parte, la importante influencia de David Harvey se centra en las fuerzas materiales de los distintos tipos de reproducción capitalista que producen diferentes clases de lugar y de flujos entre ellos. Por otra parte, los trabajos de Appadurai (1991, 1995), Dirlik (2001) y Gupta y Ferguson (1997a, b), entre otros, llevan a una comprensión de las localidades en función del modo como las viven las personas que habitan en esos espacios.

La manera como se genera el «lugar» en la Vega Baja no se adecuaría con facilidad a ninguno de los polos del espectro. En la argumentación que hemos desarrollado hasta ahora observamos que la familiaridad y la seguridad se oponen a la oportunidad y la inseguridad para producir un lugar que no se describe plenamente ni en relación con las fuerzas sociales de reproducción ni por la manera como lo viven los agentes concretos. Cada polo del espectro trabaja en oposición al otro. El lugar que surge no constituye una dimensión escondida de la «localidad» que se genera de espaldas a los agentes, ni se produce simplemente en las nociones subjetivas de la gente local. Es un lugar de clases y semejante a las clases. Ello no se puede enfatizar suficientemente, porque se enfrenta a la oposición binaria en el discurso de las ciencias sociales de que los sentimientos de pertenencia local denominados «comunidad» y los de colectividad en términos de clase son mutuamente excluyentes.

Al observar así cómo se modela la localidad, podemos mostrar hasta qué punto la aparición de economías regionales en Europa (o en cualquier otra parte) constituye un proceso histórico del mismo orden que el de las diferenciaciones de clase. Si es correcta nuestra descripción de estos dos procesos –movimiento y fijación–, entonces

una gran parte de la bibliografía tiene que ser reinterpretada. De acuerdo con nuestro punto de vista, los antropólogos que recurren a la construcción de la localidad y a su polo opuesto, el transnacionalismo, así como los nuevos geógrafos económicos (Storper y Walker, 1989; Cooke y Morgan, 1998; Amin, 1999) y los sociólogos de las economías regionales (Sabel, 1989; Bagnasco, 1994; Becattini, 1992), resuelven sus argumentaciones a través de una exclusión, no solo de los auténticos procesos de diferenciación cultural y polarización socioeconómica, sino también del modo en el que estos procesos se influyen mutuamente.

Creemos que la tensión dialéctica entre movimiento y fijación constituye un terreno esencial en el que se ejerce el poder y se produce una particular experiencia de clase. El espacio, el control o la falta de movimiento y el enraizamiento local son fuerzas activas que generan el tipo de identidad colectiva que hemos visto desplegarse a través de nuestra narración etnográfica. No pueden resumirse meramente en la idea de relaciones sociales entendidas como discurso y, por lo tanto, en la primacía de la actuación cultural para producir la localidad. La idea de una cultura local emprendedora de la región no tiene en cuenta las tensiones entre poder y falta de poder que surgen en los agentes individuales, así como en el seno de unas nociones de identidad más colectivas, unas tensiones que están fundamentalmente condicionadas por la posibilidad de controlar la movilidad.

En relación con ello, se tiene que reconocer que las distinciones entre, así llamadas, regiones desarrolladas y más empobrecidas se originan por las características de un desarrollo desigual que hace crecer los beneficios del capitalista (Smith, 1984; Hadjimichalis, 1986; Harvey, 1982, 1985). Por supuesto, eso forma parte de las condiciones materiales de la reproducción social capitalista a las que nos hemos referido anteriormente como abstracciones concretas. Nuestra meticulosa atención a la historia económica de la región forma parte de nuestro intento de tratar con esta situación. Una segunda dimensión de la realidad social, las prácticas instituidas, debería llevarnos a prestar atención a la manera como la constitución de una región –repleta de seres humanos sensibles– se origina a partir de una historia de regulación del movimiento mediante el recurso a diferentes expresiones de poder. Finalmente,

hemos observado que diferentes emplazamientos –de las fábricas de Elche a los destinos migratorios de la vendimia francesa–, así como el «movimiento» no regulado de los maestros de escuela rurales, se presentan como peligrosamente desestabilizadores, de manera que las estructuras de sentimiento también sirven para generar esta idea de lugar muy concreta. Nuestra responsabilidad es aceptar el desafío que representan las múltiples dimensiones de la formación del lugar y los diferentes tipos de identificación con la localidad. Seleccionar una sola dimensión –por poner un ejemplo, que las personas de una zona X tienen una tendencia natural a trabajar muchas horas y de manera flexible– y, por lo tanto, minimizar otros elementos de la realidad para otorgar un peso (falso) a la dimensión seleccionada, solo puede servir a unos objetivos ideológicos en perjuicio del análisis crítico profundo.[4]

LOS ESPACIOS IDEOLÓGICOS DEL ESTADO Y LA ECONOMÍA

Empezamos hablando del papel del estado como entidad reguladora y del de la economía como conjunto de prácticas instituidas productivas y circulantes. Pero en este momento creemos que esa perspectiva conduce a una falsa compartimentación: por una parte, un Estado español de la época de Primo de Rivera y después de Franco, que recurría a formas personalistas de dominio y represión puestas en práctica localmente; por otra, unas prácticas sumergidas, supuestamente económicas, que iban más allá de esa autoridad, en las que los agentes establecían intencionadamente un tipo informal de prácticas instituidas en teoría paralelas a las del Estado. Sin embargo, ni el Estado corporativista que trató de construir Primo de Rivera ni el corporativismo del miedo que planeó el Movimiento pueden concebirse como diferentes de las formas que adquirió la regulación social en la base, en una sociedad (no muy) civil. En nuestra discusión anterior del movimiento y la fijación, hemos prescindido de un concepto descriptivo de clase y hemos recordado directamente los principios sobre los que se construyó el método de análisis de clases –tal como lo formuló Marx, de manera bien conocida y peculiar, como «los principios históricamente específicos mediante los cuales se extrae la plusvalía de un cuerpo de personas para que otro la aproveche»–. Podríamos seguir ahora con una aproximación similar. En vez de partir de la premisa de que el Estado es algo que puede describirse con la ayuda de un libro de ciencias políticas, preferimos preguntarnos cuál es en una época concreta la diversidad de prácticas instituidas de regulación social, consideradas en su conjunto, que dan forma al Estado.[5]

En este sentido, la distinción entre Estado regulador y economía informal se hace insostenible. En consecuencia, evitaremos los conceptos de «economía» informal y de «mercado» negro y, en su lugar, tomaremos en consideración las prácticas instituidas de un grupo de personas que tienen por objetivo la acumulación y las de otro grupo que busca sus medios de subsistencia. Así pues, no

trataremos esas prácticas como meros efectos o respuestas a las formas de regulación social (inducidas por el Estado), sino como inherentes a estas. Ello nos permite observar la interrelación dialéctica entre las formas de regulación y las prácticas informales, con ciertas formas de regulación que modelan la informalidad y con la naturaleza semilegal de las prácticas que genera precisamente el carácter de la regulación.

Esta concepción se observa de manera clara cuando yuxtaponemos la selección personalista que justo después de la Guerra practicaban los dueños con las manipulaciones del mundo del estraperlo. Los que no estaban ligados a relaciones laborales fijas, como en el caso del sistema de aniaga, y sobre todo aquellos cuyas actividades durante la Guerra los habían relegado a los márgenes de la sociedad dependían especialmente del estraperlo. En este sentido, siempre corrían el peligro de estar en el punto de mira y ser castigados. Se trataba de un tipo de castigo personal y muy alienador, porque obligaba a desconfiar de los vecinos. Conocemos el miedo omnipresente que engendraron Stalin o Hitler, pero en nuestro caso lo más sorprendente es el modo como la regulación funcionaba apuntando a los más vulnerables. El proceso funcionaba mediante la selección y se cultivaba en el muy fértil jardín de la incertidumbre. Las relaciones de aniaga se oponían a esta, pero el control del estraperlo dejaba claro que la incertidumbre podía provocarse políticamente. Paradójicamente, aunque la gente corriente compartía la experiencia de la escasez y el miedo, las prácticas reales que derivan de ese escenario son fragmentarias.

Para los ex republicanos y otros que trabajaban a pequeña escala en el mercado negro, podía tratarse de una suerte de actividad circunscrita: un comerciante que distribuía principalmente a un pequeño grupo de personas cuya imposibilidad para asegurarse una cartilla de racionamiento les obligaba a depender de él, una economía en la sombra cuyas sombras se abatían sobre un grupo de personas y, después, cuando cambiaban las luces reguladoras, sobre otro grupo. Pero, en este caso, hablamos de la búsqueda lisa y llana de subsistencia mediante el estraperlo. No obstante, este no tuvo las mismas consecuencias para un corredor de tierras cuya fortuna se hizo después de la Guerra por medio de transacciones de tierra o para alguien como Pepe Iglesias, que recurrió a los contactos

políticos para asegurarse remesas de trigo argentino. Precisamente, la incertidumbre de otros proporcionó a esas personas la ventaja que necesitaban frente a los riesgos que podían asumir.

Así pues, en ese periodo temprano, nos encontramos con una interrelación específica entre la regulación estatal y el movimiento económico, un modo de construcción muy concreto del Estado «responsable» y de la economía del laissez-faire. Entonces, ¿cómo desemboca todo eso en la actual coyuntura? En este sentido, observamos un retroceso de la regulación formal por parte del Estado neoliberal, que genera otra vez incertidumbre e inseguridad, unos factores que, a su vez, se convierten en elementos esenciales de la regulación social de la supuesta sociedad civil. Cuando nos adentramos en este periodo, la selectividad del sistema regulador genera otra vez, con diferente forma, incertidumbre para algunos y, por lo tanto, proporciona ventaja a los que pueden explotar el riesgo. En una economía de baja productividad, la incertidumbre de algunos se convierte en medio de extracción de beneficios para otros.

La economía regional informalizada de la Vega Baja de los años setenta, ochenta y noventa puede tener muchas diferencias con el estraperlo que la precedió, pero ese tipo concreto de ventaja permanece. La naturaleza semilegal de numerosas prácticas esenciales para la economía, combinadas con la volatilidad existente en el seno de cualquier sector, generó las condiciones de incertidumbre, es decir, la ventaja necesaria para que Jorge, el empresario de Ivanshoes, o Paulino Romero explotaran a los trabajadores necesitados, a la vez que maniobraban en Bélgica o Alemania en las anchas esferas del comercio.

Describimos esas situaciones como lo hemos hecho para atraer la atención hacia su naturaleza de clase. En algunos de los trabajos sobre economía regional anteriormente mencionados, los éxitos de Jorge, de Paulino o incluso de Roberto se considerarían probablemente como el resultado de su capital social. Si tomáramos otra vez en cuenta la insistencia de Marx en que el capital no constituye una suma cuantitativa de material, sino una relación, podríamos estar de acuerdo con el concepto, pero no perderíamos de vista el rasgo esencial que transforma el dinero corriente en

capital: su componente explotador. Al hacerlo, pondríamos nuestra atención en los procesos históricamente concretos de la dialéctica compleja que hace posible el capital: la dialéctica entre productividad y regulación.

CONOCIMIENTO ACADÉMICO Y POLÍTICA

Hemos observado que, para los que buscan cómo ganarse la vida, la experiencia colectiva de la regulación puede ser la vivencia de una incertidumbre irregular que genera una capacidad de acción fragmentada. Esto aparecía de una manera especialmente clara en la búsqueda de pluriactividad de las familias jornaleras. A su vez, ese campo de actuación espacialmente acotado lleva a concebir la esfera de lo público como peligrosa. Por ejemplo, las personas llegan a tener un fuerte desprecio por la política y por los que designan como políticos; incluso pueden llegar a sentir que podrían llevar sus vidas cotidianas sin necesidad de la política, tal como se ejerce públicamente. Pero no pueden limitarse a negar la existencia de la política. Lo que esto implica es que, en cierta forma, tiene que confrontarse la vida cotidiana a la política y a los políticos. Y ello se hace con frecuencia ocultando la relevancia de la política pública. Existe cierta idea de que las personas tratan de maniobrar a través de las crisis que afrontan por medio de estrategias individuales que parecen desconectadas de las corrientes cambiantes de la política pública.

Esta idea tiene un provocador paralelismo en los círculos académicos. Siguiendo el trabajo de de Certeau, se ha puesto de moda poner un especial énfasis en la naturaleza de la vida cotidiana. Se argumenta que la historia y la sociología se han ocupado tanto de los grandes temas de la política y de la esfera pública que la naturaleza de las pequeñas cosas de la vida doméstica y las relaciones íntimas se ha vuelto invisible. Entre las personas de la Vega Baja se nos ofrece una versión de la apelación a la vida cotidiana de de Certeau y no es difícil imaginar cómo se manifiesta esto entre las elites de la zona, que recurren a la imaginería social que hemos descrito antes. Se consigue que se hagan las cosas hablando con una persona conocida. Uno no hace grandes afirmaciones públicas de validez universal, sino que las cosas se hacen de esta manera aquí, y punto. También hemos

encontrado jornaleros que contrastan sus propios sentimientos socialistas, vividos a diario y discutidos localmente (hasta hace muy poco, casi siempre en el contexto de la memoria de la represión), con la perspectiva diferente de los políticos. Una parte de esos jornaleros rehuye la política, igual como evitan involucrarse en una pelea de bar. Pero a veces no hay más remedio que actuar y hacerlo políticamente.

Este poner en primer plano la vida cotidiana y dejar de lado el terreno más público y abierto de la política constituye un leitmotif esencial, paralelo al alejamiento académico de los científicos sociales de la preocupación por la política pública para refugiarse en un ámbito de poder más omnipresente y privado (véase Scott, 1985). Creemos que esa actitud local tiene mucho que ver con el carácter de la regulación social local en combinación con unas leyes y políticas estatales poco amables con la gente corriente que han dado lugar a periodos de fuerte represión.

Por otra parte, nuestros datos etnográficos y las palabras de las personas reales que hablan de los modos públicos y privados de hacer política y de lo que significa ser político nos dejan el sentimiento inquietante de que tenemos que tener mucho cuidado en cómo tratamos de explicar la realidad social mediante nuestros conceptos académicos. Porque esos mismos conceptos a menudo proporcionan el marco que legitima programas de regulación que después se convierten en poderosos condicionamientos con los que las personas que estudiamos tienen que vivir. Tal como hemos destacado en la manera como el desarrollo regional adquirió respetabilidad, mientras los que hacen política se basan cada vez más en procesos y conceptos cotidianos como «cultura local» para estimular una particular idea de desarrollo económico, la gente que vive en unos lugares concretos tiene que adoptar este discurso hegemónico.

En ese proceso de producción de conocimiento como poder, las personas del lugar tienen que descubrir alguna manera de dar sentido a (algún elemento de) un programa social para plantear estrategias que impulsen sus demandas (excluyendo a otras personas con menos posibilidades de conseguir poder de ese modo o con menos inclinaciones para ello).

En estas condiciones, las categorías conceptuales que usa el científico social para sus propósitos analíticos pueden asumir un valor normativo para los agentes in situ. Así, en 1995, cuando el alcalde socialista o los representantes de Comisiones Obreras en Crevillente hablan de la economía de la zona en términos de una particular cultura emprendedora local, están transformando una categoría descriptiva en un enunciado performativo. Y cuando tales conceptos se usan así, tienen más fuerza y expresan claramente el poder de la hegemonía.

Sin embargo, las definiciones imperativas de la realidad no se consumen de manera uniforme. Cuando dos personas como José Gil y su padre formulan dos ideas diferentes de lo que es ser socialista y actuar democráticamente, podemos empezar a ver la posibilidad de desarrollos dialógicos de esos términos usados localmente. Como científicos sociales, al tratar de entender las fuerzas discursivas reales que generan un espacio social, unas estructuras de sentimiento concretas y una capacidad política de acción, no debemos adoptar la perspectiva del experto foráneo ni la del discurso local. Tenemos que mantener la complejidad de la realidad –la constante interacción e incorporación de diferentes dimensiones de las categorías a las que recurren los sujetos sociales– y discernir en el seno de esa complejidad tanto las fuerzas hegemónicas dominantes como las respuestas subalternas. Al hacerlo, no debemos subestimar el poder de la fuerza física bruta y su corolario, el miedo, para modelar el terreno donde tiene lugar esa lucha categórica. Por ejemplo, incluso para los que habían sido activistas políticos antes del franquismo, el término político se había vuelto despectivo y constituía una expresión de disidencia política avalada por la opinión pública.

Si, como hemos argumentado, las prácticas nominadoras de los investigadores tienen fuertes implicaciones para la propia percepción de las personas que estudian, entonces un tipo de compromiso intelectual más reivindicativo tendría que desafiar la autoridad de los conceptos sociológicos programáticos que surgen de una representación social corporativista. Wolf (2001: 375) una vez apuntó que «la relación que existe entre significantes y significados no es nunca fija, sino que siempre es potencialmente inestable; se tiene que realizar constantemente trabajo simbólico

para salvaguardar la integridad de los conceptos y para deshacer las posibles alternativas». La propia reordenación de ciertas categorías analíticas puede estar al servicio de importantes propósitos desestabilizadores. El conflicto, por ejemplo, lejos de ser borrado del mapa, se vuelve central para nuestra comprensión, una vez reconocemos que las personas buscan conseguir la capacidad de maniobra que necesitan para construir su propia historia.

A lo largo de nuestro estudio etnográfico hemos revelado la omnipresencia del conflicto. Expresado de diferentes maneras a través de lo que hemos analizado como abstracciones concretas, prácticas instituidas y estructuras de sentimiento, el conflicto se presenta claramente como constituyente de la realidad. A la vez, también es omnipresente el intento ideológico de los que tienen el poder y de muchos científicos sociales de excluir el conflicto de los modelos de vida social. De esta forma, por medio de imágenes orgánicas y corporativistas de la sociedad, a través de categorías culturales homogeneizadoras de la capacidad de acción, tales como el «valenciano emprendedor», y mediante conceptos como «capital social», tratan de integrar las diversas formas de explotación económica en tipos aceptables de relaciones sociales que vinculan a las personas en comunidades cohesionadas y, por lo tanto, «buenas» y «naturales». Hemos apuntado la responsabilidad de los científicos sociales al producir tales conceptos, que después dan forma a la realidad. No obstante, las categorías que construimos no solo alimentan las políticas públicas; también pueden contribuir a las luchas de las personas sobre el terreno.

En la actual coyuntura de una realidad capitalista flexible, desorganizada y globalizada, no nos interesa preguntarnos si el concepto de clase es todavía analíticamente relevante. Más bien, planteamos la necesidad de reinventar la utilidad esencial del concepto de clase como categoría de la realidad que refleja la omnipresencia del conflicto y la lucha como constituyentes de las relaciones sociales. Si, como creemos, se ha despolitizado el espacio político por medio de la implementación de algunas de las propias categorías analíticas que han generado los científicos sociales, también es posible el proceso inverso. De hecho, la tradición intelectual marxista originaria es una prueba de ello: ciertas categorías, como el concepto de clase, alimentan las luchas

concretas que tienen como objetivo la transformación social.

---

1. El sufijo -scape, como en landscape (paisaje) o seascape (marina) incluye una connotación de apertura sin límites claros, a la vez que evoca la palabra scape, que significa escapar.

2. Véase Bourdieu (1986), Coleman (1988) y Putnam (1993). Bourdieu señala: «He mostrado que el capital se presenta bajo tres tipos fundamentales (cada uno de ellos con sus propios subtipos): capital económico, capital cultural y capital social» (Bourdieu, 1986). «A estos tipos debemos añadir el capital simbólico, que es la forma que adopta cualquiera de los otros tipos de capital cuando se consideran a través de categorías perceptivas que reconocen su lógica» (Bourdieu y Wacquant, 1992: 118-119). Como destacamos más adelante, a diferencia de los autores que criticamos, para Bourdieu el capital social –como todas las formas de capital– constituye fundamentalmente una relación, no una propiedad aislada de un agente o agentes. Como observamos aquí, su preocupación tiene que ver con la naturaleza simbólica de estas formas de capital. Ello es así porque la ciencia de la economía de las prácticas se ocupa sobre todo de «descubrir las leyes que regulan las diferentes transformaciones de un tipo de capital en otro» (1992: 118) –un concepto muy alejado de las preocupaciones de los que celebran el valor de la noción capital social–.

3. Para una discusión más amplia de las diferencias entre el concepto de Bourdieu y los usos más recientes, a menudo inspirados políticamente, véase Narotzky (2007).

4. Para una magnífica discusión que argumenta el complejo entretejimiento entre las categorías culturales y las abstracciones concretas en la reproducción capitalista, véase Sider (2003).

5. Nos interesa la realidad histórica de la Vega Baja. Pero reconocemos que existe otro momento inherente al Estado, al que nos podemos referir como la «idea del Estado», un tema tratado por Abrams (1988). En su detallada discusión sobre la formación del Estado inglés, Corrigan y Sayer (1985) hablan del papel histórico fundamental de una «revolución cultural» que enraíza la idea de Estado en las masas. Aunque esta cuestión supera los límites de

nuestro estudio, creemos que es importante destacar cómo Gramsci podría discutir el caso inglés en términos de construcción de una hegemonía del Estado, considerando el término hegemonía en contraste con el dominio físico, que requiere un trabajo menos hegemónico por parte del Estado. En la Vega Baja contemporánea, las actitudes de la gente corriente hacia el Estado no deben considerarse semejantes a ese tipo de hegemonía, sino que están más cerca de los resultados de la construcción del Estado en términos de dominación física. Lo esencial es el miedo y no lo que Williams (1977) y los Comaroff (1991) denominan la «naturalidad» de las condiciones históricas que sienten los ciudadanos que viven en el seno de una hegemonía del Estado relativamente omnipresente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

NOTA SOBRE LAS FUENTES

Algunos materiales de archivo utilizados en este estudio se encontraron en los archivos municipales del pueblo de Catral y en los archivos de la Comunidad de Regantes. En ningún caso se trataba de documentos clasificados de manera adecuada en un espacio dedicado a la conservación y la clasificación de documentos. Eran simplemente montones de documentos, a veces atados con una cuerda, guardados en habitaciones vacías de los respectivos edificios. Por lo tanto, no podemos recurrir a mecanismo de indexación alguno que nos sea útil y, por esta razón, hacemos referencia únicamente a los dos diferentes espacios donde encontramos los documentos relevantes. Algunos documentos importantes se habían trasladado de los archivos municipales a la casa de un historiador local amateur, el Sr. Sebastián Sierras. Así pues, nos referimos a esos documentos como «Archivos de Sebastián Sierras». El Censo de Floridablanca, al que nos referimos en el libro, es una fuente comúnmente citada como Estado General de la Población de España en 1787, de la que existen numerosas versiones. En el estudio también citamos los cuadernos de nuestros trabajos de campo. Concretamente, hay dos series de cuadernos constituidas por las notas de campo que tomó Gavin en 1978 y 1979 y las notas de campo conjuntas de Susana y Gavin, tomadas en 1995. Nos referimos a ellas como GS 1978 o GS 1979 y SN-GS 1995, respectivamente.

ABÉLÈS, Marc (1992): La vie quotidienne au parlement Européen. París, Hachette.

— (1996): En attente d'Europe. París, Hachette.

ABRAMS, Philip (1988): «Notes on the difficulty of studying the

state», Journal of Historical Sociology 1(1): 58-89.

AMIN, Ash (1999): «An institutional perspective on regional economic developmento», International Journal of Urban and Regional Research 23: 365-378.

APPADURAI, Arjun (1991): «Global ethnoscapes: Notes and queries for a transnational anthropology», en Richard Fox (ed.): Recapturing Anthropology: Working in the Present: 191-210. Santa Fe, NM, School of American Research Press.

APPADURAI, Arjun (1996): Modernity at Large. Minneapolis, University of Minnesota Press.

— (2000): «Grassroots globalization and the research imagination», Public Culture 12(1): 1-19.

ARACIL, Rafael y Mario GARCÍA BONAFÉ (1978): «La no industrialización valenciana: Algunos problemas», en La industrialización valenciana: historia y problemas: 17-32. Valencia, Almudín.

ARGUEDAS, José María (1987) [1955]: Las comunidades de España y del Perú. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

ARIÑO, Antoni (1988): Temes d'etnografia valenciana: vol. 4, Festes Rituals i Creences. Valencia, IVEI.

ARNALTE ALEGRE, Eladio (1980): Agricultura a tiempo parcial en el País Valenciano. Madrid, Servicios de Publicaciones Agrarias.

BAGNASCO, Arnaldo (1977): Tre Italie: La problematica territoriale dello sviluppo italiano. Bolonia, Il Mulino.

— (1981): «Labour market, class structure and regional formations in Italy», International Journal of Urban and Regional Research 5 (1): 40-44.

— (1994): Fatti sociali formati nello spazio. Cinque lezioni di sociologia urbana e regionale. Milán, Franco Angeli.

BAUMAN, Zygmunt (1987): Legislators and Interpreters: On

Modernity, Postmodernity and Intellectuals. Cambridge, Polity.

BECATTINI, Giacomo (1992): «The marshallian district as a socio-economic notion», en F. Pyke, G. Becattini y W. Sengenberger (eds.): Industrial Districts and Interfirm Cooperation in Italy: 37-51. Génova, International Institute for Labour Studies.

BELLIER, Irene (1999): «Le lieu du politique, l'usage du technocrate: Hybridation a la Commission Européene», en V. Dubois y D. Dulong (eds.): La question technocratique: De l'invention d'une figure aux transformations de l'action publique: 233-253. Estrasburgo, Presses Universitaires du Strasbourg.

BEN-AMI, Shlomo (1983): La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930. Barcelona, Planeta.

BENTON, Lauren (1990): Invisible Factories: The Informal Economy and Industrial Development in Spain. Binghamton, State University of New York Press.

BERG, Maxine, Pat HUDSON y Michael SONENSCHER (1983): Manufacture in Town and Country Before the Factory. Cambridge, Cambridge University Press.

BERMÚDEZ, Xavier (1992): «Abstención. ¿Para qué?», Archipiélago 9: 68-70.

BERNABÉ MAESTRE, Josep Maria (1976): Indústria i subdesenvolupament al País Valencià: El calçat a la Vall del Vinalopó. Mallorca, Ed. Moll.

BERNABÉ MAESTRE, Josep Maria, Julia SALOM CARRASCO y Ana BOTELLA GÓMEZ (1984): «Desarrollo industrial en la provincia de Alicante», Estudios Territoriales 13-14.

BERNAL, A. M. (1981): «La guerra civil y el periodo de postguerra», en A. M. Bernal (ed.): Historia de Andalucía VIII: La Andalucía contemporánea (18681981): 87-98. Barcelona, CUPSA/Planeta.

BLIM, Michael (1990): Made in Italy: Smallscale Industrialization and its Consequences. Nueva York, Praeger.

BOURDIEU, Pierre (1977): Outline of a Theory of Practice. Cambridge, Cambridge University Press.

— (1984): Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste. Cambridge, MA, Harvard University Press.

— (1986): «The forms of capital», en Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education, 241-258. Nueva York, Greenwood.

BOURDIEU, Pierre y Loïc WACQUQANT (1992): An Invitation to Reflexive Sociology. Chicago, University of Chicago Press.

BRENNAN, Gerald (1960) [1943]: The Spanish Labyrinth: An Account of the Social and Political Background of the Civil War. Cambridge, Cambridge University Press.

BRUSCO, Sebastiano (1982): «The Emilian model: Productive decentralization and social integration», Cambridge Journal of Economics 6: 167-184.

BURCHELL, Graham (1993): «Liberal government and techniques of the self», Economy and Society 22(3): 267-282.

CAPECCHI, V. (1988): «Economía informal y desarrollo de especialización flexible», en E. Sanchis y J. Miñana (eds.): La otra economía: 251-284. Valencia, Alfons el Magnànim.

CARO BAROJA, J. (1968): «Honor y vergüenza: Examen histórico de varios conflictos», en J. G. Peristiany (ed.): El concepto de honor en la sociedad mediterránea: 77-126. Barcelona, Labor.

CAsAnovA, J., F. ESPINOSA, C. MIR y F. MORENO GÓMEZ (2002): Morir, matar, sobrevivir: La violencia en la dictadura de Franco. Barcelona, Crítica.

CAZORLA-SÁNCHEZ, Antonio (1999): «Dictatorship from below: Local politics in the making of the Francoist state, 1937-1948», Journal of Modern History 71: 882-901.

CENZATTI, Marco (1992): «From dualism to territorial problematic in Italy: A restructuring of industry and theory», en Michael Peter

Smith (ed.): After Modernism: Global Restructuring and the Changing Boundaries of City Life:181-212. Comparative Urban and Community Research, vol. 4. New Brunswick, NJ, Transaction Publishers.

CERTEAU, Michel de (1984): The Practice of Everyday Life. Berkeley, University of California Press.

CLIFFORD, James (1997): The Predicament of Culture. Cambridge, MA, Harvard University Press.

COLEMAN, John S. (1988): «Social capital in the creation of human capital», American Journal of Sociology 94: 95-121.

COLLIER, George A. (1987): Socialists of Rural Andalusia: Unacknowledged Revolutionaries of the Second Republic. Stanford, Stanford University Press.

COLLIER, Jane (1999): From Duty to Desire: Remaking Families in a Spanish Village. Princeton, Princeton University Press.

COMARROFF, Jean y John COMAROFF (1991): Of Revelation and Revolution, vol. 1: Christianity, Colonialism and Consciousness in South Africa. Chicago, University of Chicago Press.

COOK, S. (1984): «Peasant economy, rural industry and capitalist development in the Oaxaca Valley, Mexico», Journal of Peasant Studies 12(1): 30-41.

COOKE, P. y K. MORGAN (1998): Economies of Association. Oxford, Blackwell.

CORRIGAN, Philip y Derek SAYER (1985): The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution. Oxford, Blackwell.

CUCÓ I GINER, Josepa (1981): «Condicions de treball i duplicitat de models d'actuació laboral: dos factors que dificulten l'aparició d'una consciència de conflicte entre els collidors valencians», Quaderns de l'ICA 3-4: 6-24.

— (1990): «Asociaciones y cuadrillas: un primer avance al análisis de la sociabilidad formal valenciana», en J. Cucó y Joan J. Pujadas

(eds.): Identidades colectivas: etnicidad y sociabilidad en la península ibérica: 219-231. Valencia, Generalitat Valenciana.

DAMIANO, Cipriano y Carlos Enrique BAYO (1978): «Sólo dejaron los huesos: Albatera

(Alicante), ensayo general para el exterminio», Interviú 105 (mayo): 40-42.

DEAN, Mitchell (1999): Governmentality: Power and Rule in Modern Society. Londres, Sage.

— (2002): «Liberal government and authoritarianism», Economy and Society 31 (1): 37-61.

DIRLIK, Arif (2001): «Globalism and the politics of place», en K. Olds, P. Dicken, P. F. Kelly, L. Wong y H. W. Yeung (eds.): Globalization and the AsiaPacifie: Contested Territories: 39-56. Londres, Routledge.

DUN y BRADSTREET (1994): Principales empresas españolas 1994. Barcelona, Dun y Bradstreet.

— (1997): Principales empresas españolas 1997. Barcelona, Dun y Bradstreet.

DUNK, Thomas (2000): «Keeping the mystery alive», Semiotic Review of Books 11(2): 5-7.

EAGLETON, Terry (2000): The Idea of Culture. Oxford. Blackwell.

ESCOBAR, Arturo (1992a): «Culture, practice and politics: Anthropology and the study of social movements», Critique of Anthropology 12(14): 395-432.

— (1992b): «Culture, economics and politics in Latin American social movements: Theory and research», en A. Escobar y Sonia Álvarez (eds.): The Making of Social Movements in Latin Ameriea: Identity, Strategy and Democracy: 62-88. Boulder, Westview.

ESPING-ANDERSEN, Gösta (1990): The Three Worlds of Welfare Capitalism. Cambridge, Polity Press.

FAURE, Claude (1978): Agriculture et capitalisme. París, Ed. Anthropos.

FOMENTO DE LA PRODUCCIÓN S. L. (1995): España 30.000. Barcelona.

FORNER MUÑOZ, Salvador (1982): Industrialización y Movimiento obrero: Alicante 19231936. Valencia, Alfons el Magnànim.

FOUCAULT, Michel (1982): «The Subject and Power», en H. L. Dreyfus y Paul Rabinow: Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneuties. Chicago, University of Chicago Press.

FRANKLIN, S. H. (1969): The European Peasantry: The Final Phase. Londres, Methuen.

FRASER, Ronald (1979): The blood of Spain: An Oral History of the Spanish Civil War. Nueva York, Pantheon.

FRIGOLÉ REIXACH, Joan (1991): «"Ser cacique" y "ser hombre" o la negación de las relaciones de patronazgo en un pueblo de la Vega Alta del Segura», en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno (eds.): Antropología de los pueblos de España: 556-573. Madrid, Taurus.

— (1992): La evolución de la relación de aparcería en un pueblo murciano desde la postguerra a los años setenta. Trabajo inédito, Universitat de Barcelona.

FURIÓ, Antoni (1995): Història del País Valencià. Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.

GABARDA CEBELLÁN, Vicent (1993): Els afusellaments al País Valencià (19381956). Valencia, Alfons el Magnànim.

GARCÍA-NIETO, Carmen, Javier DONÉZAR y Luis LÓPEZ PUERTA (eds.) (1973): La dictadura 19231930. Madrid, Guadiana.

GELLNER, ERNEST (ed.) (1986): Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas.

Júcar, Gijón.

GHEZZI, Simone (2001): From Peasant Misery to Entrepreneurial Wealth. The Making of a Local Capitalism. Tesis doctoral, Department of Anthropology, University of Toronto.

GIL OLCINA, A. (1983): «La propiedad de la tierra en los señoríos de jurisdicción alfonsina», en Anales de la Universidad de Alicante-Instituto Universitario de Geografía, 1.

GIL OLCINA, A. y G. CANALES MARTÍNEZ (1988): Residuos de propiedad señorial en España. Perduración y ocaso en el Bajo Segura. Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert.

GIRALT, Emili (1986): «Prólogo», en J. Vicens Vives (ed.): Los catalanes en el siglo XIX: v-ix. Madrid, Alianza Editorial.

GRAHAM, Helen (1996): «Popular culture in "the Years of Hunger"», en Helen Graham y Jo Labanyi (eds.): Spanish Cultural Studies, an Introduction: A Struggle for Modernity: 237-245. Oxford, Oxford University Press.

GRAMSCI, Antonio (1971): Selections from the Prison Notebooks, Q. Hoare y G. Nowell Smith (eds.). Nueva York, International Publishers.

GRANOVETTER, Mark (1985): «Economic action and social structure: The problem of embeddedness», American Journal of Sociology 91(3): 481-510.

GREGORY, David D. (1971): «The Andalucian dispersal: Migration and sociodemographic change», en J. B. Aceves y W. A. Douglass (eds.): The Changing Faces of Rural Spain. Nueva York, Schenkman.

— (1978): La Odisea Andaluza: una emigración intereuropea. Madrid, Tecnos.

GUPTA, Akhil y James FERGUSON (1997a): «"The field" as site, method and location in anthropology», en A. Gupta y J. Ferguson (eds.): Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science: 1-46. Berkeley, University of California Press.

— (1997b): «Culture, power, place: ethnography at the end of an era», en A. Gupta y J. Ferguson (eds.): Culture, Power, Place:

Explorations in Critical Anthropology: 1-29. Durham, NC, y Londres, Duke University Press.

GUZMÁN, Eduardo de (2001) [1974]: El año de la victoria: Testimonio de los campos de concentración franquistas. Madrid, VOSA.

HACKING, Ian (1990): The Taming of Chance. Cambridge, Cambridge University Press.

HADJIMICHALIS, Costis (1986): Uneven Development and Regionalism: State Territory and Class in Southern Europe. Londres, Croom Helm.

HAREVEN, Tamara (1982): Family Time and Industrial Time. Cambridge, Cambridge University Press.

HARVEY, David (1982): The Limits to Capital. Chicago, University of Chicago Press.

— (1985): «The geopolitics of capitalism», en Derek Gregory y John Urry (eds.): Social Relations and Spatial Structures, 128-163. Londres, Macmillan.

— (1989): The Condition of Postmodernity. Oxford, Blackwell.

— (2001): Spaces of Capital: Towards a Critical Geography. Edimburgo, Edinburgh University Press.

HINDESS, Barry (2001): «The liberal government of unfreedom», Alternatives: Social Transformation and Humane Governance 26(1): 93-111.

HOBSBAWM, E. J. (1959): Primitive Rebels: Archaic Forms of Social Movements in the 19th and 20th Centuries. Boston, Beacon Press.

— (1984): «Notes on class consciousness», en E. J. Hobsbawm (ed.): The Worlds of Labour: Further Studies in the History of Labour: 15-32. Londres, Weidenfeld and Nicolson.

HOLMES, Douglas (2000): Integral Europe: Fastcapitalism,

Multiculturalism, Neofascism. Princeton, Princeton University Press.

HOUSSEL, Jean-Pierre (1985): De la industria rural a la economía sumergida. Valencia, Institució Alfons el Magnànim.

IBÁÑEZ, Jesús (1992): «Nada para el pueblo, pero sin el pueblo», Archipiélago 9: 59-67.

JUAN I FENOLLAR, Rafael (1979): «Notas sobre el "fascismo agrario" español: la utilización del caso valenciano en los años cuarenta». Manuscript, Universitat de València.

KASMIR, Sharryn (1996): The Myth of Mondragón: Cooperatives, Politics and Workingclass Life in a Basque Town. Albany, State University of New York Press.

KAUTSKY, Karl (1988): The Agrarian Question. Trans. Pete Burgess. Winchester, MA, Zwan.

LAclAu, Ernesto (1990): Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues on the Left. Londres, Verso.

LEAL, J. L., J. LEGUINA, J.-M. NAREDO y L. TARRAFETA (1975): La agricultura en el desarrollo capitalista español (19401970). Madrid, Siglo XXI.

LEM, Winnie (1999): Cultivating Dissent: Work, Identity and Praxis in Rural Languedoc. Binghamton, State University of New York Press.

LÉON CLOSA, T. (1962): «Aportación al estudio de la colonización de la Vega Baja del Segura», Anales de la Universidad de Murcia 20(3/4): 21-33.

LLUCH, E. (1976): La via valenciana. Valencia, Eliseu Climent.

LONG, Norman y Bryan ROBERTS (1978): Peasant Cooperation and Capitalist Expansion in Peru. Austin, University of Texas Press.

— (1984): Miners, Peasants and Entrepreneurs: Regional Development in the Central Highlands of Peru. Cambridge, Cambridge University Press.

LÓPEZ BERMÚDEZ, Francisco (1980): «El Bajo Segura: evolución de un paisaje rural», en Seminario sobre tipos de paisajes rurales en España: 117-128. Valladolid, Asociación de Geográficos de España.

MALEFAKIS, E. (1978): «Los campesinos, la política y la guerra civil en España, 1931-1939», Agricultura y Sociedad 8: 9-59.

— (1982): Reforma agraria y revolución campesina en la España del Siglo XX. Barcelona, Ariel.

MANN, Michael (2000): «The dark side of democracy: The modern tradition of ethnic and political cleansing», New Left Review 235: 28-45.

MARCUS, George (1989): «Imagining the whole: Ethnography's contemporary efforts to situate itself», Critique of Anthropology 9(3): 7-30.

— (1998): «Ethnography in/of the world system: The emergence of multisited ethnography», en G. Marcus (ed.): Ethnography Through Thick and Thin: 95-117. Princeton, NJ, Princeton University Press.

MARSHALL, T. H. (1963) [1950]: «Citizenship and social class», en Sociology at the Crossroads and Other Essays: 67-127. Londres, Heinemann Educational Books.

MARTÍNEZ ALIER, Joan (1968): La estabilidad del latifundismo. Vesoul, Ediciones Ruedo Ibérico.

— (1985): «Velles idelogies i noves realitats corporativistes», Revista de Sociologia 24: 25-51.

MARTÍNEZ SERRANO, J. A., Ernest REIG MARTÍNEZ y Vicent SOLER MARCO (1978): Evolución de la economía valenciana, 1878-1978. Valencia, Caja de Ahorros de Valencia.

MARX, Karl (1976): Capital, vol. 1. Ben Fowkes (ed.), Harmondsworth, Penguin.

MEAD, L. (1997): The New Paternalism: Supervisory Approaches to Poverty. Washington, Brookings Institution.

MEILLASSOUX, Claude (1977): Femmes, greniers et capitaux. París, Maspero.

MELUCCI, Alberto (1982): La invenzione del presente: Movimenti, identita, bisogni individuali. Bolonia, Il Molino.

— (1996): Challenging Codes: Collective Action in the Information Age. Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.

MILLÁN, Jesús (1984): «Antiliberalisme, protesta i subordinació popular al sud del País Valencià. El tradicionalisme polític en el desenvolupament d'una agricultura catalana», Recerques 16: 95-18.

MINTZ, Jerome (1982): The Anarchists of Casas Viejas. Chicago, University of Chicago Press.

MONBEIG, Pierre (1930): «Les transformations économiques dans les "huertas" et la région entre Alicante et Murcie», Annales de Geographie 39(222): 597-601.

MORENO, I. (2001): «La identidad andaluza en el marco del estado español, la Unión Europea y la globalización», en G. Cano García et al. (eds.): La identidad del pueblo andaluz: 157-172. Sevilla, Defensor del Pueblo Andaluz.

MORENO SÁEZ, F. (1987): El movimiento obrero en Elche (1890-1931). Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

NADAL, Jordi (1990): «El desarrollo de la economía valenciana en la segunda mitad del siglo XIX: ¿Una vía exclusivamente agraria?», en J. Nadal y A. Carreras (eds.): Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX): 2-17. Barcelona, Ariel.

NAREDO, José Manuel (2001) [1976]: Por una oposición que se oponga. Barcelona, Anagrama.

NAROTZKY, Susana (1989): «Ideas that work: Ideologies and social reproduction in rural Catalunya and beyond». Tesis doctoral, New School for Social Research, New York.

— (1990): «Not to be a burden: Ideologies of the domestic group and women's work in rural Catalonia», en J. Collins y M. Gimenez

(eds.): Work Without Wages: 70-88. Binghamtan, State University of New York Press.

— (2000): «The cultural basis of a regional economy: The Vega Baja del Segura in Spain», Ethnology 39(1): 1-14.

— (2001): «Un nouveau paternalisme industriel? Les liens affectifs dans les réseaux économiques locaux», Anthropologie et Société 25(1): 117-140.

— (2006): «The production of knowledge and the production of hegemony: Anthropological theory and political struggle in Spain», en Lins Ribeiro y Arturo Escobar (eds.): World Anthropologies: Disciplinary Transformations Within Systems of Power. Oxford, Berg.

— (2007): «The project in the model. Reciprocity, social capital and the politics of ethnographic realism», Current Anthropology 48 (3).

NAROTZKY, Susana y Gavin SMITH (2002): «"Being político" in Spain. An ethnographic account of memories, silences and public politics», History and Memory 14 (1/2).

ORTNER, Sherry (1995): «Resistance and the problem of ethnographic refusal», Comparative Studies in Society and History 37(1): 173-193.

OSSOWSKI, S. (1969): «Old notions and new problems: Interpretations of social structure in modern society», en André Beteille (ed.): Social Inequality: 79-89. Harmondsworth, Penguin.

PAHL, R. E. (1984): Divisions of Labour. Oxford, Blackwell.

— (1988): On Work. Oxford, Blackwell.

PALENZUELA, P. (1991): «Estrategias domésticas de los jornaleros andaluces: salario, subsidio y economía sumergida», en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno (eds.): Antropología de los pueblos de España: 416-426. Madrid, Taurus.

PASSERINI, Luisa (1984): Torino operaia e fascismo. Roma, Laterza.

PÉREZ DÍAZ, Victor (1993): The Return of Civil Society. Cambridge, MA, Harvard University Press.

PERISTIANY, J. G. (1966): Honour and Shame. Londres, Weidenfeld and Nicolson.

PETRAS, James (1993): «Spanish socialism: The politics of neo-liberalism», en James Kurth y James Petras (eds.): Mediterranean Paradoxes: The Politics and Social Structure of Southern Europe: 95-127. Oxford, Blackwell.

PICÓ LÓPEZ, Josep (1976): Empresario e industrialización: el caso valenciano. Madrid, Tecnos.

PIORE, Michael y C. SABEL (1984): The Second Industrial Divide. Nueva York, Basic Books.

PITT-RIVERS, Julian (1971): People of the Sierra, 2.ª ed. Chicago, University of Chicago Press.

— (1979): «Honor y posición social en Andalucía», en Antropología del honor o política de los sexos: 41-82. Barcelona, Crítica.

POLANYI, Karl (1957): The Great Transformation. Bostan, Beacon.

POLLERT, Anna (1988): «Dismantling flexibility», Capital and Class 34: 42-75.

PORTES, Alejandro (1998): «Social capital: Its origins and applications in modern sociology», American Review of Sociology 24: 1-24.

PORTES, A., M. CASTELLS y L. BENTON (eds.) (1989): The Informal Economy: Studies in Advances and Less Developed Countries. Baltimore, Hohns Hopkins University Press.

PRESTON, Paul (1993): Franco: A Biography. Nueva York, Harper Collins.

PUJOL ANDREU, J. (1985): «Los precios de los cereales en Cataluña durante los años de la autarquía económica: el mercado oficial y el clandestino», Agricultura y sociedad 35.

PUTNAM, Robert (1993): Making Democracy Work. Princeton, Princeton University Press.

QUILIS TAURIZ, Fernando (1992): Revolución y guerra civil: las colectividades obreras en la provincia de Alicante, 19361939. Alicante, Instituto de Cultura Juan GilAlbert, Diputación de Alicante.

RANKIN, Katharine (2004): The Cultural Politics of Markets: Economic Liberalization and Social Change in Nepal. Toronto, University of Toronto Press.

REDCLIFT, Nanneke y Enzo MINGIONE (1985): Beyond Employment. Oxford, Blackwell.

RIBEIRO DE MENESES, Filipe (2001): Franco and the Spanish Civil War. Londres, Routledge.

RICHARDS, Michael (1998): A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 19361945. Cambridge, Cambridge University Press.

ROBLES EGEA, Antonio (1996): «Sistemas políticos, mutaciones y modelos de las relaciones de patronazgo y clientelismo en la España del siglo XX», en A. Robles Egea (ed.): Política en penumbra: patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea: 229-251. Madrid, Siglo XXI.

RODRÍGUEZ LABANDEIRA, José (1991): El trabajo rural en España (18761936). Barcelona, Anthropos.

ROSEBERRY, William (1989): Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History and Political Economy. New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.

ROTHSTEIN, F. A. y M. L. BLIM (1992): Anthropology and the Global Factory: Studies in the New Industrialization in the Late Twentieth Century. Nueva York, Bergin and Garvey.

ROUSE, Roger (1991): «Mexican migration and the social space of postmodernism», Diaspora 1(1): 8-23.

SABEL, Charles F. (1989): «Flexible specialization and the re-mergence of regional economies», en P. Hirst y J. Zeitlin (eds.): Reversing Industrial Decline? Industrial Structure and Policy in Britain and her Competitors: 17-70. Oxford, Berg.

— (1991): «Moebius-strip organizations and open labor markets: Some consequences of the reintegration of conception and execution in a volatile economy», en P. Bourdieu y J. S. Coleman (eds.): Social Theory for a Changing Society: 23-63. Boulder, Westview.

SABEL, C. y J. ZEITLIN (1984): «Historical alternatives to mass production: Politics, markets and technology in nineteenth-century industrialization», Past and Pre sent 108: 133-176.

SANCHIS, Enric (1984): El trabajo a domicilio en el País Valenciano. Madrid, Ministerio de Cultura.

SANCHIS, Enric y José MIÑANA (1988): La otra economía: trabajo negro y sector informal. Valencia, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.

SCOTT, James (1985): Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance. New Haven, CT, Yale University Press.

SENNETT, Richard (1999): The Corrosion of Character. Nueva York, Norton.

SERVOLIN, Claude (1972): «L'absorption de l'agriculture dans le mode de production capitaliste», en L'univers politiques des paysans: 41-77, Cahiers de la FNSP 184. París, A. Colin.

SHANIN, Teodor (1973): «The nature and logic of peasant economy», Part 1. Journal of Peasant Studies 1(1): 63-88.

SHORE, Cris (2000): Building Europe: The Cultural Politics of European Integration. Londres, Routledge.

SIDER, Gerald (2003): Between History and Tomorrow: Making and Breaking Everyday life in Rural Newfoundland. Peterborough: Broadview Press. 2.ª ed. rev. de Culture and Class in Anthropology and History: A Newfoundland Illustration. Cambridge, Cambridge

University Press, 1986.

SIDER, Gerald y Gavin SMITH (1997): Between History and Histories. Toronto,

University of Toronto Press.

SMITH, Gavin (1989): Livelihood and Resistance: Peasants and the Politics of Land in Peru. Berkeley, University of California Press.

— (1990): «Negotiating neighbours: Livelihood and domestic politics in central Peru and the Pais Valenciano», en J. Collins y M. Gimenez (eds.): Work without Wages: Domestic Labor and Self-employment within Capitalism. Binghamton, State University of New York Press.

— (1994): «Western European informal economies in historical perspective», en Henri Lustiger-Thaler y Daniel Salée (eds.): Artful Practices: The Political Economy of Everyday Life. Montreal, Black Rose.

— (1999): Confronting the Present: Towards a Politically Engaged Anthropology. Oxford, Berg.

— (2004a): «Hegemony: Critical interpretations in anthropology and beyond», Focaal: Journal of European Anthropology 43: 99-122.

— (2004b): «Hegemony», en David Nugent y Joan Vincent (eds.): A Companion to the Anthropology of Politics: 216-230. Oxford, Blackwell.

SMITH, Neil (1984): Uneven Development: Nature, Capital and the Production of Space. Oxford, Blackwell.

STOLCKE, Verena (1995): «Talking culture: New boundaries, new rhetorics of exclusion in Europe», Current Anthropology 36(1): 1-24.

STORPER, Michael y R. WALKER (1989): The Capitalist Imperative: Territory, Technology and Industrial Growth. Oxford, Blackwell.

TAMAMES, Ramón (ed.) (1977): Anuario económico y social de España 1977. Madrid, Planeta.

TAUSSIG, Michael (1999): Defacement: Public Secrecy and the Labor of the Negative. Stanford, CA, Stanford University Press.

TERRADAS, Ignasi (1984): El món històric de les masies. Barcelona, Curial.

— (1995) [1979]: La qüestió de les colònies industrials: l'exemple de l'Ametlla de Merola. Manresa, Centre d'Estudis del Bages.

THOMAS, Hugh (1977): The Spanish Civil War. Harmondsworth, Penguin.

THOMPSON, Edward (1968): The Making of the English Working Class. Harmondsworth, Penguin.

TOURAINE, Alain (1992): «Beyond social movements», en Mike Feathersome (ed.): Cultural Theory and Cultural Change: 125-145. Londres, Sage.

TYLOR, Stephen A. (1986): «Post-modern ethnography: From document of the occult to occult document», en James Clifford y George E. Marclus (eds.): Writing Culture: the Poetics and Politics of Ethnography: 122-140. Berkeley, University of California Press.

VARGAS, Julio de (1895): Viaje por España: Alicante y Murcia. Madrid, Tipográfico de El Liberal.

VERGOPOULOS, Kostas (1978): «Capitalism and peasant productivity», Journal of Peasant Studies 5 (4): 446-465.

VINCENT, Mary (1999): «Martyrs and saints: Masculinity and the construction of the Francoist crusade», History Workshop Journal 47: 68-98.

WACQUANT, Loïc (2003): «Ethnografeast: A progress report on the practice and promise of ethnography», Ethnography 4(1): 5-14.

WALZER, Michael (1989): «Citizenship», en Terence Ball (ed.): Political Innovation and Conceptual Change: 211-219. Cambridge,

Cambridge University Press.

WILLIAMS, Raymond (1988): Keywords: A Vocabulary of Culture and Society. Londres, Fontana.

— (1973): The Country and the City. Londres, Hogarth.

— (1977): Marxism and Literature. Oxford, Blackwell.

WOLF, Eric (1999): Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis. Berkeley, University of California Press.

— (2001): Pathways of Power. Berkeley, University of California Press.

WOOLCOCK, M. (1998): «Social capital and economic development: Toward a theoretical synthesis and policy framework», Theory and Society 27: 151-208.

YANAGISAKO, Sylvia Junko (2002): Producing Culture and Capital: Family Firms in Italy. Princeton, NJ, Princeton University Press.

YBARRA, J. A. (1986): «La informalización industrial en la economía valenciana: un modelo para el subdesarrollo», Revista de Treball 2: 85-103.

— (1991): «Industrial districts and the Valencian community». International Institute for Labour Studies Discussion Paper 44. Génova, International Institute for Labour Studies.

— (2001): «El nacionalismo económico en la era de la globalización: un ensayo de pensamiento económico nacionalista», en I. M. Hernández (ed.): Identidades. IV semana de filosofía de la Región de Murcia: 205-212. Murcia, Diego Marín Editores.

DRAMATIS PERSONAE

Los personajes de nuestro estudio aparecen bajo pseudónimo, excepto en el caso de las figuras públicas conocidas.

AGUILAR GÓMEZ, JUAN MANUEL: próspero almacenista de productos agrícolas; implicado en la política de la transición en el partido Unión de Centro Democrático (véanse capítulos 2, 5, 7).

AGUILAR GÓMEZ, MARIO: hermano de Juan Manuel; también almacenista, pero con una diferente estructura comercial (capítulo 5).

ALICIA: hija del Podenco; con un trasfondo aniaguero de dependencia agrícola. Trabaja para su tío, que organiza componentes del calzado para su posterior distribución a trabajadores a domicilio (capítulo 3).

ALVAR, JORGE: propietario de la principal fábrica local de zapatos, Ivanshoes; subcontrata a talleres y trabajadores a domicilio una gran parte del trabajo de aparado (capítulo 6).

AMANDA: directora del proceso de aparado de la fábrica de Jorge Alvar (capítulo 6).

ARIAS, POLDO: director de una empresa de manufactura de cañizo. Su hermano Julián, asociado con él en la empresa, está casado con una hija de Paulino Romero hijo (capítulo 5).

ARROYO IGLESIAS, JOSÉ: jornalero de tendencia comunista. Represaliado durante las detenciones de 1945 en la zona; después de la transición, encabezó la lista del Partido Comunista en las primeras elecciones municipales (capítulo 2).

CARDONA, CLARA: directora de un pequeño taller de aparado, junto a sus dos hermanas, Teresa y Esmeralda, y dos vecinas (capítulo 6).

CELIA: esposa de Mariano. Trabaja en la fábrica Ivanshoes en el

proceso de empaquetado, pero no es una trabajadora legal (capítulo 6).

EL CUBANO: primero, almacenista; después, propietario de un pequeño taller de aparado de la industria del calzado (capítulos 5, 6).

EL PODENCO: padre de Alicia; agricultor aparcero (capítulo 7).

EL ROCIERO: véase Rico, Pedro.

ESTEBAN: trabajador estudiante de farmacia; amigo de Tomás Ramírez y parte de la cuadrilla que incluye a Diego y Pilar (capítulo 6).

FUENTES, VICTORIANO, HIJO: hijo de Victoriano Fuentes padre y hombre de confianza de José Mariano Lara, de quien tenía tierra en arrendamiento. Políticamente falangista (véase capítulo 3). También conocido como el tío Ciriaco.

FUENTES, VICTORIANO, PADRE: cochero y mozo de cuadras de José Mariano Lara (capítulo 3).

GAMERO, CONCHITA: trabajadora a domicilio en el forrado de tacones; anteriormente jornalera y trenzadora de esparto. De familia jornalera (capítulos 4, 6).

GAMERO VILA, MARISOL: aparadora; ahora trabaja en el taller de el Cubano. Prima de Tomás Ramírez (capítulo 6).

GARCÉS: propietario de la fábrica de zapatos Robins (capítulo 6).

GARCÍA, ISMAEL: miembro de la Unión General de Trabajadores y obrero industrial en una fábrica local de alfombras. Marido de Virginia Nogales (capítulo 7).

GARCÍA, JAIME: trabajador agrícola, unas veces aniaguero, otras veces jornalero. Hijo del tío Ponarro, aniaguero que trabajó mucho tiempo para el tío Perico, un mediano propietario de tierras (capítulo 3).

GEMA: hermana de Esteban. Trabaja de aparadora en un taller local

(capítulo 6).

GIL, ALBA: aparadora en la fábrica Ivanshoes e hija de José Gil hijo y Consuelo Pereda (capítulo 4).

GIL, JOSÉ, HIJO: jornalero e hijo de José Gil padre. Socialista, elegido alcalde después de la transición (capítulos 4, 7).

GIL, JOSÉ, PADRE: jornalero socialista fuertemente comprometido en política antes y después de la Guerra Civil. Fue un personaje clave en la reconstitución local del sindicato socialista durante el régimen de Franco y trabajó ocasionalmente como mayoral para José Mariano Lara (capítulos 2, 4, 7).

GUTIÉRREZ, ROBERTO: distribuidor de trabajo a domicilio en la industria del calzado. Su esposa Mónica y su hija Montse trabajan para él, como muchos de sus vecinos (capítulo 5).

IGLESIAS, JOSÉ (PEPE): hijo de un gran arrendatario, empezó a trabajar como corredor antes de la Guerra y después llegó a ser un poderoso comerciante del mercado negro y cacique local. Padre de Pablo Iglesias (capítulo 2).

IGLESIAS, PABLO: hijo de Pepe Iglesias. Teniente de alcalde en el área de cultura, de tendencia socialista (capítulo 7).

LARA FERNÁNDEZ, JOSÉ MARIANO: gran terrateniente y miembro de la poderosa familia Lara. Antes de la Guerra, él y su hermano Juan eran los principales caciques. Era propietario de la finca Lo de Vera (capítulos 2, 3).

LORENZO, FERNANDO: jornalero de tendencia socialista. Hijo de Miguel Lorenzo padre, guardia de la finca Lo de Vera de José Mariano Lara, hermano de Miguel Lorenzo hijo, propietario de una fábrica de cañizo, y tío de Fernando Lorenzo, también propietario de una fábrica de cañizo (capítulos 2, 5). También conocido como el tío Cornelio.

LORENZO, MIGUEL, HIJO: hijo de Miguel Lorenzo padre; se casó con Florencia Romero y se convirtió en director de una importante empresa de cañizo, ahora dirigida por su hijo Emilio. Finalmente, su

hijo Fernando Lorenzo se separó de la fábrica de su padre y abrió otra empresa de cañizo (capítulo 5).

LORENZO, MIGUEL, PADRE: guardia de la finca Lo de Vera (capítulo 3).

MARIANO: miembro de una cooperativa de trabajadores que fabricaba cajas de madera para el envasado de productos agrícolas. Marido de Celia (capítulo 6).

MARÍN, JOAQUÍN: gran terrateniente y prestamista. Presidente de la Comunidad de Regantes durante la mayor parte del régimen de Franco (capítulo 2).

MÓNICA: trabajadora a domicilio y encargada de control de calidad. Esposa de Roberto Gutiérrez, madre de Montse (capítulo 5).

MONSE: hija de Mónica y de Roberto Gutiérrez. Trabaja para sus padres.

MUÑOZ LARA, EMILIO: médico y propietario. Miembro de la familia Lara, se considera socialista. Presidente de la Cámara Agraria local durante la transición (capítulo 7).

NOGALES, VIRGINIA: hija de Pedro Nogales Pereda, comprometida con las ideas socialistas (capítulo 7).

NOGALES CARDONA, FERNANDO: jornalero de tendencia socialista; después de la Guerra Civil, implicado junto a su hermano en el pequeño estraperlo (capítulo 2).

NOGALES PEREDA, PEDRO: maestro; alcalde socialista durante la República, después de la Guerra fue encarcelado y represaliado (capítulo 7).

OLAF: agente comercial de la industria del calzado (capítulo 6).

PEREDA, AMELIA: hermana mayor de Camila y Consuelo (capítulo 4).

PEREDA, CAMILA: trabajadora multiocupacional de familia jornalera. Hermana de Consuelo y Amelia (capítulos 5, 6).

PEREDA, CONSUELO: trabajadora a domicilio en el forrado de tacones; antes fue jornalera. Esposa de José Gil hijo y hermana de Camila y Amelia (capítulo 4).

RAMÍREZ GAMERO, TOMÁS: maestro de familia jornalera. Trabajó en la cadena de montaje de varios talleres y en la fábrica Robins. Sobrino de Conchita Gamero (capítulo 6).

RICO, PEDRO: labrador de la finca Lo de Vera (capítulo 3). También conocido como el Rociero.

ROLDÁN, MARCOS: director (junto a su cuñado) de una pequeña manufactura de escobas artesanales que al final desapareció. Casado con María José Romero, hermana de Paulino Romero hijo (capítulo 5).

ROMERO, FLORENCIO: fundador de la primera fábrica de escobas de Catral. Padre de Florencia Romero y Paulino Romero padre (capítulo 5).

ROMERO, PAULINO, hijo: director de una de las principales empresas de cañizo e hijo de Paulino Romero padre (capítulo 5).

TIO CIRIACO: véase Fuentes, Victoriano hijo.

TIO CORNELIO: véase Lorenzo, Fernando.

ÍNDICE ANALÍTICO

abstracción/es

concretas

acción, actuación (agency)

capacidad de _

→ decisión

agricultura

comercialización de la _

crisis/declive de la _

intermediarios de la _

ocupaciones en _

almacenistas

aniaga

contrato _

aniaguero/s

como mayoral/es

responsabilidad/es del / de los _

aparadoaparadora/s

aparcería

apoderado/s

arrendamiento de tierra

artesanado

autarquía

→ tb. estraperlo

→ tb. racionamiento aval/es

cacique

→ tb. patronazgo

→ tb. sistema caciquil

calzado

‘boom’ en el _

industria del _

intermediarios del _ → tb. distribuidores

cáñamo

alpargatas de _

procesamiento del _

cañizo

empresas de _

capital

destreza como _

económico

humano

social

capitalismo

reproducción social del _

en la Comunidad Valenciana

carlismo

clase

conciencia de _

solidaridad de _

comercio

confianza hombre de _

conflicto

corporativismo

neoliberal

cultura

como regulación social

de dependencia

de la represión

del miedo

emprendedora

falta de _

invención de _

local

pública

regional

virtual

decisión

capacidad de _

déficit cultural

→ cultura falta de

demanda

democracia orgánica

destierro

destreza

→ tb. capital destreza como

deuda

distribuidores

distrito industrial

economía/s

informal

informalización de la _

lenguaje para hablar de _

pluriactividad en _

regional

volatilidad de la _

→ tb. capitalismo

elite

emigración

de familias jornaleras

→ explotación

→ pluriactividad

→ movimiento/ → fijación

espacio

público

Estado

corporativista

idea de _

estraperlo

oportunidades del _

estructura(s) de sentimiento

etnografía

histórica

multilocalizada

explotación

en las familias

→ incertidumbre

familia/s

como empresa

→ pluriactividad

fijación

→ movimiento

filoxera

finca/s

grupo doméstico

pluriactividad del _

→ hogar

Guerra Civil Española

habilidad

→ destreza

hipoteca humana

historia

hogar

→ grupo doméstico

hombre de confianza

honestidad

huelga

identidad colectiva

incertidumbre

inseguridad

inserción

irrigación

jornalero/s-a/s

autoestima de los _

contratación de _

emigración de _

herencia de los _

movimiento y fijación de los _ → movimiento → fijación

pluriactividad de los _ → pluriactividad

relaciones interpersonales de los _

responsabilidad de los _

salario de los _

labradores

Ley de Responsabilidades Políticas lugar

maestros

mano de obra

flexible

fluctuante

→ tb. explotación

→ tb. jornalero

→ tb. trabajo

mayoral/es

mercado social

memoria

de la represión

del pasado

política

miedo

→ cultura del _

Moros y Cristianos

movimiento

→ fijación

mujeres

contratación de _

→ tb. aparadoras

→ tb. jornaleras

→ tb. trabajo a domicilio

neocorporativismo → corporativismo

neoliberalismo

ocupaciones agrícolas

partidos políticos

pasado

negación del

→ tb. memoria

patronazgo

personalismo

pluriactividad

del hogar

en economías regionales

plusvalía

poder

política

cultura _

pública

prácticas sociales

producción

de zapatos/calzado

industrial

relaciones (sociales) de _

propiedad

polarización de la _

racionamiento

realismo histórico

regulación

social

represión

reproducción social

→ capitalismo

respetabilidad

respeto

responsabilidad

del antropólogo/a

→ Ley de Responsabilidades políticas

riego

→ irrigación

riesgo

salario
de los jornaleros → jornaleros
Segunda República
seguridad social
sentimiento
estructuras de
sindicatos
socialismo
sociología
nueva _ económica
subcontratas
subsidiariedad

tensiones
dialécticas
Tercera Italia
trabajador/es
emprendedor/es
español/es en Francia
trabajo

a destajo

a domicilio

artesanal

bases del _

en fábrica

familiar

tradición

inventada

selectiva

transición

de producción artesanal a capitalista

económica

política

vida cotidiana

zapatos

→ tb. calzado

ÍNDICE (TOP)ONOMÁSTICO

Aguilar Gómez, Juan Manuel (pseud.)

Aguilar Gómez, Mario (pseud.)

Alicante

Alicia (pseud.)

Alvar, Jorge (pseud.)

Amanda (pseud.)

Appadurai, Arju

Arias, Poldo (pseud.)

Arnalte, Eladio

Arroyo Iglesias, José (pseud.)

Bagnasco, Arnaldo

Bauman, Zygmunt

Bermúdez, Xavier

Bernabé Maestre, Josep M.

Bourdieu, Pierre

Cardona, Clara (pseud.)

Catral

Catral-Export

Celia (pseud.)

Certeau, Michel de

Coleman, John S.

Comunidad Autónoma Valenciana

Crevillente

Cucó Giner, Josepa

Dolores

Eagleton, Terry

Elche

Escobar, Arturo

Esteban (pseud.)

Falange

Ford Motor Company

Foucault, Michel

Fraga Iribarne, Manuel

Francia

Franco, Francisco

Franklin, S. H.

Fraser, Ronald

Frigolé, Joan

Fuentes, Victoriano, hijo (pseud.)

Gamero, Conchita (pseud.)

Gamero Vila, Marisol (pseud.)

García, Ismael (pseud.)

García, Jaime (pseud.)

Gil, Alba (pseud.)

Gil, José, hijo (pseud.)

Gil, José, padre (pseud.)

Graham, Helen

Granovetter, Mark

Gutiérrez, Roberto (pseud.)

Harvey, David

Hobsbawm, Eric J.

Holmes, Douglas

Iglesias, José (Pepe) (pseud.)

Iglesias, Pablo (pseud.)

Ivanshoes

Laclau, Ernesto

Lara, Juan (pseud.)

Lara Fernández, José Mariano (pseud.)

Lluch, E.

Lo de Vera

Lorenzo, Miguel, hijo (pseud.)

Malefakis

Mann, Michael

Marín, Joaquín (pseud.)

Martínez Alier, Joan

Marx, Karl

Millán, Jesús

Monbeig, Pierre

Moreno, Isidoro

Muñoz Lara, Emilio (pseud.)

Nadal, Jordi

Nogales, Pedro (pseud.)

Nogales, Virginia (pseud.)

Nogales Cardona, Fernando (pseud.)

Partido Comunista de España (PCE)

Partido Socialista Obrero Español (PSOE)

Pereda, Camila (pseud.)

Podenco, el (pseud.)

Portes, Alejandro

Primo de Rivera, Miguel

Putnam, Robert

Ramírez Gamero, Tomás (pseud.)

Ribeiro de Meneses, Filipe

Richards, Michael

Rico, Pedro (pseud.)

Robins Shoes

Roldán, Marcos (pseud.)

Romero, Florencio (pseud.)

Romero, Paulino, hijo (pseud.)

Sabel, Charles F.

Sanchis, Enric

Sennett, Richard

Shore, Cris

Silicon Valley

Smith, Adam

Suárez, Adolfo

Terradas, Ignasi

Thompson, Edward

Unión de Centro Democrático (UCD)

Vargas, Julio de

Vega Baja

Wacquant, Loïc

Williams, Raymond

Wolf, Eric

Yanagisako, Sylvia Junko

Ybarra, Josep-Antoni